

The background of the book cover is a detailed illustration. It depicts a man and a woman in 18th-century clothing. The man, on the right, is wearing a blue military-style coat with a red collar and a red cape. He has dark hair and is looking down at the woman. The woman, on the left, is wearing a light-colored, off-the-shoulder dress with a ruffled neckline. She has dark hair styled in a bun and is looking up at the man. They are embracing closely. In the background, there is a hazy, golden light, suggesting a battle scene or a dramatic event. There are faint silhouettes of soldiers and weapons in the distance.

IV DIARIOS NOBLES

El diario de una DONCELLA

Maria Isabel Salsench Olle

Derechos de autor © 2024 Maria Isabel Salsench Ollé

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Número de registro en Safe Creative: 2402206966070

Contenido

[Derechos de autor](#)

[Epígrafe](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo final](#)

[Epílogo](#)

[Forma parte de mi Universo de Lectoras](#)

[¿Quieres saber más sobre mis obras?](#)

[Otros títulos de MaribelSOLle](#)

El diario de una Doncella
SAGA DIARIOS NOBLES IV

Epígrafe

Una buena sirvienta no tiene que ser vista, pero su presencia debe recordarse.

El quinto Elemento.

Estaba decidida a regresar con sus señores. Más allá de todas las razones evidentes, estaba ese beso prohibido y que nunca debió suceder, un beso que había estado peligrosamente cerca de convertirse en una pasión escandalosa y humillante. No podía quedarse en Wellington House, eso era indiscutible. Por el bien de su integridad física y moral.

—Si está pensando en usar ese ungüento —advirtió él, al verla con un potecito en la mano mientras le curaba las heridas del brazo—, olvídelo. No pienso pasear con los brazos untados de un mejunje que huele a hierbas de caballo enfermo.

—Es un remedio casero que yo misma he preparado para sus heridas, Su Excelencia —El Duque esbozó una sonrisa irónica, y Jane se enderezó en el banquillo—. Me voy —anunció ella repentinamente.

—¿Se va de la habitación, Jane? —preguntó él con sarcasmo—. ¿Para esconder ese mejunje lejos de mí? Me parece buena idea —En lugar de responder, Jane lo miró fijamente. Estaba segura de que no había malinterpretado sus palabras—. ¿Significa esto que me está abandonando?

—Tengo que hacerlo —respondió Jane—. Y lo sabe.

—Pero no hoy —Arthur frunció el ceño.

—Mis obligaciones en su propiedad han terminado, y es hora de que me vaya.

—Sus obligaciones en mi propiedad terminarán cuando yo lo diga. Yo soy el señor.

—Por favor, no lo haga más complicado.

—No me deje, Jane —imploró el Duque—. ¿No se da cuenta de que necesito de sus servicios? ¿Por qué está tan decidida a abandonarme?

—No puedo decirle más, Su Excelencia. Lo único que necesita saber es que debo regresar a mis obligaciones con los Grandes Duques de Mecklemburgo-Strelitz. Cualquiera que fuera el favor o la deuda que tenía conmigo, ha llegado a su fin.

—¡Por el amor de Dios! ¿Desde cuándo una simple doncella se atreve a cuestionar los deseos de un duque? Regrese a sus obligaciones y no me provoque.

—Tengo que terminar de curarle las heridas del brazo.

—¡Ya no es necesario! —Jane lo retó con la mirada, le cogió el brazo por la fuerza, aunque no lo hubiera conseguido si él no se lo hubiera permitido, y se lo untó con el mejunje que había preparado esa mañana—. Vamos a dejar una cosa clara, Jane. Usted y yo no somos iguales. Yo soy el señor y usted es la empleada. Sería bueno que lo tuviera claro de ahora en adelante.

Jane terminó de atarle las vendas con más fuerza de lo habitual como si fuera una especie de venganza velada, y salió de la habitación del duque llena de rabia y de impotencia, sin decir nada más. Arthur, por su lado, observó como ella se marchaba y después de recostó en su lecho, maravillándose con el dulce aroma del mejunje con el que su sirvienta le había curado las heridas para quedarse dormido de nuevo. Jane era lo mejor que le había pasado en años.

"Arthur Wellesley era el hombre más insufrible que había conocido nunca. Peor que el Gran Duque de Mecklemburgo-Strelitz. No había momento que no me recordara que yo era una simple sirvienta a su merced, pero lo peor de todo era que, entre orden y orden, me había besado, y no parecía dispuesto a hablar sobre el tema o a pedirme tan siquiera disculpas. No quería convertirme en una de esas tantas sirvientas abusadas por sus señores, pero tampoco podía irme de su casa sin formar un escándalo, algo que no me convenía para nada si quería seguir viva. Y no era que creyera al Duque de Wellington capaz de matarme, pero otras personas, las que me habían secuestrado, sí estaban dispuestas a hacerlo."

El diario de una doncella.

Capítulo 1

Un duelo, una vaca y huevos rotos

El trabajo doméstico es el motor que hace funcionar la máquina del mundo.
Isabel Allende.

Calcuta, entre todas las posibles localidades, no parecía el lugar más propicio para un duelo entre distinguidos caballeros ingleses. En primer lugar, como era evidente, carecía del célebre Hyde Park, escenario tradicional de tales encuentros. En segundo lugar, los amaneceres en la India se caracterizaban por su humedad y sus tonos anaranjados, lo que dificultaba la nítida visión que la gélida Londres ofrecía a esas mismas horas.

No obstante, allí estaban, el Duque de Wellington y el primer vizconde de Hallifax, enfrentándose en uno de los espléndidos campos verdes del vasto Imperio Británico. Estaban plenamente convencidos de que ese día sería testigo de la caída de uno de los dos, tras una disputa que se había prolongado durante semanas, o al menos así lo sentían. Desde que lady Wood, prima del primer vizconde de Hallifax, había llegado a la India Colonial Inglesa, trayendo consigo el compromiso oficial con su pariente, ambos caballeros se habían enzarzado en una lucha feroz por el afecto de la joven.

Lady Wood ya habría sellado su destino al casarse con su primo, el vizconde, si no fuera por la intromisión del Duque de Wellington, quien había quedado irremediablemente prendado de la recién llegada dama inglesa, encontrándola demasiado cautivadora como para cederla al desaliñado y menos atractivo rival. El primer vizconde, cuyo nombre era Charles, había soportado con estoicismo las ofensas del Duque de Wellington hacia su persona y su prometida, hasta descubrirlos a ambos, la noche anterior, en una situación impropia en una cama.

—Ha seducido a mi prima, a mi futura esposa, la noche previa a nuestra boda, tras una serie de afrentas que, hasta entonces, había decidido dejar atrás. Pero no, ya no estoy dispuesto a hacerlo. No me importa si se trata del mismísimo Duque de Wellington; debe rendir cuentas por su falta de honor y de integridad —explicó el primer vizconde de Hallifax a su padrino, cuando este le preguntó si consideraba aceptar las disculpas del Duque de Wellington, firme en su posición como retador a pesar de estar más blanco que el papel.

Arthur Wellesley, segundo Duque de Wellington y primogénito del célebre Duque de Wellington, quien había librado cien batallas contra el temible Napoleón Bonaparte, apretó con fuerza los puños de su camisa cuando su mejor amigo, que oficiaba como padrino, le comunicó que el vizconde de Hallifax se mostraba inquebrantable en su decisión de no aceptar sus disculpas.

—¿Desayuno en el hotel Taj Palace después, Nathaniel? —preguntó Arthur, sin sorprender a su mejor amigo, que estaba acostumbrado al aplomo del Duque de Wellington. No por nada lo llamaban el «caballero de plomo». Era tóxico como ese metal, igual de peligroso, y con los ojos igual de negros. E igual de cambiante, maleable. No era un hombre duro ni férreo, tampoco brillante, sino más bien era conocido por sus juegos mentales y su picaresca. Una noche podía arrebatárle la virginidad a una tierna prometida y al día siguiente disculparse por ello, aunque no le sirviera de nada.

—Estaría bien que te lo tomaras en serio por una vez, Arthur —lo regañó Nathaniel, que no era la primera vez que oficiaba de padrino en un duelo por su mejor amigo—. El primer vizconde parece decidido a hacer justicia, no creo que apunte a las piernas.

—Mejor, porque yo tampoco iba a hacerlo esta vez.

—Acabas de disculparte.

—Soy Arthur Wellesley. Si alguien no está dispuesto a aceptar mis disculpas, entonces yo tampoco estaré dispuesto a otorgarle mi perdón —aclaró, con la cara afilada y arrogante.

Ya solo quedaba continuar con lo previsto. Cargaron las pistolas y los padrinos las inspeccionaron con sumo cuidado mientras poco a poco, iban siendo rodeados por hombres ingleses e indios. Solo hombres, pues era una cuestión masculina. Y aunque para los indios aquella no era una práctica habitual, estaban acostumbrados a que sus colonos la llevaran a cabo, y solían disfrutar del espectáculo y de la emoción de los duelos en una de las ocasiones en la que la diferencia de clases parecía no importar.

Se colocaron en sus posiciones, espalda contra espalda. Y en el momento acordado, comenzaron a contar los pasos, girándose finalmente para apuntarse mutuamente con cautela.

El silencio se hizo tangible en el ambiente, con todos sosteniendo la respiración, incluyendo el árbitro, otro caballero que se había ofrecido para desempeñar ese papel. Pero justo cuando el pañuelo rozó la hierba, una vaca y una mujer se interpusieron en la línea de fuego.

—¡Quieta, quieta! —gritó una voz femenina que se abrió paso entre los dos hombres. Una bala, la del Duque de Wellington, se perdió en el aire, mientras que la del vizconde de Hallifax alcanzó el brazo del «caballero de plomo».

Los espectadores se alzaron en un coro indignado, la mujer gritó al oír los disparos, y una brillante mancha roja apareció en la chaqueta de Arthur, que estaba furioso. ¿Quién era esa mujer que gritaba como una loca y que se había atrevido a interrumpir un duelo de honor?

Tuvo que echar una mano de toda su fuerza de voluntad por no dejarse caer en el suelo. Nada habría sido más humillante para Arthur Wellesley que rozar el suelo con sus posaderas. Pero lo cierto era que el brazo le dolía lo indecible.

Nathaniel Canning, gobernador General de la India, y que estaba participando en ese duelo de forma ilegal, hizo una seña al cirujano para que se acercara a su mejor amigo y lo atendiera. El dolor era horrible, y aunque ya había tirado su pistola sobre la hierba húmeda, a Arthur le entraban ganas de volver a cogerla y matar al mequetrefe del vizconde Hallifax.

Observó al cirujano abrir su maletín para curarle la herida, y luego dirigió su mirada una vez más hacia la responsable de su primera derrota en un duelo. No había duda de que se trataba de una criada. Una insensata que, tras haber contemplado la escena con estupor, ahora volvía a enfocarse en la vaca que llevaba con una cuerda y que, al parecer, no podía controlar.

—¡Quieta, vaca! ¡Quieta! —volvió a gritar ella cuando el animal empezó a arrastrarla lejos de allí.

¡Qué espantosa mujer! ¡Maleducada! Si hubiera sido un hombre, hubiera ordenado que lo arrestaran para castigarlo como merecía. Pero era una mujer, y aunque no iba sobrado de honor, el dolor de su brazo era peor que la rabia que podía sentir por esa simple sirvienta incapaz de controlar a su animal.



Jane no había sido capaz de proporcionar los nombres de los caballeros involucrados en el duelo cuando regresó a la residencia de los Grandes Duques de Mecklemburgo-Strelitz y le pidieron explicaciones por su demora. Llevar a la vaca hasta allí sin resultar herida había resultado igualmente desafiante. Todo había sido un capricho del joven señorito, el hijo menor del Gran Duque. Esa misma mañana, había despertado con la súbita necesidad de poseer una vaca, y a pesar de que había suficientes hombres y lacayos para hacerlo, la habían enviado a ella para adquirirla. Era como si fuera una especie de venganza del ama de llaves, que aún mantenía rencor por el incidente en el que se quemaron los bajos del vestido de la Gran Duquesa de Mecklemburgo-Strelitz con la plancha de hierro.

Jane no solía dañar la ropa de sus señores; de hecho, era una de las mejores doncellas capacitadas para planchar. Pero el día del incidente se despistó. Y una doncella no tenía permitido despistarse. Claro que tampoco podía explicar que se había despistado porque había oído al Gran Duque manteniendo relaciones adúlteras con Lady Wood y que eso la había descolocado mientras planchaba en el cuarto de la ropa, justo al lado de la recámara en donde se cometió el adulterio, porque siempre había pensado que los Grandes Duques de Mecklemburgo estaban realmente enamorados. Así que ahora estaba pagando las consecuencias de su humanidad en un trabajo hecho e ideado para personas que no fueran humanas, sino simples peones sin orejas ni capacidad de juzgar lo que oían.

—¿Piensas que el hecho de que te vieras envuelta en un duelo justifica lo que has tardado en traer la vaca? —la reclamó el ama de llaves—. El señorito Charles ya no querrá el animal.

—La vaca me empujó porque había un gentío en el campo que queda de camino entre el mercado y la propiedad, señora. Le aseguro que el Gobernador también estaba presente.

—¿Pretendes hacerme creer que el Gobernador Canning estaba participando en un duelo ilegal cuando es el hombre más responsable del Raj Británico? Es suficiente, Jane, ignoro qué te ocurre últimamente, pero espero que no me decepciones más —dijo la señora Blair, con los brazos en jarras—. Ve a comprar huevos para el merengue que se servirá esta noche, en la gran cena que ofrecen los señores, y regresa en menos de media hora —Jane observó con desdén a la vaca que pastaba en el patio de los sirvientes, mientras ella permanecía de pie con los botines embarrados y completamente hecha un desastre—. Vamos, ¿a qué esperas? Muévete. Ay, Dios Misericordioso —suplicó la señora Blair, levantando las manos hacia el cielo—. Si no fuera porque el Gran Duque te protege, ya te habría echado de esta casa a patadas, y sin referencias.

¿El Gran Duque? ¿Protegerla? Jane estaba más bien convencida de que su señor hacía todo lo contrario, manteniéndola encerrada y privándola de su libertad. Pero eso tampoco podía decírselo a la alta y delgada señor Blair. Ni a nadie. No, si quería conservar su vida y la de aquellos que amaba.

Comenzó a caminar por la acera que pronto se convertía en un sendero polvoriento, rodeado de carros de paja, trabajadores indios y personas de toda índole que también se desplazaban a pie, al igual que ella. No pasó mucho tiempo antes de que regresara al mercado y adquiriera los huevos del señor Bharat. Los colocó con diligencia en una cesta, siendo extremadamente cuidadosa para no romper ninguno, y se apresuró de regreso a la propiedad, asegurándose de llegar dentro del período de tiempo establecido.

Sin embargo, una vez más, parecía que ese día estaba destinado a acabar en desastre. Un carruaje que se había acercado a toda prisa se detuvo de repente a su lado, haciéndola perder el equilibrio y arrojar los huevos, que se rompieron todos en el suelo.

—¡Oh, no! ¡No puede ser! —se lamentó ella, observando con horror las yemas y las claras esparcidas sobre el suelo junto a las cáscaras—. Pero ¿se puede saber en qué está pensando

hombre del diablo? —se giró hacia el cochero muy enfadada, pero descubrió que no era un carruaje, sino un tálburi, y que no estaba guiado por un cochero, sino por el mismo hombre al que le habían disparado esa madrugada. Llevaba un brazo vendado y sus ojos negros estaban enrojecidos, húmedos.

¡Estaba borracho! ¡Lo que le faltaba! Tener que lidiar con un enfermo mental dos veces el mismo día. Jamás había entendido por qué los hombres se retaban a un duelo, pero tampoco era capaz de entender que bebieran hasta perder el sentido. ¡Odiaba esa clase de caballeros a los que había tenido la desdicha de ver en casa de los señores! Hombres viciosos, que no valoraban nada de lo que tenían. ¡Desagradecidos, desgraciados y todos los peyorativos que empezaran por «des-»!

—Eso mis... mismo me he preguntado yo esta ma.... mañana cuando se ha interpuesto usted en la línea de ti... tiro —balbuceó el hombre, tambaleándose en su asiento del tálburi—. Jamás, escúcheme bien, jamás... Arthur Welle... Wellesley ha perdido un duelo. Y por su culpa el vizconde de Hallifax... Hallifax, se ha ido de rositas con lady Wood.

—¿Lady Wood?

—No finja que la conoce. Una... vulgar sirvienta no puede conocer a la dama más pura —El caballero miró hacia el cielo como si la imagen de dicha dama estuviera representada en él—. Más tierna e inocente de todo el Raj Británico.

¡Já! ¿Tierna y pura? Que la partiera un rayo si eso era cierto. Pero ¿qué le importaban a ella los enredos de la alta sociedad a la que servía? Ella conocía muchos secretos de sus señores que, por desgracia, jamás podría revelar. Y hablar sobre lady Wood no era más que una pérdida de tiempo.

—Muy señor mío —declaró con firmeza—, no me interesa en lo más mínimo quién sea usted ni tampoco me importa lady Wood. Lo único que exijo en este momento es que abone la suma por los huevos que ha destrozado, y lo haga de inmediato, puesto que necesito regresar sin demora a mi empleo si no quiero que me despidan.

Era improbable que la despidieran, el Gran Duque jamás lo permitiría, pero era bastante probable que la apartaran de sus actuales tareas y le arrebataran los pocos derechos que poseía, forzándola a realizar un trabajo mucho más oneroso que el que ya realizaba. Pero eso tampoco era algo que pudiera explicarle a un desconocido, así que era mejor sintetizar.

—¿Quién se cree que es? No es más que un pulga zarrapa... zarrapastrosa. ¿Cómo se atreve a hablarme así?

—Me atrevo y lo hago, muy señor mío —Jane colocó los brazos en jarras y lo encaró. Le habían enseñado que no debía hablar con los aristócratas, ni siquiera mirarlos. Su paciencia, sin embargo, era muy limitada y ese día estaba del todo agotada. Que la arrastraran a las mazmorras si era necesario, pero ese hombre iba a pagarle por los huevos. Necesitaba volver a comprarlos y correr junto a la señor Blair.

¡Malditos aristócratas! Viciosos juguistas, egoístas y altaneros. Recordaba como su madre los había despreciado en el pasado y ese recuerdo permanecía intacto en su memoria.

—¿Quiere dinero? —Arthur rebuscó en su bolsillo, con la mano temblorosa por la bebida, pero al bajar la cabeza, perdió por completo el control de su cuerpo y se cayó de bruces al suelo, siendo atropellado, inmediatamente, por un carruaje de caballos.

—¡Ay, Dios mío! —gritó Jane, horrorizada, llevándose las manos encima de la boca, observando con horror a aquel hombre en el suelo, retorcido de dolor.

—¡Arthur! ¡Te he dicho que no cogieras el tálburi en tu estado! —apareció el Gobernador a lomos de un caballo de repente, abriéndose paso entre la multitud que empezaba a rodear al

herido, y que Jane conocía de haberlo visto en casa de los señores.

El Gobernador Canning era conocido por haber enviudado unos años atrás, quedándose solo con cuatro hijos. Y a Jane siempre le había parecido uno de los pocos caballeros dignos de respeto que vivían en Calcuta, pero jamás se podía estar seguro con respecto a los nobles.

Cogieron a Arthur Wellesley entre varios hombres y lo subieron al tálburi con heridas importantes mientras alguien tomaba las riendas del vehículo para llevarlo de nuevo al cirujano.

Jane se quedó por unos minutos desorientada, hasta que no quedó rastro ni del «caballero desgraciado» ni del Gobernador. —¡Los huevos! —recordó en voz alta, sintiendo una desazón mientras regresaba a casa de los señores Mecklenburgo-Strelitz sin huevos y sin dinero.

"No fue un primer encuentro, ni siquiera un segundo, nada propicio para ninguno de los dos. Yo solo podía pensar en lo mucho que iba perder en mi empleo, y él solo podía lamentarse por haber perdido el afecto de su amante en un duelo. Y, dicho de paso, tampoco nos habíamos caído en gracia, cada uno creyendo culpable al otro de sus desgracias."

Capítulo 2

Valiente Jane

Lo único capaz de consolar a un hombre por las estupideces que hace, es el orgullo que le proporciona hacerlas.
Oscar Wilde.

Jane FitzGeorge, así era como recordaba su nombre, trabajaba para los Grandes Duques de Mecklemburgo-Strelitz, pero las órdenes se las daba el ama de llaves, la señora Blair. Que era tan alta como malintencionada.

—¿De nuevo el Gobernador Canning? —comentó la señora Blair, arqueando su nariz de ave rapaz y cruzando los brazos por segunda vez en el día, después de escuchar a Jane relatar lo sucedido con los huevos, otra historia poco verosímil después de la del duelo—. Será mejor que te traslades a las dependencias de los sirvientes indios, y esta noche estarás a cargo de las tareas de limpieza de la fiesta. No subirás más a las áreas principales; te quedarás aquí abajo, encargándote de la limpieza de la cocina y lavando los platos sucios.

—Perdone, señora Blair —intervino con una cortesía forzada, reprimiendo sus palabras—, pero no me parece justo. Usted me proporcionó el dinero necesario para comprar los huevos, y el caballero que los destrozó no pudo compensarme para adquirir otros debido a que se cayó del tálburi. ¿Cómo habría podido cumplir con éxito mi trabajo?

—¿De veras quieres que me trague que un caballero de alta alcurnia se ha parado a hablar con una simple sirvienta? No vas a seguir riéndote de mí, Jane. Obedece si no quieres que te prive de tus estipendios esta semana.

La estaba acusando de mentir, y lo hacía desde esa madrugada. ¿Qué podía hacer en ese momento? Nunca antes la habían castigado, y no deseaba que esa fuera su primera vez. Con la garganta tensa, aunque su enrojecido cuello quedara bien disimulado bajo su vestido negro, bajó la cabeza y se retiró a su habitación para empacar sus pertenencias y trasladarse a las dependencias de los sirvientes indios. Estas se encontraban apartadas de la mansión principal, ubicadas en un edificio donde el frío era constante y las ratas eran compañía habitual. Había oído historias horribles de ese lugar y no por las personas que residían en él, sino por las condiciones pésimas en las que tenían que vivir.

—¿Qué sucede, Jane? ¿Por qué estás empacando tus cosas? —le preguntó su compañera de habitación, otra sirvienta con la que había forjado una sólida amistad, llamada Jenny.

—La señora Blair me ha sancionado y quiere que me traslade con los sirvientes indios.

—¿Todavía no ha olvidado lo de los bajos de los vestidos? —expresó Jenny con preocupación, tomando a Jane del brazo con inquietud.

Jane relató todo lo sucedido a su amiga sin entrar en detalles, con el fin de no perder tiempo en la conversación cuando debían estar comiendo para volver a sus deberes lo más rápido posible.

—Me parece que sé de quién estás hablando.

—¿De veras? Jamás lo había visto en casa de los señores.

—Ni lo verás, no es de esa clase. Pero es amigo del señorito Adolfo.

—¿Del hijo mayor del señor?

—Sí, es uno de sus pares. Lo sé porque mi hermano trabaja en el club donde suelen ir los caballeros a beber y a apostar y, por la descripción que me has proporcionado, encaja perfectamente con el «caballero de plomo».

—¿«Caballero de plomo»? Preferiría seguir llamándolo «caballero desgraciado».

—Lo apodan de ese modo debido a sus ojos y cabello oscuros, aunque su personalidad tóxica también podría ser una de las razones —añadió Jenny, achinando sus ojos verdes, que contrarrestaban con los ojos de color bronce de Jane, los únicos que Jenny había visto en Calcuta—. En realidad, es el Duque de Wellington. Arthur, creo que se llama. Arthur Wellesley.

¿Qué? Jane abrió los ojos desmesuradamente. ¿De veras se había cruzado con el mismísimo Duque de Wellington dos veces en el mismo día? ¿Y de modos tan espantosos?

—No me importa quién sea —se negó a impresionarse, sintiendo cómo la rabia se intensificaba en su interior. Ese hombre la había tratado como si no tuviera ningún valor, sin ningún respeto—. Ese caballero debería ser consciente de las consecuencias de sus malas acciones en mi vida. Más que eso, debería redimirse hablando con el señorito Adolfo. Si es verdad que es su amigo, podría contarle que nada de lo ocurrido esta mañana ha sido mi culpa y que la señora Blair me retirara las sanciones, devolviéndome mis derechos. ¿Sabes dónde vive?

—¿No pensarás...? ¡Jane! No puedes salir de la propiedad sin el permiso de la señora Blair, ya lo sabes. El Gran Duque no lo quiere.

—Estoy un poco cansada de ser una prisionera sin haber cometido ningún delito. ¿Por qué todos podéis salir en vuestros tiempos libres menos yo? —tiró la pregunta al aire, aunque ya sabía la respuesta

—Lo ignoro, pero...

—He sido bastante obediente hasta ahora. Pero no voy a dejar que me tilden de mentirosa cuando no lo soy, este es mi límite Jenny. Iré a la propiedad del Duque de Wellington y le exigiré que interceda por mí y limpie mi nombre, no quiero morir de una pulmonía con los indios.

—¿Estás escuchando lo que dices, Jane? Estás hablando de un Duque, ¿cómo vas a exigirle ni siquiera que te reciba?

—Llamando a su puerta. Dime su dirección, y no tomaré mi comida al mediodía para buscarlo.

Jenny, de pelo cobrizo, asintió nerviosa, y le dio la dirección aproximada del Duque de Wellington, pues no la conocía exactamente, pero Jane estaba dispuesta a encontrarlo.



El Marqués de Suffolk, Brandon Howard, se encontraba en Haiderabad. Era su primer viaje a la India, en busca de la hija perdida del príncipe George de Inglaterra. Si bien tenía la obligación como espía de colaborar con los miembros de la Corona que solicitaban sus servicios, su motivación principal era Cassandra, la madre de la joven desaparecida. Por alguna extraña razón, esa mujer le caía bien al llamado «fantasma», por eso quería ayudarla; por eso, y porque eran familia lejana.

Las últimas investigaciones apuntaban que Jane FitzGeorge podía estar en India. Y por eso él estaba allí, a las puertas del Palacio de los Reyes de Haiderabad, donde la reina era una inglesa casada con el Marajá Khaled Khan.

—¿En qué puedo ayudarle, lord Suffolk? —lo recibió Helen de Haiderabad, rubia como el

sol, y engalanada con el traje típico del país, un sari.

—Discúlpeme, maharaní, pero estoy buscando a una inglesa en estas tierras. La hija de un príncipe que desapareció años atrás. Las pistas, después de mucho tiempo, apuntan hacia aquí. He pensado que usted podría tener alguna información sobre el caso, o sobre la familia Mecklemburgo-Strelitz.

—¿Prusianos? —preguntó el demonio vestido de ángel, así era como era conocida Helen de Haiderabad, con su mirada azul aguda y sus cientos de cadenas de oro alrededor de su cuello.

—Sí, Su Alteza.

—Todos los prusianos están en Calcuta, la zona ocupada por el Imperio Inglés —manifestó ella con cierto desdén, sintiéndose más india que inglesa, apoyando la causa de la resistencia india frente al colonialismo inglés.

—Lo sospechaba, Su Alteza, pero esperaba que me ayudara con algunos autóctonos que pudieran investigar por la zona sin levantar sospechas; es de vital importancia que no se descubra que la estoy buscando. Quizás le interesaría saber que la joven en cuestión es familia lejana de Georgiana Peyton, sé que es prima suya.

—Al igual que usted.

—Sí, yo soy su cuñado.

—Lo sé, hemos coincidido en diferentes ocasiones lo largo de los años, lord Suffolk.

—Y la madre de la joven es la tía de las hijas de Georgina. La tía de las hijas de su prima.

—¿Hermana de los Caballeros de Bristol?

—Exacto.

—Bien, mandaré a algunos hombres de confianza a buscarla. Pero no por quién sea ni por lo que me una a ella, sino por ayudar a una joven en apuros. Quizás también sea una oportunidad para acusar al Imperio Inglés de usar sus colonias para esconder sus delitos.

—Gracias —reverenció Brandon.

—¿Puede darme una descripción de la joven?

—Sabemos cómo era a la edad de seis años, la edad en la que fue secuestrada. Lo único que no puede haber cambiado en ella, a pesar del paso del tiempo, son sus ojos de color bronce y su pelo negro.

—¿De qué edad, lord Suffolk?

—Veintidós.

—Perfecto, iniciaremos la investigación.

—A su merced, Helen de Haiderabad.



Arthur Wellesley tenía su orgullo herido, profundamente herido, de hecho. En cuestión de horas, o más exactamente, desde la madrugada hasta el mediodía, había perdido todo su renombre como vencedor en duelos, y su destreza al conducir el tálburi había quedado en entredicho. Estaba seguro de que el idiota, mequetrefe, y rechoncho del vizconde de Hallifax ya estaba burlándose de él en el club junto al resto de sus pares.

Y solo había una culpable: la sirvienta.

El ominoso cuervo. La dama envuelta en un lúgubre atuendo negro, con su cofia blanca, repulsiva y desagradable. Indudablemente, una maldición, tal vez el espectro de todas las mujeres a las que había perjudicado, que había venido para atormentarlo.

De cualquier manera, se hallaba en una situación lamentable para un hombre de su envergadura: yacía en la cama al mediodía. No era que no hubiera estado en esa posición anteriormente, pero siempre en compañía mucho más agradable que la del cirujano que, bajo la excusa de sanarlo, parecía empeñado en atormentarlo.

—Es suficiente, «curandero» —Apartó uno de sus brazos magullados de las manos del hombrecillo con bigote blanco que lo miró con la ofensa inscrita en sus ojos insignificantes.

—Usted no podrá moverse en más de un mes, Su Excelencia —masculló el médico, apretando los dientes para no sonar más desagradable de lo que ya estaba sonando, pero lo cierto era que su paciencia, después de haber soportado al Duque de Wellington durante casi toda la mañana, estaba agotada.

—¿Es una apuesta?

—Es cierto. Varios de sus huesos han resultado dañados debido al accidente con el tílburí, no solo los de los brazos, sino también los de las piernas. De hecho, he tenido que inmovilizar la pierna izquierda con tablillas y vendajes para evitar que la mueva. Además, la herida de bala en su brazo derecho lo convierte en una persona discapacitada por completo por muchos días.

Los ojos oscuros del Duque de Wellington se abrieron con furia e indignación, pero el cirujano ya estaba prácticamente en la puerta cuando concluyó su explicación. —Espero que no repita lo que acaba de decirme con nadie más —lo amenazó Arthur—. No me gustaría terminar en la cárcel por asesinato.

—Una enfermera vendrá para cuidar de usted. Espero que pase el día sin más incidentes, Su Excelencia, por su propio bien —el cirujano abandonó la habitación—. Y también por el mío —susurró al otro lado de la puerta en voz baja, aunque Arthur logró oírlo claramente.

¡Pero vaya! El respeto parecía haberse desvanecido por completo en Calcuta. En primer lugar, las insolencias de una criada y ahora las ofensas de un simple "médico". Cada vez estaba más convencido de que regresar a su amado país natal, Inglaterra, era lo más sensato. Quizás lo hiciera después de su recuperación, pero eso implicaría concederle la razón a sus contemporáneos y dar a entender que sentía vergüenza. La vergüenza era para los mediocres, no para los triunfadores. Decidió quedarse un poco más, sí, eso haría, y volvería con más fuerza. Si durante ese tiempo lady Wood se casaba con el vizconde de Hallifax, él la rescataría del aburrimiento con una pequeña aventura extramatrimonial. Sí, ese era un plan genial para recuperar su prestigio y dejar en ridículo al inminente cornudo.

—Una mujer, señor. Ha entrado atropelladamente y exige hablar con usted —informó el mayordomo, entrando en su enorme y fastuosa recámara, con tono aprensivo.

—¿Quién es?

—No ha querido dar su nombre, señor —respondió Dowson con disgusto mal disimulado.

—Deshágase de ella.

—Lo he intentado, señor, pero se niega a marcharse.

—Quizás sea la enfermera. En ese caso, no comprendo por qué negarse a dar su nombre.

—Con todo el respeto, señor, no parece una enfermera.

Arthur estiró las sábanas de su cama, sintiendo el dolor de su cuerpo, obviamente fastidiado.

—Entonces use su inteligencia, hombre. ¿Le parece que estoy en condiciones de recibir a una mujer?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué me molesta? Ya he tenido suficiente por hoy.

—Solo quería su permiso para echarla la calle, señor.

—Lo tiene. Y ahora, déjeme en paz.

—Sí, señor. Creo que pediré ayuda, no me atrevo a enfrentarme a esa doncella, suelen ser mujeres fuertes.

—¿Ha dicho doncella?

—Sí, señor. No lleva el uniforme, pero me he imaginado que lo es por sus manos.

—¿Ha dicho ella que lo es?

—No, pero pienso...

—Demonios, hombre, ¿por qué no me lo ha dicho? Hágala pasar, tengo unas cuentas pendientes con esa mujer.

—¿Aquí, señor?

—Pero, Dowson, razone un poco. ¿Para qué le pago si debo pensarlo todo yo? ¿Debería recibirla en el salón de invitados? —Hizo un gesto hacia su cuerpo vendado con la cabeza—. Además, ¿merecería una simple sirvienta que abramos las cortinas de una habitación tan elegante? Esa mujer necesita una lección que no olvidará jamás, para que aprenda a respetar a sus superiores y entienda cuál es su lugar y su posición.

—Sí, señor.

Capítulo 3

Tóxico Arthur

*Al perro que tiene dinero se le llama señor perro.
Proverbio árabe.*

Arthur no podía dar crédito a sus ojos. Incluso cuando la vio entrar, fijar una mirada furiosa en Dowson y luego lanzar la misma mirada indignada a Arthur, no podía creer lo que estaba presenciando.

Nunca antes había visto a una doncella con tanta valentía, pero ahí estaba ella, plantada en medio de su habitación con el pelo negro y brillante recogido en un moño tirante y un vestido espantoso de color marrón que le sentaba de pena. Por un instante, había creído que la joven se arrepentiría y se marcharía ante la idea de subir a las habitaciones del Duque, pero había estado muy lejos de la verdad.

—¿Qué demonios hace usted aquí? ¿Ha venido para seguir atormentándome como el ominoso cuervo que es?

—No soy un pájaro de mal agüero, muy señor mío. Soy Jane.

—Jane, ¿qué más?—Jane titubeó. Lo cierto era que no tenía un apellido que pudiera decir en voz alta, decir que se apellidaba «FitzGeorge» la delataría—. ¿Es huérfana?

—Sí, señor, soy huérfana.

—Lo que me faltaba. Una huérfana en mi habitación hará usted que el estatus de esta propiedad descienda.

—Si la presencia de una simple sirvienta sin apellidos hará que la excelentísima propiedad del Duque de Wellington pierda estatus es que quizás este no sea tan elevado como uno espera.

Arthur abrió los ojos desmesuradamente, sintiendo el dolor de su cuerpo y de su resaca con intensidad. Jamás, en toda su vida, alguien le había hablado de esa manera. Y mucho menos una plebeya fea y analfabeta. —Ha sido un error permitir que entre hasta aquí, pensé que se negaría a subir a las dependencias de un caballero, pero ya veo que usted carece de toda vergüenza. ¡Dowson! ¡Dowson!

—Mi señor —volvió a aparecer el mayordomo, que había aguardado angustiosamente al otro lado de la puerta.

—Acompañe a la plebeya sin apellido a la salida, si es necesario llamar a un lacayo para que lo ayude a empujarla, hágalo.

Jane lo observó y se dio cuenta de que estaba en las dependencias de un hombre soltero. No era la primera vez que hacía algo parecido como doncella, pues había limpiado las habitaciones de los señores en multitud de ocasiones. Pero siempre cuando ellos no estaban presentes o cuando alguien más del servicio la acompañaba. El Duque de Wellington tenía los cabellos húmedos, peinados hacia atrás, seguramente lavados a consciencia por su ayuda de cámara, y algunos mechones empezaban a rizársele en las sienes. Llevaba una bata que se intuía más allá de lo que no cubrían las sábanas de raso blanco, y un poco de su pecho estaba al descubierto, lo justo para saber que este era fuerte.

Pero de pronto vio la cama. Y súbitamente comprendió que él tenía razón. Claro que el

hecho de haberla recibido en su dormitorio no era más que otra manera de insultarla, de humillarla. Ella no lo había pensado, obnubilada con la idea de pedirle su ayuda para recuperar los derechos en su empleo.

Arthur notó que la joven ya no lucía tan valiente como antes, y recordó que la había hecho subir no solo para poner a prueba su vergüenza, sino también para tomar represalias en su contra. Por poco lo había olvidado con tanta discusión.

—Retírese Dowson —ordenó con un gesto de mano.

—Mi señor —reiteró el mayordomo como un loro, lo que le valió otra mirada airada de parte de Jane, quien obviamente tenía tan poca simpatía por su mayordomo como por el propio Arthur.

—Acérquese, Jane —pidió él, cambiando el tono de voz y apartando un poco las sábanas para invitarla a entrar—. No es usted de mi agrado, pero servirá para aliviar mis frustraciones.

—De ninguna manera —se negó ella con firmeza, cruzándose de brazos a pocos pasos de la puerta, dejando a un lado los insultos para abordar directamente el motivo de su visita—. Solo he venido a pedirle... no, a exigirle que interceda en mi favor ante el señor Adolfo. He oído que usted y él son buenos amigos. Si le habla y le explica que lo ocurrido esta mañana con la vaca y los huevos fue culpa suya, podré recuperar mis derechos en mi empleo.

—¿Qué yo haga qué? —volvió a encolerizarse el Duque de Wellington, a ojos de Jane, el hombre más irascible de todo el planeta, sin que ella estuviera dispuesta a justificarlo por el hecho de que tenía todo el cuerpo vendado, vendas que él mismo ahora estaba mostrando con un gesto algo tosco, pero efectivo, al apartar las sábanas—. Está usted dispuesta a hundirme. ¿Quién la está pagando, diga? No me extrañaría nada que el vizconde de Hallifax estuviera detrás de esto. Diga, mujer del demonio, ¿la está pagando ese mequetrefe para hundirme? Me la tiene jurada desde esa carrera con el tílburí en la que amañé su vehículo para ganar. ¡Ah, pero qué diantres! Hubiera ganado de todas formas, esa solo fue una forma de divertirme.

—Sí, supongo que está usted acostumbrado a pasar la vida divirtiéndose. Pero hay otros seres humanos, muy señor mío, que no tenemos tiempo para ello. Necesito que me ayude para que no pierda mi empleo.

—¿Qué hago discutiendo con una sirvienta? ¿Tan bajo he caído? —se lamentó él, mirando al techo.

—¿Suele pasarse el día lamentándose por cada cosa que le ocurre?

—¿Y usted suele ser tan impertinente? ¿Tan osada? ¿Descarada y maleducada?

—Solo cuando me obligan a serlo, muy señor mío.

—¿A mí que me importa que usted pierda el empleo? —volvió al asunto principal él, después de darse cuenta de que, curiosamente, Jane tenía los ojos más extraños que jamás había visto. Eran de color bronce, un color único, metálico, que pasaba del gris al marrón con facilidad y hasta alcanzaba tonalidades rojas. ¿Cómo podía tener una simple sirvienta los ojos más especiales de toda Calcuta?—. De no ser por usted, ahora estaría celebrando mi triunfo en el club, citando a lady Wood esta noche, y coronándome como el mejor duelista del Raj Británico.

—Yo no lo disparé. Tan solo fui una víctima de la ociosidad y absurdez de usted y los de su clase.

«¿De veras estaba discutiendo con una sirvienta?», volvió a pensar Arthur, pero esta vez sin manifestarlo en voz alta.

—¿Va a meterse en mi cama, Jane?

—Debería abofetearlo.

—Eso solo podría hacerlo una dama, y usted no lo es. Así que, si no va a meterse en mi

cama, váyase al cuerno de una vez. ¡Dowson! ¡Dowson!

—Mi señor —compareció el «loro».

—Dele a esta muchacha el dinero que corresponda a unos cuantos huevos. Y haga que se vaya de una buena vez. Como le he dicho, haga uso de la fuerza si es necesario si se niega a salir por su propio pie.

—¡Por supuesto que me niego a salir por mi propio pie! —Apretó ella sus brazos cruzados y plantó con más fuerza sus pies sobre la carísima alfombra persa con emblemas del Ducado de Wellington—. No quiero su dinero, ya no. No cederé hasta que no hable con el señor Adolfo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —Entró de repente el Gobernador Canning, Nathaniel. Jane se sintió avergonzada de inmediato. No era la primera vez que veía a ese hombre, pero él no la reconocía. La situación podía llevar a malentendidos de todo tipo, excepto al verdadero motivo de su visita. Su mirada azul cobalto la examinó de arriba a abajo y luego, gracias a Dios, recayó sobre el Duque de Wellington—. Me han dicho que necesitabas reposo absoluto y me he compadecido de ti, pero veo que no has tardado mucho en volver a tus malas costumbres.

—¿No tienes hijos a los que cuidar, Nate?

Jane no podía creer que ese par fueran amigos de verdad. Eran como la noche y el día. Como el mal y el bien. Lo odioso y lo admirable.

—Los he dejado con su institutriz, Emma, si de veras te preocupa saberlo —Avanzó el Gobernador del Raj Británico, haciendo brillar su pelo plateado—. Puede irse, señorita —La miró una vez más, obviamente sin reconocerla.

—Mis disculpas, Gobernador —reverenció ella, recordando lo poco que había podido aprender hasta los seis años en casa de sus padres—. Pero no pienso irme de aquí, y no porque desee molestarlo, por supuesto que no, jamás me atrevería a molestar a alguien tan importante y famoso por su bondad como lo es usted, pero necesito que el Duque de Wellington me ayude.

Arthur entrecerró los ojos mientras observaba a Jane. ¿Así que sabía comportarse con educación cuando le convenía? Era evidente que admiraba a Nate, cosa que no hacía con él, por supuesto. Se hubiera sentido celoso si no fuera porque la opinión de una pulga zarrapastrosa no le importaba en absoluto.

—¿Qué le ocurre, señorita?

—¡Vamos! ¿Ahora vamos a escuchar lo que tiene que decir una amiguita mía? —preguntó él, disfrutando con la expresión indignada de Jane al oír la palabra «amiguita». Era divertida, exasperantemente divertida, después de todo.

Ella, por otro lado, se apresuró a aclarar que no era en absoluto una «amiguita» y procedió a explicar la serie de desafortunados incidentes en los que se había visto involucrada esa mañana y las graves consecuencias para su empleo, que la habían llevado a residir en un lugar frío que podía ponerla en riesgo de contraer una neumonía u otro mal aún más grave.

—... y agradezco sobremanera que me haya dado la oportunidad de contarle el motivo de mi presencia en esta habitación, honorable Gobernador —terminó ella con un inglés bastante refinado, y con otra reverencia que obligó a Arthur a guardarse las ganas de reír ante las ansias de la joven de quedar bien ante su amigo Nate.

—Arthur, creo que lo mínimo que podrías hacer es escribir una nota firmada para que la joven pueda entregársela a su ama de llaves. Si no deseas hablar con Adolfo, al menos soluciona el asunto con el personal.

—¿Fue mi culpa que su vaca se interpusiera en la línea de tiro?

—No —negó Nate, que ahora reconocía a la joven del incidente de esa madrugada—. Pero sí eres culpable de que ese duelo tuviera a lugar, siendo algo ilegal. Y de que se le cayeran los

huevos con tu manejo temerario del tílbur. Vamos, no tardaremos nada, yo la escribiré y tú la firmarás.

Jane contempló, con cierto regocijo mal disimulado, como el Duque de Wellington cedía ante la propuesta del Gobernador Canning y salió de la propiedad bastante contenta. Ni siquiera se dio cuenta de los pasos que dio hasta la casa de los Grandes Duques de Mecklemburgo. ¡Lo había logrado! ¡Había sido capaz de exigir algo que creía justo y conseguirlo!

¡Qué amable era el Gobernador Canning! ¡Y qué afortunada debía ser su institutriz por tenerlo como señor!

¡Y qué odioso era el Duque de Wellington! Esperaba no, suplicaba a Dios, por no encontrárselo nunca más.

Llegó justo a la hora de retomar sus tareas diarias, y a pesar de no haber comido, se dirigió a la señora Blair con el sobre sellado que llevaba el emblema del Duque de Wellington. Al entregárselo, pasó junto a Jenny con una sonrisa triunfal, mostrándole la carta como si fuera un preciado trofeo.

—¿Qué significa esto, Jane? ¿Has salido sin mi autorización? —preguntó el ama de llaves, colocándose sus anteojos para examinar el sello del Duque de Wellington—. Esto no puede ser —murmuró mientras abría el sobre apresuradamente para leer su contenido. Jane disfrutó de la sorprendida expresión del ama de llaves, quien finalmente dejó caer la mano con la nota entre los dedos sobre su falda y la miró con una combinación de asombro y reprimenda—. En base a esto, ya puedes volver a tu habitación, y esta noche estarás atendiendo a las señoras. Ya no puedo sancionarte.

—¡Sí! —saltó ella de alegría.

—¡Lo has conseguido, amiga! —la felicitó Jenny en cuanto el ama de llaves desapareció de las cocinas para sirvientes y las dejó a ellas solas con el cocinero, que no les hacía ningún caso y algunos otros empleados que recogían sus platos.

—Si te soy sincera, Jenny, no estaba segura de conseguirlo. Pero algo dentro de mí —Se llevó la mano sobre el pecho—. Me decía que debía luchar contra esta injusticia. Gracias a Dios, la casa del Duque de Wellington estaba cerca, y he podido ir y venir fácilmente.

—Te admiro —dijo su amiga y se cogieron de las manos, mirándose llenas de felicidad.

Jane se vistió con su uniforme de doncella para la noche con gran cuidado, asegurándose de que su ropa estuviera perfectamente planchada, sin hilos sueltos, y de que su cofia blanca estuviera limpia y reluciente, así como sus zapatos de cuero negro bien lustrados. No podía permitirse otro error. Estiró su delantal con blondas y empezó a sonreír en cuanto las señoras llegaron al salón de mujeres, ayudándolas con su tocado, con sus vestidos y todo cuanto le pidieran para que se vieran hermosas y perfectas al entrar en el salón de baile, donde estaban el resto de los invitados. Esa noche había una fiesta enorme en casa de sus señores, en honor al señorito Adolfo, el hijo mayor de los Grandes Duques, que acababa de casarse con una joven dama de la alta sociedad. En cuanto su trabajo disminuyó, se permitió mirar hacia el salón de baile.

Los Grandes Duques estaban excepcionales. La señora se cogía del brazo del señor y Jane no pudo evitar sentir cierta lástima por ella. ¿Sabría que su esposo la engañaba con lady Wood? ¡Tan hermosa y elegante que era la Gran Duquesa! Su esposa se llamaba Catalina. Y él Federico. Ambos eran atractivos, relativamente jóvenes, con una vida lleno de lujos. ¿Quién podría saber que, en realidad, vivían una completa mentira?

Ella. Su doncella. La única persona que vivía y convivía con ellos, sabiendo que el señor era su carcelero, un secuestrador, un adúltero y que ella no era más que una pánfila ingenua.

—¿Jane? —la sorprendió la voz del señorito Adolfo detrás de ella, obligándola a girarse con espanto.

—Mis disculpas, muy señor mío. ¿Necesita que lo ayude en algo? —preguntó, extrañada, porque no era habitual que los caballeros dieran órdenes directas a las doncellas, o que entraran en la sala de señoras, aunque en esos momentos estaba bastante vacía a excepción de un par de ancianas a las que Jane había ayudado con palanganas de agua tibia para sus pies y ahora descansaban, casi dormidas.

—¿Te llamas Jane?

—Sí, mi señor —reverenció ella, acostumbrada a que los señores no conocieran su nombre, ni siquiera los propios hijos del Gran Duque.

—Tenía una deuda pendiente con el Duque de Wellington y me ha solicitado que la salde mandándote a servirlo hasta que se recupere de sus heridas —explicó el joven Adolfo, mirándola con cierta lujuria, como si imaginara los motivos del Duque de Wellington para tan sonada petición.

Jane sintió como los colores de la vergüenza le subían por la cara. —Pero su padre no me permite salir, señor Adolfo —intentó escapar.

—No tiene por qué enterarse. Hay cientos de sirvientes. Irás y saldarás mi deuda. Yo me encargaré de la señora Blair.

"Fui demasiado optimista e ingenua, como la Gran Duquesa Catalina, al pensar que el Duque de Wellington, teniendo de apodo el «caballero de plomo», dejaría que me saliera con la mía. Estaba claro que, para él, una derrota no era algo fácil de aceptar. Y mucho menos viniendo de mí, una simple sirvienta, él quería dejar de forma evidente y sin dudas, que era superior a mí en todos los sentidos y que podía hacer con mi vida lo que quisiera."

Capítulo 4

Wellington's House

En toda negociación, el hombre honrado está destinado a llevar la peor parte, mientras que la picardía y la mala fe se apuntan finalmente los tantos.

Mika Waltari.

Jane se despertó enfadada al día siguiente, cuando tuvo que volver a empacar sus pertenencias para trasladarse, esta vez, a la residencia del Duque de Wellington. En esta ocasión, prestó atención a cada paso que dio desde la propiedad de sus antiguos señores hasta la del nuevo. ¿Cómo no hacerlo cuando tenía que cargar con su propio equipaje? El «caballero desgraciado» no se había dignado a mandarle un carruaje, claro que tampoco tenía por qué hacerlo, ella solo era una simple sirvienta a las órdenes y caprichos de los nobles.

Wellington's House se erigía imponente entre exuberantes jardines. Su fachada típicamente inglesa, con columnas de mármol y una puerta tallada, revelaba un interior opulento. Los techos altos, suelos de mármol y mobiliario elegante llenaban los espacios con un aire de esplendor. Los jardines, adornados con fuentes y flores exóticas, completaban la majestuosidad de la residencia, creando un refugio sereno no muy diferente de la casa de los Grandes Duques de Mecklemburgo-Strelitz.

Esa vez, sin embargo, entró por la puerta de las cocinas, la del servicio.

—Muy bien, ha llegado usted puntual, señorita Jane —la recibió el ama de llaves, nerviosa—. Ha comenzado usted bien. Yo soy la señora Bass. La estaba esperando, pero debo informarle que Su Excelencia ha solicitado expresamente que la instalen en una de las dependencias superiores, en un cuartillo destinado para niñeras e institutrices, en caso de que las hubiera.

Jane percibió las miradas acusadoras del resto de los empleados hacia ella, mientras el ama de llaves se esforzaba por mantener la imparcialidad frente a la solicitud del Duque de Wellington. Sin embargo, todos, absolutamente todos, pensaban que ella era la nueva amante de ese hombre. Y eso era tan humillante como el hecho de que el señorito Adolfo pensara lo mismo la noche anterior.

No permitió que el bochorno se hiciera evidente en sus mejillas. —Mis disculpas, señora Bass. Agradezco la amabilidad de Su Excelencia, pero prefiero instalarme junto al resto de las doncellas.

El señor Dowson, el mayordomo, atravesó las cocinas, probablemente en camino a su despacho, y la miró de la misma manera que el día anterior: desde lo alto de su nariz prominente. Sin embargo, el hombre optó por no intervenir, ya que las doncellas estaban bajo la autoridad del ama de llaves.

—No hay ninguna habitación libre, señorita Jane —respondió la señora Bass con bastante más amabilidad de la que hubiera tenido la señora Blair—. Lo más razonable sería que se instalara donde ha pedido Su Excelencia, ya que, además, se espera que cumpla la función de cuidarlo personalmente. El Duque ha sido muy específico al decir que actuará como enfermera mientras él se recupera de sus heridas.

Ante ese razonamiento, la tensión en el ambiente y entre sus demás compañeros disminuyó.

Ya no podían afirmar con certeza que ella fuera la amante del Duque, especialmente si iba a cumplir funciones de enfermera para él; resultaba bastante lógico que se instalara cerca de sus habitaciones. Claro que la sospecha volaba en el aire, y la humillación seguía azotando a Jane de manera bastante dolorosa.

Con sus escasas pertenencias en una mano, siguió a la señora Bass hacia arriba. La señora Bass era, en contraposición al mayordomo, bastante bajita. No era entrada en carnes, era delgada, y bastante delicada, incluso Jane diría que bonita, sino fuera por su avanzada edad. Su pelo rubio era brillante y tenía una media sonrisa que sería bastante más cálida si ella no se esforzara tanto en mantenerse profesional como ama de llaves. —Me veo con la obligación de advertirla, señorita Jane, que Su Excelencia tomó láudano la noche anterior para poder dormir. El cuerpo le duele terriblemente y hoy es posible que se despierte peor, pues los golpes se habrán enfriado.

—Gracias por informarme, señora Bass —dijo ella, temiéndose un largo y arduo día con el Duque de Wellington malhumorado y aquejado por el dolor de sus brazos y sus heridas. Sobre todo, del dolor de su brazo derecho, en el que le habían disparado.



Cada rincón de su cuerpo protestaba como si hubiera sido sometido a un castigo con un martillo. El dolor más agudo se concentraba en su brazo. Aunque, por fortuna, la fiebre no se había apoderado de él y eso significaba que estaba fuera de peligro. Sin embargo y a pesar de haber descansado toda la noche y gran parte de la mañana, tras haber ingerido un sorbo de láudano, no se sentía revitalizado en absoluto. Más bien todo lo contrario, se sentía débil. Y no había cosa que odiara más Arthur Wellesley que la debilidad.

—Que Dios la ampare —le deseó el ayuda de cámara del Duque a Jane, cuando se cruzaron en el pasillo que conducía a la habitación de Wellington. Jane supo entonces que sus sospechas sobre el ánimo del señor, ya de por sí irascible, eran acertadas.

—¿Por qué demonios llega usted tan tarde, Jane? —le preguntó él, nada más cruzar el umbral de su puerta.

—He pensado que querría usted descansar esta mañana, Su Excelencia —reverenció ella, después de cerrar la puerta de la habitación sin hacer ruido. No eran más de las ocho y media de la mañana.

El Duque permanecía inmóvil, en la misma posición en la que Jane lo había descubierto el día anterior: recostado en su inmensa cama con doseles blancos, rodeado de los símbolos de su nobleza, mientras una colección de medicamentos reposaba sobre una mesa auxiliar cercana. Resultaba intrigante para Jane su soledad; había asumido la presencia de algún pariente. Sin embargo, la vasta distancia entre Inglaterra y la India complicaba el consuelo de familiares, y tal vez en Calcuta no había ninguna hermana, madre o tía que pudiera acudir a su lado.

—¿Acaso le pagan para que piense, Jane? ¡Vamos, ayúdeme a levantarme!

—Su Excelencia, según me han informado, no debería intentar ponerse de pie durante las próximas tres semanas. Se ha fracturado varios huesos a raíz del accidente con el tílburí, y es imperativo que evite mover la pierna izquierda, que ha sido inmovilizada con tablillas y vendajes.

—Veo que ha hecho sus deberes, Jane. Pero se olvida de lo más importante: me debe obediencia absoluta.

Jane apretó los ojos con firmeza y se mordió la lengua para no expresar en voz alta su

descontento por la falta de palabra y honor de ese hombre, al humillarla con su extravagante solicitud de saldar la deuda del señorito Adolfo a través de ella.

—No, mi señor, mi tarea aquí es cuidar de usted —contrapuso ella, decidida a no dejarse humillar más—, y eso incluye tratar de persuadirlo para que no continúe cometiendo absurdos que puedan afectar a su salud —Jane se acercó con diligencia a la mesita auxiliar y tomó el remedio matutino que el ama de llaves le había dicho que debía darle al Duque.

—¿Absurdes?

—Abra la boca —Jane sacó una cucharilla del bolsillo de su mandil, la llenó con un poco de jarabe y la introdujo en la boca medio abierta del Duque de Wellington con poca delicadeza, pero con eficacia.

—¡Todavía no la había abierto!

—¿Ha tragado?

Su actitud era sumisa, pero su lengua aún mantenía su agudeza y su mirada no estaba completamente fija en el suelo. De hecho, de vez en cuando, le clavaba sus ojos color bronce con bastante inquina.

—No es preciso que acompañe todos y cada uno de mis comentarios con alguna impertinencia suya, Jane. Debe dirigirse a mí con el debido respeto o mandaré a azotarla si es que no lo hago yo mismo, y no piense que estoy tan débil como para no poder hacerlo, porque le aseguro que soy muy capaz. ¿Queda claro?

Parecía no haber margen para una respuesta. Y si lo había, no estaba en posición de darla. Se mordió la lengua para evitar más problemas y se dispuso a ordenar un poco la habitación. Mientras lo hacía, percibió la mirada de él fija en su persona, aunque optó por ignorarla por completo. No era guapo, decidió. Carecía del pelo rubio y brillante de los nobles de alta alcurnia de los que ella solía quedarse prendada desde lejos. Como su padre, al que recordaba muy rubio. El duque tenía el pelo negro y los ojos del mismo color, aunque debía reconocer que sí tenía un aspecto muy masculino del que cualquier mujer se hubiera enamorado. Pero ella no. Por su parte, estaba cansada de tener que lidiar con ese tipo de aristócratas que se creían con el derecho a cualquier cosa, ese tipo de hombres absolutistas e intransigentes, como lo era el Gran Duque de Mecklemburgo, su carcelero.

—Voy a buscar su desayuno, Su Excelencia —informó, una vez hubo terminado sus labores en el dormitorio.

—Mejor que me fulmine un rayo si dejo que me sirva el desayuno en la cama como si fuera una frágil dama necesitada —expresó él, tras haber pasado los últimos veinte minutos observando a Jane moviéndose por su habitación. La joven doncella era hábil en sus labores, rápida, y ágil. Pero había algo en sus movimientos que no la hacía vulgar, o tosca. Arthur consideró que tenía una extraña manera de mantener su espalda recta, y de mover las manos de forma delicada, como si hubiera sido educada con los mejores modales. ¿La hija de algún abogado, quizás? ¿Alguna joven que había escapado de su padre autoritario para labrarse su propio camino?

—¿Tengo que volver a repetirle los motivos por los que debe permanecer en cama, Su Excelencia?

Sin aguardar réplica, dejó la estancia y se encaminó hacia la cocina en busca del huevo pasado por agua, la única elección matutina que, según la ama de llaves, satisfacía el paladar del Duque. Al regresar a la recámara del señor, sin embargo, la encontró vacía.

—Está en la biblioteca —no tardó en informarla el mayordomo, el señor Dowson, el «loro».

—¿Cómo se le ocurre ayudarle? ¿No sabe que Su Excelencia no puede levantarse de la

cama?

Pero el silencio fue su única respuesta. Jane comenzaba a percibir un temor generalizado entre el personal que atendía al Duque de Wellington. Le tenían pánico.

Lo descubrió en la biblioteca, envuelto en una bata distinta a la que llevaba cuando estaba acostado, una de satén morado. Al parecer, alguien lo había asistido para refrescarse, y ahora se sentaba con porte noble en un vasto sillón, rodeado de estanterías rebosantes de libros y en proximidad a una mesa. Tenía una expresión cínica en su rostro y hasta cruel. Aunque no la estaba mirando a ella, estaba leyendo algún documento que tenía entre manos.

Debía desempeñar su papel de enfermera sumisa y obediente, aunque le resultaba desafiante. Durante sus dieciséis años asumiendo un papel que no le correspondía, lo había llevado con notable estoicismo después de haber llorado durante meses sin éxito. Sin embargo, ese hombre lograba sacarla de sus casillas. Era todo cuanto odiaba personificado en un solo ser.

—¿Siempre se sale con la suya, Su Excelencia? —espetó, dejando la bandeja con el huevo pasado por agua sobre la mesa, cerca de él.

—¿Cómo ha sobrevivido todo este tiempo al servicio de los Grandes Duques de Mecklemburgo siendo tan imprudente? —dijo él, con una voz irritada—. Tengo treinta y dos años, Jane. Y llevo dieciséis siendo el segundo Duque de Wellington, no soporto que nadie me diga lo que debo hacer...

—Y con tantos honores y títulos sigue usted siendo un hombre empeñado en demostrar su virilidad a través de arriesgar su bienestar y su salud —lo interrumpió ella.

Arthur apretó su mandíbula. No tenía ni idea de por qué seguía soportando a esa mujer, a ese cuervo ominoso con una cofia blanca horrorosa y un mandil a juego todavía más horroroso. Debería devolverla a Adolfo junto a una nota que le demostrara su descontento con ella y una petición de que fuera castigada por sus impertinencias. Pero la había hecho venir para humillarla, para demostrarle quién mandaba y no pensaba echarse atrás.

—Este huevo está demasiado cocido —dijo Arthur, en cuanto rompió la cáscara con la cucharilla—. Vuelva y pida que hagan otro con mejores condiciones.

En realidad, estaba perfecto.

—Como guste, Su Excelencia —dijo ella con una muy falsa cortesía y salió haciendo sonar más de lo debido sus pasos.

Era innegable que su pierna le dolía considerablemente, sin mencionar el brazo. El simple acto de estar sentado en el sillón implicaba un esfuerzo notable. A pesar de ello, no tenía intención de mostrarse débil ante su servicio.

—Aquí tiene, Su Excelencia —regresó Jane minutos más tarde, con otro huevo.

—Colóquelo sobre la mesa y masajee mi cuello —ordenó, ansioso por sentir algo agradable en su cuerpo.

—¿Le duele el cuerpo, cierto? —preguntó Jane, achinando sus ojos de color bronce con cierta satisfacción.

—No, tan solo quiero seguir humillándola, quiero que aprenda cuál es su lugar, mujer del diablo.

—¿Por qué tanto alboroto por una simple sirvienta? —se acercó ella a su cuello.

—Necesito una distracción, estoy aburrido, normalmente no suelo estar en casa más de seis horas al día.

Jane sintió la tentación de sujetar aquel cuello y asfixiarlo, pero era consciente de la imposibilidad tanto física como legal. Con cierta resignación, colocó las yemas de sus dedos sobre la piel tersa del Duque, permaneciendo detrás de él y utilizando el respaldo del sillón como

una barrera entre sus cuerpos. Con habilidad adquirida por experiencia previa en masajes a las damas que visitaban a sus señores, deslizó sus manos sobre la piel, tratando de ser agradable. A pesar de su destreza, una extraña incomodidad se apoderó de ella, dificultando el proceso. Era un cosquilleo en sus yemas lo que le dificultaba la labor, una sensación que no había sentido antes con ninguna de esas señoras a las que había atendido. Era una sensación detestable. Y quiso apartarse de él de inmediato, pero no podía hacerlo sin desobedecerlo. Además, el pelo del Duque olía a una odiosa colonia varonil que se le colaba por la nariz, mareándola. Era extraño estar en esa posición con el mismísimo Duque de Wellington, pero claro, él quería humillarla. Por eso la había traído, era su pasatiempo.

El pasatiempo del gran noble aburrido tras un día de excesos en el que había terminado herido por nada importante, pero causando un desastre a su alrededor. Muy típico de los hijos de grandes personajes ilustres como lo fue el primer gran Duque de Wellington, con una carrera militar que pasaría a la historia, nada que ver con ese hombre irresponsable que estaba sentado en ese majestuoso sillón.

—¿Cuántos años hace que vive en Calcuta, Jane? —preguntó él de repente, con el matiz de su voz un tanto distinto, un poco más amable. Solo un poco.

—Hace muchos años —respondió de forma ambigua, sintiendo que el miedo la paralizaba. No podía permitir que nadie supiera su verdadero origen, ya la habían advertido de qué pasaría si se lo contaba a alguien: que matarían a su madre. Y no podía permitirlo, no podía permitir que su madre muriera por su imprudencia. Al fin y al cabo, vivir en Calcuta no era tan horrible, y debía saber conformarse y resignarse a su destino.

—¿De qué parte de Inglaterra viene? ¿Sus padres también viven en India?

—Ya le dije que soy huérfana, Su Excelencia, será mejor que vaya a buscar un taburete en el que pueda apoyar su pierna; veo que se está hinchando. Discúlpeme, ahora regreso —se apartó de él, hizo una reverencia rápida y salió corriendo en busca del taburete, siendo una excusa para escapar de la conversación. Oh, había sido un error desafiar a ese hombre, ahora estaba expuesta a su curiosidad.

Arthur se sumió en un silencio perplejo. Era claro que Jane no anhelaba discutir sobre su vida privada, pero ¿por qué le intrigaba tanto de repente? ¿Qué despertaba su curiosidad? Quizás era solo el aburrimiento, sí, seguramente era eso. El hastío se hacía notar con firmeza. Y eso le enervaba.

"Desde mi llegada a Calcuta en manos de secuestradores, me dejaron en claro que revelar mi verdadera identidad acarrearía consecuencias desastrosas, incluso la muerte de mi madre. Guardar silencio se había vuelto vital. Había luchado por lo que consideraba justo y tal vez el Duque de Wellington amenazara el equilibrio que tanto había costado mantener en mi vida. Sin embargo, debía permanecer firme si no deseaba que él descubriera mi secreto y poner en riesgo mi vida y la de aquellos que guardaba en mi memoria con tanto amor."

Capítulo 5

Miedo al cambio

Las masas humanas más peligrosas son aquellas en cuyas venas ha sido inyectado el veneno del miedo.... del miedo al cambio.
Octavio Paz.

—Todavía estoy esperando una disculpa por su parte, Jane —comentó Arthur Wellesley a media tarde, después de que Jane lo ayudara a colocar su pierna sobre el taburete, le sirviera la comida en una bandeja y le cambiara la vendas de sus heridas.

Durante esos momentos, no se intercambiaron muchas palabras. Estaba claro que Jane no tenía intención de iniciar conversación alguna. Por su parte, el Duque se hallaba absorto en responder las misivas que sus conocidos le habían enviado, ya fuera mostrando preocupación por su salud o, en algunos casos, burlándose de su situación.

—Sé que está disfrutando con esta humillación, Su Excelencia. Pero si espera que me disculpe por haber sido usted el que organizó un duelo ilegal y el que tiró los huevos de mis señores por su conducción temeraria, puede ir preparando ese látigo con el que amenaza con azotarme.

—Debo asegurarle, Jane, que nada desearía más que darle unos merecidos azotes —dijo él con tono gélido, dejando un sobre a un lado en la mesa auxiliar mientras sostenía la carta entre sus dedos con expresión agria. «Charles Hallifax», leyó ella en el remitente desde su posición en el rincón del salón, y comprendió por qué de repente el Duque de Wellington había recordado lo mucho que la odiaba—. ¡Maldición! —blasfemó él, tirando la carta sobre el sobre y Jane pudo ver como cada pelo de Su Excelencia se erizaba.

—Su Excelencia, no debería alterarse —le recordó ella, no por su preocupación hacia el estado de salud de ese egocéntrico déspota, sino para evitar que su convalecencia se alargara más de lo necesario, arrastrándola a ella a quedarse más tiempo allí, soportándolo.

—Es una invitación a la boda, se casan este sábado.

Era martes, un día después del duelo que tuvo lugar entre esos dos hombres.

—No sabía que los hombres como usted pudieran preocuparse tanto por una mujer —comentó ella, sin pensarlo demasiado.

Arthur se giró y la miró con evidente tensión en su cara. —¿Cómo dice?

—Lo siento, Su Excelencia.

—No, por favor, necesito los juicios y consejos de una simple sirvienta de rango inferior como usted, venga aquí delante.

Jane se mordió la lengua, no debería haberla movido con tanta soltura un minuto antes, pero ya era tarde.

La doncella obedeció con pasos firmes y se detuvo a un metro por delante de su sillón. Arthur volvió a maravillarse con su mirada de color bronce, pero su irritación era mayor que cualquier pensamiento positivo que pudiera albergar hacia esa «joven de cabeza hueca». —¿Y bien? —inquirió él con brusquedad—. ¿Qué tiene que decir? Dígalo, alto y claro. ¿Qué ha querido decir? ¿Cómo yo?

—Un libertino —dijo ella, de nuevo sintiendo como la lengua se le movía sola. No debería

perderse en una discusión con ese hombre, pero era demasiado odioso como para seguir tolerándolo. Casi prefería los azotes y que la devolviera con sus secuestradores.

—Le he dicho que no está aquí para reflexionar, sino para servir. Si necesito algo, haré sonar la campanilla —Arthur agarró con disgusto la campanilla que estaba sobre la mesa auxiliar de madera de sauce y la sacudió con cierta brusquedad—. Pero ya que está tan dispuesta, ¿qué puede saber una doncella de los libertinos? ¿Y cómo ha llegado usted a la conclusión de que yo soy uno de ellos?

—Llevo el tiempo suficiente observando a los de su clase como para saber distinguirlos. Reconozco a un gran caballero como lo es el Gobernador Canning y también reconozco a un caballero ocioso como lo es usted.

Y también sabía perfectamente que nada de lo que estaba diciendo correspondía a una doncella como ella. Pero ya lo había dicho y no lo hubiera hecho si él no hubiera insistido en hacerla hablar.

La biblioteca se hubiera vuelto más oscura de lo que Jane la había encontrado esa mañana si no fuera porque ella misma había descorrido las cortinas y entraba un cálido sol de media tarde a través de las ventanas, iluminando las estanterías repletas de libros, el gran escritorio de madera de sauce, y el sillón en el que estaba sentado el Duque de Wellington. Incluso la bata de color morado del caballero que la estaba mirando con expresión indescifrable brillaba de un modo peculiar.

—Ocioso no es sinónimo de libertino.

—¿Y qué me dice de la lucha a duelo por una dama comprometida con otro hombre por la mañana para pasar a la propuesta que me hizo de compartir el lecho con usted por la tarde?

—Culpable —Suspiró con fingida angustia.

De repente, Jane sintió que él estaba bromeando y le pareció un poco, tan solo un poco, agradable que lo hiciera.

—El taburete, lamento decirlo, no parece ajustarse a la medida de su pierna, Su Excelencia. Se está produciendo algo de hinchazón —mudó su enfoque, regresando a la reserva y sumisión propias de una enfermera—. Deberíamos intentar que se tumbara, para que la sangre no se le acumulara. Lleva todo el día sentado.

—Una vez más con estas tonterías. Pensé que ya habíamos dejado atrás este asunto, Jane.

—Este asunto, mi señor, es la razón por la que estoy aquí, es mi deber atenderlo.

—Si persiste en su preocupación, quizás pueda recostarme en el diván junto al fuego —señaló Arthur el magnífico diván situado frente al hogar, en el corazón de la biblioteca, cubierto con un tono morado tan profundo como la bata que vestía su señor. Jane comprendió que, pese a los esfuerzos del Duque de Wellington por mostrarse fuerte, éste estaba, en realidad, deseando aliviar el dolor de su cuerpo. Incluso había ordenado que encendieran el hogar, y no era que hiciera frío, jamás hacía mucho frío en India, pero sus heridas reclamaban la calidez de un fuego.

Jane se ofreció a asistirlo en su desplazamiento, pero él rechazó su ayuda con vehemencia, intentando erguirse por sus propios medios. Era obvio que apenas podía moverse, por lo que Jane se vio obligada a sostenerlo para llevarlo hasta el diván, gracias a Dios, no muy lejos. —¿Es usted siempre tan testarudo?

—Soy un Wellesley, esa es nuestra insignia.

«Menuda insignia», pensó ella, sin darse cuenta de que Arthur tenía sus ojos negros puestos en ella mientras se apoyaba en su hombro para moverse.

Arthur estaba convencido de que Jane carecía de belleza. O quizás era simplemente por esa horrible cofia y el delantal que la hacían ver así. Sin embargo, al apoyarse en ella, se percató de

que su rostro ostentaba un encantador perfil, con una nariz delicadamente respingona y unos labios elegantemente carnosos.

Justo cuando estaba a punto de sumergirse en más reflexiones semejantes, la puerta de la biblioteca se abrió de golpe, y Jane lo depositó en el diván antes de dar dos pasos hacia atrás, casi como buscando refugio en la distancia.

—¡Arthur! —exclamó lady Wood, rompiendo con cualquier resquicio de paz que pudiera haber habido en la biblioteca.

Lady Wood, Leslie Wood, se acercó al Duque de Wellington con un porte elegante. Lanzó una mirada poco amistosa a Jane antes de arrodillarse frente a Arthur con un gesto compungido.

—¡Arthur! —repitió con voz almibarada, llevando una mano a su generoso escote antes de abrazarlo, haciendo repicar su collar de oro con topacios—. Cuando supe que mi primo te había disparado, mi corazón se detuvo —admitió la joven de cabello dorado y mejillas naturalmente sonrosadas, con un deje de orgullo femenino que no pasó desapercibido para Jane.

Lady Wood la reconoció, nada más entrar, como la doncella de los Grandes Duques de Mecklemburgo; Jane lo vio en su mirada. Lady Wood la había sorprendido en esa habitación contigua en la que ella había quemado los bajos de su señora, justo después de que su encuentro apasionado llegara a su fin, para recomponer sus ropas antes de regresar a la vista pública. ¿Acaso no tenía vergüenza alguna? ¿No le daba vergüenza interpretar su papel de joven preocupada por su amante frente a otra persona que la había oído cometiendo adulterio? No, por supuesto que no, porque los de su clase no consideraban a Jane un ser humano, tan solo una herramienta.

—¿Qué haces aquí, Leslie? Tu primo ya se ha encargado de comunicarme las buenas nuevas —Arthur señaló la invitación a la boda que había abierto poco antes y que seguía sobre la mesita auxiliar con la que había trabajado casi todo el día.

—Oh, Arty, ya sabes que me están obligando —Leslie volvió a abrazar al Duque y Jane percibió el dolor de su cuerpo desde su esquina sombreada. ¿Esa mujer no se daba cuenta de nada? ¿Ni siquiera de lo incómodo que era que estuviera ahí?—. Ojalá pudiéramos huir juntos, como un par de amantes enamorados. Estoy segura de pasaríamos a la historia y que los cronistas empezarían a escribir sobre nosotros.

Jane no pudo evitar enarcar sus dos cejas a la vez, mientras miraba a Leslie Wood sin pestañear.

—Suena muy bien, querida, pero...

—Pero ¿qué? ¿Acaso es cierto? ¿Ya no podrás volver a mover el brazo nunca más? —parloteó Leslie, mirando con horror el brazo vendado del Duque de Wellington—. ¿Tampoco podrás andar? —Desvió su mirada vulgarmente azul hacia la pierna inmovilizada con vendajes y tablillas.

—¿Es eso lo que se dice de mí por las calles de Calcuta?

—¿Puedes perdonarme, Arthur? ¿Puedes perdonarme por condenarte a una vida de invalidez?

Jane pudo imaginar, desde su segundo plano, el rostro enrabiado de Arthur al oír esas palabras. Desde luego, no eran las palabras más adecuadas para un hombre orgulloso como lo era él. Pero el orgullo femenino de lady Wood era demasiado elevado como para darse cuenta de ello.

—¿A eso has venido, Leslie? ¿A asegurarte de que has condenado al gran Duque de Wellington a la invalidez con tus encantos refinados y recién llegados de Inglaterra? Estoy seguro de que estás disfrutando mucho cada vez que una de tus amigas de Calcuta lo comenta —

Jane abrió los ojos en ese punto. No había creído capaz a Arthur Wellesley de llegar a la misma conclusión que ella, pero lo había hecho y se sintió extrañamente complacida desde lo más profundo de su alma, aquella que disfrutaba con cada golpe a la aristocracia y a las personas como Leslie Wood.

—¿Cómo puedes decir algo tan horrible sobre mí? —se espantó Leslie, escondiendo sus verdaderas intenciones con una falsa indignación que removió sus bucles dorados a la luz de la chimenea que ardía con violencia y de los tenues rayos de sol que entraban por las ventanas—. Estoy genuinamente preocupada por ti, Arty.

—Por favor, mi madre me llamaba Arty después de tres noches seguidas bailando y apostando, y eso es algo que detesto profundamente. Lamento decepcionarte, Leslie, pero no me he vuelto inválido. Pronto, con la ayuda de una excelente enfermera como Jane aquí presente —Arthur la señaló de inmediato, haciendo que ella se sintiera en el centro de la atención por primera vez, lo cual le resultó bastante extraño e insólito. Los celos de lady Wood desaparecieron en cuanto la miró de arriba a abajo, una simple criada—, estaré de vuelta en el Taj Palace y compitiendo en las carreras de tálburi. Espero que para entonces tú seas una mujer felizmente casada con el aburrido primer vizconde de Hallifax, y yo el mujeriego del que siempre he presumido ser, disfrutando de mi vida de soltero.

Leslie Wood se llevó un pañuelo de encaje a los labios como prueba de que estaba muy afectada. —Pobrecito Arthur, pobrecito. Estás tan mal, tan adolorido, que dices cosas horribles solo para enmascarar tus verdaderos sentimientos, sé que me amas, sé que te duele. Y sé que estás enfadado.

La risa de Arthur Wellesley resonó, llenando cada rincón de la biblioteca. —Querida, no he pensado en ti desde el momento en que me brindaste tu virtud en... ¿dónde fue? Ni siquiera recuerdo el lugar. La contienda con el pusilánime de Charles no fue más que una manera de pasar el tiempo ocioso. Si preguntas, como eres nueva aquí, sabrás que no ha sido mi primer duelo y, sinceramente, espero que no sea el último. Defender mi honor en un duelo siempre me ha parecido de lo más estimulante, incluso más que arrebatarse la virtud a una florecilla deseosa de diversión. Sí, Calcuta puede ser muy aburrida para una inglesa desterrada a las colonias, algo me dice que tu familia tampoco era capaz de controlarte en tierras más decentes que estas. Pero, en fin, tu diversión conmigo ha llegado ha acabado, y Jane te acompañará a la puerta.

—¡Eres un déspota! ¡Eres cruel! Ya me han dicho que eres tóxico, que envenenas a todos los que se cruzan en tu camino, y no les faltaba razón. ¡No necesito que una criada me acompañe a la puerta!

Después de que lady Wood saliera de la biblioteca tal y como había entrado, como una tormenta, el Duque de Wellington regañó al señor Dowson por permitir que, de nuevo, una mujer se colara en su casa. El «loro» se deshizo en disculpas mientras Jane seguía en su rincón.

—Puedes dejar de esconderte ahora, Jane —le dijo el Duque, una vez estuvieron solos de nuevo—. Deduzco, por las miradas de lady Wood y por tu comportamiento, que ambas se conocen. De hecho, si mi nebulosa de recuerdos ebrios de ayer no me falla, creo recordar que mencionaste conocer a lady Wood cuando te hablé de ella.

—No la conozco más de lo que cualquier criada pueda conocerla, mi señor —replicó ella, seria.

—Soy un experto en los faroles. Cualquier jugador de cartas experimentado debe serlo, y usted miente muy mal. Frunce usted los labios cuando lo hace, y acaba de fruncirlos.

Era imposible que mintiera mal, porque lo llevaba haciendo durante toda su vida. —Entonces, debe ser usted un pésimo jugador de cartas.

—¿Cree que valió la pena arriesgar mi vida por esa mujer?

—No soy quién para juzgar, mi señor.

—Le estoy pidiendo que lo haga, Jane.

—Considero que desafiar a un duelo es una burla a la vida, sin importar el motivo que lo haya provocado. Y estoy segura, mi señor, que en base a lo que he escuchado, usted tampoco considera que valiera la pena.

—Es usted muy educada, Jane, por ser una simple sirvienta. ¿Dónde ha recibido educación?

—En el orfanato, mi señor. Tenía buenos profesores.

—Vuelve a mentir. Tengo un amigo que dirige un diario muy popular aquí en Calcuta. Y tiene una sección disponible. Siempre he querido ocuparla con algo, y se me acaba de ocurrir una gran idea.

—¿De veras?

—Una sección de rumores. Ya que no puedo ir al Taj Palace a defenderme de lo que sea que estén diciendo de mí, creo que sería justo contraatacar desde el anonimato. Sé que mi amigo me haría ese favor, sobre todo si consigo que sus ejemplares vuelen en cuestión de minutos. Y usted va a ayudarme.

—¿Yo? ¿Cómo podría?

—Empezando por contarme de qué y cómo conoce a lady Wood. Reconozco esa mirada, Jane. Ese deseo velado de atacar a los de mi clase; es el mismo que el mío, el mismo deseo que llevo arrastrando desde la niñez. Le propongo lo que nadie le ha propuesto nunca: venganza.

—Usted tiene muy poco que perder, mi señor. Y yo mucho. Además, ya le he dicho que no sé nada sobre lady Wood.

—Quítese esa horrible cofia blanca, Jane, y muestre valentía por una vez en su vida. No puede permanecer eternamente en esa esquina, juzgándose a mí y a mi clase con esos ojos de color bronce, fingiendo que no siente ni piensa nada para siempre.

—¿Por qué le importa tanto lo que yo piense, mi señor?

—Simple curiosidad.

—No me gustaría atentar contra una mujer. Y usted tampoco debería hacerlo.

—Solo he sido el entretenimiento de una joven aburrida, y usted lo sabe. Lady Wood quería exhibirse como la joven más deseada de Calcuta y lo ha logrado a través de mí.

—Y usted se dispuso gratamente a ello.

—Sí, porque jamás imaginé que un cuervo ominoso se interpondría en mi línea de tiro. Si hubiera podido disparar al vizconde de Hallifax todo habría valido la pena.

—¿Por qué odia tanto a ese hombre?

—Porque me desprecia. Me desprecia por ser el hijo inútil del Gran Duque de Wellington.

"Era una buena oferta, la única posibilidad de hacer algo que me habían brindado en años. Pero el Gran Duque solo quería satisfacer su curiosidad, matar su tiempo y quizás vengarse un poco de sus pares; mientras que yo tenía mucho que perder. Mi lugar era siempre secundario, no podía alcanzar un papel principal. Pero... ¿y si me atrevía? En cierta manera, estaría haciendo honor a mi madre si lograba burlarme un poco de la alta sociedad inglesa y su hipocresía".

Capítulo 6

Entrelazados

Las sirvientas son guardianas de secretos. Escuchan sin ser escuchadas, ven sin ser vistas.

Kate Morton.

Apenas había cerrado los ojos en toda la noche. Atreverse a compartir lo que sabía sobre lady Wood con el Duque de Wellington había sido lo más emocionante que había experimentado en toda su vida. Guardar los secretos de sus señores era una norma no escrita para toda doncella, y ella había decidido romper esa regla. De hecho, era la primera regla que rompía desde su secuestro.

—Señorita Jane, Su Excelencia la necesita en su alcoba, está con el médico —interrumpió la señora Bass mientras preparaba la infusión relajante, concebida por ella misma, para aliviar los músculos adoloridos del señor. Con el tiempo, y gracias a la influencia de otras sirvientas más experimentadas, había aprendido a elaborar remedios eficaces para ayudar a sus señores.

—Por supuesto —Colocó la tetera y una taza sobre una bandeja de plata y subió hacia las dependencias del Duque de Wellington cargada con ella, cruzando los pasillos con el suelo de mármol y pisando las moquetas rojas con los emblemas del Ducado de Wellington.

—¡Por fin llega! —oyó la voz de Arthur al entrar en la grandiosa y esplendorosa recámara del Duque—. ¿Estaba usted disfrutando de mi propiedad mientras yo sufro? Dando un paseo, ¿tal vez?

—En realidad, Su Excelencia, estaba preparándole un remedio natural para el dolor de su cuerpo.

Era su segundo día de trabajo. Pero, por alguna razón que no podía explicar, sentía que llevaba toda la vida sirviendo a ese hombre. Y no era que él fuera una persona fácil de descifrar, por supuesto que no.

Arthur se removía bajo la exploración del «curandero» como si lo estuvieran torturando, profiriendo toda clase de insultos y bajezas hacia el pobre hombre de bigotillo blanco que solo quería ayudarlo o, simplemente, cumplir con su labor.

—Señorita Jane, haga que este «curandero» se vaya de inmediato.

—Su Excelencia, el cirujano solo está intentando ayudarlo —lo contradijo ella, para sorpresa del médico e irritación del Duque.

Pese a la irritación de lord Wellington, este se quedó callado y soportó otros veinte minutos de tortura. —No se acostumbre a contradecirme en público —la advirtió él, una vez el cirujano abandonó la recámara un poco más tranquilo de lo que había entrado previamente.

—Sí, Su Excelencia —decidió empezar la mañana con su papel de criada sumisa. Lo último que quería era tener un segundo día de trabajo como el anterior, lleno de altibajos. Además, ya estaba suficiente nerviosa por la publicación en el diario que ella y el Duque habían mandado la noche anterior a escondidas, a través del señor Dowson y con mucho sigilo, como si ambos estuvieran cometiendo un delito.

Los nervios afloraban en la doncella, su sumisión repentina no se debía a un correctivo autoimpuesto, sino a la ansiedad palpable. Arthur lo percibía en sus pasos más rápidos por la habitación, en el brusco manejo de las cortinas y en el frotar constante de sus manos desnudas.

Las doncellas rara vez usaban guantes a menos que fuera una ocasión formal o hubiera invitados, lo que dejaba a la vista sus nudillos gastados. A pesar de ello, no podía tildar sus manos de feas, igual que el resto de Jane. Más bien, parecían descolocadas en su pequeño cuerpo. No era de complexión robusta ni tenía la amplitud de hombros de otras criadas. Tampoco era especialmente baja, pero, en resumen, había una feminidad innata y un encanto natural en ella, algo que la distinguía.

—Su Excelencia, el periódico.

—¿Has traído «The Calcuta Chronicle»?

—Sí, mi señor, tal y como me pidió encarecidamente ayer por la noche.

Jane no pudo ocultar su reacción; abandonó lo que sostenía y se volvió con sorpresa hacia la bandeja de plata que el señor Dowson llevaba con elegancia, como correspondía a un sirviente de su categoría, con guantes blancos. A través de los ojos bronce de la joven, Arthur captó destellos de miedo, emoción y gratificación, y tomó el periódico con sus manos marcadas por los arañazos del accidente con el tílburí.

—Puede retirarse —ordenó el Duque de Wellington mientras abría el periódico en busca de una página en concreto.

Un silencio pesado llenó la estancia de doseles azules y alfombras rojas. Jane temblaba ante la posibilidad inminente de que los guardias irrumpieran en cualquier momento para llevársela a la cárcel. Había traspasado una barrera, violado alguna regla tácita. Era su primera vez y sus manos comenzaban a sudar mientras su cuerpo se tensaba al límite.

—Jane, acérquese, por favor —volvió a hablar Arthur, con esa voz profunda y resonante, que sonaba autoritaria de forma natural a pesar de querer ser cálida por momentos, sacándola de su estado de su aturdimiento.

—Sí —obedeció, haciendo que el leve y económico «fris-fris» de sus faldas negras y su delantal blanco sonaran al mover sus piernas en dirección al lecho del Duque; naturalmente, no consideró las implicaciones o las posibles connotaciones que aquel gesto podría acarrear.

Sin duda, Arthur, astuto en ese aspecto, percibió la súbita proximidad de Jane. No era la primera vez que la tenía cerca; el día anterior, ella le había dado un masaje en el cuello y lo había ayudado a trasladarse del sillón al diván de su biblioteca. Sin embargo, en aquella ocasión, él se encontraba furioso y dolorido. Aunque aún mantenía su enfado y malestar, la irritación había cedido terreno a sus instintos más primarios. Él jamás se había aprovechado de su estatus ni de su posición de poder para abusar de sus sirvientas. Todo cuanto necesitaba siempre lo había encontrado en la calle; por esa parte, su servicio no tenía queja alguna ni jamás la tendría. Pero esa mujer, ese cuervo ominoso, y no era que él fuera precisamente un dechado de moralidad, lo arrastraba por los peores caminos desde que se le había cruzado en su vida.

Y, de nuevo, no era guapa. Pero tampoco podía decir que era fea.

—¿Por qué lleva esa horrible cofia, señorita Jane? —Ella lo ignoró por completo, con los ojos clavados en el periódico—. ¿Sabe leer?

—Sí, mi señor, un poco —replicó ella, con un deje de ofensa en su voz.

—¿Dónde ha aprendido?

—En el orfanato, mi señor.

—Uno muy bueno, deduzco.

—Sí, señor, no era lujoso, pero había buenas mujeres al cargo de él.

—¿En Inglaterra?

—Sí, mi señor.

—¿Fueron esas generosas mujeres las que la mandaron a servir en Calcuta?

—Claro, mi señor.

«Claro, mi señor». ¿Qué diablos le ocurría a esa mujer? A veces era vivaz y contestona, y otras parecía un mueble sin vida. Esa mañana, sin duda, se había levantado dispuesta a ser de lo más aburrida posible, a excepción de la pequeña réplica con el asunto del «curandero».

Sin más dilación, y sin dejar de mirarla a la cara, le extendió el periódico.

Jane, con las manos temblorosas buscó la sección que se titulaba: «El Rincón de las Murmuraciones».

"Se dice que la enigmática lady Wood, recientemente llegada a Calcuta, ha sido vista en compañía de una cohorte de distinguidos caballeros. Los rumores sugieren que su presencia ha causado un revuelo en los círculos sociales, dejando a más de uno intrigado sobre quién podría ser el verdadero galán entre su selecto grupo de acompañantes. ¿Amistad inocente o quizás algo más? Los murmullos en los salones no cesan sobre el misterio que rodea a esta enigmática dama."

—Está muy bien redactado —comentó ella, que había revelado la información, pero no había participado en la redacción de la publicación.

—Parece sorprendida.

Jane mantuvo su mirada en los ojos oscuros de Arthur y, sinceramente, no pudo evitar sentir sorpresa al descubrir que alguien como él, un completo hombre de mundo fuese capaz de redactar algo con cierto toque poético. Claro que él poseía una educación exquisita, pero no esperaba que tuviera habilidades literarias.

—Lo siento, yo...

—Señorita Jane, no sé con qué intención se ha levantado hoy, pero le ruego que deje de fingir ser la sirvienta sumisa y perfecta, me está resultando de lo más aburrida, y no es por eso por lo que la he contratado.

—Pensaba que le molestaba que le replicara y ofreciera mi opinión. Después de todo, solo deseo desempeñar adecuadamente mi labor, mi señor.

Lo cierto era que sí, que lo enfadaba mucho que esa mujer de clase baja se permitiera el lujo de hablarle con tanta soltura, pero a la vez, eso le entretenía. Y esa era una de las tantas contradicciones del segundo Duque de Wellington, haciendo honor a su apodo «caballero de plomo», tóxico y cambiante como ese mismo metal. Ni él mismo se soportaba en ocasiones.

—¿Después de desvelar uno de los escándalos más sonados de la historia de Calcuta?

Un leve rubor empapó las mejillas pálidas de Jane, y un brillo travieso cruzó el umbral de sus ojos de color bronce. Fue ese brillo, justo ese brillo, lo que hizo que Arthur Wellesley, experto en mujeres, se tensara como un zagal a punto de perder la virginidad.

—Pero no ha mencionado al Gran Duque de Mecklemburgo.

—Por varios motivos, señorita Jane. El primero, es que pretendo jugar un poco con los corazones de mis compatriotas. Quiero que la tetera hierva lentamente, que se acusen unos a otros de traidores y fornicadores y que las dudas caigan sobre lady Wood como una losa pesada.

—¿Se acuerda de cuándo me dijo que ella era el ser más puro de la Tierra, o algo parecido? —se le ocurrió recordar a ella en voz alta.

—En mi defensa diré que estaba tan ebrio que me caí de mi tálburi. Además, creo que había llegado a valorar un poco a lady Wood hasta su escenita de ayer en la biblioteca.

—Una dama desterrada de Inglaterra a las colonias para casarse con su primo, seguramente señalada por muchos, y el centro de atención de muchos rumores en Calcuta.

—Sí, en cierto punto me sentí identificado. ¿Es eso lo que quiere oír?

—No necesito oírlo, puedo imaginarlo.

—Solo lleva dos días aquí, señorita Jane, y presume de conocerme.

—Mi señor, no pretendo conocer a un Duque siendo una simple doncella.

—Continuando con la lista de motivos; el segundo es que cuando los rumores se aviven, nadie sabrá quién dijo qué, y así será más sencillo mencionar al Gran Duque de Mecklemburgo sin exponerla a usted al riesgo.

—Además de escritor, es usted un estratega.

—Detesto ese adjetivo. Mi padre fue un estratega excepcional, todos esperaban que yo siguiera su camino. Sin embargo, al ingresar al servicio militar, ya no quedaba ningún Napoleón al que derrotar.

El rostro del Duque no reflejaba ni un ápice de lástima o autocompasión al decirlo. Más bien, lo expresó como una certeza arraigada, algo que había interiorizado profundamente.

—¿Le apetece la infusión que he preparado para sus dolores?

—¿Es veneno?

—Por supuesto que no, sería demasiado evidente, ¿no cree?

Arthur dejó escapar una risa breve y varonil, lo que detuvo a Jane un instante antes de acercarle una taza humeante de infusión. Jane, con las manos cruzadas por delante del delantal, el periódico sobre la mesita, y unos pasos lejos del lecho, esperó pacientemente a que su señor terminara de tomar el remedio.

—¿Esta receta es del ama de llaves?

—No, mi señor, es mía; pero tanto su cocinera como su ama de llaves le han dado el visto bueno. Le pueden asegurar que no contiene ningún tipo de veneno.

—No lo decía por eso, aunque debería. Sino porque realmente tiene un buen sabor, además de ser muy agradable. Se nota que ha pasado usted muchos años trabajando al servicio de los demás.

Jane asintió con una media reverencia, todavía con la mente puesta en el periódico. ¡Lo había hecho! ¡Lo había logrado! Era un pequeño triunfo, pero se sentía muy gratificante. Toda esa gente le había causado un daño irremediable, acompañado de humillaciones constantes y desprecios. ¿No merecían un poco de su propia medicina? Oh, su querida madre, estaría muy orgullosa, estaba segura de ello.

Pero fuera de Wellington's House, en la residencia del primer vizconde de Hallifax, donde lady Wood se hospedaba como invitada de cortesía de su primo y futuro esposo, las cosas no transcurrían con el mismo regocijo.

—Oh, Leslie, te advertí que debías moderarte aquí en Calcuta. Esto no es Londres; la gente aquí está tan aburrida que todo se sabe a la más mínima —lloriqueó la carabina de Leslie que, a su vez era su tía anciana materna—. Tus padres te mandaron aquí por una buena razón, y me encomendaron la obligación de vigilarle. Sabes que dependo de tus padres, no logré casarme en mi juventud, y dependo de la caridad y la bondad de mi única hermana, tu madre. Si tu primo Charles se entera de esto, estamos acabadas.

—¿Quién ha podido escribir estas cosas tan horribles sobre mí? —se lamentó Leslie, releando por vigésima vez el artículo.

—No te has ganado muchos amigos desde que estamos aquí, Leslie —la anciana se llevó su pañuelo de florecitas diminutas y coloridas a la nariz y a Leslie le dio la sensación de que, en cualquier momento, su tía empezaría a usar las alas de su bonete de ir por casa; de hecho, jamás había visto a su tía sin un bonete. Intuía que tenía el pelo canoso porque se le asomaba por la frente.

—Lady Wood —las sobresaltó la voz de una doncella al otro lado de su habitación de

prestado—. El vizconde la requiere en el salón de desayunos.

Leslie palideció por un instante y luego se obligó a recuperar los colores. No podía permitirse demostrar debilidad. Como bien decía su tía, su primo Charles, por muy bajito, poco agraciado y rechoncho que fuera, era la última oportunidad que le quedaba de tener un matrimonio conveniente. Si no quería quedarse soltera para siempre y depender de la caridad de sus familiares más próximos como lo hacía su tía, con la diferencia de que ella no tenía hermanos. El futuro pintaba muy negro si no lograba convencer a Charles de que todo lo que decía ese periódico eran mentiras.

Se aseguró de estar bien acicalada y de que su vestido de día luciera lo más decente y bonito posible antes de bajar al salón de desayunos. Lo cierto era que siempre había tenido debilidad por los hombres, no era ninguna santa. Pero tenía que saber aprovechar su recién llegada a Calcuta, donde había causado bastante admiración, para tener una nueva vida. Los pequeños incidentes con el Gran Duque de Mecklemburgo y el Duque de Wellington debían quedar en el olvido.

—Buenos días, Charles —dijo ella, con una enorme sonrisa, aparentando no saber nada sobre el asunto.

—Es un consuelo que los consideres así, Leslie —respondió el caballero, ocupando el asiento principal en la larga mesa del desayuno, con una taza de té humeante frente a él y varios periódicos dispersos sobre el mantel—. Desde luego, yo no soy tan optimista.

—¿Por qué, Charles? ¿Qué ocurre? ¿Malas noticias? —Tragó saliva, forzando su sonrisita un poco más.

—Podía perdonarte tu falta de castidad considerando que el Duque de Wellington es un famoso embaucador, un hombre sin escrúpulos que atenta contra las mujeres. Pero ahora, según el «The Calcuta Chronicle», eres una dama de muy dudosa reputación. ¿Es por eso por lo que tus padres fueron tan amables al mandarme una joven inglesa?

—Charles, por favor, no creerás a un periódico antes que mí, ¿verdad? Está claro que alguien intenta perjudicarnos. Posiblemente... sea el mismísimo Duque de Wellington.

—Entre las múltiples cualidades del Duque, cuesta imaginar que la literatura o la redacción estén entre ellas —comentó Charles con un matiz de sarcasmo. Nunca había soportado a Arthur Wellesley, Duque de Wellington, cuya fama se sostenía únicamente en los logros de su padre. De hecho, lo detestaba. Sin más méritos que una labia elocuente, una presencia varonil y un atractivo irresistible para las mujeres. No como él, cuyos éxitos habían sido producto de su propio esfuerzo, de su excelsa mente. Su familia no era precisamente opulenta, aunque contaban con cierta fortuna como primos segundos de la familia de Leslie, quienes tenían una pequeña baronía. Él había logrado destacar gracias a su magnífico trabajo en las colonias, ganándose por mérito propio el título de primer vizconde de Hallifax, otorgado por la mismísima reina Victoria. Era un comerciante, un político, y un magnífico mediador.

—Charles...

—Leslie, sé que no soy precisamente un hombre agraciado. Pero tengo éxito en muchos otros aspectos de mi vida. No espero que mi esposa haga un acto de caridad al casarse conmigo.

—Oh, Charles, te prometo que todo son embustes. Nada más que patrañas; desde hace años que he oído a hablar de tus logros —comenzó ella a elogiarlo, sabiendo que la debilidad de Charles era la arrogancia—. Y siento afecto por ti, más allá de una apariencia física. Te admiro por tu inteligencia.

La carabina entró en ese preciso instante en el salón de desayunos, cumpliendo con su obligación, y Charles asintió. —Está bien, Leslie. Quiero confiar en tu palabra —se relajó él,

desviando rápidamente los ojos hacia el prominente busto de Leslie—. Al final de cuentas, tu padre fue el que financió los inicios de mi carrera —La volvió a mirar a los ojos—, estoy en deuda con él. Ahora, si me disculpas, iré al Taj Palace, seguro que los caballeros estarán esperándome con ansias y debo aclararles que todo esto no son más que embustes por parte de alguien que quiere desprestigiarme. Después de ganar a Wellington en el duelo y de darnos honor, la envidia consume a muchos. Ahora soy el triunfador, un héroe que defendió a su prometida, y es lógico que haya caballeros que quieran empañar mi buena fama.

—¿No fue el Duque de Wellington quien erró el tiro por culpa de una mujer? —susurró su anciana tía en cuanto Charles abandonó la estancia y las dejó a solas.

—Déjalo, tía, que se hinche como un pavo si quiere. Mientras no cancele la boda, por mí como si se considera el mismísimo Robin Hood.

—Esperemos que no haya más publicaciones hasta el sábado, querida. Tienes suerte de que él sea tan fácil de manipular y de que esté deseoso de que una mujer como tú le regale sus atenciones —zanjó la anciana mientras amabas se sentaban para desayunar.

Capítulo 7

Los Miserables

¡Nunca es fácil ser una sirvienta, señorita!
Downton Abbey.

El Gobernador Canning apareció ese mismo miércoles por la tarde. Entró en la biblioteca de tonos morados en Wellington's House después de ser anunciado por el señor Dowson y de que Jane se hiciera a un lado.

—Buenas tardes —dijo Nathaniel, ocupándolo todo con su espacio y su sombra—. Veo que estás de mejor humor, Arthur.

El Duque miró al recién llegado con un destello sarcástico en los ojos antes de responder.

—¡Ah, claro! Ya que mencionas el humor, supongo que mi alegría aumentó al saber que mis amigos se divierten apostando por mi desgracia en el Taj Palace. Craig y Liam han venido a restregármelo esta mañana. Realmente, es todo un deleite saber que tengo esa clase de compañía.

Nathaniel arqueó una ceja ante la respuesta mordaz, pero no se inmutó y se sentó. La conversación siguió entre ellos mientras Jane observaba discretamente desde su rincón sombreado. Aunque el Duque no lo admitiera, Jane estaba segura de que sus infusiones habían contribuido a su leve mejora de humor. Claro que, la sutil venganza del periódico también había ayudado a disminuir sus quejas, al menos por ese día.

—No suelo frecuentar el Taj Palace y tampoco hago apuestas, ya lo sabes, pero hoy he pasado por ahí y estaban todos muy alterados —comentó Nate—. Al parecer, el honor de lady Wood vuelve a ponerse en entredicho, y esta vez no tienes nada que ver, por muy sorprendente que sea.

Jane percibió un ligero movimiento en el amplio sillón, indicando que el Duque se inquietaba ligeramente. Sin embargo, en esa ocasión, el Duque de Wellington no era el culpable directo de las desventuras de Leslie Wood, al menos no de manera causal. Él solo se había limitado a difundir la información. No era el protagonista de ella.

—¿Qué ha ocurrido con la dulce y pura lady Wood? Pensaba que, a estas alturas, ya estaría ultimando los preparativos de su boda con el excelso y magnánimo Charles.

—No suelo prestar atención a los rumores que circulan por Calcuta, pero en esta ocasión, considero que tienes derecho a saberlo. Al parecer, se murmura que la joven podría haber estado involucrada en más de una relación amorosa. Los caballeros del club, a pesar de los esfuerzos del vizconde de Hallifax por desmentir la publicación del diario en el que su prometida salía mencionada, han comenzado a señalarse entre ellos y hasta han abierto una nueva lista de apuestas para especular sobre los amantes a medida que se confirmen.

—Entonces no fue solo por el «feni» que sentí algo extraño esa noche. Digamos que la vía estaba demasiado abierta por ser la primera vez que alguien la cruzaba.

—No deberías hablar así de una dama —lo reprendió Nate.

—Si nos referimos a lady Wood como «dama» únicamente por ser hija de un barón, bien, puedo aceptarlo, pero no puedo respetar a una mujer que parece entregarse con tanta facilidad. Es sorprendente la hipocresía de nuestra sociedad, Nate.

—Esa mujer ofrece con tanta ligereza lo que tantos hombres aceptan con la misma

facilidad —replicó Nate y Jane estuvo de acuerdo con esas palabras. Quizás lady Wood no fuera la mujer más amable ni bondadosa del mundo, pero ese comentario, en su opinión, estaba completamente fuera de lugar. Claro que tampoco era un comentario extraño, era comúnmente aceptado que las mujeres fueran las culpables de todo acto obsceno en el que estaban implicadas. Lo extraño era que el Gobernador pensara de un modo más amplio.

—¿Quiénes son los otros amantes de lady Wood? —cambió de tema Arthur y Jane recordó lo que le había contado el día anterior, la estrategia a seguir. Ahora, tenían que salir muchos nombres y ellos podrían mandar una segunda publicación al «The Calcuta Chronicle».

—Me parece que la lista puede extenderse hasta Londres. Antes de que ella viniera aquí, al parecer, ya había tenido un asunto no concluido con un tal William Stanley.

—¿Stanley? ¿Del condado de Derby?

—El mismo.

—¿Y aquí? ¿En Calcuta?

—En Calcuta han sonado muchos nombres, la mayoría disparatados.

—¿Entre ellos...?

—El respetable y casado Gran Duque de Mecklemburgo. Algunos afirman haber avistado a lady Wood entrar y salir de la residencia del Gran Duque en repetidas ocasiones, especialmente cuando la Gran Duquesa se encontraba de visita entre sus amistades o simplemente ausente.

—Supongo que el tema está causando furor.

—Ya te lo puedes imaginar —Se hizo una pausa en la conversación—. El señor Dowson me ha dicho que estabas con tu enfermera, ¿está ella descansando?

Jane estaba acostumbrada a parecer invisible. No solo por su labor, sino porque sabía cómo pasar desapercibida.

—La tienes ahí mismo, en el rincón —dijo Arthur, haciendo una seña con los dedos que provocó un pequeño sobresalto en Jane.

Los ojos cobalto de Nate recayeron en ella por primera vez. —Pero ¿qué? Arthur, ¿se puede saber qué hace la doncella de los Grandes Duques de Mecklemburgo haciendo de enfermera para ti? ¿Acaso no mandamos una nota para que su ama de llaves la perdonara? ¿Su ama de llaves no la perdonó, joven?

Jane titubeó.

—Adolfo me debía una y la señorita Jane está cumpliendo con su deber de ayudarme mientras esté así —contestó el Duque de Wellington por ella.

—¡Vaya! ¡Pero no era en lo que habíamos quedado! ¿Tan difícil es para ti perdonar a alguien, Arthur? Ya puedo imaginar que la estás usando como modo de distracción a la par de que te lucras con una extraña venganza contra una mujer cuyo único mal fue perder el control sobre una vaca.

—No me hables de perdón, Nate, cuando tuve que perdonarte que mataras a mi hermana por regalarle un caballo que, a todas luces, ella no era capaz de montar.

Un silencio sepulcral se abatió sobre la biblioteca, envolviéndola en sombras. Jane apenas pudo contener el nudo en su garganta desde su rincón. Había escuchado que el Gobernador era viudo y que tenía la responsabilidad de cuidar a cuatro hijos. Pero no sabía, hasta ese instante, que la mujer que perdió el Gobernador fuera la hermana del Duque. Esa era la razón por la que ese par, tan opuesta entre sí, eran amigos. Ahora tenía más sentido.

—Tara y yo fuimos muy felices, Arthur, mucho más de lo que tú lo serás jamás con tu corazón negro —replicó Nate con la voz dolida, y sin más explicaciones ni respuesta alguna, el Gobernador abandonó la biblioteca.

Arthur se dio cuenta de que Jane lo observaba con esa mirada crítica que tantas veces le dirigía. Reconoció las señales de que estaba emitiendo un juicio sobre su persona: el ceño fruncido, las manos apretadas por encima del delantal y su mirada de bronce llena de indignación.

—No estoy de humor para sus juicios, Jane.

—No he dicho nada, Su Excelencia. Pero le recuerdo que esta misma mañana me ha pedido que no sea una sirvienta sumisa y callada, empiezo a confundirme respecto a mis obligaciones con usted.

—Su trabajo consiste en lo que yo le diga en el momento que lo diga. Si por la mañana me apetece que hable, hablará. Y si por la tarde me apetece que guarde silencio, callará.

—Será mejor que vaya a arreglar su recámara por si decide regresar a ella —Dio un paso hacia la puerta.

—No se le ocurra salir de aquí, Jane. ¿Acaso me ha pedido permiso?

—Pensé que estaba usted de mejor humor —Jane se plantó sobre sus pies y lo encaró de nuevo.

—Una cosa es que esté de mejor humor y otra es tolerar que alguien me critique abiertamente por mis decisiones. Yo decido a quién contrato y a quién no.

—Pensaba que el Gobernador era su amigo y que tenía cierto derecho a comentar sobre sus decisiones.

—Yo no tengo amigos.

Jane contempló los ojos oscuros y llenos de veneno de Arthur. —¿En qué puedo ayudarle, Su Excelencia?

—¿Es capaz de hacer algo más que permanecer de pie con esos desgastados harapos y emitir juicios que nadie le ha solicitado?

—No —negó, decidida a no darle satisfacción fácilmente. ¿Por qué tenía que ser tan desagradable? A veces, parecía merecer compasión y entendimiento, pero cuando se topaba con sus ojos crueles y sus comentarios mordaces, cualquier simpatía desaparecía. Arthur era un hombre mal educado, egocéntrico y caprichoso, guiado por sus propios caprichos y sin ninguna consideración por los sentimientos de los demás. Si alguna vez, esa mañana, hubo algún destello de conexión entre ambos por la publicación en el diario sobre Leslie Wood, ahora parecía como si un abismo lleno de hielo y tiburones hambrientos los separara.

—Vamos, piense en maneras de entretenerme.

Era consciente de estar actuando como un idiota con Jane, una vez más. Recordaba el pequeño momento de cercanía esa mañana, a pesar de sus diferencias sociales, ambos celebrando sus logros con el diario y él saboreando su dulce té con cierto placer. En ese instante, deberían estar riéndose por lo que Nathaniel les había comentado sobre el Taj Palace y los rumores que surgían alrededor de Leslie Wood. Pero Nate lo había arrastrado de nuevo a ese pozo de amargura y de odio en el que solía vivir. ¿Cómo se atrevía a cuestionarlo frente a su servicio sobre sus decisiones en su casa? ¿Cómo se atrevía a hablar de perdón cuando le había costado tanto perdonarlo por la muerte de Tara? Al fin y al cabo, Tara seguiría viva si Nate no le hubiera regalado ese endemoniado caballo. Él no había tenido una gran familia amorosa, y jamás la había deseado, pero Tara, su hermana mayor, habría estado con él en esos momentos en los que tenía una herida de bala y una pierna rota. Seguramente habría tenido que escuchar sus regañinas durante un buen rato y luego lo habría colmado de atenciones. Además, Tara era la mujer más hermosa y dulce de toda Calcuta. Era Tara.

Jane observó la modesta biblioteca, no muy extensa pero llena de encanto. Se dirigió a una

de las estanterías y examinó los títulos que allí reposaban. No tenía ni idea de cómo entretener a un hombre como Arthur, y aunque no tenía ningún deseo de ser el objeto de su mal humor y su aburrimiento, lo cierto era que tampoco podía desobedecerlo de forma directa.

Entre los volúmenes cuidadosamente ordenados, encontró un ejemplar encuadernado en cuero desgastado con letras doradas que destacaban: "Los Miserables" de Víctor Hugo. Con delicadeza, tomó el libro y se acercó al Duque de Wellington, quien permanecía en el amplio sillón.

—¿Le gustaría que leyera? —Mostró el ejemplar al Duque, titubeante—. Hace años que no leo en voz alta, pero quizás pueda intentarlo.

—Si no pretende martirizarme los oídos, adelante. Pero dudo mucho de sus habilidades como lectora; no es algo que las doncellas suelen dominar.

Jane frunció el ceño, añadiendo una pequeña línea imperceptible que ya había marcado en su rostro por la constante repetición. No era una marca muy evidente, simplemente un leve rastro, testigo de su fuerte carácter al que se veía forzada a moderar día tras día. Ignorando los desprecios de su señor, se sentó en una butaca delante de él, donde en medio había la mesita auxiliar en la que él solía trabajar ahora que estaba recuperándose de las heridas, y empezó a leer.

—*En París, la ciudad de la luz y la alegría reinaba la intranquilidad. Era el año 1817. Pasaba algo inusitado y extraño en un pueblo que, siempre en revuelta, conmovido por todo y por nada, va de alegría en alegría y de agitación en agitación...*

El Duque aprovechó que Jane estaba concentrada en el libro para observarla con más detenimiento. Era evidente que ella intentaba adoptar una postura más refinada; sus gestos no eran groseros, pero se notaba la ausencia de instrucción en ellos. El ritmo de la lectura era algo irregular, tal como ella había señalado, debido a la falta de práctica. Aun así, no leía mal y su voz era suave y agradable. Incluso los pequeños tropiezos con algunas palabras podían considerarse encantadores. En esa postura, sus pestañas largas y oscuras proyectaban sombras sobre sus mejillas ligeramente sonrojadas, quizás un tanto avergonzada por estar leyendo frente a él, mientras sus manos se aferraban firmes a las páginas del libro, como si temiera que pudieran temblar en cualquier instante. Era una mujer hermosa. Ahora, ya no podía relacionar la idea de la fealdad con ella.

—*El duque iba en una litera y atrás venía la duquesa. Los dos esperaban algo espantoso. Dejaban en Montfermeil a su hija, que acababa de cumplir dos años. Tenían que ir a Inglaterra y confiaban a los Thénardier, posaderos de Montfermeil, a la pequeña Cosette. El duque respaldado por la alta dignidad de sus cabellos grises, por sus modales perfectos y por los cincuenta y cinco años que exhibía en su pasaporte, se llamaba... ¿Leo bien, mi señor?*

—Sobre todo, me gusta la obra. La historia de una joven que es hija de una mujer de dudosa moral, y que tiene que ser entregada a unos malos hombres. Gracias a Dios, luego Jean Valjean la adopta y termina casándose con un hombre honorable. En la obra saltan dos cosas a la vista: el orden social perpetúa la pobreza y obliga a las personas más desfavorecidas a corromperse. Al mismo tiempo, el sistema de justicia se ensaña contra quien viola la ley, sin advertir cuán responsable es de las iniquidades. Víctor Hugo implica que la ley de los hombres, más que buscar el bien común, busca el castigo. ¿La conocía usted esta obra?

—No, mi señor, no he tenido la oportunidad de leer mucho. Prácticamente no he leído nada en mi vida, pero este libro, el título... me ha llamado especialmente la atención.

—¿Se siente miserable, Jane?

—Pienso que todos lo somos en cierta manera, Su Excelencia.

—Buena reflexión. Por eso me gusta, Jane.

Jane abrió los ojos sorprendida. No esperaba un elogio después de cómo él la había tratado minutos antes, pero con ese hombre, nunca sabía qué esperar. Preferiría enfrentar una bala de plomo en el corazón que estar cerca del Duque de Wellington. Por lo que suspiró y volvió a lectura, y no dejó de leer hasta la hora de cenar, ambos se sumergieron en el mundo de Víctor Hugo con sumisión y silencio absoluto. Jane también fue mejorando la dicción a medida que pasaba las páginas, leyendo cada vez mejor y Arthur cabeceaba en el sillón calmado.

"El deleite de recitar en voz alta un libro inundó mi ser, pero recibir la aprobación del propio Duque de Wellington por mi lectura fue un consuelo que me reconfortó plenamente. Después de haber reunido coraje para contribuir en la publicación del diario, el permiso para realizar algo distinto a trabajar me brindó la posibilidad de entrever que, quizás, la esperanza no estaba totalmente perdida; que existía una mínima posibilidad de algo más para mí. Que, quizás, no fuera tan miserable como me había sentido durante dieciséis años. Y eso era extraño, porque el Duque era clasista, insoportable, altanero y decía cosas muy hirientes, pero era el único señor que me había permitido hablar, dar mi opinión y hacer algo diferente a obedecer."

Capítulo 8

Atracción compartida

Fui la esposa de un comandante y, antes de eso, de un comerciante de ultramar. He llevado la ropa de otras mujeres. Mi cuerpo es un mapa de humillaciones. Fui libre en otro momento, pero ahora no tengo más libertad que un tributo, entregada en matrimonio para sellar la alianza de una familia poderosa.
El cuento de la criada.

Se encaminaba hacia el dulce abrazo del sueño cuando, de repente, su apacible rincón se vio interrumpido por suaves golpes en la puerta, rompiendo la serena armonía de la estancia solitaria. Aquel cuarto se erigía como su propio santuario personal, siendo esa la primera ocasión en que no compartía el espacio con ninguna otra compañera. Aunque desprovista de lujos ostentosos, la habitación, situada en la distinguida planta de los señores, emanaba una sutil elegancia perceptible en cada detalle.

—¿Sí? —inquirió ella, desconcertada, ataviada con su sencillo camisón de dormir y su cabello negro trenzado. Optaba por prescindir del gorro nocturno, ya que, durante el día, la cofia que llevaba le causaba estragos en su exuberante melena. En un gesto de vanidad destinado únicamente a su propio deleite, pues nadie más la contemplaría, por las noches acariciaba su cabello con mimo y lo trenzaba. Su cabellera, ondeante, densa y sedosa, le complacía contemplarla en todo su esplendor, justo como había visto a su madre hacerlo tiempo atrás.

—Soy yo —resonó la voz profunda y grave del Duque, y su corazón dio un salto, quedándose suspendido en su garganta.

—Mi... —balbuceó Jane, cosa que le pasaba muy poco, llevándose las manos al pecho. Era completamente impropio y escandaloso que un noble se presentara personalmente en la habitación de una doncella y jamás le había ocurrido algo similar—. Mi señor, ¿en qué puedo servirle? —inquirió, manteniéndose a una distancia prudente de la puerta.

Se habían despedido después de su colaboración en la cena. El sirviente designado, el ayuda de cámara, debía de haber sido el encargado de acompañar al señor a sus aposentos. ¿Qué hacía él allí ahora?

—¿Piensa abrir la puerta o deberé entablar una charla con la madera?

¡Qué osadía! Jane se apresuró a cubrirse con su bata, la cual la acompañaba desde hacía una década, impoluta, aunque claramente desgastada. Con suma precaución, entreabrió la puerta apenas unos centímetros, mostrando únicamente uno de sus ojos por el hueco. Vislumbró al Duque sostenido sobre una especie de palos, visiblemente dolorido por tener que estar de pie.

—¿Acaso se halla indispuerto? —preguntó ella con un tono de preocupación mezclado con cierta indignación, si el Duque precisaba de su ayuda bien podría haber ordenado a alguien del servicio que fuera en su búsqueda.

—Hace poco me trajeron estos ingenios para asistirme en la movilidad —Señaló dos grandes palos sobre los que se apoyaba—. Fueron entregados por Liam; parece ser que es uno de los pocos que ha apostado a que no perderé la pierna y anhela mi pronta recuperación para hacer efectivas sus apuestas —no obtuvo respuesta por parte de la criada, quien continuaba sin comprender la presencia del Duque—. Son las diez y media; si nos apuramos, aún podemos

enviar nuestra última publicación al "The Calcuta Chronicle". Sé que mi amigo no concluye con el nuevo ejemplar hasta la madrugada.

—Su Excelencia no requiere de mi ayuda; ya le proporcioné toda la información que poseo sobre lady Wood.

—Voy a nombrar al Gran Duque de Mecklemburgo-Strelitz.

—Me lo imaginaba, Su Excelencia.

—Será mejor que prepare una de sus infusiones relajantes y me la traiga a la biblioteca, quiero que sepa lo que voy a publicar.

Deseaba oponerse, más desconocía el arte de la negación en ese instante. No se trataba de carecer de coraje o de habilidades verbales, sino más bien de encontrarse en un terreno desconocido, sin saber cómo reaccionar sin desencadenar un conflicto más profundo. Al fin y al cabo, estaba allí para servir y nadie le había hablado de un horario. De hecho, no existía ningún horario escrito para las criadas. Debían trabajar cuando se lo requerían. Pero aquello no le parecía trabajo en absoluto y eso era lo que la confundía más.

—He de volver a ponerme el uniforme, Su Excelencia, no tardaré —Intentó cerrar la puerta, mas el Duque lo impidió con uno de los bastones que portaba para sostenerse, colocándolo en el hueco de la puerta para bloquear su cierre.

—No preciso que se ponga el uniforme, señorita Jane —se dirigió a ella de un modo más formal, como si con ello quisiera sonar respetable y decente—. Tampoco quiero esperar a que lo haga, solo quiero que baje a las cocinas, prepare la misma infusión que me ha dado durante todo el día y suba a la biblioteca para oír lo que voy a escribir.

Arthur Wellesley era consciente de que sus palabras sonaban más inapropiadas y autoritarias de lo que jamás habían resonado. La irritación que lo había abrumado durante ese par de días, al aceptar la realidad de su condición, se había aliviado ligeramente gracias a los dos bastones que Liam había tenido la amabilidad de llevarle. Era un hombre inquieto y vigoroso, que llenaba sus jornadas con una variedad de ocupaciones, la mayoría de las cuales involucraba actividad física, como la equitación, el críquet, carreras con el tílburí o... sí, incluso el baile, aunque evitaba cuidadosamente el vals. Las aventuras amorosas eran, por supuesto, una de sus ocupaciones preferidas. Un pasatiempo que podía llegar a ser tan apasionante como cualquier otra actividad vigorosa. Pero no estaba buscando nada eso, por extraño que fuera, en la puerta de su criada. Y ni siquiera se acordaba de sus pensamientos durante el día, en los que había sido más que halagador con Jane, encontrándola incluso bonita.

Simplemente, su ánimo había mejorado de manera drástica, recordándose a sí mismo que tenía una tarea pendiente: hundir por completo al primer vizconde de Hallifax. Para llevar a cabo ese propósito, disfrutaba de la compañía de Jane, quien, a pesar de ser la mujer más aburrida, insípida, crítica e insoportable que jamás hubiera conocido, se había vuelto indispensable durante su convalecencia. Sin ir más lejos, la tarde de lectura no había sido nada desagradable.

Y, de cierta manera, sentía que le debía un mínimo de consideración después de cómo la había tratado tras la visita de Nathaniel, a quien, por cierto, debía enviarle una carta explicativa. Pedir disculpas no era precisamente algo que Arthur Wellesley hiciera con facilidad, pero quizás era hora de ver a sus sobrinos. Invitarlos a pasar el próximo fin de semana, que estaba a punto de llegar, serviría como chivo expiatorio, pues no soportaba a los niños de ninguna clase, ni siquiera a los hijos de Tara.

Jane FitzGeorge no había cometido ninguna acción indecorosa en toda su vida. Ni siquiera había susurrado más allá de lo necesario sobre un hombre, ni le había dirigido miradas más allá de lo estrictamente profesional o necesario para la vida diaria. Por lo que atender al Duque en

bata y con el pelo trenzado le parecía lo más provocador, inmoral y desvergonzado que había hecho jamás.

Aun así, tal vez impulsada por la impaciencia de él o motivada por su inocencia en esos asuntos, terminó cediendo. Después de todo, el Duque nunca mostraría un interés real en ella más allá de dedicarle algún comentario inapropiado, como lo había hecho el primer día que se presentó en su casa. Sin embargo, eso ocurrió cuando él estaba notablemente enfadado, y desde entonces no había presenciado ni escuchado nada similar. Ella solo era una criada, una mujer vulgar a la que ese hombre usaba como entretenimiento durante su encierro. Nada más. Terminar con su trabajo lo antes posible era lo mejor.

Descendió a las cocinas tan pronto como él se retiró a la biblioteca, ahora desierta, y preparó la infusión para el Duque. Una vez lista, ascendió las escaleras hasta la biblioteca, donde unas pocas velas proporcionaban una tenue luz en la mesita auxiliar donde Su Excelencia estaba entregado a la escritura.

—Déjelo ahí —ordenó él, señalando otra mesita auxiliar al otro lado del sillón morado en el que estaba sentado, sin mirarla. Ella obedeció y aguardó pacientemente, con las manos entrelazadas por delante de su bata, como era su costumbre—. Léalo —imperó Arthur después de bastantes minutos de silencio absoluto, entregándole el papel y, por ende, alzando la cabeza para mirarla.

Jane aceptó el escrito entre sus manos, ajena al hecho de que el Duque se había detenido en seco.

Arthur Wellesley nunca antes había contemplado una bata de dormir tan deslucida. Jane lucía una especie de bata negra, notablemente desgastada, con el cordón maltrecho por el constante uso. Era un espanto, y los bordes del camisón blanco que asomaba por los bajos de la bata, tampoco auguraban nada mejor. Aun así, a pesar de ser la indumentaria de dormir femenina más desfavorable que había presenciado en su vida, y había sido testigo de bastantes, su criada le pareció, no solo una mujer bonita, sino atractiva.

Tuvo que pestañear en dos ocasiones para asimilar que el cuervo ominoso y desagradable que se interpuso en su camino, sacándolo de sus casillas con su impertinencia y falta de modales, se había metamorfoseado de repente en una mujer voluptuosa de cabello largo y negro, impecablemente trenzado en una única trenza larga y densa que le caía por encima de su pecho y se perdía a la altura de su cintura. ¿Con que era eso lo que escondía Jane debajo de su horrible cofia blanca? No solo tenía una cabellera demasiado tentadora para cualquier hombre, sino que los mechones ondulados que no había logrado trenzar, le enmarcaban el rostro con dulzura e inocencia. Un rostro que, ahora sin cofia, lucía más radiante y delicado, y terminaba en un cuello pálido. El cuello era algo que tampoco se le veía a Jane durante el día, pues su uniforme se encargaba de ocultarlo, pero ahora estaba al descubierto, y dibujaba una curvatura perfecta.

Jane no ostentaba una estatura notablemente elevada. Tampoco se asemejaba a una flor delicada; los efectos de su arduo trabajo se dejaban notar en su complexión. No obstante, no era de constitución robusta; más bien, bajo la desafortunada bata, se insinuaban unos muslos generosos y fuertes que podrían obrar maravillas si...

¡Qué caray! ¿En qué diablos estaba pensando? No la había llevado allí para mirarla como un tigre de bengala hambriento. Sí, era un sinvergüenza, pero no hasta ese punto. Hasta él tenía sus límites. O eso quería creer. ¿Seducir a una sirvienta? ¿De veras sería capaz de hacer algo similar? Estaba lo suficientemente aburrido como para hacer cualquier locura, pero no estaba convencido de querer cruzar esa línea. Y, a decir verdad, teniendo en cuenta la fuerte personalidad de Jane, dudaba mucho de que ella aceptara una aventura amorosa.

La observó morderse suavemente el labio inferior, quedando él hipnotizado por el rastro de humedad que dejó. —Si me permite sugerir, Su Excelencia —elevó ella la vista del papel y lo miró directamente a los ojos, sacándolo de su ensoñación—, podría considerar la inclusión de más nombres, además del Gran Duque de Mecklemburgo-Strelitz, para que no resulte demasiado evidente ni directo.

—¿Se piensa usted sumamente astuta, verdad, Jane? —inquirió él, reviviendo la insufrible naturaleza de esa mujer y el hecho de haberla traído para que lo sirviera, como una forma de vengarse después de haberlo desafiado. Sin embargo, ¿realmente estaba buscando venganza? Lo cierto era que él había desplegado todo su mal humor el primer día, pero ese día parecía estar mostrando un lado más amable con ella. Jane no llevaba más de dos días en su propiedad, pero le parecía una eternidad.

Jane frunció la línea casi imperceptible de su ceño y cubrió sus ojos de color bronce con una capa espesa de irritación, mudándolos a un tono más rojizo. —Pensé que querría oír mi opinión, ya que me ha hecho abandonar mi lecho para acompañarlo en su escritura. Empiezo a pensar que sus cambios de humor son realmente preocupantes, Su Excelencia. Quizás haría bien en comentárselos al doctor cuando vuelva mañana a revisarlo.

Arthur llegó a la conclusión de que esa mujer tenía la capacidad de hacer morder el polvo al mismísimo diablo. Podía ser tan cortante como el filo de un cuchillo si se lo proponía.

—¿No sonríe usted nunca, Jane?

—Cuando estoy contenta, mi señor.

—Entonces, debo de estar perdiendo mis habilidades con las damas, pues no la he visto sonreír ni una sola vez. Y, por lo general, le aseguro que las mujeres suelen derretirse en sonrisas a mi alrededor.

—Estoy convencida de ello, Su Excelencia. Pero temo decir que yo no soy una dama pusilánime cuyo único propósito en la vida es hallar un buen partido con el que casarme. Eso me libra de tener que sonreír forzosamente ante un caballero que lo único que me provoca es dolor de cabeza —Jane se mordió la lengua en ese punto; de nuevo había hablado de más. Pero Arthur Wellesley conseguía que todos sus propósitos de ser una sirvienta sumisa se arruinaran en segundos. Había sido lo suficiente tolerante como para no responderle de malas maneras cuando le pidió que lo ayudara a esas horas de la noche y con la ropa de dormir.

—¿Quiere decir que eso es lo que provoco normalmente en las de su género, pero que hacen un gran esfuerzo por disimularlo?

—Es posible, Su Excelencia. Como hemos comentado esta tarde, todos somos miserables de una manera u otra y esas mujeres puede que lo sean y no lo demuestren.

—¿Quiere decir que hago a las mujeres miserables?

Jane esbozó una sonrisa casi sin querer, nerviosa. —¡Ah! —exclamó el Duque—. Aquí está su preciada sonrisa; parece que ser cruel conmigo la hace emerger.

Jane exploró el entorno con la mirada y advirtió que las cortinas se encontraban corridas. Las velas, poco a poco, cedían ante el paso del tiempo, y los ojos oscuros del Duque de Wellington destellaban de una manera inquietante. Aunque ya había sido consciente de la apariencia atractiva de Arthur en el pasado y comprendía el encanto que podía ejercer sobre otras mujeres, ahora, frente a ella, con la bata satinada ligeramente entreabierta, dejando al descubierto parte de su torso masculino, y las piernas descaradamente abiertas, una sensación nueva recorrió su cuerpo. Fue una especie de cosquilleo que corrió desde su intimidad hasta sus pechos y se espantó.

—Si no precisa de mi ayuda, será mejor que me retire. Hasta mañana, Su Excelencia —dijo

media vuelta, sintiendo el color de la grana en sus mejillas y salió de la biblioteca sin esperar respuesta por parte del Duque.

Arthur agradeció que ella recuperara el control de la situación y se retirara. De lo contrario, podría haber dicho algo de lo cual se arrepentiría más tarde. Inhaló profundamente y se sirvió una taza de la maravillosa infusión creada por Jane; ni siquiera se acordó de tomar un vaso de brandy o de whiskey.

"No había sentido atracción por ningún hombre hasta ese momento. Y hacerlo, especialmente por el Duque de Wellington, me aterrorizó. Él era el último hombre del mundo en el que podía fijarme, y no solo porque estaba completamente fuera de mi alcance, o porque mis secuestradores no me permitirían casarme nunca, sino porque él representaba todo lo que odiaba y estaba mal".

Capítulo 9

Los jardines de la perdición

Podrías irte de aquí, puedes vivir de eso... y te lo digo en serio. Pero no importa lo que hagas, debes recordar siempre que eres una criada. Tú naciste para ser criada, no importa cuánto talento tengas.

Criadas y Señoras.

Nunca había sido una mujer temerosa. Jamás había evitado sus problemas ni se había refugiado en un rincón, salvo lo necesario para sobrevivir como mujer secuestrada. Todo lo contrario. Sin embargo, de repente, se vio transformada en eso, en una mujer cobarde. Permaneció frente a la puerta del Duque de Wellington durante unos minutos y aún no se atrevía a comenzar con sus obligaciones diarias. Lo ocurrido la noche anterior, aunque en realidad, y a efectos prácticos, no había sucedido nada, no le permitió dormir en toda la noche, y ya era la segunda noche que sufría de insomnio estando al servicio del «caballero de plomo». ¿Por qué lord Wellington le había preguntado si sonreía alguna vez? ¿Por qué le importaba a él su sonrisa o su opinión sobre él y su impacto en las mujeres? Habían conversado sobre otras cosas personales en ocasiones anteriores, pero esa charla había desencadenado sentimientos, o más bien reacciones, inusuales en ella. ¿Sentir deseo?

Estaba asombrada por la intensidad de sus emociones, y avergonzada. ¿Y si él se había dado cuenta de su azoramiento?

Un carraspeo a sus espaldas la arrancó de sus cavilaciones y temores. La nariz del señor Dowson surgió a su derecha, y sus ojos diminutos la observaron con severidad. Ella le devolvió la mirada sin amilanarse, pero ninguno de los dos dijo nada. Jane reparó en que llevaba la bandeja con el diario en su mano enguantada. ¡El diario! ¡Se había olvidado por completo de él!

Dejó que el mayordomo entrara primero en la recámara del señor y luego, tocando un par de veces la puerta ya abierta, pasó ella. —Buenos días, Su Excelencia —dijo Jane, después de que lo hiciera el señor Dowson.

—Buenos días —contestó el Duque, vestido. Al parecer, su ayuda de cámara lo había ayudado a deshacerse de su bata ese día. Y lucía impecable.

Cada detalle de su atuendo había sido cuidadosamente seleccionado para realzar su figura distinguida. Vestía un traje de tres piezas a medida, con una chaqueta entallada en tonos oscuros y ricos que destacaban su presencia aristocrática. La camisa de tela fina, exquisitamente almidonada, se asomaba por el cuello alto y perfectamente planchado del chaleco. Un fular de seda morada, con patrones discretos, añadía un toque de refinamiento a su apariencia.

Los pantalones de corte clásico caían con elegancia sobre su pierna entablada. No llevaba zapatos, hubiera sido imposible ponérselos con su pierna en ese estado, pero llevaba unas pantuflas oscuras nuevas.

Su cabello, peinado con esmero hacia atrás, brillaba bien negro como sus ojos. El duque irradiaba una presencia majestuosa, listo para enfrentar el día con la dignidad y la elegancia de las que había carecido los últimos dos días.

—Está bien, señor Dowson, gracias —dijo Arthur, tomando el «The Calcuta Chronicle» entre sus manos—. Hará el favor de hacer llegar este mensaje a casa del Gobernador Canning —

añadió, extendiendo una carta que el mayordomo tomó con reverencia.

—¿Puedo ayudarle en algo más, mi señor?

—Por favor, contacte con el mayordomo de Apsley House y solicítele un resumen detallado de los presupuestos y las finanzas que mi madre está gestionando en Londres. Necesito asegurarme de controlar los gastos mientras el negocio de la sal no comience a dar sus frutos. Ah, y actualice el inventario de objetos de valor y obras de arte en todas mis propiedades, he oído que mi madre está apostando de nuevo y espero que no lo haga más allá de sus joyas.

¿La madre del Duque de Wellington aún respiraba? Jane no esperaba que una dama de edad avanzada emprendiera el viaje desde Inglaterra hasta la India para visitar a su hijo convaleciente. Sin embargo, hasta ese momento, apenas había tenido noticias de ella, salvo por un breve instante cuando lord Wellington la mencionó en presencia de lady Wood, solicitándole que no lo llamara "Arty", pues así lo había hecho su madre en el pasado, y eso no le resultaba grato.

La relación entre él y su progenitora no parecía ser particularmente cordial.

—Sí, mi señor —reverenció el señor Dowson, para salir de la habitación.

Jane percibió el momento exacto en el que ella y el Duque de Wellington se quedaron solos, y sin esperar a tener contacto visual directo con él, le dio la espalda para depositar la bandeja del desayuno sobre la mesa principal de la gran alcoba señorial. La bandeja había permanecido en sus manos durante varios minutos, frente a la puerta, antes de ser colocada sobre la mesa y hasta ese momento no se había dado cuenta de lo agotados que estaban sus brazos.

—¿Desayunará hoy aquí, Su Excelencia? —inquirió, ya que no había recibido ninguna instrucción de llevar el huevo pasado por agua a la biblioteca, como había ocurrido en los dos primeros días de trabajo.

—Sí, señorita Jane. Hoy he optado por tomar el desayuno en la habitación, aunque no me verá volver a hacerlo. Es simplemente una cuestión práctica, una cuestión de gestión del tiempo, antes de que usted me acompañe a los jardines. No deseaba perder tiempo preparando la biblioteca para el desayuno.

—¿A los jardines, mi señor? —se sobresaltó, encontrando su mirada por primera vez desde que había ingresado a la habitación.

—Sí, necesito un poco de aire fresco o temo que perderé la cordura entre estas cuatro paredes.

—Avisaré a algún lacayo para que lo auxilie.

—¿Por quién me toma, Jane? No necesito la ayuda de nadie para salir a mis propios jardines. Lo haré con la ayuda de los bastones que me trajo ayer Liam.

—Antes que nada, ingiera su medicina. ¿El médico no ha venido aún? —Jane se aproximó a los pequeños frascos dispuestos sobre la mesita auxiliar y seleccionó aquel que el Duque de Wellington debía tomar por la mañana.

—Le he mandado una nota hace una hora pidiéndole que hoy no viniera.

Jane frunció el ceño, aunque prefirió mantener el silencio. Lo último que deseaba era enredarse en otra discusión con ese hombre que la observaba fijamente desde el otro extremo de la habitación y la perseguía con la mirada. —Abra la boca —solicitó, tras acercarse a él y verter el medicamento en la cucharilla.

Esa mañana, Arthur Wellesley se levantó con un renovado sentido de vitalidad. No porque su brazo derecho hubiera dejado de dolerle, ni porque su pierna izquierda no lo hiciera, junto con la decena de golpes y rasguños que adornaban su cuerpo. No, era algo más primitivo. Un instinto de caza que se había despertado en él la noche anterior. Después de que Jane abandonara la biblioteca y de que él agradeciera que lo hiciera, decidió que aumentaría un poco su

entretenimiento con Jane pasándolo a otro nivel. Quizás ya no estaba tan interesado en humillarla o en vengarse de ella por ser una impertinente y un cuervo ominoso, quizás estaba más interesado en seducirla. Y no, no iba a hacerlo de modo que ella perdiera algo trascendental o de que él perdiera su prestigio con los empleados, pero se conformaría con jugar al coqueteo. Coquetear con esa mujer estirada, prejuiciosa, contestona y con el ceño fruncido era lo último que el Duque de Wellington había esperado hacer en su vida; pero, de nuevo, estaba encerrado en su casa y terriblemente aburrido. Por lo que la idea de hacer sonreír un poco a esa mujer que, detrás de su horrible uniforme, su mandil y su cofia, no era para nada fea, le parecía estimulante. Solo un par de sonrisas y un par de palabras más íntimas de lo habitual, solo eso. Y solo por ese día.

Luego la dejaría en paz.

Después de todo, él estaba habituado a llevar a cabo acciones similares. Jugar con las personas, especialmente con las mujeres, formaba parte de su vida. Además, a Jane no le causaría ningún perjuicio recibir un poco de atención de un hombre de su posición; seguramente, eso sería lo mejor que le sucedería en su vida.

Decidido a pasar un día entretenido con su doncella, abrió el «The Calcuta Chronicle» después de tomar su medicamento y buscó «El Rincón de las Murmuraciones».

—*En los exuberantes salones de Calcuta, el nombre de lady Leslie Wood resuena como una melodía de intrigas y romances secretos* —empezó a leer el Duque—. *¿Quién podría resistirse al encanto de esta dama de alta sociedad que ha tejido susurros de amor con los más distinguidos caballeros de la ciudad? Entre sus conquistas, destaca el apuesto Gran Duque de Mecklemburgo, cuyo título y elegancia no fueron suficientes para evitar caer bajo el hechizo de Lady Wood. Pero él no está solo en la lista de los deslumbrados por su belleza. Otros caballeros, como el enigmático conde de Tershire, han caído rendidos ante la atracción irresistible que emana de la cautivadora dama recién llegada de Londres. Los salones retumban con murmullos sobre las idas y venidas de lady Leslie, dejando a la sociedad preguntándose quién será el próximo caballero en caer en las redes de esta seductora dama. Las apuestas están que arden en el Taj Palace.*

—Suenan tan bien como la publicación de ayer. Está muy bien escrita, Su Excelencia —comentó Jane, acercándole el huevo pasado por agua y su infusión especial—. Y veo que me ha hecho caso en cuanto a mencionar más personas aparte del Gran Duque de Mecklemburgo.

—He pensado que eso la haría sonreír —comentó él, haciendo brillar sus ojos oscuros, negros como la noche, sobre Jane; pero esta solo frunció el ceño en respuesta.

Jane se sorprendió al ver que el tema de las sonrisas resurgía una vez más. Era un asunto inusual y totalmente inapropiado entre un señor y una criada. No obstante, no podía replicar de manera descortés, al menos no en ese momento. Solo esperaba que Arthur Wellesley no tuviera intenciones más allá de vengarse, humillarla o utilizarla como mera distracción, porque no lo toleraría. No importaba cuán atractivo y encantador pudiera resultarle.

—Mis remordimientos me impiden sonreír, Su Excelencia. Aunque considero que Lady Wood merecía un baño de humildad, espero sinceramente que esto no le cause daños tan graves como para poner en riesgo su vida.

—Nadie atentará contra una dama, por más cuestionable que sea su reputación. Puede ser excluida de la sociedad, pero su vida no está en peligro. Me figuro la expresión del vizconde de Hallifax cuando lea esto.

Jane pudo ver la sonrisa cruel en el rostro de Arthur. Era un hombre que, si se lo proponía, podía llegar a ser realmente maligno. Pero no estaba allí para juzgarle, aunque lo hiciera a

menudo sin quererlo.

Una vez que el Duque concluyó su desayuno, se encaminaron a descender por la majestuosa escalinata de la propiedad. Jane sintió la tentación de insistir en que un lacayo le brindara ayuda a pesar de su negativa, pero al final, él se las arregló para bajar solo, apoyándose en los artefactos de madera y evidenciando un notable malestar, según la expresión de su rostro.

—Debería aceptar que su testarudez puede acarrearle graves inconvenientes, Su Excelencia —comentó ella mientras atravesaban el pasillo principal, enmarcado por amplios ventanales que permitían la entrada de una luz excepcional, iluminando el suelo sin alfombra. Aunque esa sección de la propiedad mantenía un estilo colonial inglés, destacaba por incorporar elementos arquitectónicos propios de la India. Era un espacio bonito.

—Ya le dije que esa es la insignia de mi familia, la testarudez —Como sirvienta, volvió a morderse la lengua—. ¿No va a replicar nada audaz?

—No estoy en posición de replicar a un Duque, mi señor.

—Oh, nuevamente con su representación de sumisa obediente, una actitud que ni le sienta bien ni resulta creíble. Ya le he indicado que no la he contratado para que sea aburrida.

—No obstante, también me ha reprendido en varias ocasiones por mi impertinencia, mi señor, por eso prefiero ceñirme a mis obligaciones.

Eso, además de que no deseaba propiciar ningún tipo de malentendido. Ya había tenido bastantes contratiempos con las reacciones involuntarias de su cuerpo. No lograba entender del todo la renovada actitud positiva del Duque de Wellington, pero su intuición le advertía que no debía confiarse por completo.

La fragancia exótica de los jardines la envolvió rápidamente. En el momento en que se aproximaron a la imponente puerta del jardín, una estructura majestuosa adornada con cientos de vidrios de colores, el aroma se manifestó de manera innegable. Se sintió terriblemente fea en cuanto un par de lacayos abrieron las puertas y un centenar de flores exóticas de diversos colores vibraron delante de ella. De repente, su uniforme negro y su cofia blanca parecieron terriblemente apagados y sin vida.

El melodioso canto de los pájaros contribuía a esa sensación de sentirse diminuta e insignificante. Las fuentes y los estanques también entonaban su propia canción, fusionándose armoniosamente con los demás sonidos. Los jardines eran vastos, tal vez incluso más extensos que la propia mansión, y la vista no alcanzaba para abarcar la totalidad del paisaje. No había una terraza desde la que acceder a ellos, las puertas que habían sido abiertas daban directamente a ellos, y era como entrar en otro mundo.

—Compré esta casa precisamente por esto —dijo él, que no había dejado de mirarla ni un solo segundo mientras ella se admiraba con las higueras de bengala, el bambú, los *lilis*.

—Me veo obligada a aceptar que esto es maravilloso, Su Excelencia.

—Estoy de acuerdo —respondió él, aunque no por los jardines, sino por la forma en que el brillo travieso regresó a esos ojos de color bronce tan singulares y por cómo las mejillas se ruborizaron. Jane, con los estímulos correctos, era maravillosa. Y el dolor de su cuerpo, tras el esfuerzo de descender todas las escaleras, podía opacar esa realidad—. Por favor —pidió Arthur, haciendo un gesto hacia el interior de los jardines, repletos de luces y sombras, estrechos senderos por explorar y rincones donde detenerse a descansar, invitándola a adentrarse.

No dudó mucho. No solo quería, sino que necesitaba sumergirse en ese oasis de serenidad y belleza. La residencia del Gran Duque de Mecklemburgo no contaba con jardines como esos, y aunque los tuviera, difícilmente sería invitada a deambular por ellos. La oportunidad de pasear junto al Duque de Wellington por un lugar tan exclusivo, aunque solo fuera en su papel de criada

y asistente, era algo que no estaba dispuesta a dejar pasar. Valorar y agradecer las pequeñas concesiones de Dios, se había vuelto habitual en ella. Quizás había sido una forma más de sobrevivir y no caer en la desesperación, pero cada pequeño respiro, cada aliento de libertad, ella lo saboreaba.

—Dicen que eran los jardines de un Marajá —rompió el silencio Arthur, avanzando por un pequeño camino que bordeaba el primer estanque lleno de nenúfares.

—No me sería imposible creerlo, Su Excelencia —se maravilló de nuevo ella, alzando la vista hacia los altos árboles de bengala.

—Luego, algún colonizador, construyó su casa al lado de ellos.

—No sé si eso es justo.

—No lo es. Pero eso nos permite disfrutar de ellos ahora.

—¿El fin justifica los medios, Su Excelencia? —preguntó Jane, con la vista clavada en un par de peces enormes que nadaban por el estanque.

—Sí, siempre —susurró él, con su mirada de cazador sobre ella.

"Era inocente. Si bien mi intuición me alertó de los peligros que emanaban de ese par de ojos negros, no lo pensé mucho cuando me dejé maravillar por los hermosos jardines de la perdición."

Capítulo 10

Besos humillantes

No olvides nunca que el primer beso no se da con la boca, sino con los ojos.
O.K.Bernhardt.

Debería plantarse en el sitio e insistir en que la llevara de vuelta a la propiedad principal sin más demora, junto al resto del servicio, con quienes estaría a salvo. En realidad, ni siquiera debería esperar a que él la acompañara. Debería irse sola bajo algún pretexto. Estaba segura de que el Duque no la retendría a la fuerza a pesar de sus obligaciones con él. Si le explicaba que tenía trabajo pendiente por hacer, quizás lo entendiera mejor. En ese caso... ¿por qué no lo hacía? En vez de plantarse en el sitio, siguió caminando a su lado, siguió internándose en la oscuridad, atenuada tan solo por la luz del sol de la mañana que brillaba por encima de las copas de los árboles cada vez más frondosos y con más sombra. Lo que había empezado como una obligación, guiada por las maravillas de los jardines que los rodeaban, estaba siendo cada vez más peligroso.

No podía concebir que el Duque de Wellington albergara alguna intención deshonrosa hacia ella. No era porque no hubiera evidenciado su falta de caballerosidad ni demostrado ser un libertino sin mucho tacto con las mujeres; sencillamente, porque ella no era hermosa. Ni siquiera podía catalogarse como bonita. Su Excelencia había tenido aventuras con las mujeres más atractivas de Calcuta y quizás de otras partes del mundo. Por ejemplo, lady Leslie Wood era toda una beldad. ¿Cómo podría él fijarse en ella más allá de las burlas o de los malos comentarios por sus enfados?

¿Y si él continuaba queriendo humillarla? Tal como había jurado cuando la contrató. Arthur Wellesley era lo suficientemente cruel como para permitirle a Jane ciertas licencias con el «The Calcuta Chronicle» o con la lectura de los libros de su biblioteca para luego hundirla en lo más profundo del abismo cuando estuviera confiada y segura de sí misma.

Su intuición la había avisado. Y ahora estaba en pleno debate entre lo que debería hacer y lo que en realidad estaba haciendo.

Simultáneamente, y a pesar de su certeza de que el Duque de Wellington, con su atractiva presencia, estatura imponente y vigor, no podía albergar ningún tipo de deseo hacia alguien como ella, tan insignificante, sentía una extraña emoción. Ese cosquilleo que había nacido en ella la noche anterior volvía a recorrerla de forma espantosa y vergonzosa. Debía reconocer que ese hombre, a pesar de que no le había parecido guapo al principio, era irresistible para cualquier mujer con ojos y olfato, pues olía terriblemente bien. No sabía identificar los matices del aroma, no era un experta en perfumes caros ni en ninguna otra clase de perfumes, pero sabía que su olor era agradable.

Jane era, tal como Arthur había esperado, la ingenuidad personificada. Una inocente muy peligrosa a pesar de su fuerte carácter y sus intransigencias. Y extremadamente encantadora. Además, tenía un algo indefinible que la hacía muy agradable. El pelo negro que le asomaba por debajo de la cofia estaba pidiendo a gritos ser liberado. Podía resultar aburrido, sin vida, pero él sabía que no era así, pues se lo había visto la noche anterior trenzado con una gruesa trena.

Lucía poca cosa con ese uniforme amplio que apenas resaltaba su figura, pero él también era consciente de que esa afirmación no era del todo cierta. Sabía que Jane debía de tener unos de los muslos más firmes, anchos y apetecibles que él jamás había visto y tocado.

No existía lugar más encantador que los jardines del Marajá en toda Calcuta, al menos a juicio de una dama, ni más propicio para cautivar a una mujer. El momento más delicado ya había transcurrido. No había ofrecido resistencia cuando la condujo lejos de la propiedad, alejándola de las miradas indiscretas. Las jóvenes debían ampliar su conocimiento acerca de las complejidades del mundo.

Caminaban uno al lado del otro a pesar de lo estrecho que era el sendero. Caminar uno tras otro resultaba la única opción sensata para transitar por ese sendero en particular, pero ¿quién se preocupaba por la sensatez en ese momento? Ella no parecía hacerlo. Si bien parecía algo incómoda, con las mejillas tan sonrojadas como la noche anterior y la mirada clavada en sus zapatos negros y viejos, los propios de una doncella, no parecía dispuesta a detenerse ni a pedirle que volvieran a casa.

Estaba tensa. Él podía verlo. Sabía cuándo notarlo, percibir la tensión de una mujer en mitad de una cacería era casi tan estimulante como llegar al final de ella.

—No me había dado cuenta de que huele usted particularmente bien, Jane —murmuró él.

—¿Por qué debería notar algo tan trivial, mi señor? —respondió ella, sin atreverse a mirarlo directamente, en actitud defensiva.

—Bien, hemos hablado por más de media hora sobre la vegetación, los pájaros y las mariposas de los jardines, he pensado que cambiar de tema podría resultar beneficioso.

—Y yo creo que sería prudente regresar —declaró finalmente Jane, deteniéndose en medio del estrecho sendero empedrado, desafiándolo por primera vez desde que el ambiente se había vuelto tan tenso como Arthur Wellesley lo había generado.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Jane sentía los latidos de su corazón en la garganta, pero había logrado sobreponerse al peligro y a sus propias emociones. No se dejaría humillar por un Duque, por muy criada que fuera.

—Estoy de acuerdo —convino él, pero el brillo malicioso de sus ojos negros no acompañó al alivio que suponían esas palabras para Jane—. Primero sentémonos un poco, estoy exhausto y adolorido. Necesito descansar antes de emprender el camino de vuelta.

Arthur Wellesley se alejó de ella, dejándola respirar un poco, y se sentó en un magnífico banco de piedra que quedaba al lado de camino, de cara a una fuente que rebosaba agua y de la que los pájaros bebían, iluminada por un rayo de sol que se colaba entre la vegetación.

El banco de piedra quedaba justo debajo de un majestuoso árbol de Bengala que se alzaba en medio del paisaje tropical, con su frondoso dosel extendiéndose ampliamente para ofrecer sombra a los alrededores. Las ramas, abigarradas y repletas de exuberantes hojas verdes, se entrelazaban formando un intrincado encaje natural que dejaban el banco fuera de la vista de todos. Sus raíces, como serpientes entrelazadas, se sumergían en el suelo fértil, aferrándose con tenacidad a la tierra que nutría su crecimiento.

Al acercarse a él, se percibía la dulce fragancia que emanaba de las delicadas flores, atrayendo a las abejas y mariposas que revoloteaban a su alrededor.

—No debería haberse esforzado tanto, Su Excelencia —observó ella, sin sentarse, permaneciendo de pie a una distancia prudente del banco y de él—. Además, hoy me tocará encargarme de todos los vendajes, ya que ha rechazado la visita del médico, y espero que las heridas no hayan empeorado con este esfuerzo adicional.

—Siéntese a mi lado, Jane —pidió él, sin mirarla, con la vista clavada en la fuente.

—Prefiero quedarme de pie, Su Excelencia —negó ella, con el corazón nuevamente en la garganta.

Arthur la observó. La observó con la fuente a sus espaldas, admiró su mentón puntiagudo, su nariz respingona y su carita fina. Sus ojos no serían la gran cosa si no fuera por ese color, ese color bronce como el metal, brillante y que mudaba de color a cada instante, a cada emoción, a cada variación de la luz. Y entonces la imaginó con un vestido blanco confeccionado con telas finas y livianas, como seda o muselina, y detalles delicados y femeninos. Un vestido de muchacha casadera. Aunque quizás ella ya no fuera tan joven como para eso.

—¿Cuántos años tiene, Jane?

—No sé mucho de etiqueta, mi señor, pero creo que preguntarle la edad a una dama no es del todo apropiado —Frunció sus labios rosados y elegantes al mismo tiempo que fruncía el ceño, como una vieja insípida.

—Dado que usted no es una dama en términos prácticos y está a mi servicio, creo que tengo derecho a conocer su edad —La vio indignarse, y él rio para sus adentros.

Lo sabía. Jane sabía que lo único que pretendía ese hombre era humillarla. No debería haberse relajado estando a su servicio. Era un hombre acostumbrado a jugar con las personas, así es como pasaba su tiempo ocioso.

—Veintidós, Su Excelencia —replicó ella con la voz ahogada en impotencia.

—Veintidós años, ¿es eso? —murmuró él, como si estuviera pensando en algo más que simplemente su edad—. Interesante.

Jane, por su parte, se mantuvo firme, aunque por dentro sentía el impulso de rebelarse contra esa situación humillante. Aunque todavía era más humillante que su cuerpo sintiera deseo por él, a sabiendas de que estaba siendo utilizada de algún modo cruel.

—Si no tiene más preguntas inquisitivas, Su Excelencia, ¿puedo regresar a mis deberes? —inquirió, sin ceder ante su juego.

Jane se encontraba en esa etapa de la vida en la que las jóvenes no eran consideradas para los matrimonios más codiciados, no sería una tierna joven recién salida del cascarón. Tampoco sería una joven ansiosa en su última temporada social, ni tampoco estaba al borde de ser etiquetada como una solterona oficial. Estaba en ese delicado punto intermedio, donde las expectativas y presiones sociales se mezclarían en un delicado equilibrio, sin saber exactamente en qué dirección inclinarse. Pero nada de eso le pertenecía ni le tocaba a ella, pues no era más que una simple criada, aunque él pudiera imaginársela como una preciosa debutante en Londres.

—Sus deberes consisten en velar por mi bienestar, ¿no es así, Jane? Y en estos momentos, requiero la asistencia de mi enfermera, ya que mis brazos me duelen terriblemente por cargar estos engorrosos artefactos de madera —señaló las muletas que descansaban junto al banco, a su lado.

La observó vacilar. De hecho, la notó bastante molesta. Lo suficiente como para que, al cruzar el umbral entre la luz que daba a la fuente y las sombras del árbol de bengala con pasos nada amables, se sentara a su lado con un fuerte golpe y le tomara el brazo con bastante falta de delicadeza mientras le hacía masajes no muy amigables.

¡Vaya! Su intención no había sido enfadarla, aunque disfrutara haciéndolo, la verdad. Lo que realmente pretendía era arrancarle un par de sonrisas y quizás alguna palabra más íntima. ¡Pero qué caray! Estaba encantadora cuando se ponía de esa manera. ¡Vaya, vaya! ¿Quién iba a decirle que contratar a ese cuervo ominoso terminara siendo tan estimulante?

Jane estaba tan furiosa por las humillaciones que aquel hombre le estaba haciendo vivir y consigo misma, que ni siquiera se dio cuenta del roce de sus manos contra el brazo del Duque;

claro, que el traje y la camisa tampoco favorecían el contacto directo de piel contra piel. Quería terminar con eso cuanto antes. Estaba claro que él no tenía ningún interés real por ella. Todo ese juego estaba subordinado al hecho de que ella era su criada y le debía obediencia, nada más. Y que ella sintiera ese cosquilleo, solo hacía que su furia aumentara.

—Jane, ¿puedo saber por qué está tan molesta? Cualquiera diría que lo que pretende es arrancarme el brazo en lugar de aliviarlo.

—¿Su cinismo no conoce límites? —Elevó ella la cabeza con los ojos empañados de impotencia—. Está utilizando su poder para forzarme a hacer cosas que van más allá de lo apropiado.

—¿Es eso lo que piensa? —se ofendió él, apartando el brazo con un movimiento seco.

—¿Qué otra razón puede haber para que me arrastre a las profundidades de sus jardines y me haga preguntas indiscretas? Solo pretende humillarme, nada más; si ese era su objetivo, lo felicito, lo ha logrado —escupió ella, refregándose las manos sobre su mandil blanco, apartando la vista de él. A decir verdad, jamás se había atrevido a hablar con tanta franqueza, ni siquiera se había atrevido a hablar con sus señores, pero con el Duque de Wellington su rebeldía y su valentía innatas florecían de forma natural, como las flores exóticas que los rodeaban en esos instantes.

—¿Tan insignificante y poco agraciada se ve a sí misma como para creer que mi único propósito es humillarla al desear pasar un rato a solas con usted?

—No existe otra posibilidad, y le ruego que deje de jugar conmigo. He comprendido por qué lo llaman el «caballero de plomo» en mis propias carnes, mi señor. Y solo llevo tres días a su servicio. Creo que usted posee una de las personalidades más dañinas que existen y es capaz de arruinarle la vida a cualquiera que se lo proponga. Como le he dicho, si pretendía vengarse por haberme interpuesto en la línea de tiro y por haber venido después a su casa a exigirle cosas que, como simple sirvienta, no tenía derecho a exigirle, lo ha logrado. Ha conseguido usted que me sienta la mujer más humillada de Calcuta.

Arthur abrió sus ojos oscuros, dejando que sus largas pestañas se encontraran con el pliegue de sus párpados. Aunque disfrutaba provocándola, no había sido su objetivo humillarla, a pesar de sus intenciones al contratarla. —¿Puede aceptar unas disculpas de parte de un caballero terriblemente desconsiderado?

Jane parpadeó dos veces hacia el mandil y luego lo miró a él a los ojos. ¿El Duque de Wellington disculpándose con ella? Pudo ver que era sincero al hacerlo, en sus ojos no había crueldad ni malicia; en ese instante, solo había dos vidrios oscuros transparentes, como si se acabara de dar cuenta de algo.

—Sí, mi señor. Acepto sus disculpas.

Hubiera sido absurdo no hacerlo.

—¿Y puede creerme cuando le digo que no pretendía humillarla? —Jane negó con la cabeza y volvió su mirada sobre las manos que reposaban sobre el mandil blanco—. No tiene nada que envidiarle a ninguna dama de la alta sociedad, señorita Jane. Se lo aseguro. No digo que usted sea la compañía más grata de Calcuta, pues a mí gusto frunce demasiado el ceño y es demasiado seria como para ello. Pero muchos hombres estarían encantados de estar a su lado, de eso estoy seguro. Y no solo por su personalidad bien definida y sus contestaciones estimulantes, sino porque es usted hermosa cuando se desprende de su uniforme.

Jane abrió los ojos como platos, mirándolo sorprendida y sus mejillas se volvieron a teñir de rojo. —No conseguirá nada endulzándome los oídos, Su Excelencia —replicó, con el cuerpo tembloroso—. Si dice que no pretendía humillarme, mi obligación es creerlo, pero le ruego que

no siga mintiéndome. Un caballero como usted, acostumbrado a tener todas las mujeres que quiere, las más hermosas, refinadas y cuidadas, jamás podría considerar hermosa a una simple criada con las manos estropeadas, sin perfumes caros ni lociones en su rostro.

—¿Quiere comprobarlo, Jane? —Sonrió él por la ingenuidad de su respuesta, excitándose de repente por la inconsciente invitación que ella le había hecho con esas declaraciones—. ¿Quiere lo demuestre lo mucho que puede gustarme? —Colocó su mano sobre su hombro femenino y percibió el temblor debajo de ella, la alteración en el cuerpo de Jane, lo mucho que ella podía estar deseándolo en su interior a pesar de sus palabras. La oyó inspirar y soltar el aire con fuerza y se acercó a sus labios lentamente, a su rostro delicado, a sus mejillas ruborizadas y a sus ojos fuera de lo común, pero ella se apartó.

Jane se estremeció ante la proximidad de ese hombre de barba oscura y nariz prominente. Su reacción instintiva fue levantarse rápidamente del banco y huir de allí. El temor la invadió, no solo por las palabras e intenciones de él, sino también por sus propios deseos. ¡Dios mío! Secretamente, hubiera deseado que él la besara. ¿Cómo sería? Su conocimiento sobre esos asuntos se limitaba a lo que había escuchado de otras compañeras de trabajo o, incluso, a lo que había percibido en la habitación del Gran Duque de Mecklemburgo cuando lady Wood se rindió a él. Corrió hacia la propiedad y, al divisar la puerta de vidrios de colores, se obligó a calmarse. No deseaba que el resto del servicio la viera en ese estado. Ya era suficientemente vergonzoso ser la enfermera del Duque y que la vieran pasar tanto tiempo a solas con él, como para atraer más miradas curiosas.

—¿Y Su Excelencia? —le preguntó el ama de llaves en cuanto puso un pie sobre el mármol del pasillo con motivos hindúes.

—Me ha pedido que lo dejara unos minutos a solas en la serenidad de los jardines. Así que aprovecharé para preparar las vendas nuevas que debo ponerle antes del mediodía.

La señora Bass asintió con una sonrisa amable y Jane pensó que tenía mucha suerte de que el ama de llaves de Wellington's House fuera tan cortés. Si fuera la señora Blair, la horrible ama de llaves de los Grandes Duques de Mecklemburgo-Strelitz, seguro que tendría muchos problemas y sería cuestionada por cada una de sus acciones y tardanzas.

"No sabía lo que sucedería después de dejar plantado al Duque de Wellington en mitad de los jardines. No tenía ni la menor idea de si me enfrentaría a represalias por mi desobediencia y falta de servilismo, pero mi corazón latía con tanta intensidad que tales preocupaciones parecían desvanecerse. ¿Había intentado realmente besarla? ¿O había sido solo una ilusión? No podía estarle pasando eso, no a ella."

Capítulo 11

Ni el bueno es tan bueno, ni el malo es tan malo

*Con frecuencia nos avergonzaríamos de nuestras más hermosas acciones, si el mundo
supiera todos los motivos que las producen.*

François de La Rochefoucauld

¿Le había dado la espalda en mitad de los jardines? Sí, así fue. ¿Una modesta criada se había atrevido a abandonarlo cuando su deber era acompañarlo? Sí, eso había sucedido. ¿Estaba él molesto? No. ¿Planeaba tomar represalias? En absoluto.

La precipitada huida de Jane no hacía más que evidenciar su ingenuidad. Era la prueba de que no era una mujer acostumbrada a actuar de manera similar o dispuesta a hacerlo fácilmente. Y, por supuesto, no existía hombre en el mundo, al menos ninguno que no fuera un perverso o un trastornado, al que no le agradara la inocencia de una joven. Jane había actuado como toda muchacha de su edad lo hubiera hecho, más allá de su posición como doncella o sus obligaciones laborales.

Por otro lado, nunca se permitía sentirse culpable por lo que hacía. Se enorgullecía de no tener corazón. De no tener conciencia. Había pasado muchísimos años labrándose su reputación. Jane solo era una mujer deseable de tantas. Y él había actuado en consecuencia. Claro que, de ahora en adelante, intentaría no hacerla sentir humillada. Pues, al parecer, Jane, debajo de todas esas muecas serias y su fuerte carácter, se sentía poco agraciada y merecedora de las atenciones de un caballero. Ella estaba segura de que el único motivo que podía impulsarlo a seducirla era por venganza o diversión.

Y no era así. Quizás un poco por diversión, sí eso sí. Pero realmente era una mujer deseable.

De cualquier manera, lo acontecido ya estaba consumado. Y él ahora tenía otras cosas en mente; como, por ejemplo, el hecho de tener todo el cuerpo consumiéndolo lentamente. Había sido una temeridad salir a los jardines y esforzarse tanto para subir y bajar la gran escalinata. Todo hubiera sido mejor si hubiera aceptado la ayuda de un par de lacayos, pero ningún caballero que preciara su dignidad hubiera permitido que lo cargaran como una dama en apuros.

El asunto era que ahora se encontraba solo, en la biblioteca, con el brazo herido de bala afligiéndolo bajo las vendas que necesitaban ser cambiadas, y su pierna entablillada lo molestaba continuamente, ansiosa por recibir unos reconfortantes masajes. Debía reconocer que intentar seducir a la única persona que lo cuidaba era una de las peores ideas que había tenido. Y no quería que su ayudante de cámara, ese viejo rechoncho y bigotudo, ocupara el lugar de Jane. Necesitaba las manitas de ella, su delicadeza y su saber hacer.

¿Le duraría mucho el azoramiento? Ah, qué caray. Era casi la hora de la comida y no comería si seguía con esos dolores.

—¿Puedo pasar, Su Excelencia? —oyó la voz seca de Jane tras unos golpecitos en la puerta.

—No puede, debe hacerlo. ¿Cuánto tiempo pretende hacerme esperar con las vendas por cambiar? —replicó él, con una mezcla de mal humor y alivio.

—Siento el retraso, Su Excelencia.

Arthur arqueó una ceja oscura y la examinó de arriba a abajo. La situación le recordó al primer día en que Jane comenzó a trabajar para él. Sus palabras eran apropiadas, pero su mirada y sus gestos destilaban desafío. Estaba claramente molesta, eso resultaba evidente. Aunque también podía percibir un deje de temor en su mirada, como si temiera alguna consecuencia por lo sucedido.

Si de algo estaba orgullosa Jane, era de no ser una cobarde. Aunque lo hubiera sido por unos momentos esa misma mañana y a pesar de haber salido corriendo de los jardines. Por eso se había atrevido a ir a la biblioteca y cumplir con su deber. A pesar de tener todavía, en su corazón y en su cuerpo, la agitación de lo ocurrido apenas una hora antes. De hecho, se había visto obligada a realizar unas respiraciones bastante largas y profundas antes de tocar a la puerta de la biblioteca. Fuera cual fuera la reacción del Duque después de su intento fallido de darle un beso, ella la aceptaría con estoicismo.

Claro que él no parecía nada preocupado. Al parecer, solo estaba angustiado por sí mismo, y eso la enervó. Se sentó en un taburete al lado de él, y empezó a trabajar con su pierna, sacándole la venda vieja, colocándole los ungüentos que había prescrito el doctor y volviendo a vendarla. Todo eso, con la mirada de él clavada sobre ella. No era fácil tocarlo, tocar su piel con sus manos desnudas, sin recordar el deseo que había sentido en los jardines, sin volverse a sonrojar o a alterarse. ¡Por Dios! ¡Pero qué tontería! Aunque él le hubiera dicho que no intentaba humillarla, que se sentía realmente atraído por ella, eso no la ayudaba en absoluto a sentirse mejor. Estaba en peligro.

—Señorita Jane, me gustaría que olvidáramos lo ocurrido y empezáramos de cero —lo oyó decir de repente, en cuanto terminó las curas de la pierna y se proponía empezar con el brazo para luego continuar con la decena de rasguños y moretones que tenía el Duque por el resto del cuerpo —Jane no podía creerlo. ¿Olvidarlo? Lo miró a los ojos. A esos ojos profundos, delineados por unas cejas espesas y negras—. No me mire con tanto resentimiento, no ha ocurrido nada relevante ni trascendental, necesito que volvamos a la normalidad y que esto no afecte a sus funciones aquí.

Jane no lo respondió de inmediato.

Arthur la vio apartar las manos de su brazo herido. En cualquier momento llegaría la histeria o las lágrimas. Maldita fuera, no estaba preparado para manejar una escenita de lamentos femeninos.

—¿Disculpe? No sé a qué se refiere, Su Excelencia —la oyó decir con voz firme, sin apartar su mirada de la de él, clavándole sus ojos de color bronce con desinterés—. Como usted dice, no recuerdo nada que fuera relevante o trascendental —dicho esto, con total frialdad y apatía, la joven regresó a su trabajo sin mirarlo. Ya no le temblaban las manos y el rubor de sus mejillas fue sustituido por un aburrido color blanco bastante pálido.

El Duque de Wellington se quedó helado en su sillón morado.

«¡Caray!», pensó.

Reprimió una carcajada. Era la primera vez que una mujer a la que intentaba besar sin éxito lo trataba con tal indiferencia. Jane lo había dejado plantado dos veces ese día, primero en el jardín, y ahora con esa respuesta.

Quizás sería mejor olvidarse de ella y de sus ideas de conquista, al menos por el momento. Al fin y al cabo, precisaba más de un enfermera que de una amante.

Jane trató de no volver a mirarlo a la cara. No quería que su fachada se derrumbara. Lo último que le daría a ese libertino orgulloso era el placer de verla llorar o ponerse nerviosa.

Además, la culpa era de ella, pues se había comportado con una notable falta de sentido común al permitir que él la manipulara esa mañana. Su comportamiento había sido impropio de una doncella. Y le resultaba vergonzoso comprender lo fácil y rápido que podía sucumbir al encanto seductor de un consumado libertino sin moral ni sentimientos como lo era el Duque de Wellington. A partir de ahora, se mantendría todo lo alejada posible de él.



Por la noche, Arthur invitó a Liam y a Craig, sus compañeros de juergas, a cenar. La cena se sirvió en el salón de cenas, pues el Duque de Wellington jamás aceptaría que sus pares lo vieran como una «anciana inválida», tal y como él se había expresado por la tarde, cuando informó a Jane que debería asistirlo durante el evento.

La norma social era que las doncellas, especialmente aquellas que trabajaban en servicio doméstico, se ocuparan principalmente de las tareas relacionadas con la limpieza, la vestimenta y el cuidado personal de sus señores. La tarea de servir la mesa en la cena generalmente recaía en sirvientes especializados, como los criados de mesa o camareros. Sin embargo, como siempre, el Duque hacía y deshacía a su antojo.

Gracias a Dios, las funciones de Jane no fueron las de servir la mesa, sino las de auxiliar al Duque con el taburete sobre el que tenía que apoyar su pierna inmovilizada o sus muletas. La gran mayoría del tiempo se quedó de pie en un rincón, casi sin ser vista.

—¿Cómo van los bastones, Arthur? —inquirió Liam, un hombre de complexión pequeña y cabello anaranjado como el de una zanahoria. En cuestión de algunos minutos, se había bebido cuatro copas, pero su conversación era agradable y a Jane le parecía que, pese a su posible y horrible historial, era una buena persona.

—Una muy buena idea por tu parte, Liam —convino el Duque, a la cabeza de la mesa—. Por eso os he invitado esta noche, quiero saber cómo van las apuestas sobre mi estado de salud.

Los compañeros del Duque de Wellington se embarcaron en una diatriba que duró más de veinte minutos, repleta de nombres, sumas de dinero y apuestas. Como si saber todo aquello fuera una cuestión vital.

—Oh, pero lo peor son las apuestas sobre lady Wood —dijo Craig de repente, un hombre alto y rubio, bastante bien parecido.

—¡Oh, sí! Ya he leído esta mañana lo que han publicado sobre ella —comentó Arthur, como si no fuera el autor.

Craig soltó una carcajada. —He logrado ganar una buena suma hoy. Debo agradecerle a lady Wood que haya visitado al Gran Duque de Mecklemburgo más de lo debido; había apostado a que él era uno de sus amantes y hoy se ha confirmado, así que en el Taj Palace han tenido que abonarme todo cuanto me debían. Ahora me falta lo tuyo, Arthur, he apostado que no volverás a andar.

—Si no fuera el anfitrión, Craig, me levantaría en este preciso instante y te demostraría lo capaz que soy de andar, dándote un buen puñetazo. Te sugiero que reserves el dinero que has ganado hoy para cubrir mi apuesta, ya que estás destinado a perder.

—Pero me temo que no todo debe ser tan glorioso para lady Wood —dijo Liam—, el primer vizconde no ha aparecido hoy por el Taj Palace y he oído que tampoco lo han visto en las cortes ni en las oficinas de comercio.

Jane sintió una punzada de culpabilidad. ¿Y si lady Wood estaba en serios problemas?

—Por favor, lo más que puede hacerle Charles a su prometida es darle una buena reprimenda —se burló Arthur—. Una reprimenda que Leslie aplacará con su maravilloso y bien puesto busto.

—Vaya que sí —confirmó Craig, con un gesto obsceno.

—Todos sabemos que Charles nunca ha tenido la oportunidad de compartir su lecho con una mujer tan exquisita como Leslie, y estoy seguro de que no dejará pasar esa oportunidad por nada del mundo, ni siquiera por su falta de pureza. Para él, es un inmenso favor que esa mujer consienta en compartir la misma cama que él. Si no ha ido hoy a las cortes o a las oficinas, debe ser por la vergüenza. Hecho que, amigos míos, me complace. ¿Acaso no se estaba pavoneando en el Taj Palace por haberme ganado en el duelo? Esto no es más que lo que merece quien peca de soberbia, yo lo llamaría una cura de humildad.

—Todavía no entiendo cómo te pudo ganar.

—Bueno, Craig, ahí tienes la respuesta a tus dudas —Arthur señaló a Jane de repente, y esta dio un pequeño respingo desde su rincón.

—¡Oh, con que tú fuiste la que te interpusiste en la línea de tiro! —la reprendió Craig al reparar en ella—. ¿Y qué hace aquí, Arthur? ¿Es una forma de recordarte el motivo por el cuál fallaste?

—Caray, ni siquiera me había fijado en ella —añadió Liam, mirándola por un momento para luego volver a su bistec.

—Digamos que está esforzándose por enmendar su error ayudándome a recobrar la salud.

Jane apretó los puños y frunció el ceño. ¿Reparar su error? ¿Qué error? ¡Estaba allí porque el señorito Adolfo tenía una deuda con el Duque y ella era su medio de pago! Porque claro, Arthur era demasiado egocéntrico como para dejarse ganar por una simple criada. ¡Embustero! ¡Oh! Y pensar que había estado a punto de besarla esa misma mañana. ¿Cómo se atrevía a hablar de ella de esa manera?

—Pero ¿quién es? —quiso saber Liam.

—Es una doncella de los Grandes Duques de Mecklemburgo-Strelitz, Adolfo me la ha prestado.

¿Prestado? Jane lo odió un poco más.

—Oh, ahora comprendo. ¡Los Grandes Duques de Mecklemburgo! Dicen que la Duquesa ha abandonado la propiedad hoy mismo, con la excusa de visitar a sus tíos en no sé qué parte de Calcuta. Pero ya puedes imaginarte las verdaderas razones.

—Sí, me lo supongo. Debe ser duro ser un hombre casado. Pero ¿habrá boda este sábado? ¿O no? —inquirió Arthur, llevándose la copa a los labios.

—Yo digo que no, ni siquiera alguien como el vizconde aceptaría a una mujer así —respondió Liam—. Tampoco puede retarse a duelo con media Calcuta, ¿no? Si se casa con ella, será una deshonra para él mismo.

Jane se mantuvo quieta hasta el final. A pesar del burbujeo en su interior. Nada de lo que había escuchado podía dejarla tranquila. Por supuesto que se alegraba por las desgracias del Gran Duque, pues él era su captor. Pero no se alegraría mucho si lady Wood sufría algo más que una reprimenda o una cancelación de la boda.

—Puede retirarse por hoy, señorita Jane —le dijo Arthur, en cuanto los invitados se fueron y él subió otra vez las escaleras hasta la primera planta con la ayuda de las muletas y bastante esfuerzo por su parte.

—Su Excelencia —reverenció ella—. No lo tenía por un caballero dado a la falta de verdad. Aunque dada su particularidad de carácter, ya nada me extraña.

—¿Pretendía usted que les dijera que soy el autor de las publicaciones?

—No, mi señor. Pretendía que no dijera que estoy aquí para enmendar un error que jamás cometí. ¿Su ego no tiene límites, mi señor?

—¿Y el suyo, señorita Jane? ¿Se cree usted muy humilde al pedirle explicaciones a su señor? ¿A un Duque? Hará bien en recordar cuál es su sitio.

Los dos se quedaron en silencio, en mitad del pasillo con moqueta roja, mirándose fijamente a los ojos. —Su Excelencia, hasta mañana —convino ella, tragando saliva y mordiéndose la lengua. Al menos, tenía que estar agradecida de que el Duque ya no intentara seducirla y que hubiera decidido dejarla en paz. Sí, cumpliría con su trabajo y nada más. Mejor callada, a pesar de lo que su cuerpo le pedía.

Arthur la observó dar media vuelta e irse. La miró de arriba a abajo. Jane era una belleza oculta, le encantaría pasar la noche acompañado por algo más que sus sábanas y su cama solitaria. Y ella parecía tan adecuada para no hacerlo sentir solo... pero no; era una criada bajo su protección, y ya había decidido dejarla en paz. No quería tener que lidiar con más dolores de cabeza. Su juego había durado poco y había terminado mal. No necesitaba más.



Leslie Wood había permanecido todo el día reclusa en su habitación, acompañada de su anciana tía. No fue una elección propia, sino la respuesta de Charles después de que el «The Calcuta Chronicle» llegara a la casa con su impactante publicación; la había encerrado con llave.

—¿Qué pretende? —se inquietó, observando que ya eran más de las once de la noche—. Ni siquiera hemos comido, tía. Nos ha encerrado como si fuéramos delincuentes.

—Ay, Leslie —se compadeció su tía, que no había dejado de rezar en todo el día, sentada en un sillón mientras su joven sobrina daba vueltas nerviosas por su habitación que, cada vez, parecía más pequeña—. Tengo miedo por ti, pequeña.

—Tía Jordie, creo que mis padres se han equivocado al enviarme aquí —se asustó ella, dejándose caer sobre las faldas de su tía—. Sé que no me he comportado bien, y que todo esto no son más que las consecuencias de mis malos actos, pero ¿de veras piensas que puedo casarme con un hombre que es capaz de encerrarme todo el día sin darme comida ni agua?

—Quizás solo esté confundido y quiera aclararse antes de hablar contigo. Roguemos a Dios que solo sea eso, Leslie.

De golpe y con violencia, la llave de la puerta fue corrida y Charles entró en la recámara con los ojos ensombrecidos. Bajito, rechoncho, y poco agraciado, dio unos pasos decididos hacia Leslie y la tomó por el cuello con fuerza. Leslie era un poco más alta que él, pero él se las arregló para moverla a su antojo, al fin y al cabo, su complexión masculina lo ayudaba a ello.

—¡Mi señor! Si me lo permite... —intentó interceder la tía Jordie.

—¡Salga de esta habitación ahora mismo, señora! —ordenó Charles.

—Pero mi señor, yo soy la carabina de lady Wood, no puedo dejarla sola. Sus padres...

—¡Sus padres son unos embusteros! ¡Sus padres me mandaron a una mujer deshonorada, indecente y perversa! Esta es mi casa, y le he dicho que salga de la habitación.

La anciana, con los ojos clavados en Leslie, se vio obligada a obedecer con el corazón en un puño. Pero en cuanto salió, y cerró la puerta, se quedó pegada a ella, escuchando todo lo que sucedía.

—Mi señora, ¿qué ocurre? —preguntó una doncella que, al parecer, se había acercado

asustada por los gritos.

—Ay, querida, creo que el vizconde a enloquecido.

Y en ese instante, oyeron a Leslie gritar, ambas se llevaron las manos a la boca, mirándose con terror. ¿Qué podían hacer? El vizconde era el amo de la casa y no podían enfrentarse a él. Por muchas razones que pudiera tener ese hombre para estar enfadado, los gritos y golpes que resonaron durante gran parte de la noche le quitaron toda la razón, al menos a los ojos de esas dos mujeres que escucharon cada sonido con el corazón en vilo.

"Desconocía las posibles repercusiones de mi pequeña venganza. Las supe más tarde. Para mí, esas damas de alta alcurnia siempre habían sido intocables, libres, y jamás hubiera imaginado que podían ser maltratadas de un modo tan horrible como lo hizo el vizconde; de haberlo sabido, jamás hubiera accedido a cooperar con el Duque de Wellington".

Capítulo 12

De espectadora a protagonista

Entre las sombras del servicio, las criadas tejían historias que la alta sociedad prefería ignorar, mientras las señoras se enredaban en sus propios hilos de pretensiones y secretos.

Criadas y Señoras.

La vio soltar el libro en la mesita auxiliar y entrelazar las manos en el regazo cuando, a media tarde del viernes, el señor Dowson entró en la biblioteca y le entregó una nota. Habían pasado casi la totalidad de las últimas veinticuatro horas sin apenas cruzar una palabra más allá de lo necesario. Jane parecía decidida a mantener cierta distancia para evitar que se repitiera algún incidente como el de la mañana anterior. Él, por otro lado, la había observado en silencio durante todo ese tiempo de mutismo compartido. Le resultaba extraño pasar tanto tiempo con una mujer y compartir cosas tan sencillas como la lectura, pero no se aburría. En ese silencio compartido, se entretenía reflexionando sobre cómo, con el pelo cubierto por la cofia, su rostro parecía más definido. No recordaba haber estado en la vida de forma normal con una mujer.

—Es una notificación de Nate —mencionó en voz alta, tan pronto como el mayordomo abandonó la biblioteca y él leyó el remitente del sobre—. Acepta la invitación para venir a pasar el fin de semana aquí, pero llegará tarde, pues... finalmente, el vizconde y lady Wood celebrarán sus nupcias mañana.

—¡Qué alivio! —suspiró Jane, despojándose brevemente de su fachada de estirada, de manera espontánea.

—Cualquiera diría que encuentra paz en las gratas nuevas del causante de mi estado —se irritó Arthur.

—Desconozco al vizconde, mi señor, pero temía que lady Wood sufriera una caída irreversible en desgracia por mi culpa. Al fin veo que no.

—Pero si no le agrada lady Wood.

—La detesto, mi señor. Es como todas las damas de alta alcurnia, altiva, prepotente y siempre me mira desde una altura inalcanzable. O ni siquiera me mira, no me considera persona, pero aun así, no habría soportado que sufriera más que una cura de humildad.

—Oh, no se preocupe por eso. Ya lo ve, mañana por fin se casará y quien sabe si continuará sus andanzas. ¡Menudo necio está hecho Charles! Haría lo que fuera para encamarse con una mujer hermosa —carcajeó Arthur—. En fin, me conformo con que toda Calcuta sepa o, al menos sospeche, que su inminente esposa tiene de todo menos honradez.

—¿Ya no más publicaciones en el «The Calcuta Chronicle»?

—No, no por el momento, señorita Jane. ¿No está cansada de leer «Los Miserables»?

—¿Busco otro libro, Su Excelencia?

—Lo cierto es que no puedo seguir escuchando más penalidades, señorita Jane. He tenido suficiente con esta desgraciada noticia.

Ella frunció el ceño y él se complació por dentro. ¡Por fin conseguía ver algo más de ella que esa rictus severo de su boca y su cara imparcial!

—Buscaré otro libro, mi señor.

—No —la detuvo—. Quiero que me cuente como fue su vida en el orfanato.

Jane palideció. Y Arthur fue muy consciente del cambio en sus ojos. Quizás no había sido el mejor tema por el que empezar a hablar. Pero tenía curiosidad, quería saber más de ella, de su infancia y su juventud, por qué ella era como era, tan distinta y especial a pesar de ocupar un lugar común y vulgar dentro del escalafón social.

—No podría ofrecerle a alguien de su elevada posición una charla sobre un orfanato, mi señor.

—Venga, Jane, no me endulce los oídos, ambos sabemos que sus palabras carecen de sinceridad. Seré perfectamente capaz de soportar un par de historias sobre monjas con látigos y habitaciones frías con colchones de paja.

Jane rio con cinismo para sí misma. Su infancia se asemejó a la de cualquier dama de noble cuna, al menos hasta los seis años. Recordaba su cama, tan lujosa como la del Duque, con un colchón de plumas de la mejor calidad y sábanas de seda adornadas con motivos infantiles. Su habitación era cálida, hermosa, repleta de muñecas y todo tipo de caprichos que su padre le regalaba. Durante muchos años se negó a recordar su pasado, por su propio bien. Pero al hacerlo, al pensar en su habitación, recordó a sus padres. El recuerdo de su padre, alto y rubio, muy apuesto, con los ojos de color bronce como los suyos, entrando en su habitación para darle las buenas noches, la golpeó tan fuerte como el recuerdo de su madre, hermosa, de cabello negro y cariñosa, tumbada a su lado, cantándole nanas para que se durmiera.

No pudo evitarlo; algo dentro de ella se fracturó de repente, ya que nunca antes nadie le había preguntado por su infancia. Ni siquiera sus compañeras de trabajo. Esa clase de preguntas solían estar vedadas entre las mujeres de su gremio, para evitar, precisamente, el dolor del alma. Las lágrimas le brotaron de los ojos de forma natural, azotada por una marea de recuerdos que había bloqueado en su mente.

Era evidente que Jane no deseaba hablar de sí misma. No obstante, su llanto repentino lo sorprendió. No era un llanto desesperado ni un lamento afectado; eran simplemente lágrimas que brotaban de sus ojos, que de pronto pasaron de estar cubiertos por una fuerte capa de escarcha a deshacerse en la tristeza. Estaba acostumbrado a los lamentos de las mujeres, pero en su mayoría eran fingidos o exagerados por algún malentendido amoroso, tal y como él había anticipado que sucedería el día anterior con Jane. Pero ese llanto era natural, emanaba de su alma y no tenía nada que ver con él. No tenía ni idea de cómo lidiar con la situación.

—Jane, lamento sinceramente si he sido insensible con mi pregunta —mencionó, atenuando la tonalidad de su voz. Sin embargo, ella no reaccionó a sus palabras, continuaba enjugándose las lágrimas con las manos, como si estuviera inmovilizada—. Oh, vamos, Jane, ¿no le da vergüenza comportarse de ese modo frente a su señor? —la pinchó adrede, buscando su mal carácter para alejar la pena de sus ojos.

Justo como había anticipado, ella alzó la cabeza de entre sus manos y lo miró con ira. —No soy su esclava, mi señor. Lamento si mis lágrimas le incomodan tanto. Será mejor que me retire hasta que pueda recobrar el control de mis emociones —se puso de pie de un salto.

—Jane, no le he dado permiso para retirarse.

Ella se plantó sobre sus pies y lo encaró con los ojos empapados, sus ojos de color bronce brillaban como el metal, relucían llenos de sentimientos contradictorios. —¿En qué puedo ayudarle, mi señor?

Arthur rebuscó en el bolsillo de su chaqué, pues ese día también se había vestido, prescindiendo de la bata, y sacó un pañuelo de seda morado. —Tenga, por favor, séquese las lágrimas y vuelva a sentarse donde estaba.

Jane apretó los labios, pero obedeció. Se sentó y se secó las lágrimas con el pañuelo del Duque, que olía a mil maravillas de hombre y perfumes varoniles de los más caros y exclusivos.

—Disculpe, mi señor, no debería haberle incomodado con mi reacción —reconoció, un poco más tranquila.

—No soy un experto en consolar a las personas, señorita Jane. Ni siquiera soy un experto en hablar de temas profundos. Solo tenía curiosidad por su infancia, nada más. Pero ahora comprendo que no debí preguntar. Oh, vaya, se está usted acostumbrando a que me disculpe con frecuencia. No suelo hacerlo, se lo aseguro.

Jane sonrió y Arthur se maravilló por ello. Quizás era la segunda vez que la veía hacerlo, después de la primera publicación en el «The Calcuta Chronicle», y estaba especialmente guapa cuando lo hacía.

—¿No estará esperando que le dé las gracias por disculparse cuando debe?

—¿Cómo es posible que esté soportando tanta impertinencia?

Jane rio mientras aún tenía los ojos brillantes por las lágrimas, y Arthur sintió que algo se removía en su interior. Al principio, pensó que alguna de sus heridas le estaba causando una hemorragia interna, pero luego se dio cuenta de que la sensación incómoda y dolorosa provenía de su pecho. ¡Caray! ¿Acaso tenía él corazón? Siempre había preferido pensar que carecía de dicho órgano. En sus treinta y dos años de vida, jamás lo había sentido latir, ni siquiera por Tara. Había querido a su hermana mayor. Quizás había sido la única persona a la que él había querido, por encima de su padre, que solo había sido una figura lejana en su vida, o de su madre, que jamás había actuado como tal. Pero el corazón jamás se le había removido como en ese instante, y le dolió. Le dolió notar el bombeo de la sangre y el latir repentinamente desbocado.

—Jane, mañana quiero que se vista con otra cosa que no sea ese horrible uniforme para recibir a Nate y a sus horribles hijos.

—¿Sus sobrinos?

—Horribles hijos.

—¿No le agradan los niños, mi señor?

—Para nada, son los seres más inservibles, ruidosos y sucios del planeta.

—Usted también fue un niño alguna vez.

—No lo recuerdo, señorita Jane. Solo recuerdo los azotes en las manos cuando mi profesor particular decidía que no estaba haciendo lo suficiente para reemplazar al primer Gran Duque de Wellington.

Jane tragó saliva, con la frialdad de las lágrimas secas en sus mejillas y el pañuelo del Duque entre sus manos. Igualar o superar una figura como la del primer Duque de Wellington debía ser una obligación prácticamente imposible, demasiadas exigencias e imposiciones en un solo niño. Pero el Duque de Wellington no parecía afectado por ello, al menos no aparentemente, aunque ella empezaba a estar convencida de que su carácter se debía en gran parte por todas las comparaciones y expectativas de la gente hacia su persona.

—Mañana pediré al ama de llaves un uniforme de gala de la casa, mi señor, no se preocupe.

—No me ha entendido, Jane. No quiero que trabaje este fin de semana, quiero que sea una invitada.

—¿Está intentando bromear, mi señor?

—En absoluto.

Jane abrió los ojos, haciendo chocar sus pestañas oscuras con el pliegue de sus párpados. — ¡Mi señor, lo que me pide es imposible y jamás lo haré! Se lo agradezco, pero no hay ningún

motivo por el que una simple sirvienta sea invitada en un evento del Duque de Wellington, lo siento, mi señor. Solo lo deshonraría, lo avergonzaría. Y le aseguro que no es un arrebato de fingida sumisión. Ninguna doncella que precie su trabajo y respete a sus señores aceptaría semejante proposición.

Arthur rio con una carcajada. —Si conociera mi pasado y mi reputación sabría que no hay nada que pueda deshonrarme a estas alturas. Yo soy el señor de mi casa y yo decido a quién invito, señorita Jane. Si quiere estar más tranquila, puede considerar que sus funciones aquí son las de una enfermera, no las de una simple sirvienta. Como mi enfermera personal, tiene derecho a acompañarme en todo momento, y eso incluye cualquier evento que yo organice en mi casa.

—Entonces usaré mi uniforme.

—¿Y parecer un inválido ante los ojos de Nate y sus odiosos hijos? No deseo que esos niños me vean como un enfermo; si perciben debilidad, son capaces de causar estragos en la propiedad, una vez, rompieron toda la cristalería que da al jardín. Usará usted su mejor vestido y me acompañará. No tiene que angustiarse, como le he dicho, solo será un fin de semana familiar. Y ya sabe cómo es Nate, no es de esos que hacen comentarios necios —Jane reflexionó unos momentos y asintió, aunque no estuviera completamente convencida. No podía rebatir la argumentación que le había dado Su Excelencia—. Además, creo que también asistirá la niñera.

—¿La niñera?

—Sí, no recuerdo su nombre. Pero Nate no va a ningún sitio con los niños sin ella, podrá socializar con ella; como le digo, será un ambiente muy distendido.

¿Por qué caray tenía la necesidad de convencerla para que asistiera al evento con Nate y sus sobrinos? ¿Por qué caray quería que una sirvienta permaneciera a su lado mientras recibía a sus invitados? No lo sabía, no tenía ni la menor idea. Pero solo sabía que quería verla allí, junto a él, y que conociera a los hijos de Tara.

Jane volvió a asentir. Su mejor vestido parecía poco más que un trapo ante los estándares del Duque o del Gobernador. ¿Cómo podría asistir sin humillarse a sí misma? Buscó rastros de malicia en los ojos de Arthur, para saber si se trataba de otra más de sus jugarretas, pero solo encontró una angustia genuina, como si realmente quisiera que ella accediera a asistir.

—Sigo sin estar segura de que pueda estar a la altura de la situación, mi señor. Normalmente mis funciones son las de servir, no las de participar en la fiesta.

—¡Por Dios Santo, mujer! —perdió la paciencia Arthur—. Ya le he dicho que no es ninguna fiesta. Solo es Nate, por el amor de Dios. Él, cuatro mocosos a los que les importa un reverendo comino quien sea usted y su niñera. Se quitará este horrible uniforme y esa espantosa cofia para el bienestar ocular de todos los presentes y me atenderá como enfermera mientras conoce a los niños, no hay discusión posible.

Jane apretó los labios, pero no dijo nada más. ¡Grosero, insoportable!



Siempre lo había observado desde la distancia, como una espectadora. Nunca se había acercado, ni siquiera se había atrevido a imaginar ser parte de un evento en una mansión como esa. Y no importaba que solo fueran el Gobernador Canning, sus hijos y la niñera de estos; para ella, dejar el uniforme y ponerse un vestido ya suponía todo un choque con su realidad diaria.

Esa mañana, se había levantado a la misma hora de siempre, a las seis, para realizar sus tareas habituales dentro de la propiedad. Posteriormente, según las instrucciones del ama de

llaves, por orden del Duque de Wellington, se retiró a su habitación para arreglarse antes de la merienda, momento en el que llegarían los invitados.

Por supuesto, las miradas ponzoñosas y los comentarios intrusivos por parte de algunas de sus compañeras no se hicieron esperar. Los rumores iban creciendo cada vez más y según pasaban los días. ¡Oh, «caballero desgraciado»! ¿Por qué tenía que comprometerla en algo tan vergonzoso? Estaba decidida a hacerle saber que estaba ensuciando su reputación como doncella con sus ideas extravagantes.

Pero antes, necesitaba resolver el problema de su vestido. En realidad, solo poseía uno. Era el único que había podido adquirir con algunos de sus ahorros, el resto del dinero que ganaba, que no era mucho, siempre lo guardaba para emergencias. Era marrón y bastante desagradable. Además, era el mismo que llevó el primer día que habló con el Duque y el Gobernador; no estaba segura de si ambos lo recordarían. Hubiera sido respetable repetirlo en una sucesión de encuentros, pero no en solo dos. ¡Ah, pero en fin! ¿A quién pretendía engañar? Ellos sabían perfectamente que era una criada, y ninguno de los dos esperaba que llevara un hermoso vestido de muselina con bordados. En ese caso, ambos se plantearían muchas cosas. El Gobernador podría pensar muy mal de ella y de lo que hacía en esa casa y el Duque empezaría a preguntarse de dónde había sacado el dinero para algo totalmente fuera de su alcance.

Unos toques en la puerta la hicieron levantarse de la cama en la que estaba sentada, observando con detenimiento su única opción para esa tarde, buscándole manchas o rotos que pudiera arreglar.

—¿Sí?

—Señorita Jane —oyó la voz agradable de la señora Bass—. ¿Puedo pasar?

—Por favor, pase, señora Bass —dio un paso ella hacia la puerta—. ¿Se me requiere? —preguntó al punto en el que el ama de llaves entró.

—No, señorita Jane. Solo he pensado que quizás le gustaría usar este vestido para la ocasión —comentó ella, con voz dulce, con pequeñas chispas en sus ojos azules y una gran caja entre sus brazos.

—Permita que la ayude —socorrió ella, tomando la caja entre sus manos para dejarla sobre la cama.

—El vestido es mío, señorita Jane, espero que no le importe usar algo de segunda mano. Usted es un poco más alta que yo, y un poco más gruesa, pero así lo llenará mejor, y en cuanto al largo no creo que se note mucho.

—Señora Bass, no podría aceptarlo. Es demasiado generoso por su parte —se enterneció Jane, ante la buena predisposición de esa mujer.

—Si tiene alguna opción mejor, no la obligaré a usarlo si es lo que teme.

—Mi única opción es ese trozo de tela marrón que ve al lado de la caja, señora.

—Entonces, mírelo, creo que puede gustarle —La señora Bass abrió la caja y Jane se llevó las manos a la boca.

—¡Señora Bass! —suspiró emocionada—. ¿De veras quiere prestarme algo tan bonito?

El modesto vestido que el ama de llaves quería prestar a Jane para la ocasión era de un delicado tono grisáceo un poco desgastado por el uso y el tiempo. Su falda, de corte sencillo, caía hasta los tobillos con gracia y modestia, mientras que el cuerpo ajustado se abrochaba con discretos botones en la parte delantera. El tejido, aunque ya no exhibía la frescura de antaño, mostraba una resistencia digna y carecía de desgarrones notorios. Un ligero encaje adornaba el cuello y los puños, añadiendo un toque de feminidad a la prenda.

El vestido, aunque simple, poseía una elegancia subyacente que contrastaba con la habitual

indumentaria de la sirvienta. El corpiño ajustado resaltaba la figura femenina sin caer en la ostentación, y la falda fluía con naturalidad, permitiendo movimientos cómodos. Aunque evidenciaba su origen humilde, el vestido se adaptaba con gracia a la ocasión, demostrando que la elegancia puede surgir incluso de la simplicidad.

Y para Jane, aquel vestido era el más bonito de todos. Pues jamás había vestido algo similar.

—Lo compré hace bastantes años, pero tiene un corte tan elegante y sencillo que encaja perfectamente en la actualidad y en su posición. Con esto, no se humillará a sí misma de ningún modo, ni por falta ni por exceso. Es adecuado.

—¿Adecuado? ¡Es maravilloso! —se alegró Jane, sintiéndose por unos instantes feliz y coqueta—. ¿Puedo sacarlo?

—Por favor.

Levantó la prenda con cuidado y respeto y se maravilló todavía más, era inmejorable. —¡Oh, hasta tiene un bonete a juego! —descubrió, al levantar el vestido y volver a mirar dentro de la caja.

—Quizás si salen a pasear por los jardines pueda ponérselo como complemento.

—¡Señora Bass! Esto es mucho más de lo que podría haber soñado. Oh, siento de veras las molestias.

—Tranquila —el ama de llaves la cogió por las manos y la sonrió—. Sé que el Duque de Wellington puede ser un poco caprichoso a veces, he estado junto a él desde que era un niño, pero también sé que usted no es una mujer indecente —Jane se sonrojó y asintió—. No haga caso de los rumores entre el servicio, hacía mucho tiempo que no veía al señor tan calmado, y eso en parte es gracias a su labor. Disfrute del evento.

—Gracias, señora Bass, sus palabras significan mucho para mí —sinceró ella, agradecida por su bondad.

—Ahora, debo regresar a mis obligaciones.

Jane se quedó a solas con su maravilloso vestido de prestado. Y se apresuró en empezar a arreglarse.

"Nunca me había preparado para nada que no fuera trabajar o salir con alguna compañera a dar un paseo en mi día descanso. Mi vida era el sinónimo de la austeridad y el trabajo arduo; pero, de nuevo, el Duque de Wellington me daba la oportunidad de vivir algo diferente, de sentirme más humana y menos instrumento."

Capítulo 13

Una belleza etérea

Decir que en la vida no se puede amar más que una sola vez es pronunciar una de las tantas y de las mayores necedades, de las cuales se hace cada día culpable al amor.

Paolo Mantegazza.

Arthur Wellesley apenas había recordado la boda de su archienemigo mientras se preparaba para la merienda. Se arregló con más esmero de lo habitual, pensando en Jane. Habría deseado regalarle algo para la ocasión, pero estaba seguro de que ella no lo habría aceptado y lo habría regañado por su osadía. Así que él tampoco quería hacerla sentir incómoda vistiéndose de manera demasiado opulenta. Quería que la reunión fuera algo realmente informal, algo con lo que Jane se sintiera cómoda. Después de haberla visto llorar, sentía que se lo debía de algún modo. ¡Ah, qué caray! Él no le debía nada a nadie, simplemente le apetecía verla sonreír. Verla disfrutar un poquito. Era uno de sus tantos caprichos, nada más que eso.

—No, señor Reginald, hoy no voy a usar el chaqué —El ayuda de cámara enarcó una ceja y volvió a dejar el chaqué en su percha con un movimiento ágil y profesional—. Quiero llevar un atuendo ligero.

—Como guste, Su Excelencia.

Lucía una camisa de lino blanco adornada con encajes finos, que le proporcionaba frescura al tiempo que mantenía un toque de distinción. Los pantalones de algodón beige, cómodos y holgados permitían la circulación del aire y añadían un toque desenfadado a su apariencia, sin obstaculizar su pierna inmovilizada. Era perfecto. Ideal para el tiempo húmedo y bastante cálido de Calcuta.

Las risas desenfadadas y el bullicio de los niños indicaron que Nate ya estaba presente. Eran cuatro pequeños, cada uno más travieso que el otro. Sin embargo, al ser los hijos de su difunta hermana, ostentaban ciertos derechos para visitarlo de vez en cuando. Además, en esa ocasión, la iniciativa del encuentro había sido suya, como una manera de hacer las paces con Nate tras la pequeña disputa en la biblioteca. Se estaba ablandando demasiado.

Antes de que el señor Dowson tocara la puerta de su habitación para informarle sobre la llegada de los invitados, salió ayudado por las muletas y descendió la imponente escalinata con paso pausado pero firme. No fue hasta que llegó abajo, cruzó el pasillo y alcanzó el recibidor, que vio a Nate y a sus hijos.

—Bienvenidos —expresó él, adentrándose en el recibidor con su voz profunda y grave.

—Me alegra verte caminando, Arthur —lo saludó Nate con un gesto efusivo en su brazo, dándole golpecitos sobre el hombro totalmente sano, olvidando el asunto del otro día por completo.

—¿Te vas a morir, tío? —le preguntó Oliver.

—¿Qué es esto? —preguntó otra voz infantil, señalando sus muletas.

—Yo quiero usarlo también —se animó alguna de las niñas, tocando los cachivaches de madera que ayudaban a Arthur a andar, haciéndole perder un poco el equilibrio.

—¿Ya te estás arrepintiendo, Arthur? —bromeó Nate.

—Supongo que resulta evidente. Había albergado esperanzas de que rechazaras la

invitación, pero ahora que ya estáis aquí, no puedo echaros.

—Sí, eso no quedaría demasiado bien —concordó Nate, que ya había dejado su sombrero y su chaqueta a alguien del servicio mientras la niñera se ocupaba de quitarles los complementos a las criaturas.

El duque raramente se sumergía en la organización de eventos sociales en su residencia, pero cuando decidía hacerlo, los gastos no eran motivo de preocupación. Al adentrarse en el salón hindú, una estancia con las paredes adornadas con colores vibrantes, flores exóticas y amplios ventanales, Rajú, uno de los sirvientes autóctonos empleados por el duque, presentó una variedad de delicias para los más jóvenes, desde pastelitos ingleses hasta dulces típicos de la India, servidos al estilo bufé, de manera que todos podían pedir tanto cuanto quisieran. Arthur también había contratado los servicios de un grupo hindú que ofrecía actuaciones y representaciones para el entretenimiento de los pequeños. El amplio salón pronto se llenó con charlas animadas, risas, alaridos y ocasionales maldiciones por parte de Arthur, mientras Nate sonreía y permitía que sus hijos se desplazaran libremente por la propiedad de su tío.

—¿Cómo se llama tu institutriz, Nate? —preguntó Arthur de repente, recostado en uno de los sillones, con la pierna apoyada en un taburete y una copa de algo más fuerte que chocolate caliente entre las manos.

—¿Tú preguntando por el nombre de una plebeya?

—Simple curiosidad, la veo siempre a tu alrededor, pululando como las abejas alrededor de una flor.

—No es a mi alrededor, Arthur. Es alrededor de mis cuatro hijos. Y debo decir que hace una gran labor.

—Hum... Una gran profesional de pelo rojo y ojos claros muy encantadora, un poco vieja para mi gusto, pero podría perdonarle su edad con ese par de...

—Arthur, te aconsejo que no sigas. Es una sirvienta y está bajo mi protección. Además, yo no concibo ni comparto estas ideas tan superfluas sobre las mujeres, no me gusta que la describas como un objeto.

—¿No me dirás su nombre?

—Emma, se llama Emma —se removió Nate en su sillón, incómodo, dejando su copa sobre la mesita con repentina irritación.

—Oh, sí, Emma. Lo había olvidado, la habías mencionado antes...

¿Dónde caray estaba Jane? ¿Por qué tardaba tanto? ¿Y si se había arrepentido al final? Apenas la había visto en todo el día. Se había visto obligado a renunciar a sus infusiones relajantes para permitirle que se arreglara para el evento.

—Señor Dowson, vaya en busca de la señorita Jane, por favor —ordenó con un gesto impaciente hacia su mayordomo, que aguardaba órdenes en una esquina del salón, con las manos cruzadas por detrás de la espalda.

—Sí, mi señor.

—¿Una invitada especial? ¿Quién es?

—Ya la conoces, es Jane.

Nate miró al techo, tratando de hacer memoria y luego clavó sus ojos azules como el cobalto sobre el Duque. —¿Jane? ¿Jane, la enfermera?

—Ahora comprendo tu reciente interés por la servidumbre. No me lo puedo creer, ¿tan aburrido estás entre estas cuatro paredes? Lo último que te faltaba por hacer era esto, ¿verdad? Encandilar a una pobre muchacha que está bajo tu poder y que no puede defenderse.

—Te sorprendería saber lo mucho que es capaz de defenderse —puntualizó él, pasándose la

mano por su pelo negro mientras los niños saltaban frente al pequeño teatrillo que había montado el grupo de actores—. Y no, no es nada de eso.

—Jamás te he visto hacer nada por una mujer sin un interés carnal de por medio.

—Te aseguro que lo último que quiero es tener una aventura con una sirvienta, Nate. Solo necesito que Jane me cambie las vendas, me masajee los brazos y me atienda cuando lo preciso. Quiero que me ayude con la pierna, el taburete y todo lo demás, pero no quiero que lo haga vestida de uniforme. No quiero que los niños me vean débil.

—Emma va con su uniforme.

—Emma es la institutriz. Jane es mi enfermera y yo decido como irá vestida y en calidad de qué se presentará aquí.

—Yo no tengo ningún inconveniente.

—Me lo suponía.

—¿Por eso te has vestido como si salieras a cazar el tigre de bengala con los braceros hindúes? —Apretó los labios Nate, aguantándose la risa, mirándolo de arriba a abajo.

—¿Qué sabrás tú de la moda masculina, Nate? No he visto a ningún hombre con menos gracia vistiéndose que tú. Usar una simple camisa de lino con unos pantalones beige es lo último en Calcuta entre los de nuestra clase.

—Si tú lo dices... Esto me recuerda al día que te vestiste con la ropa de los hindúes para tener una cita con no sé qué belleza autóctona que habías conocido en una fiesta.

—Oh, vamos, me he vestido miles de veces con *panjabi*, no seas insistente, Jane no es más que una sirvienta, un cuervo ominoso que...

La puerta del salón hindú se entreabrió, atrayendo las miradas de ambos hombres hacia su dirección. Jane se detuvo justo al punto entre la luz y la sombra. Estaba tensa, tan quieta como una estatua. El Duque de Wellington volvió a sentir ese dolor agudo en su corazón. Ese latido horroroso que le hizo correr la sangre putrefacta, tóxica y llena de veneno desde su corazón hasta su la punta de sus pies, renovando su ser.

Su cabello oscuro estaba recogido con sencillez, permitiendo que algunos mechones sueltos enmarcaran con delicadeza su rostro. Era un peinado alejado de los bucles y trenzas elaboradas que lucían las damas de alta alcurnia, pero eso la convertía en una belleza que recordaba a las figuras etéreas de la antigua Grecia, una belleza atemporal. El vestido gris que llevaba resaltaba sus curvas de manera natural, evitando la vulgaridad, pero añadiendo un toque de elegancia a su presencia. ¡Por fin llevaba un corpiño! Estaba perfecta. Y su piel pálida, especialmente la del cuello, destacaba por encima de todo lo demás, revelándose después de tanto tiempo oculta bajo los cuellos altos de los uniformes.

—Vaya, vaya —murmuró Nate, y Arthur se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente, de que lo había atrapado absorto en Jane—. Será mejor que la ayude a entrar, ¿no crees?

Jane se quedó quita a la altura de la puerta en cuanto vio al Gobernador Canning sentado en el sillón con un majestuoso chaqué. No estaba a la altura, los insultaría con su presencia, era mejor retractarse.

—Señorita Jane —Se levantó el Gobernador, ocupándolo todo con su enorme cuerpo—, permítame —Se acercó a ella y le ofreció el brazo para acompañarla dentro del salón.

Se azoró desde el nacimiento del pelo hasta las puntas de los pies, ni siquiera fue capaz de mirarlo a los ojos ni de levantar la cabeza cuando colgó su mano en el brazo del Gobernador. ¡Dios mío! Ni en sus mejores sueños habría podido concebir algo parecido, ¡qué vergüenza! Seguro que Lord Canning se fijaría en su mano estropeada, pues no llevaba guantes, no habría sido adecuado hacerlo dado su estatus inferior. Maldijo al Duque desde su alma mientras andaba

hasta él.

—Su Excelencia —reverenció, en cuanto se soltó del brazo del Gobernador y le tocó saludar al Duque de Wellington—. ¿Tiene la pierna bien colocada? Espere, le traeré una almohada para que pueda ponerla un poco más en alto —se apresuró en hacer su trabajo, hablando con voz baja y diligente.

—En absoluto, está perfecta tal y como está —dijo él, pero Jane no estuvo segura de que se refiriera a la pierna, pues cuando lo dijo, la miró con intensidad de arriba a abajo, provocándole un odioso cosquilleo y un sonrojo evidente en las mejillas. ¡Maldito «caballero desgraciado»!

Hubo un silencio cargado de tensión. Arthur solo podía mirarla y ella solo podía mirar el suelo mientras Nate, que se había vuelto a sentar, observaba la escena cada vez más asombrado que divertido.

—Quizás sea mejor que vaya en busca de una de las infusiones que tanto le agradan, mi señor.

—Criaturas endiabladas —la ignoró el Duque, dirigiéndose a sus sobrinos—. Vengan y conozcan a la señorita Jane —Los niños dejaron a los actores respirar y se acercaron a ellos entre corredizas y traspies, alborotándolo todo a su paso, hasta el aire—. Señorita Jane, le presento a Oliver, el mayor de mis sobrinos —Señaló a un joven de pelo negro y ojos azules como los del Gobernador—. Ella es Amelia, que no te engañe su aspecto de princesa remilgada, fue la causante principal de que la vidriera de los jardines se rompiera el año pasado —continuó, y Jane observó a una preciosa niña de unos ocho años inclinarse con un saludo dulce, pero con una sonrisa traviesa—. Jennifer tiene solo cinco años, ¿verdad, Nate?

—Así es, y el más pequeño está en brazos de Emma.

Jane reparó en la institutriz, tan desconcertada estaba que ni siquiera la había notado hasta ese momento, y divisó al pequeño de unos tres años descansando en sus brazos.

—Lo llamaron Arthur, en mi honor —declaró el Duque, con aire de satisfacción—. Y ella responde al nombre de Emma —La niñera dio un respingo, sorprendida por ser mencionada por el propio Duque de Wellington, pero respondió con diligencia y una encantadora sonrisa dirigida a Jane—. Ambas pueden ocuparse de estos pequeños mientras los hombres discutimos nuestros asuntos.

—Será un placer, Su Excelencia —agradeció Jane la oportunidad de poder alejarse de esos dos hombres poderosos y de acercarse a alguien de su mismo estatus—. Encantada, Emma —comentó, al acercarse a la niñera.

—El placer es mío, señorita Jane —volvió a inclinarse ligeramente la mujer de pelo rojo que asomaba por debajo de su gorrito negro.

—Por favor, solo Jane. Tan solo soy la enfermera de Su Excelencia —se apresuró en aclarar—. Mi señor no quería incomodar a los infantes con mi presencia, por eso me ha pedido que me vistiera un poco más informal, para que no hagan demasiadas preguntas acerca del estado de su salud.

—Lo comprendo perfectamente —Sonrió Emma, aunque no era una sonrisa entera, sino más bien una cortés, como si le costara sonreír.

—¿Lleva mucho tiempo durmiendo? —Señaló al pequeño—. ¿Está agotado por el viaje?

—Así es, y no quiero entrar su cochecito aquí dentro, creo que puede molestar a sus señores.

—Oh, pero por favor, tumbelo aquí, acompáñeme —resolvió Jane, alejándose de los caballeros para acercarse a uno de los divanes de la esquina que tenía grandes almohadas—. Pediremos que traigan una cuna, pero mientras puede estar bien —Ayudó a Emma a tumbar al

pequeño Arthur y a acomodarlo entre almohadas.

—Señorita Jane, ¿es usted la amante de mi tío? —oyó de repente una voz aniñada a sus espaldas junto a un tirón de sus faldas. Se giró hacia la niña con los ojos desorbitados y las mejillas otra vez encendidas.

—Señorita Amelia, hemos tenido ocasión de hablar sobre la importancia de moderar las preguntas que se hacen a los demás. ¿Lo recuerda? —la reprendió Emma de inmediato—. La señorita Jane es una invitada especial de su tío.

—¿Qué tan especial? —preguntó Amelia, achinando sus ojos azules y ladeando la cabeza—. Como única dama capacitada y presente de la familia para saber todo cuánto rodea a mi tío, tengo derecho a saber qué la une a él. Es más, mi abuela me ha pedido fervientemente que la mantenga informada de todo cuanto acontece.

—Soy su enfermera —confesó Jane con un susurro, inclinándose a la altura de la niña—. Pero tu tío no quiere aceptar que necesita ayuda, por eso me hace pasar por una invitada especial.

—No mienta, es usted demasiado bonita para ser enfermera. He visto a las enfermeras y normalmente son así —Amelia estiró los brazos alrededor de su cuerpecito—. Y viejas.

—Oh, no, señorita Amelia, usted no ha visto a todas las enfermeras, le aseguro que también las hay jóvenes y bonitas. Aunque yo no me considere especialmente bonita.

—Pero es muy bonita, tiene ojos de princesa.

Jane sonrió sinceramente. —¿De veras?

—Sí, una vez leí un cuento en el que la princesa tenía los ojos de color dorado, y usted los tiene brillantes así, un poco más oscuros, más...

—Son de color bronce.

—Son de princesa —reafirmó Amelia—. ¿Es usted una princesa?

—¿Es una princesa, Arthur? —bromeó Nate en voz baja—. ¿Una belleza oculta, quizás? Oh, vamos, si me has traído aquí como excusa para mirar a la señorita Jane sin resultar demasiado evidente podrías haberme avisado y me había traído el trabajo de casa.

—No la estoy mirando —negó él—. ¿Una partida de ajedrez?

—Si quieres perder... adelante.

"La presencia de Emma y de los niños me ayudaron a sobrellevar la situación a pesar de sentir, en todo momento, los ojos del Duque de Wellington sobre mí, como si me estuviera estudiando, como si estuviera preparándose para atacar a su presa en cualquier momento. Fue una experiencia nueva, entre vergonzosa, incómoda, divertida y estimulante. Y me agradó conocer a Emma, una mujer con la que se podía hablar fácilmente a pesar del fuerte carácter que tenía."

Capítulo 14

Tetera hirviendo

El amor es el poder iniciador de la vida; la pasión posibilita su permanencia.

Anónimo.

La cena fue dispuesta en el mismo salón, presentada como un bufé, al igual que la merienda. La mayoría de los entremeses y platillos eran fríos y fáciles de degustar. Jane sospechó que el Duque de Wellington lo había hecho para que ella no se sintiera más incómoda, pero luego desechó la idea. Era imposible que Su Excelencia se tomara tantas molestias. Además, los que más disfrutaron con esa presentación de variedades gastronómicas y embutidos, fueron los niños que, por supuesto, volvieron locos a los mozos y camareros con sus continuas peticiones, vasos de zumo derramados y migas de pan por todos sitios.

Fue algo divertido. Diferente. Y todos lo disfrutaron, incluida Emma, que fue invitada a participar. No hubo formalismos en exceso, simplemente cuatro adultos y cuatro niños pasando una agradable velada sin pretensiones.

—Mi señor, creo que es hora de que los niños descansen —Hizo una reverencia Emma, poco después de cenar, cuando los caballeros estaban a punto de pasar al salón de hombres para fumar y beber.

—Por supuesto —accedió el Gobernador rápidamente, consciente de lo irregular de la situación y deseoso de que todo volviera a su normalidad.

—Si me disculpan, yo también me retiro, que terminen de pasar una agradable noche —aprovechó Jane para escapar.

—No —respondió Arthur con un tono de voz seco y autoritario, que luego suavizó con una media sonrisa que no le quedaba del todo mal—. He contratado los servicios del mejor pianista de Calcuta, un italiano, y deseo que lo escuchen. Es una oportunidad única, ya que este caballero viaja por todo el mundo deleitando a los amantes de la música con sus notas.

Emma buscó la mirada del Gobernador y Jane se refregó las manos sobre la falda gris con impaciencia. ¿Hasta dónde llegaría ese disparate? ¡Ni ella ni la institutriz eran acompañantes dignas de ellos! Gracias a Dios, que solo estaban ellos en ese salón. Si hubiera habido algún invitado más, el escándalo estaría servido.

—Hagamos lo que el anfitrión nos pide, señorita Emma —convino Nate finalmente—. Acueste a los niños, y pida ayuda de alguna doncella si es necesario, para que pueda volver a bajar antes de que empiece la pequeña actuación.

—Una actuación privada que nadie olvidará —Asintió el Duque, satisfecho, mientras daba la vuelta para entrar en el salón de hombres.

—La acompaño, Emma —se ofreció Jane, cogiendo de la mano a Jennifer y a Oliver, mientras Emma cargaba con el pequeño Arthur. Amelia rehusó cualquier tipo de ayuda, queriendo andar ella sola.

Emma miró a Jane con los ojos desorbitados en cuanto llegaron a la habitación de los niños. No era una habitación infantil, pues el Duque carecía de hijos, pero había sido preparada para la ocasión. Las cuatro camas estaban preparadas para los tres niños grandes y Emma, e incluso había una cuna para el pequeño Arthur.

—Su Excelencia está teniendo un comportamiento ciertamente peculiar —comentó Emma a modo de confidencia—. No me malinterprete, agradezco que nos trate con tanta deferencia, pero no deja de resultarme extraño. A ratos, me quedo petrificada.

—Usted es una institutriz, debe de estar acostumbrada a estar invitada en algunos eventos familiares.

Emma asintió mientras, con la ayuda de una doncella, empezaba a preparar a los niños para la cama.

—En eso debo de darle la razón. Además, el Gobernador es un caballero muy comprensivo. Pero no sabía que Su Excelencia también lo fuera. Al fin y al cabo, es el Duque de Wellington, tiene un título nobiliario, y tiene derecho a ser tan arrogante como él desee.

Emma parecía una persona que tenía las ideas muy claras. Y no tenía miedo a expresarlas con determinación. Jane tuvo la sensación de que tenía una personalidad bastante fuerte, y no era que ella fuera débil, pero su fortaleza era mucho más sutil siempre y cuando no perdiera la paciencia. Emma, en cambio, era más directa, más agresiva. Suponía que una institutriz debía serlo, pues impartir educación y disciplina a los niños no era un trabajo fácil. Y mucho menos, cuando dichos niños, eran de un estatus superior al de la propia maestra.

Se apresuraron en terminar cuanto antes. A Jane le gustó ayudar a los pequeños. En casa del Gran Duque de Mecklemburgo ya no había niños, y cuando los hubo, tampoco tuvo la oportunidad de estar cerca de ellos. Fue agradable, de nuevo, hacer algo distinto.



Jane no podía dormir.

La actuación del señor Rossini, el pianista que les había ofrecido una actuación privada, había sido sublime. Al menos, a oídos de Jane, que poseía un conocimiento musical escaso o nulo. Se había emocionado desde su silla, ubicada al lado de Emma, y por un momento, había logrado olvidarse de la mirada intensa de Arthur posada sobre ella.

Había sido un día inolvidable. Y todavía quedaba el domingo. Debería usar el mismo vestido, pero ya no estaba preocupada por ello. El Gobernador Canning, tal y como había dicho Emma, era terriblemente comprensivo. Además, por alguna extraña razón, quizás por la difunta Tara, el Gobernador parecía dispuesto a satisfacer al Duque de Wellington en todo lo que pudiera. Incluso aceptándola a ella como una invitada especial.

No se había sentido humillada en ningún momento. La presencia de Emma también había contribuido a ello. La institutriz era una persona muy afable, y ambas habían entablado una buena amistad mientras los caballeros conversaban sobre sus asuntos. Había sido, sin duda, un día para recordar.

Pero ahora, sentía ansias. Todavía estaba emocionada por lo vivido. Apartó las sábanas y se puso de pie. Lo mejor sería dirigirse a las cocinas y prepararse una buena infusión relajante de las suyas. Mientras descendía las escaleras, abandonando la seguridad de la moqueta roja en la primera planta, volvió a escuchar la música. Al principio, pensó que eran imaginaciones suyas y que la actuación del señor Rossini la había impactado tanto que seguía resonando en su mente. Sin embargo, se dio cuenta de que alguien estaba tocando el piano a esas horas, incluso después de medianoche.

Jane, movida por la curiosidad, se acercó a la sala de la que provenía la melodía y espió a través de la puerta entreabierta.

El Duque de Wellington.

Estaba tocando con suma concentración. Jane lo observó hipnotizada, conmovida.

Debieron de pasar algunos minutos antes de que el piano dejara de sonar.

—¿Jane? —la vio el Duque de Wellington espionando—. ¿La he despertado?

Se sintió como una tonta. Debería haberse retirado en cuanto lo vio. Sin embargo, quedó tan absorta que apenas reaccionó hasta ese momento.

—No, mi señor; de hecho, ya me iba a la cama —Dio un paso hacia atrás.

—¿No puede dormir? —oyó al otro lado de la puerta, y se vio obligada a abrirla y a dar un paso hacia delante.

—No, mi señor. Por eso iba a prepararme una infusión relajante. Que tenga una buena noche —reverenció, dispuesta a huir.

—Espere —Se puso de pie el Duque, con la ayuda de las muletas que habían estado apoyadas en la banqueta del piano todo ese tiempo—. Yo también necesito una de sus famosas infusiones, esos malditos niños me han provocado una migraña. La acompaño.

¡Por Dios Santo! ¿Podía empeorar la situación? A Dios gracias que el servicio estaba durmiendo. ¡Lo último que le faltaba era que alguien la viera de esa guisa! Con un camisón, a medianoche, y con el mismísimo señor de la casa dando vueltas por los pasillos.

Notó los pasos torpes, duplicados por dos, del Duque de Wellington tras ella mientras avanzaba hacia las cocinas. Esperó a que él se quedara arriba, pues las escaleras para bajar a la zona de servicio eran algo estrechas, pero como siempre, la testarudez de los Wellesley se hizo presente y Arthur las bajó a pesar de las evidentes dificultades para ello.

—Su Excelencia, es un verdadero milagro que el médico haya afirmado esta mañana que su salud está mejorando —comentó ella, en cuanto él tocó el suelo de las cocinas y ella encendió la lámpara de queroseno.

—Moverme es lo que me mantiene cuerdo, señorita Jane. De lo contrario, hubiera enloquecido ya. No está en mi naturaleza el quedarme en casa encerrado.

Jane decidió no decir nada más. Arthur la observó moviéndose por las cocinas con agilidad y presteza, como una auténtica profesional. En pocos segundos, Jane prendió un fuego, preparó las hierbas y colocó una tetera a calentar. Él habría tardado mucho más, de eso estaba seguro.

—¿Le ha agradado, Jane?

—¿Disculpe? —Ella apartó la mirada de la tetera para dirigirla hacia él.

—¿Ha disfrutado de la tarde con nosotros? ¿Ha gozado de la velada?

—Oh, sí, Su Excelencia —se ruborizó ella al punto—. Por eso no puedo dormir, ha sido un día inolvidable. Muchas gracias, mi señor, por habérmelo permitido.

—¿Permitido? Más bien tuve que forzarla, ¿recuerda?

—Sigo pensando que no es adecuado. Pero eso no significa que no lo haya disfrutado. Los niños son muy alegres, el bufé ha sido muy ameno, y la actuación privada me ha parecido sublime. No soy una entendida en música, pero me he emocionado mucho. Usted también toca de maravilla, mi señor.

Arthur se maravilló con el brillo en los ojos de color bronce, con las mejillas sonrojadas, con la sonrisa...

Dio un paso hacia ella.

—Si dice eso, debo creer que, realmente, no es una entendida en música. No toco bien el piano, señorita Jane. Mi padre lo consideraba un pasatiempo poco masculino y una pérdida de tiempo, por lo que las clases que recibí fueron escasas y con el único fin de no ser considerado un inculto frente a los círculos más selectos.

Jane lo miró a los ojos, se admiró con sus profundos ojos negros. Ni siquiera se había dado cuenta de que él ya había dado pasos hacia ella y de que la tetera empezaba a hervir. —Lo dice como si le hubiera gustado aprender más, Su Excelencia.

—Señorita Jane, merecí unos cuantos azotes por mi amor hacia las artes. Desde mi infancia, me embargó una curiosidad inmensa hacia escritores, filósofos, pintores, músicos y todo lo que envolviera ese sentimiento creativo. Pero, como futuro Duque de Wellington, tales intereses no eran considerados apropiados.

Jane comprendió que Arthur Wellesley tenía una personalidad mucho más profunda de lo que quería demostrar al mundo. Comprendió que, ese hombre, se había tenido que forjar una personalidad para agradar a los demás más que a sí mismo, ocultando su verdadero ser y sentir. Tratando de ajustarse a un ideal masculino absurdo.

—Mañana también nos acompañará —dijo él, más como una orden que como una invitación.

—Sigo pensando que no debería.

—Lo hará, he preparado algo un poco más animado, en los jardines. Para que esos diablillos corran y se cansen.

—No debería hablar con tanta dureza sobre ellos, mi señor. Son buenos niños.

—Sí, sobre todo Amelia. Ya la ha conocido, ¿no?

Jane rio. —Debo reconocer que la señorita Amelia me ha sorprendido bastante, mi señor.

—Pero en algo tiene razón esa vivaracha, usted parece una princesa.

Jane volvió a reír. —No se ría de mí.

Arthur experimentó una punzada en el corazón por tercera vez y se precipitó hacia Jane, la tomó firmemente por la cintura y la atrajo hacia sí, abrazándola. —No se ría usted de mí, señorita Jane —suplicó él con voz ronca, a escasos centímetros de los labios finos y femeninos.

¡Tonta!, se dijo Jane mientras disfrutaba de la repentina cercanía del Duque en lugar de apartarse.

Estaba envuelta por él, sintiendo el roce de sus cuerpos. Aunque sabía que eso estaba mal, no deseaba separarse. Arthur Wellesley representaba todo lo que estaba mal, y esa situación era, como poco, indecente, pero Jane sintió ese abrazo necesario. Tan necesario como respirar. Tan necesario y natural como la vida misma.

Arthur sabía que estaba haciendo maravillas para sostenerse de pie mientras la abrazaba. Sabía que su pierna se lo reclamaría más tarde. Pero al diablo con ella. Sentir a Jane entre sus brazos era una necesidad.

—Mi señor —balbuceó ella, sin atreverse a moverse, con la cabeza gacha.

—Jane —nombró él, apretándola más contra él. Percibió que él estaba cada vez más inclinado sobre sus labios a pesar de que ella todavía no había levantado la cabeza. Si la levantaba, sus labios se encontrarían irremediablemente, por eso, decidió hundirse más contra su pecho masculino, que era ancho y duro. Le daba la sensación de que podría caerse la casa, pero que ese torso la ampararía de todo cuanto les cayera encima.

Estaba excitado. Negarlo sería una idiotez. Y no importaba que Jane llevara la bata más horrible de toda Calcuta. Quería quitársela, quería verla desnuda, y llevársela a la cama de una vez por todas. Sí, al diablo también con sus propósitos de respetar a su criada. La necesitaba, la deseaba. Y aunque sabía que una vez la tuviera en la cama, su creciente obsesión por ella se desvanecería, tal y como le pasaba con todas las mujeres, no quería renunciar a ese placer.

—Jane —repitió él, consciente de que su voz parecía sacada del fondo de una caverna infernal, sintiendo los pechos turgentes contra su torso, teniendo sus manos a pocos y a escasos

centímetros de sus muslos.

No lo pensó más, porque simplemente su mente ya no razonaba, todo cuanto su cuerpo le pedía era subirle las faldas a esa mujer y hacerla suya, sin más dilación. Le apretó los muslos a través de la bata y el camisón, sintió su carne a través de esas dos finas y desgastadas telas y gruñó.

Jane notó las manos del Duque por encima de sus muslos y una sensación nueva y húmeda le recorrió la intimidad dolorosa y placenteramente. ¡Tonta!, se dijo de nuevo. Debería reaccionar.

Ah, pero la tetera fue la única que protestó. Empezó a pitar como signo de que el agua ya estaba hirviendo y ella se apartó del Duque con un movimiento rápido. Sacó la tetera del fuego, adecentó la cocina, y salió corriendo de allí. Sin infusión, sin calma, sin sueño y más alterada de lo que estaba antes de salir de su habitación.

Arthur, por su parte, respiró hondo un par de veces, recobrando el sentido y retomando el control de su cuerpo. La habría hecho suya allí mismo. No podía negarlo. Le habría encantado hacerlo, de hecho. ¿En qué clase de animal se estaba convirtiendo? No lo sabía. Siempre había sido dueño de sus pasiones, a pesar de ser numerosas.

Pero con ella era incapaz de controlarse.

Miró la tetera, y decidió servirse una taza. Era lo único que podía hacer si no quería perseguir a su criada hasta su habitación y terminar lo que había empezado.

"Pasé otra noche más en vela. No sabía cuánto tiempo podría vivir de ese modo: sin dormir. Arthur Wellesley había entrado en mi cuerpo como un veneno que me consumía lentamente."

Capítulo 15

Sentirse vivo

Sin desviarse de la norma, el progreso no es posible.

Frank Zappa.

En un espléndido día en Calcuta, los jardines del Duque de Wellington se transformaron en el escenario radiante de una sofisticada fiesta. El sol tropical brillaba en lo alto, filtrándose a través de las copas frondosas de árboles exóticos y creando una paleta de sombras y destellos en los senderos empedrados.

Las mesas de té, decoradas con manteles de encaje blanco, se alineaban estratégicamente por los jardines, cargadas con una selección de té finos, sándwiches de pepino, pasteles delicados y otras delicias de la época. Sombrillas de encaje y elegantes abanicos eran distribuidos entre los invitados, proporcionando alivio contra los cálidos rayos del sol.

Los músicos, ubicados en una glorieta decorada con guirnaldas de flores, interpretaron melodías suaves que se mezclaban con el murmullo de la conversación. Las damas paseaban por los caminos floridos con sus vestidos vaporosos y sombreros adornados, mientras los caballeros se reunían en grupos, compartiendo anécdotas y disfrutando de las bebidas frías servidas en copas de cristal.

Las áreas de descanso estaban decoradas con cojines de seda y cestas de flores frescas, proporcionando lugares acogedores para disfrutar de la compañía y la brisa suave. La risa y la música flotaban en el aire, creando un ambiente alegre y animado que definía la esencia de la alta sociedad ociosa.

Jane se quedó de piedra a la altura de la vidriera de colores que daba a los jardines. Nadie había avisado de que el domingo no sería igual que el sábado y eso que había madrugado junto al resto del servicio para realizar sus tareas y obligaciones. ¡Estaba lleno de gente y tan solo estaban a media tarde! ¡Lleno de miembros de la alta nobleza y de la alta sociedad en Calcuta! Buscó con espanto a los Grandes Duques de Mecklemburgo, moviendo sus ojos a través del gentío, pero no estaban. Gracias a Dios, no estaban. Si la vieran de esa guisa, con el vestido gris, y paseando por la propiedad del Duque de Wellington con tanta libertad, de seguro se la llevarían de vuelta con ellos de inmediato.

—Señorita Jane, por favor —apareció de repente Arthur, al que ni siquiera había visto venir—. ¿La ayudo?

—Me dijo que solo estaría el Gobernador, Su Excelencia. ¿A qué se debe este cambio? —preguntó, a media voz, todavía avergonzada por lo ocurrido en las cocinas.

No se recuperaba de un susto, que ya estaba metida en otro. ¿Desde cuándo su vida se había convertido en un vaivén de emociones?

—Oh, esto es culpa de Craig y Liam, quienes al enterarse de la presencia de Nate, decidieron fastidiarme el domingo al autoinvitarse e invitar a algunos de sus amigos.

—¿Y los niños? ¿Y Emma? Mi señor, nadie me había avisado de este cambio de planes.

—A decir verdad, di la orden de que no la informaran, señorita Jane. Supuse que, si sabía que hoy venían unos pocos invitados, se escondería en su madriguera como un ratoncillo asustado. Por eso, el ama de llaves, hoy le ha dado trabajo en las zonas de la casa más

escondidas.

¡Oh, ahora entendía por qué la habían mandado a quitar el polvo del desván!

—¿Un ratoncillo asustado? —se indignó, olvidándose de la vergüenza para mirarlo a los ojos.

—Bueno, señorita Jane, he descubierto que es algo común en usted el salir huyendo para encerrarse en su pequeña habitación. Por lo que sé, ese es un comportamiento común en los ratoncillos.

Lo había hecho. No, lo estaba haciendo. Estaba haciendo alusión a lo ocurrido por la noche, al momento en el que ella había salido corriendo de su lado. ¡Sinvergüenza! Ni había tenido la oportunidad de hablar con él sobre el asunto, pero estaba dispuesta a poner límites. No podía volver a suceder algo parecido. Ya era la segunda vez que ese hombre intentaba besarla y eso era un completo despropósito.

Lo miró con inquina, pero él solo se limitó a sonreír con esa malicia tan suya. —Pero ellas se ven tan elegantes —suspiró, observando a las damas que paseaban por los jardines para luego dirigirle una mirada desafiante—. Se decepcionarán en cuanto me vean, pensarán que han venido a una feria en lugar de a una fiesta en casa del Duque de Wellington.

Arthur la observó en silencio, con una mirada indescifrable, y la estudió de arriba a abajo, dibujando una media sonrisa. Una sonrisa ladeada, torciendo solo la comisura de los labios de la derecha. —Al diablo con lo que piense el mundo, señorita Jane. No pienso dejar que se acobarde ahora —murmuró él para coger su delicada mano y pasársela por su brazo. Él llevaba un precioso chaqué de lino blanco y unos pantalones a juego, estaba impecable, y el blanco hacía resaltar más sus rasgos oscuros, su pelo y su barba de tres días.

La arrastró hasta los jardines, pero ella no se atrevió a levantar la cabeza mientras lo hacía, solo se dejó guiar mientras su corazón le latía a mil. ¡Pero qué locura! —¡Eh, Arthur! ¿Una invitada especial? —Los detuvo Craig y se vieron obligados a detenerse en medio de un grupito de hombres y mujeres que se había formado para conversar.

—Damas y caballeros —dijo él con esa voz profunda—. Les presento a la señorita Jane.

Las miradas de sorpresa y confusión no se hicieron esperar entre los invitados. Por supuesto, la mayoría de las mujeres la miraron de arriba a abajo, estudiando su atuendo humilde. Pero el Duque de Wellington parecía muy orgulloso con ella colgada de su brazo, ¿acaso había perdido la cabeza en cuanto se cayó del tílburí?, fue lo que se preguntaron muchos al ver a Jane.

—La señorita Jane es la enfermera de Arthur —aclaró Nate, quien también se encontraba en el grupo—. Es una joven con una conversación muy perspicaz y agradable. Mis hijos quedaron encantados con ella ayer. Señorita Jane, si lo prefiere, encontrará a Emma y a los niños cerca del invernadero; sé que están correteando por allí y haciendo de las suyas.

Jane respiró un poco y notó que las miradas de los demás sobre ella se suavizaban. —Es agradable conocer a gente nueva —oyó decir a alguna de las señoras con más edad—. Desde mi punto de vista, hay círculos sociales que ya se hacen tediosos —añadió la anciana, dirigiendo una mirada inquisitiva a las señoras más altivas y que la habían mirado con más desprecio—. No sé de qué estoy más cansada de hablar, si de la boda del primer vizconde de Hallifax o de la ausencia de la Gran Duquesa de Mecklenburgo en su casa.

—Coincido con usted, señora Molly —convino el Duque de Wellington.

—Oh, vamos, querida, yo la acompañaré con los hijos del Gobernador —se ofreció la anciana señora Molly con una sonrisa.

—¿Me la prestas, Arthur? —se ofreció también Craig, alto y rubio, alzando su brazo en dirección a Jane—. Creo que yo también daré una vuelta por el invernadero.

Jane notó que el Duque la apretaba más contra él y que su cuerpo se ponía tenso de repente.

—Si quieres, Craig, puedes venir con nosotros, pues yo también me dirigía a ver mis sobrinos.

Los músicos seguían tocando de fondo y los invitados siguieron deleitándose con los magníficos jardines del Duque de Wellington, los mejores y más grandes de Calcuta, mientras Jane se encaminaba hacia el invernadero del brazo del anfitrión. Por supuesto, ambos eran el centro de miradas, y el foco de atención principal. Los murmullos y susurros se levantaban a su paso, pero la señor Molly, e incluso Craig, hicieron el paseo más ameno. De hecho, si no hubiera sido por ellos, Jane estaba segura de que habría dejado plantado al Duque allí mismo. Aunque fuera un acto de insubordinación.

—Señorita Jane, es usted especialmente elegante por ser una simple enfermera —comentó la señora Molly—. Y no me malinterprete, no soy como esas estiradas de ahí atrás, entre las que se incluye mi sobrina, deseosa de que muera para poder adquirir mi herencia, quiero decir que tiene unos aires sofisticados que no son propios de los de su clase.

—Agradezco sus palabras amables, señora Molly —asintió ella con una sonrisa nerviosa. No estaba segura de ser sofisticada, pero quería creer que no había olvidado todo cuanto había aprendido antes de ser secuestrada.

—Lamento no haber sido más amable el día que nos conocimos, señorita Jane —comentó Craig, pegado a su izquierda, por el lado en el que no estaba el Duque y por detrás de la señora Molly.

El Duque se volvió a tensar a su derecha y Jane reparó, viéndolo de perfil, que tenía los labios apretados y la frente ligeramente arrugada.

—No tiene importancia, señor Craig.

—Rothinger —interrumpió Arthur—. Señor Rothinger es su apellido —especificó—. Craig es su nombre de pila.

—Oh, mis disculpas —se ruborizó Jane por el error.

—Vamos, eso no tiene ningún tipo de importancia —rio Craig—. Prefiero que me llame señor Craig, me gusta más como suena.

—No soy partícipe de que mi servicio se dirija a los invitados con tanta confianza —replicó Arthur, de nuevo, y Jane frunció el ceño. ¿Era necesario mencionar que formaba parte del servicio cuando la estaba obligando a ser una invitada más de su fiesta? ¡Maldito! Le hubiera gustado soltarse de su brazo inmediatamente, pero hubiera sido demasiado descarado. ¡Já! ¡«Caballero desgraciado».

—¿Y esos ojos, niña? ¿De quién los has heredado?

—Lo ignoro, mi señora, soy huérfana.

—Solo he visto a otra persona con esos ojos en mi vida —recordó la señora Molly—. Su Alteza Real el Príncipe Ernesto, tío de la actual reina. Una vez tuve la oportunidad de conocerlo, y tenía los mismos ojos que tú niña. El mismo tono bronce brillante.

Jane palideció. Pero hizo un esfuerzo para que se notara, ocultándose con el bonete. Pues ese día había decidido usar el bonete a juego del vestido gris de la señora Bass. No recordaba al Príncipe Ernesto, pero debía ser familia de su padre, de eso estaba convencida.

—¡Qué coincidencia! —se apresuró en decir.

Arthur tuvo la impresión de que en ese momento se le caía una venda de los ojos. Jane estaba mintiendo. No era normal que cada vez que alguien le hablara de su pasado, palideciera e intentar escapar. Pensar que estuviera emparentada con el Príncipe Ernesto era una completa absurdez, pero debía intentar saber un poco más sobre ella. ¿Cómo? No lo sabía. Pues la última

vez que había hablado sobre el asunto, se había puesto a llorar. ¿Qué escondía realmente esa mujer que lo tenía tan encaprichado?

Poco a poco, Jane comenzó a captar la atención de los invitados. A pesar de su intento por permanecer cerca de Emma y los niños, y de pasar desapercibida, la constante presencia del Duque de Wellington a su lado y la amabilidad persistente de Craig atrajeron a personas de ambos sexos que se acercaban para entablar conversación. La mayoría estaba ansiosa por conocer más sobre el pequeño escándalo que se estaba formando a su alrededor. Sin embargo, otros encontraron la charla de Jane, tal como la había descrito Nate, perspicaz. A pesar de ser una simple sirvienta, Jane era capaz de desenvolverse en cualquier conversación con soltura. Quizás no poseía la educación más refinada, pero no le faltaban recursos para defenderse ni ideas.

Paseó por el invernadero junto a la familia del Gobernador, parlamentó durante mucho tiempo con la señora Molly, probó los diferentes tentempiés dispuestos sobre las mesas, y hasta tomó una taza de té. Fue una tarde excitante.

Y Arthur estaba orgulloso de ser el motivo de su excitación, de sus ojos brillantes, de sus mejillas sonrojadas. Aunque hubiera preferido que Craig no se mostrara tan insistente. Saltaba a la vista que su amigo había visto en Jane lo mismo que él. No, lo mismo que él era imposible. Pero sí había percibido la belleza natural de Jane, una belleza única y especial que, pese a su humilde atuendo, llamaba la atención de cualquier hombre con buen ojo.

—Es un desastre —comentó la señora Molly cuando el sol empezaba a ponerse y habían decidido sentarse en una de las banquetas adornadas con farolillos—. La boda del primer vizconde con esa señorita es un desastre —continuó, después de que alguien más volviera a sacar el tema por enésima vez.

—¿Por qué, mi señora? —se atrevió a preguntar ella que, poco a poco, había ido ganando confianza.

—La cara de su carabina era un poema el día de la ceremonia.

—No me extraña, después del escándalo de lady Wood... —rio alguna de las damas que se había unido a ellas en la banqueta.

—No, pero la cosa va más allá de un par de aventuras amorosas —dijo la anciana, preocupada—. Ha llegado a mis oídos, niña, y créeme cuando digo que no se me escapa nada en Calcuta, que el primer vizconde de Hallifax no es el trocito de pan que todos creemos que es.

—¿Qué pretende insinuar, señora Molly? —inquirió la misma mujer de antes, una de las que seguía mirando a Jane por encima del hombro—. El vizconde ha hecho honores a nuestra comunidad. Si está molesto con su esposa por los rumores que circulan de ella, yo lo comprendo totalmente.

—¿Por qué no han venido? —preguntó Jane, apretando las manos—. ¿No estaban invitados?

—Deben de estar disfrutando de la luna de miel, por supuesto —replicó la estirada.

—O de hiel —añadió la señora Molly y Jane apretó los dientes.

¡Oh, Dios mío! ¿Qué quería decir la anciana con eso? —Si me disculpan, creo que iré a dar otro paseo antes de que anochezca —se levantó Jane, alejándose de las mujeres, preocupada.

—¿Qué ocurre? —la interceptó el Duque que, a pesar de haberla dejado sola, no había dejado de mirarla ni un solo instante—. ¿La han importunado?

—No, no es eso. La señora Molly ha comentado algo que me ha hecho preocupar... ¿Sabe algo del matrimonio entre el vizconde de Hallifax y lady Wood? —Arthur apartó la mirada, sin moverse del sitio—. ¿Lo sabe?

—Algo he oído durante la fiesta, sí. Pero no suelo escuchar los rumores, señorita Jane. Y

usted tampoco debería hacerlo.

—¿Cómo puede estar tan tranquilo? —se irritó ella—. ¿Es consciente de que hemos podido condenar a una mujer? ¿Que mientras nosotros estamos aquí paseando y comiendo puede que ella esté encerrada a base de golpes? ¿No le parece extraño que no hayan venido?

—En absoluto. El primer vizconde jamás se presentaría en mi propiedad —La encaró—. Olvídense del asunto, pase lo que pase ahora no es asunto nuestro. ¿Son marido y mujer, no es así?

Jane se llevó la mano en el pecho y se encogió. —No estoy segura de que el hecho de que sean matrimonio justifique que el primer vizconde maltrate a su esposa. Después de todo, el vizconde no es el mentecato que usted describía.

—¿Está disfrutando del evento, señorita Jane? —los interrumpió Nate, ganándose la mirada cargada de significados de ambos—. ¿Qué ocurre? —El Duque, asegurándose de que nadie pudiera oírlo, puso al corriente a su mejor amigo de lo ocurrido con lady Wood, el periódico, y las posibles consecuencias—. Por una vez en la vida, creía que no tenías nada que ver con esto, Arthur. ¿Cómo pude creer que un problema en Calcuta no llevara tu sello? Y usted, señorita Jane, colaborando con Su Excelencia para sus maldades... qué decepción.

—A ella no la metas en esto, Nate —la defendió el Duque.

—No, Su Excelencia —dijo ella—. El Gobernador tiene razón, no debería haber accedido a cometer algo tan insensato. Así como tampoco debería estar aquí en estos momentos, si me disculpan, es hora de que me retire —Hizo una reverencia rápida y salió a toda prisa de los jardines.

¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo era la causante del dolor ajeno? ¿Desde cuándo era una chivata?

—Jane, espere —La persiguió él, con su veneno, su perfume fatal y su insistencia tóxica. Era un manipulador.

—No, Su Excelencia —lo enfrentó ella en el pasillo hindú, anterior a la vidriera de los jardines—. Es suficiente. Deje de manipularme a su antojo, puede que sea su sirvienta. Pero ya le dije que no soy su esclava. Me ha quedado muy claro cuál es mi posición y lo que pretende.

—¿A qué se refiere?

—¿Le gusta que su servicio no tenga tanta confianza con los invitados?

Arthur cerró los ojos con fuerza y luego los abrió para dar un paso hacia ella, en mitad del pasillo solitario, desde el que se oían las voces de los asistentes en los jardines. —¿Por eso abandona la fiesta?

—No, la abandono porque no es mi lugar. Porque no quiero formar parte de una sociedad en la que se come, bebe y se habla mal de los demás sin importar que estos estén en grave peligro.

—Me aseguraré de informarme mejor sobre lady Wood —propuso él, tratando de calmarla—. Hablaré con Nate para que les haga una visita y averigüe qué está ocurriendo realmente. Lo más seguro es que estemos haciendo una montaña de un grano de arena.

—Eso hablaría mucho de usted, Su Excelencia. Ahora, si me disculpa...

—No —La cogió por el brazo, apoyándose en sus muletas con las axilas—. No quiero que se vaya.

—¿Por qué? ¿Por qué tanta insistencia? Ni siquiera soy la más bonita de su fiesta. Ni la más educada. Deje de jugar conmigo, se lo ruego.

—No necesito que sea la más bonita, ni la más educada, Jane. Solo necesito que sea mía. Que mire, sonríe y hable solo para mí. Que ignore a Craig y que...

—No puedo creerlo.

—¿El qué?

—¿Son celos? —se sorprendió Jane—. ¿De veras está celoso? ¿De mí? ¿Su criada? Está perdiendo el juicio. No seré uno más de sus pasatiempos, engrosando su lista de conquistas. Le aconsejo que se olvide mí, Su Excelencia —Se zafó de su agarre y le dio la espalda, andando con paso firme, aunque torpe, hacia su refugio, hacia su habitación. Como ese ratoncillo que había mencionado Arthur.

"Me daba la sensación de que yo podía hacer al Duque de Wellington mejor persona. De pronto, comprendí que tenía ese extraño poder en mis manos que, por algún motivo, ese hombre estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa para convencerme. Pero no solo era eso, él también tenía un efecto en mí. Me retaba, hacía que perdiera mis buenos valores y que cuestionara todo cuanto era y había sido hasta entonces, me hacía preguntarme el sentido de la vida, me sorprendía, me hacía vivir cosas nuevas, me hacía sentir viva."

Capítulo 16

El verdadero Wellington

La aventura podrá ser loca, pero el aventurero ha de ser cuerdo.

Gilbert Keith Chesterton.

Después de dos semanas, Arthur llegó a la conclusión de que, si las siguientes fueran como las tres anteriores, enloquecería de verdad. Su pierna había mejorado notablemente; ya no requería inmovilización con las tablas, y la mayoría de las vendas de su cuerpo eran innecesarias. En el Taj Palace, las apuestas estaban en pleno apogeo, y solo le quedaba una semana para hacer su aparición si quería recobrar algo de su dignidad, pues muchos de aquellos que habían apostado en su contra ya habían ganado parte de su dinero.

Las muletas lo habían ayudado a conservar parte de su cordura. Aunque Jane no ayudara nada en ello. Desde su pequeña discusión en el pasillo hindú, ella se había convertido en poco más que una momia. Estaba dispuesta a amargarle la existencia con su rictus severo, sus contestaciones agrias y sus miradas amenazadoras.

Al parecer, su propia sirvienta, lo culpaba por la situación de lady Wood. Y, seguramente, por otras cosas menos dignas de mención. Como, por ejemplo, los dos intentos de beso fallidos. Su dignidad estaba rozando los suelos pero, gracias a Dios, nadie más sabía que había fracasado en el arte de la seducción. Solo lo sabía él. Pero era demasiado orgulloso como para perdonarse.

—El primer vizconde ha realizado la apuesta más alta en tu contra, recientemente —informó Liam, al lado de Craig, en la comodidad de la biblioteca—. Sostiene que te has vuelto loco al caerte del tílburí, y los rumores sobre lo sucedido en tu fiesta de los jardines están dando mucho de qué hablar.

Jane dio un respingo desde su rincón. —Oh, por favor, le daré una bofetada a ese insensato si insinúa que invitar a la señorita Jane a la fiesta fue un acto de locura —replicó Craig, y luego la miró desde su sillón con una sonrisa.

—No te metas en mis asuntos, Craig —carraspeó Arthur—. Si el vizconde quiere humillarse a sí mismo apostando contra mí, alegando una locura que para nada existe, es su problema. No tendrá que esperar mucho para enfrentarse a mí cara a cara, y entonces veremos qué tan valiente es.

—Eh, Arthur, ¿desde cuándo tus asuntos no son los míos?

«Desde que te atreves a mencionar a Jane en tus discursos», pensó Arthur con amargura.

—Simplemente, no quiero avivar el fuego por un lado cuando ya tengo mis propias brasas en otro.

—¿El asunto de lady Wood? —comprendió Liam.

—Exacto, hoy Nate iba a hacer una visita a casa del vizconde, después vendrá aquí para informarme de la situación. Al parecer, le ha costado mucho concretar una cita con Charles en su casa, el «miserable» se rehusaba a ello.

—Y si los rumores son ciertos, ¿qué piensas hacer? No me digas que de veras sientes algo por lady Wood —rio Craig—. Sería épico que la secuestraras para salvarla de las garras de su malvado esposo, eso sellaría tu fama para siempre. Quizás empiecen a llamarte el «secuestrador de esposas».

—En efecto, lady Wood ahora es su esposa, y nadie puede interceder en sus asuntos — reflexionó Liam.

Arthur asintió, aunque sabía que Jane no compartía esa perspectiva. Y como siempre, obsesionado como lo estaba desde hacía días, solo quería complacerla. Quizás, si escuchaba de la boca del Gobernador que lady Wood estaba bien, cambiaría esa horrible actitud que había adoptado con él.

La conversación sobre el Taj Palace, las apuestas, el mequetrefe del vizconde y lady Wood, se alargó durante veinte minutos más.

—Arthur, eres muy listo —susurró Craig, cuando ya no había nada de lo que hablar y solo estaban apurando las copas para despedirse—. De veras que admiro tu capacidad para encontrar bellezas ocultas donde nadie las vería —Craig dedicó otra mirada a Jane, y no era la primera, ni siquiera la segunda, se había pasado todo el tiempo mirándola—. Eres mi maestro. Mi mentor —reverenció el rubio, con una sonrisa divertida, asegurándose de que Jane no lo oyera y haciendo reír a Liam por sus ocurrencias—. No comprendía por qué la habías contratado. Vamos, ¿contratar a la mujer que se interpuso en la línea de tiro solo por venganza? ¿Quién iba a creerse semejante tontería? Jane es la perdición de cualquier hombre que precie su masculinidad. Dime la verdad, ¿te hace algo más a parte de masajes y friegas en tus heridas? Tres semanas de abstinencia son imposibles para ti, Arthur, no me lo creo. No me creo nada. Estás aquí encerrado por ella, te tiene loco, ¿cierto?

Las ganas de pegarle un puñetazo a Liam jamás habían sido tan verdaderas como en ese instante. En otras ocasiones, ambos habían hecho comentarios similares sobre sus conquistas. Pero no toleraba que hablara así de Jane. El corazón se le arrugó al pensar que otro hombre podía considerarla poco más que una amante. Pero, si no era eso, ¿qué quería que fuera ella? No tenía sentido que hubiera intentado besarla si no pretendía hacerla su amante, ¿cierto? Oh, pero no sabía por qué diantres ese adjetivo no combinaba con Jane, no con su Jane. Ella, además, de seguro que pondría el grito en el cielo si se enterara de lo que estaba diciendo Craig. Se indignaría a más no poder y los regañaría a ambos de un modo que los dejaría completamente pálidos.

—Agradecería que mostraras un poco más de respeto hacia las personas que están bajo mi custodia, Craig —replicó, con el veneno en sus cuerdas vocales—. Es más, agradecería mucho que dejaras tu copa vacía sobre la mesita y te marcharas de inmediato.

No dijo nada en especial. Pero fue el modo en el que lo dijo. Craig se puso serio de golpe y obedeció, sin objetar nada. Ni siquiera se despidió para salir de la biblioteca. —Arthur —comprendió Liam también, haciendo una pequeña reverencia hacia el Duque antes de salir.

—Quizás sea cierto que esté perdiendo el juicio, ¿no crees? —comentó Craig al salir de Wellington's House—. ¿A qué ha venido eso?

—Puede que la señorita Jane se haya ganado su respeto, Craig, y que lo hayas ofendido verdaderamente —repuso el pelirrojo mientras subían al carruaje.

—¿Una criada? Vamos, Arthur es de los pocos con título nobiliario por aquí, ¿por qué debería ella de ganarse su respeto? No entiendo por qué tanto bombo y platillo por una sirvienta, por muy bonita que sea.

—No lo sé, amigo —Alzó los hombros Liam—. Pero he comprendido que la señorita Jane es alguien importante para Arthur. Y que, si tenías algún plan de conquista con ella, pues sé que Arthur y tú habéis compartido amantes en alguna ocasión, será mejor que lo dejes estar. Esta vez, el Duque no parece dispuesto a compartir.

—Desde luego —bufó Craig, una vez cerraron la puerta del carruaje y los caballos

empezaron a tirar—. No estoy dispuesto a enfrentarme a Arthur por esto; una lástima, Jane me gustaba de verdad.

—A ti te gustan todas de verdad.

—Eso también es cierto —rio Craig y Liam rodó los ojos.



Todavía tenía un humor de perros cuando Nate llegó a la biblioteca un par de horas después de que Craig y Liam se marcharan. En esas dos horas había torturado a Jane con sus exigencias y la había puesto contra las cuerdas, pero ella no había reaccionado en absoluto. ¡Cuervo ominoso!

—¿Y bien? —inquirió, tratando de no parecer demasiado desagradable con Nate ahora que ambos habían hecho las paces.

—Creo que, desafortunadamente, los rumores son ciertos —A Jane le tembló el cuerpo, había esperado ese momento con ansias, los remordimientos la habían perseguido durante todos esos días de ignorancia—. El primer vizconde de Hallifax no es tan amable con su esposa como se esfuerza en serlo fuera de casa. Como he dicho, ha sido una visita de cortesía, he ido con los niños. Y Emma, que ha podido hablar con el servicio, ha sabido que Charles pega a su mujer regularmente y que nadie, ni siquiera su tía anciana, es capaz de hacer algo para ayudarla. Yo no siquiera la he visto, creo que te puedes hacer una idea de por qué. Seguramente el vizconde no quiera que los signos del maltrato se hagan públicos.

—Está desahogando sus inseguridades sobre su esposa. ¿Lo ves, Nate? Siempre supe que era un hipócrita, cuya carrera política y comercial no era más que un seguido de mentiras y falsedades. Y sí, todos estamos de acuerdo en que lady Wood no es la esposa ideal, pero creo que el momento de los azotes en el culo ya debió de haber pasado.

—Deben resolverlo en privado. Por muy detestable que nos parezca, no se está cometiendo ninguna ilegalidad. El vizconde tiene todo el derecho de hacer y deshacer sobre lady Wood.

—Mis disculpas, Gobernador —intervino Jane, obligando a los dos caballeros a girarse hacia ella. Era la primera vez en dos semanas que Jane hablaba por iniciativa propia y Arthur se alivió un poco, como si todavía quedara esperanza—. Pero el hecho de que una mujer esté siendo golpeada no me parece un asunto privado, sino un problema social. Si usted viera como un hombre pega a una dama en mitad de la calle, ¿no actuaría?

—Si supiera que son marido y mujer no podría hacerlo, señorita Jane.

—¿Y si no lo fueran?

—Entonces actuaría, por supuesto.

—¿Y unos simples votos matrimoniales son lo que condenan a un ser humano a vivir el resto de su vida como un miserable?

—Ha estado leyendo «Los Miserables», Nate. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien que la señorita Jane se aficione a la lectura, pero la realidad es que no podemos hacer nada para ayudar a lady Wood.

—Mientras todos sigan aplaudiendo al primer vizconde en sus seminarios, premiándolo por sus logros en el comercio y lamiéndole las botas por allí donde pase, la situación no cambiará. Creo, profundamente, que toda la alta sociedad de Calcuta debería marginar a un hombre así —continuó Jane, dispuesta a hacer algo para enmendar su error.

—Comprendo que sienta parte de responsabilidad en esto, pero como hemos dicho, los

azotes en el culo ya pasaron hace mucho. Lo que está ocurriendo es lo que hubiera ocurrido de igual modo. Hay esposos que encuentran una especie de alivio en comportarse como animales con sus esposas, y yo soy de los que aborrecen esas actitudes, pero no por eso puedo hacer algo al respecto.

Le hubiera gustado seguir insistiendo, pero era inútil. Lo que ella proponía, ayudar a lady Wood, parecía ser una locura. Y quizás lo fuera, pero su corazón seguía compungido.

—¿No piensa decir nada, señorita Jane? —le preguntó el Duque de Wellington tan pronto como el Gobernador abandonó la biblioteca.

—Soy de la opinión, Su Excelencia, de que no es necesario decir nada cuando ya está todo dicho. Hablar de más solo trae conflictos.

—¿Y si le digo que para mí es un conflicto que usted se pase las horas en silencio y con esa cara de amargada? Lleva dos semanas así, señorita Jane. Y estoy tan aburrido que podría saltar por la ventana solo para encontrar algo de emoción en mi vida.

—Desconocía que entre las obligaciones de una enfermera estuvieran las de hacer de bufón.

—Creía que ya habíamos aclarado este tema. No sé por qué siento que estamos igual que al principio —se ofuscó él—. ¿Sabe qué? Ya es hora de dar un paseo por el Taj Palace.

—El médico dijo que debía guardar reposo al menos una semana más.

—Al diablo con el «matasanos» y al diablo con usted, señorita Jane.

Arthur se puso de pie, sin coger las muletas, y aprovechó que estaba vestido adecuadamente para salir. No soportaba ni un solo minuto más de encierro. Esa mujer estaba torturándolo. ¿Quién se creía que era para mirarlo con prejuicios? ¿Acaso era culpable del destino de lady Wood?

—Una copa doble —ordenó en cuanto llegó al Taj Palace, con carruaje, y para sorpresa de sus pares.

Lo cierto era que la pierna le dolía a horrores. Pero no pensaba amilanarse. Nada era peor que seguir soportando el semblante agrio y las respuestas amargadas de su criada con ínfulas de princesa.

—Y haga el favor de traerme los resúmenes de apuestas. Creo que es hora de que se cierren las que llevan mi nombre.

No quería encontrarse con ella. ¿Por qué tenía que escapar de su propia casa para sentir algo de paz? ¿Por qué no la echaba a patadas de una vez por todas? Al fin y al cabo, prácticamente ya no la necesitaba.

—¡Wellington! ¡Pero si eres tú!

Arthur agradeció poder dejar su doble copa y saludar a los conocidos del club.

—¿Y quién otro podría llevar unas botas con tanto estilo? —replicó.

Los siguientes minutos fueron una sucesión de saludos, bromas y comentarios de todo tipo. Las apuestas con su nombre se cerraron, y muchos perdieron una gran parte de su dinero, pues el Duque de Wellington había empezado a andar mucho antes de lo que habían pensado algunos.

—Ya hemos escuchado que no has estado nada aburrido en casa —dijo Martin, uno de los comerciantes más prósperos de Calcuta, mientras un indio les servía otra copa—. ¿Una enfermera atractiva cuidándote durante todo este tiempo? No me extraña que tardaras en hacer acto de presencia.

—Algunos decían que has perdido el juicio, pero si hay una mujer que merezca la pena de por medio, todo está justificado —añadió Ballow, Barón de Chiret.

—¿Algunos? Creo que el que empezó el rumor de mi locura fue el propio vizconde de Hallifax —dijo con su voz más hastiada—. Aunque, a juzgar por lo último que he sabido de él,

mucho me temo que él sea el más necesitado de cordura. ¿Tanto criticarme por mi trato hacia las mujeres para terminar usando a su esposa como un saco de boxeo?

—Cualquiera diría que estás preocupado por lady Wood.

—No debería haber aceptado ese duelo —se lamentó él—. Yo me reto con caballeros. Y para mí, el vizconde de Hallifax está muy lejos de serlo y muy por debajo de mi estatus.

Esa admisión provocó otra oleada de bromas y comentarios ingeniosos de sus conocidos, por supuesto. Pero mientras el Taj Palace se revolucionaba, él se dio cuenta de que, por una vez en su vida, podía hacer algo bien. Quizás jamás llegara a ser el héroe que el mundo esperaba que fuera; de hecho, era todo lo contrario, era un paria de la sociedad. Pero podía hacer honor a su apellido por primera vez y, en parte, gracias los fuertes valores de su criada. ¿Y si consideraba a Hallifax como Napoleón y a lady Wood como Europa?

Todos creían erróneamente que aún albergaba sentimientos por lady Wood, como si alguna vez hubiera sentido el más mínimo afecto por ella. Sin embargo, eso era lo de menos; la verdadera cuestión radicaba en que la idea de secuestrar a Leslie, de repente, no le parecía tan descabellada. Además, resultaría fascinante observar sus reacciones y ver cómo respondería el perfecto y admirado Charles ante semejante disyuntiva. Sería un juego muy interesante a la par que le demostraba a Jane que era capaz de ayudar a las personas cuando estas lo precisaban. Bien, quizás solo lo hiciera para hacerla feliz.

Sí, quizás estaba deseoso de que Jane volviera a sonreírlo.

Y, para ello, estaba dispuesto a cometer la más grandes de las locuras.

Ah, la emoción de una aventura nueva, casi tan peligrosa como batirse en duelo, le recorrió el cuerpo y sonrió para sus adentros. Se había pasado la vida ideando estrategias para estupideces, pues no había ninguna guerra que librar. Por fin, podía poner en práctica sus juegos para algo verdaderamente trascendental.

Capítulo 17

Algo más que una sonrisa

Nadie puede liberarse de la esclavitud mental hasta que se libere a sí mismo.

Criadas y Señoras.

—Wellington, ¿se puede saber qué estás planeando? —preguntó Liam alarmado, peinándose su pelo rojo con nerviosismo.

Hacía ya algunos minutos que estaban en la calle donde residía el primer vizconde de Hallifax. La luz del día se había desvanecido, y lo habían informado de que lady Wood acostumbraba a dar un paseo junto a su anciana tía a esa hora, aprovechando la penumbra para estirar las piernas. Era probable que su esposo le prohibiera hacerlo durante el día, temiendo que las marcas de sus moretones quedaran expuestas a la luz del sol.

Arthur no contestó, porque su atención estaba puesta en la puerta que se abría calle arriba. Su sonrisa se amplió cuando reconoció a lady Wood, sería imposible no reconocer esos tirabuzones dorados. Llevaba un sencillo abrigo azul sobre su vestido de tarde. No hacía frío, por supuesto que no, en Calcuta el tiempo era indulgente. Pero las damas gustaban de usar algo fino sobre sus vestidos en cuanto oscurecía.

Era un blanco fácil. Pues su anciana tía apenas podría moverse antes de darse cuenta de que su sobrina ya estaba a lomos de su caballo.

—Bueno, Arthur, quizás va siendo hora de que nos digas qué pretendes —insistió Craig.

Habían estado bebiendo y conversando en el Taj Palace hasta tarde. Y sus dos amigos se habían empeñado en seguirlo hasta allí, convencidos de que tramaba algo. Y en efecto, tramaba secuestrar a la esposa de su archienemigo.

—¿Qué pretendo hacer? ¿Acaso no es evidente, amigos míos? Os aconsejo que os marchéis si no queréis ser cómplices de la locura más sonada que he hecho jamás.

—¡Que me aspen! ¿De veras vas a hacerlo? —se angustió Liam—. Pensé que no harías caso de las sugerencias estúpidas de Craig.

—Eh, yo solo expuse una posibilidad. ¿Cómo iba a creer que esto iba a suceder? —se excusó Craig—. Pero, en fin, ahora que estoy aquí no pienso perdermelo. Quiero ver como la secuestras.

—No lo hagas, Arthur, ni siquiera estás bien recuperado de la pierna.

—¿Insinúas que me caeré estrepitosamente en mitad de la calle, Liam? Ahora sabrás de lo que es capaz un Wellesley.

Liam contestó algo al respecto, pero Arthur no estaba lo bastante sobrio para escucharlo ni para pensar. Espoleó a su montura, adquiriendo bastante velocidad, después subió a la acera con el caballo, asustando a todos los transeúntes, incluida a lady Wood que empezó a gritar desesperadamente. Se apoderó de ella, la levantó y la puso atravesada sobre el caballo.

No tuvo tiempo de girarse para ver las caras de Craig y Liam, pero estaba convencido de que se habían quedado cautivados por su maniobra maestra y que jamás olvidarían semejante proeza.

«Bien hecho», se felicitó a sí mismo a pesar del dolor en la pierna y el brazo. Los gritos de la anciana que acompañaba a Leslie Wood estallaron detrás de él, pero no disminuyó la

velocidad. Ella se revolvía con todas sus fuerzas, y entonces le echó su propio chaqué por encima, envolviéndola como un saco.

Llegó a su propiedad rápidamente. El señor Dowson intentó no parecer demasiado sorprendido cuando entró por la puerta con el bulto que pataleaba y gritaba sobre el hombro. Subió las escaleras con lady Wood sobre su hombro, se detuvo ante un dormitorio cualquiera de la casa, en el segundo piso, y la dejó sobre la cama. —Encienda las velas —ordenó al ama de llaves que lo había seguido con el rostro desencajado.

—¿Arty? ¡Oh, Arty! ¿Eres tu?

Leslie dejó atrás el miedo. Inicialmente, había temido ser víctima de un secuestro, ya fuera por dinero u otros motivos oscuros. No obstante, al escuchar la voz del Duque de Wellington, una oleada de alivio y satisfacción la invadió por completo. Ah, estaba segura de que él no podría haberla olvidado tan fácilmente. Seguramente había oído el calvario que estaba viviendo junto a su esposo y había decidido secuestrarla para escapar juntos. Aquello no tenía precio.

—Oh, Arthur, ¿por qué no me sacas lo que sea que has puesto en mi cabeza? Quiero verte —suplicó ella, todavía con el chaqué sobre su cabeza, privándole de la oportunidad de ver, pues Arthur le había atado las manos con la pañoleta poco después de cogerla, para evitar que forcejeara y ambos se cayeran del caballo.



Si Jane había creído por un instante que el Duque sentía algo real por ella, no tardó mucho en averiguar la verdad. Si bien se había negado a creer que alguien como ese hombre pudiera albergar sentimientos genuinos hacia una criada, las emociones desafiaban la razón.

El Duque volvió con la caída de la noche, claramente habiendo pasado el día entregado a la bebida y, además, acompañado por alguna de sus conquistas. Jane lo percibió, no solo por la distintiva voz de una mujer que resonaba en la casa, sino también porque todo el servicio estaba revuelto y murmurando sobre el asunto.

Jane no comprendía por qué razón él la había convocado a la biblioteca. Al entrar, lo halló acomodado en su sillón morado con el ceño fruncido y pálido. Tenía la pierna sobre un taburete y estaba terriblemente hinchada.

—No me regañe, señorita Jane —dijo él antes de que ella pudiera protestar.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa, Su Excelencia? Supongo que me ha hecho llamar para asistirlo con su pierna antes de regresar con su nueva conquista. No se preocupe, de inmediato me ocuparé de ello.

—Indudablemente, mi pierna me causa dolor, y, por supuesto, requiero de su asistencia para aliviarla. Y sí, si lo está pensando, he indulgido en unas copas de más. No obstante, considero que me lo he ganado después de someterme al confinamiento forzoso al que me vi obligado a aceptar.

—Iré en busca de agua fría, mi señor.

El dolor de su cuerpo lo obligó a esperar a que Jane reapareciera con un cubo y agua helada. En cuanto tuvo la pierna fuera de la bota y metida en el frescor del cubo, Jane se dispuso a ayudarlo con el brazo.

—¿No va a decir nada, señorita Jane? —inquirió él, que no veía la hora de contarle lo que había hecho.

—Su amante se decepcionará si sigue haciéndola esperar.

Arthur esbozó una sonrisa. ¿Eran celos acaso? ¿Jane experimentaba la punzada de los celos? Se sintió tan halagado por solo considerarlo que pasó por su mente la idea de hacerle creer que tenía a su amante en casa. Pero luego recordó que Jane tenía un carácter horrible y que era mejor no hacerla enfadar más. Al fin y al cabo, el objetivo de su locura no era ese, sino todo lo contrario.

—No es mi amante, señorita Jane, puede respirar tranquila —bromeó y Jane enarcó una ceja oscura, mirándolo con desdén premeditado—. Se trata de Lady Wood.

Se hizo un silencio sepulcral en mitad de la biblioteca iluminada parcialmente por lámparas de queroseno, y velas deshaciéndose. Jane no podía creer lo que acababa de oír. Tanto así, que dejó de untar la herida del Duque y se quedó quieta, mirándolo fijamente a los ojos, durante largos segundos, estudiando su mirada, como si buscara signos de burla o de mentira en ella. Los ojos negros de Arthur eran difíciles de descifrar. No como los suyos, que cambiaban de subtono bronce según sus sentimientos y emociones.

—Su Excelencia —murmuró—. Espero que su esposo no vuelva a enfrentarse a usted, eso me obligaría a quedarme aquí otras tres semanas cuidando de sus heridas. Aunque, si Lady Wood va a quedarse, quizás pueda asistirlo ella.

Jane se sintió increíblemente torpe. Arthur había estado enamorado de Leslie Wood todo ese tiempo y solo la había utilizado como una distracción. ¿Cómo había podido creerse la historia de que solo había participado en ese duelo por distracción?

—Ni una palabra más, señorita Jane —se puso serio de repente—. Permítame rogarle que no me ofenda insinuando que perdería ante el vizconde de Hallifax en otro hipotético duelo entre nosotros. Lo segundo, si está pensando que siento algo por Lady Wood es usted más tonta de lo creía. Si la he secuestrado, ha sido por usted.

—¿Por mí? —Jane sintió que el corazón se le subía a la garganta y que las mejillas se le tornaban rojas como dos tomates—. Creo que fui muy clara la última vez cuando le pedí que dejara de jugar conmigo, Su Excelencia. ¿De veras pretende que me crea que ha secuestrado a su amante por mí?

—Señorita Jane, no hace más que decir pamplinas. Estaba cansado de verla angustiada por los rincones, con su rictus severo en los labios y sus contestaciones secas y aburridas, culpándome por el destino de la pobre y desgraciada Lady Wood. Bien, ahora Lady Wood ya está aquí, lejos de los golpes del mequetrefe de Charles, y yo solo quiero verla sonreír como pago por ello.

—¿Qué sonría? ¿Cómo podría hacerlo a sabiendas de que está usted metido en buen lío solo por verme sonreír? Su Excelencia, su cordura me preocupa verdaderamente —manifestó ella, arrodillada al lado de él, todavía en la misma posición que se había puesto para ayudarlo con el brazo.

—Sinceramente, señorita Jane —murmuró él con la voz inusualmente grave, cogiéndola por la nuca de repente y atrayéndola hacia él con una sola mano—. Yo también estoy verdaderamente preocupado por mi cordura.

Jane sintió como si la biblioteca se quedara sin aire mientras caía sobre el pecho del Duque. Percibió la firmeza de su torso debajo de las palmas de sus manos, que había colocado entre ella y él como una barrera simbólica para apoyarse. No supo cómo el Duque lo había hecho, pero de pronto, se vio sentada sobre sus piernas, cruzada sobre su cuerpo mientras sus faldas negras lo cubrían y su mandil blanco se arrugaba.

El beso no se hizo esperar. Arthur la atrajo hacia él con la mano en su diminuta nuca, y finalmente sus labios se encontraron. Jane se sintió extraña por la cercanía, ya que nunca antes la

habían besado. Sin embargo, rápidamente experimentó las agradables sensaciones que el roce de sus labios con los del Duque le proporcionaba. Instintivamente, cerró los ojos, aunque no sabía si él estaba haciendo lo mismo. Tampoco fue capaz de pensarlo.

Arthur no se anduvo con contemplaciones y la saqueó brutalmente. Después del roce inicial de los labios, profundizó el beso hasta que Jane gimió. Sus lenguas se enzarzaron en un baile armonioso a pesar de la inexperiencia de ella, y su corazón le dolió tanto que estaba convencido de que iba a morir mientras la besaba, pero eso no lo detuvo. Al contrario, dejó que el estallido de sangre le quebrara las venas y se regodeó con la sensación de estar muerto en vida o, dicho de otra manera, de haber vuelto a la vida después de la muerte. Jane tenía un sabor delicioso, y sentirla, por fin, rendida entre sus brazos, le provocó la mayor erección que había tenido en años.

Jane le devolvió a Arthur todo lo que le daba y permitió que la sedujera, sobreexcitada por la cercanía de sus cuerpos después de haber pasado tantos días obligándose a ni siquiera mirarlo. Luchando contra sus deseos de estar cerca de ese hombre, por muy loco, venenoso y peligroso que fuera.

Arthur no se retiró de sus labios cuando le desabrochó los botones delanteros de su uniforme y, carente de corpiño o corsé, le fue terriblemente fácil liberar sus pechos, dejándolos al desnudo para apretarlos, masajearlos y acariciarlos. Se sentía pletórico, fuera de sí: tener a esa mujer en sus brazos era mil veces mejor que tener a otras. Porque ahora las demás eran «otras» y ella era, simplemente, Jane.

Jane sin padres.

Jane sin apellido.

Jane siempre enfadada.

Jane estirada.

Su Jane. La mujer que, en tan solo tres semanas, lo había llevado a la locura sin hacer mucho más que respirar y mirarlo con rabia contenida de vez en cuando. Era como si hubiera andado toda la vida por un campo vacío y ahora se encontrara en mitad de un prado frondoso lleno de flores de múltiples colores.

Sus pechos eran suaves, generosos, y turgentes. Y le encantaba verlos sobresaliendo por encima de su uniforme negro, más arriba de su mandil, como una muestra de rebeldía. Como un signo de liberación. Era su criada, pero en esos momentos era su princesa.

Jane se mordió el labio para no gemir ruidosamente ante los constantes apretones en sus pechos y los besos incendiarios de Arthur, que no había dejado de besarla ni un solo segundo, apartándose de ella tan solo para respirar, y volver a devorarla. Jane estaba segura de que si hubiera ingerido un veneno no se hubiera sentido mucho peor de lo que se sentía en esos instantes, con los labios irritados y su cuerpo temblando peligrosamente, ansiosa por algo que no sabía exactamente que era o cómo obtenerlo.

—Por favor —suplicó ella a media voz, sin saber muy bien qué pedía. Sin saber muy bien si lo que quería era parar o llegar hasta el final de lo que fuera eso.

Él cerró los ojos un segundo, queriendo saborearlo. Se quedó en el limbo el tiempo suficiente para que Jane lo abrazara, pasándole sus brazos por el cuello, apoyándose completamente en él y, por supuesto, Arthur Wellesley no lo dudó antes de colar sus manos por debajo de las faldas de Jane, buscando el tesoro que escondía debajo de sus enaguas hasta llegar a su sexo. Frotó la zona superficial, ella se estremeció contra él, gimiendo desesperadamente, y sedujo los pliegues que estaban humedecidos por él, colando sus dedos entre ellos para hacerlos resbalar lentamente.

Jane abrió la boca para coger aire, pero él fue el que se lo insufló, atrapándola al tiempo que hacía resbalar las yemas de sus dedos por su virginal intimidad, aquella que, tal y como Jane estaba retorciéndose, nunca nadie había tocado antes. Ni siquiera ella misma. Pues las mujeres no eran como los hombres en esos asuntos.

La estaba volviendo loca. Su cuerpo se había ablandado tanto que se deformaba al gusto del Duque con extrema facilidad, y ella solo podía gemir, contraerse y removerse sobre las piernas del Duque, ocultando la vergüenza de su rostro rojo contra el cuello de él.

—Pare, Su Excelencia —rogó ella, creyéndose incapaz de seguir soportándolo.

—¿De veras quiere que pare, señorita Jane?

Jane lo miró a los ojos y se dio cuenta de que la estaba mirando con brujería, completamente fuera de control. Y que ella tampoco podía hacer nada para recuperar el suyo propio y, sin querer, sonrió, le dedicó una sonrisa boba y bien abierta que él recibió como si fuera el mismísimo Edén envuelto en lazos.

Arthur no paró. No solo no paró, sino que continuó acariciándola allí abajo mientras le mordía la oreja, el cuello y todo cuanto estuviera a su alcance, pues estando sentado poco podía abarcar para su desgracia. Pero Jane no tardó mucho en alcanzar el clímax más absoluto, ensordecedor y arrollador que pudiera existir en el planeta tierra, haciendo que el mundo perdiera sentido, que todo a su alrededor se desvaneciera.

—Mañana por la mañana me odiará por esto, Jane, si es que no lo hace ya —le advirtió él, sosteniendo el último resquicio de cordura que le quedaba como si estuviera luchando contra un león enjaulado ansioso por liberarse—. Váyase a la cama —dijo él, sin saber por qué, odiándose profundamente por ello y despreciándose como hombre. ¿Desde cuándo?

¿Desde cuándo renunciaba a una conquista?

Debería hacerla suya sin más.

Pero si ella dudaba, aunque fuera un solo instante en irse, entonces no tendría perdón. No la perdonaría en absoluto, la penetraría sin más dilación, se dejaría llevar como el animal que quería ser con ella.

Como era de esperar, Jane se recogió rápidamente y se levantó de sus piernas para alejarse. Seguramente agradecida. —¿Y Lady Wood? —preguntó ella con la voz jadeante, recomponiéndose los botones de su uniforme y su peinado, completamente roja y azorada.

—Mañana nos ocuparemos de Lady Wood, ahora váyase.

Jane obedeció sin más dilación. Se marchó sin despedirse, pues habría sido absurdo. ¿Había hecho algo mal para disgustar al Duque? De repente, la había echado. Como si todo en ella estuviera mal. ¿Y si no le había gustado lo que había visto en ella? Ah, pero qué tonterías. Debía de estar agradecida de que no hubiera ocurrido nada de lo que lamentarse. El Duque la había absuelto de una vergüenza mayor mañana por la mañana.

Necesitaba irse de esa casa. Era imperativo que lo hiciera, y mañana por la mañana, si no podía ayudar con Lady Wood, le plantearía su decisión a Arthur.

Capítulo 18

Juego a tres

La herramienta básica para la manipulación de la realidad es la manipulación de las palabras. Si puedes controlar el significado de las palabras, puedes controlar a la gente que debe usar las palabras.

Philip. k. Dick.

No transcurrieron más de dos horas antes de que el primer vizconde de Hallifax golpeará la puerta de Wellington's House con la ayuda de un nutrido grupo de hombres. Eran las tantas de la noche.

—¿Puedo ayudarles en algo, mis señores? —Abrió la puerta el señor Dowson, intimidándolos a todos con su gesto agrio, apaciguando las voces alteradas.

Jane, incapaz de encontrar el sosiego del sueño, percibió el alboroto resonando en la planta baja y no vaciló en envolverse en su bata para investigar lo que estaba sucediendo. Después de todo, si las afirmaciones del Duque eran verídicas, y tenía motivos para creer en su sinceridad, lo que acontecía guardaba alguna conexión con ella.

—Retírese a su habitación, señorita Jane —escuchó la voz del Duque de Wellington a sus espaldas, en mitad del pasillo de la segunda planta, desde la que ella intentaba avistar la puerta principal. Arthur vestía la misma indumentaria que llevaba antes de abandonar la biblioteca, incluso se había vuelto a calzar las botas, como si hubiera anticipado ese momento.

—Pero... —intentó protestar ella, dejando de lado cualquier pudor que pudiera experimentar por la intimidad que ambos habían compartido, sin embargo, él no la escuchó, pasó por su lado con un revólver en la mano.

«Dios mío», temió ella mientras lo seguía a una distancia prudencial, quedándose a mitad de la escalinata. Desde allí, podía observar la puerta principal perfectamente, oculta entre las sombras de la noche y la baranda.

—Señores —resonó la voz del Duque de Wellington, imponiéndose con su estatura y su tono grave y profundo, al salir por la puerta principal de la propiedad mientras el señor Dowson se quedaba a un lado, siempre fiel a su señor—. No recuerdo haberles extendido una invitación para una partida de naipes —los enfrentó justo en el umbral, donde el ama de llaves también emergía en la planta baja, permaneciendo en la entrada del recibidor, unos pasos por detrás del Duque. Algunos lacayos y quienes hacían las veces de guardias de la propiedad también empezaron a hacer acto de presencia, portando armas con ellos.

Jane notó el repentino silencio que se apoderó de las escaleras de la puerta principal, donde el grupo de hombres, encabezado por el vizconde de Hallifax, se había congregado.

—Déjese de bromas, lord Wellington —dijo el vizconde, con la voz llena de rabia, evidentemente agraviado—. Y devuélvame a mi esposa de inmediato, su título nobiliario no le da derecho a robar mujeres en mitad de la calle. No me gustaría tener que volver a retarlo a otro duelo teniendo en cuenta que todavía no se ha recuperado de las consecuencias del primero.

—Eh, Wallas —lo desatendió Arthur, abordando a uno de los integrantes del grupo indignado—. ¿Puede decirme alguien de qué está hablando este caballero? Acabo de llegar de la residencia de Craig, donde hemos estado disfrutando de bebidas y juegos hasta altas horas de la

noche. Mi cabeza no está para las elaboradas diatribas de comerciantes y políticos que obtienen títulos por ser los más astutos vendedores y embaucadores del Imperio Británico.

—Pero ¿cómo se atreve? —gritó el vizconde—. Todo lo que he ganado ha sido por méritos propios, no ha venido como parte de ninguna herencia, lord Wellington.

—¿Es esto una vulgar competencia, mis señores? —se burló Wellington, que doblaba la estatura del vizconde—. ¿Es necesario entonces que les recuerde que heredé el título del hombre que derrotó a Napoleón y devolvió la paz a Europa? ¿O es necesario que mencione que, gran parte de estas colonias británicas, se rigen bajo mi mando y mi organización por autorización de Su Majestad la Reina? ¿Creen ustedes que con estos dos datos gano la pugna?

—Lord Wellington —manifestó alguien más con sumo respeto—. No ha sido nuestra intención faltarle el respeto.

—Y aun así se han presentado en mi propiedad a altas horas de la noche sin ser invitados —Jane vio como Arthur se colgaba el revólver que había tenido todo ese tiempo en la mano en el cinturón de su pantalón—. Quizás deberían escoger mejor a quien seguir.

Charles Hallifax dio un paso adelante, alumbrado por las lámparas de sus acompañantes, y Jane vio que tenía la cara roja de impotencia; lo cierto era que, Charles, al lado del Duque, parecía muy poca cosa. Y no solo por el aspecto físico, sino por su actitud en general.

—Estoy harto de sus ínfulas, lord Wellington. ¿De veras cree que puede hacer y deshacer a su antojo sin tener repercusiones? Llevaré esto ante los tribunales.

—¿No ha dicho que quería resolverlo con un duelo?

—Está bien, lo reto a un duelo, este amanecer.

—Lo rechazo —respondió Arthur de inmediato, con una sonrisa maliciosa en la boca—. No me batiré en duelo con alguien a quien no considero un caballero —El vizconde dio un respingo de indignación, y a Jane le dio la sensación de que, en cualquier momento, podrían explotarle los ojos por lo rojos e hinchados que los tenía—. Señores, ignoro qué ha ocurrido con lady Wood, pero les aseguro que yo no he tenido nada que ver.

—Hay testigos que aseguran haberle visto a lomos de un caballo negro y que secuestró a lady Wood —comentó Wallas.

—¿Quiénes son?

—La anciana tía de la joven y un par de personas más que se encontraban en la misma calle.

Arthur se mantuvo firme, enfrentando las acusaciones con una sonrisa desafiante. —Hum, una anciana y un par de desconocidos. En fin, pueden preguntarles a Craig y Liam; ellos darán buena fe de que he estado con ellos hasta hace bien poco. No tengo ningún interés en secuestrar a una mujer que ya ha dejado su huella en todas las alcobas de Calcuta, se lo aseguro, señores. Puede que lady Wood haya pagado a ese supuesto secuestrador para escapar del infierno en el que vivía, pues he oído de buena voz que el aquí presente vizconde de Hallifax calentaba a la joven de maneras menos placenteras de lo que lo haría un esposo en la cama. A juzgar por sus expresiones, veo que no tenían ni idea. Bien, no seremos nosotros los que comenten acerca del papel de un esposo dentro de su matrimonio, pero no pueden presentarse aquí con acusaciones falsas sin investigar el caso primero.

—¿Es posible que lady Wood haya escapado por voluntad propia, Hallifax? —preguntó alguien del grupo.

—¡Por supuesto que no! ¿Acaso van a creerle? La tiene en su propiedad, es cuestión de entrar y buscarla.

Arthur se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta con una sonrisa mientras los

lacayos de la propiedad daban un paso adelante, tras de él, con sus armas. —No podemos hacer tal cosa, Hallifax —se negó Wallace, a pesar de ser uno de los mejores amigos del vizconde—. Debemos respetar al Duque de Wellington y su propiedad. Si dice que él no ha tenido nada que ver, debemos creerlo.

—¡Embustes! ¡Mentiras! —El vizconde sacó el revólver de su cinturón, dispuesto a disparar a Arthur en arrebató de celos y rabia, pero Arthur fue más rápido y desenfundó para dispararlo al punto. Lo disparó en el brazo, para evitarse más problemas—. ¡Ahhh! —gritó el hombrecillo, cayéndose de bruces al suelo.

—¿Alguien más se atreverá a desenfundar un arma en mi hogar? —desafió Arthur Wellesley a los presentes, sosteniendo la mirada con firmeza mientras guardaba su revólver en el cincho—. Parece que la respuesta es no. Llévense a este pobre esposo para que sea atendido por un cirujano y consulten al Gobernador sobre las condiciones en las que vivía lady Wood; quizás él pueda arrojar algo de luz sobre este asunto. Pero, como he dicho, no me extrañaría que la joven haya decidido escapar por sus propios medios.

—Mis disculpas, Wellington —murmuró Wallace, inclinando la cabeza en una reverencia, y el grupo se dispersó entre susurros de lamentos y arrepentimientos mientras se llevaban al barón de allí prácticamente a rastras.

Jane se quedó atónita ante la maestría con la que el Duque de Wellington manipuló la situación.

—Cierre la puerta, señor Dowson —sentenció Arthur, adentrándose en el vestíbulo—. Y el resto de ustedes, vuelvan a sus habitaciones. Gracias por su ayuda. Usted también, señorita Jane —dijo él, una vez el servicio se hubo retirado y pasó por su lado en las escaleras—. Regrese a su alcoba. Como le he dicho, mañana por la mañana nos ocuparemos de lady Wood.

—Parece que lo tiene todo planeado, Su Excelencia —comentó ella, dando media vuelta sobre el escalón para seguir al Duque hacia la segunda planta.

—Oh, por favor, no crea eso. Me gusta ser considerado un necio, eso me da margen para comportarme como uno —bromeó él, sin mirarla, sin detenerse, siguiendo su camino hacia su alcoba.

Jane lo observó desaparecer y, con un suspiro, regresó a la cama. ¿Por qué tanta frialdad de repente? ¿De veras hacía todo eso solo por ella? ¿Y si sentía algo, aunque fuera mínimo, por lady Wood?



Lady Wood reconoció la voz de su esposo. Con ese conocimiento, optó por permanecer en silencio y quieta durante el resto de la noche. No deseaba, en ninguna circunstancia, regresar con ese monstruo. Charles Hallifax la había humillado de la manera más cruel, golpeándola diariamente y obligándola a tener relaciones íntimas incluso cuando imploraba un poco de paz. Había sido un tormento diario. Al principio, pensó que era por su pasado, por las publicaciones del diario, pero con el pasar de los días, comprendió que se había convertido en la costumbre de ese hombre el descargar sus inseguridades sobre ella. Prueba de ello eran los moratones que recorrían todo su cuerpo y que le dificultaban el libre movimiento, sufriendo de dolor a cada movimiento que hacía.

«Maldito Charles».

Fue por la mañana cuando unas manos pequeñas y femeninas la auxiliaron para quitarse el

chaqué de la cabeza y la pañoleta de las muñecas. La habían dejado toda la noche en esas condiciones. Como si se hubieran olvidado de ella, pero sabía que Arthur estaba haciendo todo lo posible por ayudarla. ¡Y pensar que la había hablado tan mal la última vez! ¡Y ahora acudía a su rescate como un amante enamorado!

—¿Se encuentra bien, lady Wood? —preguntó Jane, una vez liberó a la pobre mujer que tanto había sufrido a manos de ese canalla.

Jane había optado por atender a lady Wood a primera hora de la mañana, antes de dirigirse a ver al Duque de Wellington. La propuesta provenía de la ama de llaves, y Jane había accedido. Al parecer, Arthur la había dejado en pésimas condiciones durante toda la noche, y tanto el ama de llaves como ella temían que la mujer hubiera sufrido algún daño o necesitara asistencia con urgencia.

Leslie Wood miró a Jane. Aunque le costó un poco hacerlo, cuando finalmente lo logró, Jane sintió que la reconocía del mismo modo en el que la había reconocido en la biblioteca semanas atrás. Pero, como siempre, la rubia de ojos azules se estiró y se enorgulleció de algo que Jane no sabía qué era, aunque podía sospechar que tenía algo que ver con la diferencia de estatus, por supuesto.

—¿A usted le parece que me encuentro bien? —replicó ella, sentándose sobre la cama—. He pasado toda la noche con las manos atadas y la cabeza tapada.

—Le he traído un poco de agua, lady Wood —comentó Jane, ignorando el mal humor de la señora, pues estaba acostumbrada a tratos parecidos—. El ama de llaves mandará a preparar la comida que desee.

—Un poco de agua me vendrá bien.

Jane asintió, sirvió un vaso desde una jarra que reposaba sobre una bandeja de plata y luego se lo ofreció a Leslie. —¿Y de comer, miladi?

—Unos huevos revueltos con tostadas untadas con mantequilla estarán bien, gracias —respondió Leslie después de beber un par de tragos largos de agua, sin mirarla, levantándose en busca de un espejo—. Oh, no puedo permitir que Arty me vea así —se preocupó la joven dama en voz alta, peinándose el pelo con las manos—. ¿Acaso no hay peines en esta casa? ¿O una doncella capacitada para arreglarme? —demandó con autosuficiencia.

Jane sostuvo el aire para no replicar ni demostrar irritación, cuando el solo hecho de escuchar la palabra «Arty» en boca de esa mujer ya se le revolvía la bilis. Al fin y al cabo, Leslie había compartido el lecho con Arthur, y ella se creía con el derecho de dirigirse a él con esos diminutivos tan ridículos. ¿Cómo podía estar preocupada por su pelo, o ni siquiera por su aspecto, habiendo sido secuestrada? ¿De veras podía ser tan superficial y necia?

Suspiró, anhelando sinceramente que el Duque no abrigara ningún tipo de sentimiento hacia ella. Sería una decepción descubrir que un hombre con la capacidad de escribir, tocar el piano y mostrar sensibilidad cuando la situación lo demandaba, cayera preso de los encantos típicos de la alta nobleza. Quería creer que Arthur Wellesley, Duque de Wellington, era capaz de ver más allá de las apariencias.

—Ahora mismo le traeré un peine, miladi, pero siento comunicarle que carecemos de doncella capacitada para ayudar a una dama de su posición.

—¿Y tú, entonces, para qué sirves aparte de estar observando desde los rincones? —la enfrentó, mirándola de arriba a abajo con desdén pues, aunque Jane no había sido secuestrada, era evidente que sus ropajes carecían de la opulencia de los de Leslie—. Espero que Arty me lleve lejos de este condenado lugar. Odio Calcuta y detesto a todos los que vivís en ella; no sois más que vulgares ingleses asilvestrados por el ambiente.

Jane notó que la lengua le picaba con violencia. Pero no quiso enfrentarse a más desafíos. Esa mañana se había despertado dispuesta a irse de Wellington's House. Y para ello, debía de hablar con Su Excelencia.

Estaba decidida a regresar con sus señores. Más allá de todas las razones evidentes, estaba ese beso prohibido y que nunca debió suceder, un beso que había estado peligrosamente cerca de convertirse en una pasión escandalosa y humillante; aunque, a decir verdad, sí lo había sido. Había sido una pasión escandalosa y terriblemente humillante, con solo recordarlo todos los males del mundo la sobrevenían. No podía quedarse en Wellington House, eso era indiscutible. Por el bien de su integridad física y moral.

—Si está pensando en usar ese ungüento —advirtió Arthur Wellesley, en cuanto fue a su encuentro después de atender a Leslie Wood y de complacerla en todos sus caprichos—, olvídelo. No pienso pasear con los brazos untados de un mejunje que huele a hierbas de caballo enfermo.

—Es un remedio casero que yo misma he preparado para sus heridas, Su Excelencia —El Duque esbozó una sonrisa irónica, y Jane se enderezó en el banquillo—. Me voy —anunció ella repentinamente, con el potecito del ungüento casero en las manos.

—¿Se va de la habitación, Jane? —preguntó él con sarcasmo—. ¿Para esconder ese mejunje lejos de mí? Me parece buena idea —En lugar de responder, Jane lo miró fijamente. Estaba segura de que no había malinterpretado sus palabras—. ¿Significa esto que me está abandonando?

—Tengo que hacerlo —respondió Jane—. Y lo sabe.

—Pero no hoy —Arthur frunció el ceño—. Debemos encargarnos de lady Wood, ¿recuerda?

—He pasado la mañana atendiendo a lady Wood, Su Excelencia. Creo que ahora usted debe de tener un plan mucho mejor que el mío, pues yo carezco de uno. Si de veras ha salvado a la señora de las garras de su horrible esposo para aliviar mi consciencia, se lo agradezco de corazón y jamás olvidaré su bondad. Mis obligaciones en su propiedad han terminado, y es hora de que me vaya.

—Sus obligaciones en mi propiedad terminarán cuando yo lo diga. Yo soy el señor.

—Por favor, no lo haga más complicado.

—No me deje, Jane —imploró el Duque—. ¿No se da cuenta de que necesito de sus servicios? ¿Por qué está tan decidida a abandonarme?

—No puedo decirle más, Su Excelencia. Lo único que necesita saber es que debo regresar a mis obligaciones con los Grandes Duques de Mecklemburgo-Strelitz. Cualquiera que fuera el favor o la deuda que tenía conmigo, ha llegado a su fin, está usted completamente recuperado. Puedo pedirle a alguien del servicio que siga untándole esto con el fin de que no le queden cicatrices, pero no puedo ni debo seguir atendiéndole.

—¿Por el amor de Dios! ¿Desde cuándo una simple doncella se atreve a cuestionar los deseos de un Duque? Regrese a sus obligaciones y no me provoque —se enfadó Arthur. Había pasado toda la noche maldiciéndose por haber despedido a Jane, por haberla mandado a la cama y ser un caballero por primera vez en su vida, pero lo cierto era que esa mañana estaba de un humor de perros porque no había otra cosa que deseara más que probar las mieles de esa mujer hasta el final.

—Tengo que terminar de curarle las heridas del brazo.

—¡Ya no es necesario! —Jane lo retó con la mirada, le cogió el brazo por la fuerza, aunque no lo hubiera conseguido si él no se lo hubiera permitido, y se lo untó con el mejunje que había

preparado esa mañana—. Vamos a dejar una cosa clara, Jane. Usted y yo no somos iguales. Yo soy el señor y usted es la empleada. Sería bueno que lo tuviera claro de ahora en adelante.

Oh, sabía que estaba sonando como un idiota. Pero ella estaba sonando peor. ¿Cómo se atrevía a insinuar la sola idea de separarse de él cuando justo ahora se estaban conociendo? ¿Tan poco había significado para ella su encuentro? ¿O era un simple arrebató de dignidad femenina? Fuera lo que fuera, no iba tolerarlo.

Jane terminó de atarle las vendas con más fuerza de lo habitual como si fuera una especie de venganza velada, y salió de la habitación del Duque llena de rabia y de impotencia, sin decir nada más. Arthur, por su lado, observó como ella se marchaba y después se recostó en su lecho, maravillándose con el dulce aroma del mejunje con el que Jane le había curado las heridas para quedarse dormido de nuevo.

Jane era lo mejor que le había pasado en años.

Y no aceptaba discusión posible.

Capítulo 19

Demasiado pronto para el amor

¿Me voy a creer lo que la mala gente diga sobre mi cada día?

Criadas y Señoras.

Jane pasó el día ocupada en diversas tareas, tratando de mantenerse alejada del Duque de Wellington con las mejillas encendidas. Encontró toda clase de justificaciones para permanecer lejos de él, a pesar de ser su enfermera. Estaba enfadada, tanto con él como consigo misma.

¿Realmente le había hecho hincapié en su condición de empleada en lugar de abordar lo sucedido la noche anterior? ¿En lugar de intentar disculparse o de expresar sus sentimientos, en caso de tener alguno? Quizás, y aunque no quisiera ni pensarlo, sí que hacía mejor pareja con lady Wood. Al fin y al cabo, ambos parecían estar al mismo nivel de estupidez humana.

No quería considerar el hecho de que para él solo fuera una conquista más. Un pasatiempo, una aventura con una criada. Porque si lo hacía, se iría de esa casa inmediatamente sin mirar atrás. Quería creer que Arthur Wellesley era capaz de sentir algo más allá de deseo, de orgullo masculino.

«¡Caballero desgraciado!»

«¡Caballero de plomo!»

Tóxico, truhan, embaucador.

—Señorita Jane —la sorprendió el ama de llaves mientras lavaba la ropa del Duque a mano, se había ofrecido a hacerlo como parte de sus funciones. Pero, en realidad, era una excusa para poder estar lejos de la biblioteca y de la segunda planta. No quería estar cerca de su colonia.

—Señora Bass.

—Su Excelencia solicita su presencia en la biblioteca.

—Sí, por supuesto —terminó de tender la camisa que tenía entre manos y entró en la propiedad con bastantes pocas ganas. No podía negarse a una orden directa del ama de llaves, y menos aun cuando la señora Bass había sido tan considerada con ella prestándole su vestido días atrás.

Subir las escaleras fue una tarea tediosa en sí misma, pues carecía de la voluntad necesaria para enfrentarse a la situación que le esperaba. Sin ánimos de encontrarse con él, y menos aún de verlo. Sin embargo, la verdadera ardua tarea comenzó al entrar en la biblioteca y descubrir la presencia de lady Wood. El Duque de Wellington ocupaba su característico sillón, mientras lady Wood permanecía de pie frente a él. La visión de la biblioteca, el distintivo sillón morado y la postura del Duque evocaron recuerdos escandalosos, frescos y ansiosos, apenas transcurridas veinticuatro horas. Por esa razón, había intentado evitar acercarse a ese lugar con todas las fuerzas.

Pero allí estaba. Y era consciente de que el rubor que había coloreado sus mejillas durante gran parte del día acababa de intensificarse.

—Oh, ¿has hecho llamar al servicio, Arty? —se giró lady Wood hacia ella, sin mirarla a los ojos, dedicándole una mirada rápida y por encima del hombro.

¿Llevaban mucho tiempo solos en la biblioteca? ¿De qué habrían hablado? Jane apretó los dientes e intensificó el agarre de sus manos por delante de su mandil. A la postre, las tenía

hechas un desastre por haber estado limpiando con agua fría. En cambio, lady Wood volvía a estar radiante, se había peinado con bastante delicadeza y habilidad sus bucles dorados y su vestido de tarde, aunque el mismo de ayer, se movía con elegancia junto a sus movimientos, pues estaba confeccionado con la muselina más cara del mercado.

¡Oh! Pero ¿por qué demonios tenía que darle tanta importancia? Ella no deseaba que lo que fuera que hubiera iniciado con ese hombre siguiera avanzando. De hecho, estaba dispuesta a abandonarlo en cuanto tuviera la mínima oportunidad. Los besos, las caricias, todo había sido un error. No debería sentir rabia de lady Wood.

¿Rabia?

No iba a aceptar que eran celos.

—Señorita Jane —la mirada de Arthur se posó en ella con una intensidad renovada, sus ojos negros brillando debajo de sus cejas oscuras y pobladas, como si también hubiera revivido los mismos recuerdos que ella—. Por favor, pase, acabo de hacer llamar a lady Wood —informó él, como si pudiera leerle la mente. ¡Ah! ¡Por favor! Ella no estaba celosa, no necesitaba explicaciones.

—¡Oh, Arty! ¡Has sido tan romántico al secuestrarme de esta manera! —Lady Wood se abalanzó sobre Arthur, abrazándolo con fuerza, pegándole su cuerpo, sus pechos y su todo, ante la mirada horrorizada de Jane.

Sintió como las agujas se le clavaban por todo el cuerpo de una forma dolorosa e insoportable. Y apenas fue capaz de dar un paso hacia dentro de la biblioteca tal y como le había pedido que hiciera su señor. Se quedó clavada sobre sus sencillos zapatos de piel negra, gastados por el uso, pero cómodos.

Arthur, por otro lado, debió de encontrar la situación irrisoria, porque no tardó en soltar una fuerte carcajada, provocando la ira de Jane y la confusión de Leslie, que se apartó de él en busca de explicaciones para esa repentina risa.

—¿Ocurre algo, mi amor? Jamás podré tener palabras suficientes de agradecimiento hacia tu gesto. Oh, Arty, he vivido un auténtico infierno al lado de ese hombre —sollozó Leslie, arrodillada entre las piernas del Duque de Wellington—. Mira, mira cómo me tenía ese animal —Leslie mostró los moratones de su cuello y de sus brazos. Jane se obligó a sentir algo de misericordia por ella, a tragarse la bilis, y avanzó un poco hacia ellos, colocándose a un lado—. ¿Necesitas algo? —inquirió Leslie a Arthur en cuanto reparó en la presencia de Jane de nuevo, evidentemente molesta por su presencia.

—Lo primero que necesito es que se levante usted del suelo, lady Wood —Arthur se incorporó al tiempo que extendía sus manos a Leslie para ayudarla a ponerse de pie—. Y, lo segundo, que deje de tutearme —Jane abrió bien los ojos al punto en el que la joven dama hacía lo mismo, pero por motivos diferentes. Arthur soltó las manos de lady Wood y se apartó un poco de ella, alejándose del sillón.

—Pero, Arty... —insistió Leslie.

—Por favor, no me llame así. Siempre lo he considerado un diminutivo ridículo. Como le he dicho, prefiero que dejemos de tutearnos de ahora en adelante.

Leslie emitió un sonido de ahogo.

—No entiendo nada, milord.

—Solo necesito que comprenda que detrás del secuestro no hay ningún motivo romántico. Prefiero aclararlo antes de dar lugar a más malentendidos —Leslie volvió a ahogarse, pero esta vez lo dramatizó cayéndose sobre el sillón morado como si estuviera a punto de desmayarse.

—¡Vamos, haga algo útil, y tráigame las sales! Esta inútil solo hace que mirar sin hacer

nada —ordenó Leslie hacia Jane.

Jane se quedó quieta por el insulto, pero se dispuso a obedecer, dando media vuelta sobre sus talones. —No, señorita Jane, quédese donde está. Estoy convencido de que lady Wood será capaz de sobrevivir sin esas sales cuando es capaz de usar su lengua con tanta soltura. Lady Wood, ya se lo dije la última vez, y hoy se lo reitero: no albergo ningún sentimiento hacia su persona y, en consecuencia, usted no tiene ningún poder sobre mí, sobre mi propiedad o sobre mis empleadas.

—¿Debo disculparme por dar órdenes a una criada, milord? En Inglaterra, los sirvientes se limitan a servir.

—Estoy convencido de ello, lady Wood. Pero la señorita Jane no es una mera sirvienta, es la mujer que me empujó a ayudarla. Gracias a ella, y a sus buenos valores, comprendí que debía de rescatarla de su horrible esposo. Todo esto no es más que un acto de bondad, lady Wood.

Por supuesto, el Duque de Wellington ignoró que lo único que deseaba era ganarse la simpatía de Jane, y que él había sido el causante, en parte, de la agresividad del vizconde de Hallifax hacia ella a causa de las publicaciones del diario. No era necesario comentar ninguna de las dos cosas porque quería que Leslie se mantuviera lo suficientemente tranquila como para continuar con el plan.

—¿Debo entender que esto no es por mí? ¿Sino por...? —Le lanzó una mirada de desdén a Jane, recorriéndola con desprecio como si la sirvienta hubiera dejado de ser un insecto y se hubiera transformado en un ser humano delante de ella, y aún no llevara ropas dignas de su nuevo estatus—. ¡Pero qué humillación es esta! —Se levantó del sillón de un salto, súbitamente recuperada de su desmayo—. ¿Acaso ha perdido el juicio, lord Wellington?

—Puede que sí, lady Wood, últimamente me lo han dicho tantas veces que empiezo a creer que pueda ser verdad. Pero, como comprenderá, soy demasiado orgulloso como para aceptarlo. Vamos, alégrese, hoy no ha recibido su dosis diaria de golpes. ¿Qué le importan los motivos que la han traído hasta aquí?

—Pero... —Leslie volvió a mirar Jane—. ¿Acaso está usted enamorado de esta criada?

Leslie pasó de la indignación a soltar una risa franca. Jane se frotó las manos y bajó la cabeza ante la mofa, incómoda, pero Arthur dio dos pasos decididos hacia ella y se colocó a su lado, protegiéndola bajo su sombra.

—Desconozco lo que significa estar enamorado, miladi —replicó Arthur—. Pero si el estar en semejante estado empuja a uno a cometer las locuras más disparatadas, quizás sí lo esté —Jane notó que el corazón le daba un salto tras esa afirmación—. Ahora, si lo desea, puede seguir faltándome el respeto en mi casa después de haberla salvado de las garras de su marido, o puede mostrar un mínimo de agradecimiento y oír lo que tengo planeado para usted —Leslie dejó de reír y los miró a ambos seriamente—. O, si lo prefiere, puede regresar con el vizconde de Hallifax.

—¡No, eso no! —se apresuró en negar Leslie, sin pensarlo dos veces—. Sería un suicidio regresar al lado de alguien capaz de hacerme esto —Señaló los moratones—. ¿Qué tiene planeado, Su Excelencia? —se recompuso la joven dama, a sabiendas de que ahora, su vida pendía de un hilo muy fino que llevaba el nombre de Arthur Wellesley.

—Bien, no tardarán mucho en tomar represalias legales, lo que puede atraer a algunos guardias indeseados a inspeccionar la propiedad. Lo mejor y lo más sensato es que huya usted del país hoy mismo. En el siguiente barco con rumbo a su amada Inglaterra.

—Le aseguro que no hay nada que me apetezca más que huir de este infierno llamado Calcuta, estoy harta de la humedad y del calor, así como de las gentes que aquí viven. Qué

decepción, Su Excelencia, saber que nunca sintió nada por mí. Pero lo bueno es que estoy demasiado preocupada por mi destino como para pensar en el desamor. ¿Qué hay de mis pertenencias? ¿De mi anciana tía?

—Su anciana tía está a salvo, el vizconde de Hallifax no se atreverá a hacerle daño alguno mientras toda la atención de Calcuta esté puesta sobre él y su casa. Lo más sensato es que se retire de la escena sin llevar consigo pertenencias, le proporcionaré algo de dinero para que, una vez en Inglaterra, pueda regresar a casa de sus padres. Ellos se encargarán de recuperar sus bienes y de acompañar a su tía de vuelta a Inglaterra.

—Mis padres me matarán si regreso a casa.

—En ese caso, una vez en Inglaterra, haga con el dinero lo que más le convenga.

—Estoy segura de que tía Jordie no tardará en ponerse en contacto con mis padres y ellos le mandarán el dinero necesario para regresar a Inglaterra, a su casita humilde cerca de la nuestra. Como bien dice, el vizconde de Hallifax no tiene ningún interés en una anciana. Y en cuanto a mis pertenencias...

—A veces, miladi, es necesario comenzar de nuevo, sin nada —comentó Jane, avanzando un paso y saliendo del amparo del Duque de Wellington.

—No recuerdo haberle dado permiso para dirigirse a mí con tanta soltura.

—Lo sé, pero yo misma me lo he tomado.

—¿Cree, acaso, que por el capricho del Duque de Wellington voy a permitir que se iguale a mí?

—Miladi, en absoluto pretendo igualarme a usted ni tampoco considero que la atención del Duque de Wellington implique una competencia entre nosotras —habló Jane sin miedo mientras Arthur asentía—. Pero creo que, al estar implicada en su secuestro, tengo ciertas licencias para aportar mi opinión. Como le he dicho, un secuestro no implica el fin de su vida. Dejar atrás todo cuanto conoce, sus pertenencias y sus hábitos puede ser un salto a una nueva vida que, si bien exenta de lujos, puede estar llena de dignidad propia. Porque, miladi, la dignidad no se encuentra en los demás, sino en uno mismo.

—Vaya, vaya, parece que tiene lengua —se burló Leslie, aunque esta vez sin risas—. Está bien —accedió después de unos segundos de silencio—. Entonces, ¿cómo lo hago para embarcarme en ese barco?



—Este es el colmo de las humillaciones, Su Excelencia —se quejó Leslie poco después, ataviada con el uniforme de las criadas en plena biblioteca—. Jamás se lo perdonaré.

Jane contuvo la risa disimuladamente después de haberla ayudado a vestirse. Nunca habría imaginado que presenciara a alguien como lady Wood vistiendo el mismo uniforme que ella.

—Vamos, mujer, es la única manera de que pase desapercibida. El ama de llaves la acompañará hasta el puerto con una autorización escrita por mí; en ella, usted es mi criada y regresa a Inglaterra para servir en Apsley's House. Y aquí tiene el dinero que le prometí.

Leslie aceptó el cheque y asintió. —Hubiera preferido no tener que vestirme así.

—Solo es ropa, miladi —dijo Jane—. Ahora lo ve, en el fondo no somos tan diferentes.

Leslie se ruborizó y entreabrió los labios para replicar, pero finalmente decidió hacer una reverencia hacia el Duque de Wellington y asentir en dirección a Jane. —Gracias —murmuró al

fin—. Aprecio su ayuda, espero que pueda encontrar mi camino después de esto. Y que ustedes también lo hagan, al fin y al cabo, son tal para cual. Unos desubicados sin juicio.

Dicho eso, Leslie dio media vuelta y se marchó para no regresar jamás. —¿Ha dicho que somos tal para cual? —preguntó Jane entre risas, mirando a Arthur.

—Supongo que era mucho esperar que se fuera sin soltar la última pulla —Jane rio con más fuerzas, pues la imagen de Leslie con el uniforme negro, el mandil y la cofia blanca seguía en su mente—. ¿De qué se ríe?

—Pues no lo sé, pero de todo y de nada a la vez —sonrió Jane—. Supongo que estoy contenta porque todo se ha solucionado fácilmente.

«Y porque ha insinuado que está enamorado de mí», pensó para sí misma, volviendo a sonrojarse.

—¿Todavía está dispuesta a irse? —La cogió el Duque por los hombros.

—¡Por supuesto que sí!

—Pamplinas —replicó él, regalándole un suave y tierno beso en los labios—. Acabo de confesar que estoy enamorado de usted, ¿acaso no lo ha oído?

—También ha dicho que no sabe lo que es el amor —dijo ella, separándose de los labios de Arthur.

—Quizás sea hora de descubrirlo, ¿no cree?

—Me parece pronto, Su Excelencia. Son tantas las cosas que nos separan, más allá de las evidentes, nosotros mismos solemos detestarnos con frecuencia. ¿De veras cree que es amor? Temo que lo esté confundiendo con un capricho y temo sufrir en este proceso de descubrimiento —Se apartó de él, de su calor, de su colonia y siguió el camino de Leslie fuera de la biblioteca, pero sin salir de la propiedad, todavía no.

"¿Estábamos enamorados? Era lo único que podía preguntarme una y otra vez para ese entonces, pues no podía creerlo. Era inverosímil que el gran Duque de Wellington confesara su amor por mí, me parecía todo un sueño, y extraño después de haber pasado casi un mes solo discutiendo con ese hombre. ¿Había pasado de ser un cuervo ominoso a ser su enamorada? Para mí, era demasiado pronto para creerlo del todo y, sobre todo, debía tener en cuenta que, tarde o temprano, debería regresar con los Grandes Duques de Mecklemburgo, mis secuestradores. Y ellos no eran tan benévolos como lo había sido Arthur con Leslie."

Capítulo 20

Locura de confesión

Tienen un oso pardo disecado que parece haber devorado a la última asistente y estar esperando a la siguiente.
Criadas y Señoras.

Su mente se encontraba en un caos absoluto, sin lugar para especulaciones; la certeza de su propia locura lo invadía por completo a esas alturas. Resultaba inconcebible admitir que había proclamado su enamoramiento por Jane, entre todas las personas posibles. Al principio, solo buscaba impartir una lección merecida a lady Wood por su trato despectivo hacia Jane; sin embargo, al quedarse a solas con ella, volvió a expresarlo. ¿En qué demonios estaba pensando?

Ella se había dado el lujo de responderle que era demasiado pronto para sentir enamoramiento. ¡Qué caray! Jamás se había sentido tan rechazado. Tan idiota. Pero, entonces, si no era enamoramiento, ¿qué era?

¿Qué era lo que lo obsesionaba tanto de la doncella? No era la primera vez que conocía a una sirvienta bonita, pero solo con Jane se había precipitado a traspasar los límites que un señor jamás debería traspasar con su servicio.

Optó por abandonar la finca, sintiendo que escapaba de la vergüenza, de la humillación de ser rechazado por esa criada con aires de princesa. Se encaminó al Taj Palace a pie, renunciando a cualquier medio de transporte que pudiera evitarle la posibilidad de caminar, tal era su necesidad de aire y ejercicio. Sin embargo, ni siquiera la caminata logró mejorar su estado de ánimo.

—Un taburete —solicitó al adentrarse en el club, sintiendo cómo su pierna le dolía intensamente después de haberla forzado con determinación por las bulliciosas calles de Calcuta, sorteando vacas, lugareños y carritos de venta ambulante.

—Eh, Arthur —se aproximó Liam, abandonando su propia mesa para ocupar un asiento en la suya, justo en el momento en que elevaba la pierna sobre el taburete—. Hacerme testificar falsamente creo que ha sido una de tus peores jugarretas.

—Tienes que pensar que lo has hecho por el bien de una mujer.

—¡Al diablo con tus manipulaciones! —se enfadó el pelirrojo—. La tienes en tu casa, ¿cierto? ¿No había más mujeres en Calcuta por las que pudieras albergar un mínimo de afecto?

—¿De qué caray hablas? Leslie Wood ha partido hace horas de regreso a su amada Inglaterra. Solo la he ayudado, te lo prometo.

Liam abrió los ojos y dio un generoso sorbo a la copa que uno de los camareros acababa de ofrecerle. —¿Tú? ¿Realizando alguna acción desprovista de un interés carnal? No me trago esta súbita inclinación hacia la benevolencia, amigo. Te recuerdo que llegamos a Calcuta juntos hace diez años. Te conozco mejor que nadie, mejor que Craig incluso.

—Craig también testificó a mi favor, ¿no?

—Sí, claro, por supuesto. Aunque debo admitir que la última visita a tu morada no dejó muy satisfecho al rubio; francamente, te mostraste bastante desagradable, y todo por... ¿cómo era? ¿Jane? Me tienes confundido, Leslie, Jane...

«Jane», pensó Arthur. Todo a causa de Jane. Esa mujer lo arrastraba por los senderos de la

benevolencia, no sin torturarlo con sus desplantes, sus miradas prejuiciosas, sus respuestas lacónicas y sus labios comprimidos. ¡Qué caray! Seguía siendo un cuervo ominoso.

—Buenos días, lord Wellington —saludó Wallas al entrar, el amigo del vizconde de Hallifax que formaba parte del grupo indignado que había visitado su casa la noche anterior.

—Buenas tardes para mí, Wallas.

Wallas se plantó en medio del salón del club.

El salón de caballeros ingleses era un elegante recinto impregnado de la esencia de la alta sociedad británica. Las paredes estaban adornadas con paneles de madera oscura, meticulosamente tallados con intrincados motivos de la época. El suelo, de madera pulida, reflejaba la tenue luz de las lámparas de queroseno que colgaban del techo alto.

Los cómodos sillones de cuero, dispuestos estratégicamente alrededor de la sala, invitaban a los caballeros a disfrutar de una charla distendida o a sumergirse en la lectura de los periódicos del día. Mesas auxiliares de madera finamente trabajada sostenían copas de coñac y pipas de tabaco, elementos esenciales para las pausas reflexivas y las conversaciones animadas.

Grandes estantes albergaban una extensa colección de libros y enciclopedias, evidenciando el interés de los caballeros por la erudición y el conocimiento. Mapas detallados de la región y trofeos de caza colgaban con orgullo en las paredes, recordatorios visuales de las aventuras y hazañas de los miembros del club.

El aroma del tabaco de pipa se mezclaba con el sutil perfume de la madera encerada y el cuero. El bullicio de conversaciones educadas y risas resonaba en el aire, creando una atmósfera de refinada camaradería masculina.

—Pues tiene razón, lord Wellington —se disculpó Wallas tras mirar la hora en su reloj de bolsillo—. Lo cierto es que he pasado una mala noche y mañana al lado del vizconde de Hallifax.

—Siento haber tenido que dispararle.

—No, milord. Estaba en su pleno derecho. Debo admitir que Charles, a pesar de ser mi más leal amigo, anoche perdió momentáneamente la compostura. No es típico de él actuar de un modo tan irreflexivo.

—Considerando que ha perdido a su esposa, quizás podemos perdonarlo —sonrió Arthur, mostrando su dentadura blanca y haciendo brillar sus ojos negros con un cinismo velado.

—Lo cierto es que no estoy tan seguro de eso, milord. Hemos hablado con el Gobernador y también con la anciana tía de la joven desaparecida y estaba usted en lo cierto, lady Wood no vivía en las condiciones que merece una dama de su posición. Es muy probable que haya escapado por sus propios medios. Sea como sea, la anciana tía de la joven ya está preparando el equipaje para regresar a Inglaterra, pues está convencida de que su sobrina no va a regresar.

—¿Y quién en su sano juicio lo haría? —replicó Arthur—. Hasta las mujeres tienen un límite en su capacidad para soportar el mal humor de un esposo. Aunque sostengo que una esposa debe sumirse y tolerar ciertos desplantes, como hombres, también debemos ser compasivos y no abusar de nuestra fuerza física con aquellos que dependen de nosotros.

Wallace alzó sus cejas castañas. Era un hombre de complexión delgada y rostro amable con un generoso bigote. —Me sorprende esta reflexión, lord Wellington. Perdóneme por la indiscreción, pero no lo tenía por un hombre dado a la filosofía moral.

«Ni yo tampoco», se asustó Arthur que, si seguía así, perdería la fama de ocioso, vicioso y odioso que tanto le había costado labrar. De nuevo, solo había una causante: Jane.

—Espero que el vizconde se recupere pronto —comentó Liam.

—Esperemos, aunque debo admitir que su popularidad está cayendo en picado después de

todo esto.

Arthur aplaudió en la intimidad de su ser. Ya era hora de que ese arrogante recibiera su merecido por todos esos años de burlas e insinuaciones hacia su persona. Charles Hallifax siempre lo había envidiado por razones evidentes, aunque lo encubría con una falsa capa de desdén, al considerarlo simplemente como el hijo de un ilustre personaje en la historia de Inglaterra, sin más méritos que haber heredado su sangre, su título y sus propiedades. Ahora, Calcuta entera veía el verdadero rostro de ese hombrecillo. Hasta su mejor amigo parecía cansado de él.



Fue el señor Dowson quien le comunicó la visita de Adolfo tan pronto regresó a Wellington's House. —¡Adolfo! ¿Cómo van las primeras semanas de casado? ¿Tan rápido te has cansado de tu esposa que ya visitas a tus amigos? —bromeó Arthur al verlo sentado en el salón de visitas.

—Arthur —se levantó el primogénito del Gran Duque de Mecklemburgo-Strelitz—. ¿Cómo te encuentras, amigo? He querido venir a visitarte en varias ocasiones, para conocer tu estado de salud, pero los problemas en casa me han impedido hacerlo —comentó el joven, a pesar de contar con menos años que Arthur. No obstante, siempre habían mantenido una buena relación, lo que generaba una agradable camaradería entre ambos.

—Oh, sí, he escuchado murmullos sobre ese asunto —evocó Arthur, recordando que el padre de Adolfo fue uno de los amantes de Leslie; de hecho, fue la confesión inicial de Jane al conocerla, lo que llevó a que su esposa lo abandonara temporalmente—. No te inquietes. Me encuentro ileso y a salvo, moviéndome con paso pausado, pero a punto de recobrar por completo mi salud.

—Me alegra saberlo; de hecho, esa es la razón de mi visita. Me enteré en el Taj Palace de que ya te habían avistado por allí, así que he venido a recuperar a mi doncella. Mi padre la aprecia de manera especial y desea que regrese a nuestra propiedad lo antes posible. Ahora que mi madre ha vuelto a casa, necesitamos de todas las manos femeninas posibles.

Aunque siempre intuyó que ese día eventualmente se presentaría, la realidad del adiós resultaba, sin duda, más impactante de lo que había anticipado. Lo que había comenzado como una pequeña venganza para distraerse de su convalecencia, había evolucionado en algo más profundo, transformándose en un dulce refugio que hallaba en la presencia de ella.

—No estoy del todo convencido de que tu deuda de juego esté completamente saldada, Adolfo. Creo que la joven debería quedarse el resto de la semana aquí, y después la enviaré de vuelta. —expresó con firmeza—. La joven es hábil con las hierbas y me está ayudando con las cicatrices.

—Pagaré el resto de lo que debo con un cheque, Arthur. Ahora que las aguas están calmadas por casa, no quiero que mi padre se altere.

Arthur alzó una ceja. —¿Le concede tanto peso a una simple doncella? Arthur alzó una ceja. —¿Le concede tanto peso a una simple doncella? —sintió una punzada de celos, imaginándose que el Gran Duque de Mecklemburgo posiblemente le fuera infiel a su esposa con más de una mujer, y que, quizás, alguna de esas mujeres pudiera ser Jane.

Pero aquello resultaba imposible. Jane había demostrado ser notablemente inexperta e inocente en el terreno del amor. Sus besos eran los propios de una joven virginal, y sus

persistentes rubores eran prueba suficiente de que su mente no había sido profanada con experiencias parecidas.

—Simplemente estamos escasos de personal y Jane es sumamente apreciada por mi familia, nada más que eso. Conoces bien la dificultad que implica encontrar a personal de confianza —explicó Adolfo.

—Sí, es cierto...

—Estoy seguro de que la joven agradecerá hacer el viaje de regreso a nuestra casa en carruaje. Así que me la llevaré en este preciso momento, si no te importa.

«¿Qué no me importa?»

Si fuese una dama, se habría desplomado graciosamente sobre un sillón, a la manera de Leslie Wood. Pero siendo Arthur Wellesley, el segundo Duque de Wellington, uno de los caballeros más altos y robustos de Calcuta, además de ostentar un encanto y una elegancia innatos, no le quedaba otro remedio que aguantar lo que fuera que estaba sintiendo. No sabía a ciencia cierta qué diablos era lo que le desgarraba las entrañas, pero no quería volver a pronunciar ni a pensar en la palabra «enamorado».

—¿Y bien? —insistió Adolfo tras un largo silencio.

—Oh, sí, por supuesto. Ahora mismo ordenaré que se prepare para acompañarte, Adolfo. Un placer hacer tratos contigo —Le dio la mano—. Ahora, si me disculpas, tengo asuntos que atender.

—Por supuesto, esperaré aquí. ¿Una carrera con el túburi este fin de semana?

—Eres consciente de que me sería imposible negarme —sonrió Arthur, a pesar de no prestar atención a lo que Adolfo pudiera decirle. Sentía el impulso de golpearlo, pero sabía que eso, además de ser una insensatez, carecía de sentido. Pues el joven no tenía la culpa de que él... de que él, ¿qué? Había hecho un trato y este había llegado a su fin.

A pesar de ello, ascendió las escaleras con determinación, atravesó el pasillo en dirección a la habitación de Jane y la abrió sin vacilar ni siquiera por un instante. Sin embargo, como era de esperar, ella no se encontraba allí. No era una dama de la alta sociedad que debía tomar su siesta o prepararse para la cena. Seguramente se hallaba en algún rincón de la casa, ocupada en sus quehaceres. ¡Maldición! Incluso el simple hecho de saber que ella estaba trabajando le resultaba molesto.

—¿Dónde está la señorita Jane? —inquirió al ama de llaves, en cuanto la encontró en la planta de los sirvientes, en su pequeño despacho.

La señora Bass dio un salto sobre su silla, evidentemente descompuesta por la presencia del Duque en la planta inferior. —Su Excelencia, la señorita Jane se encuentra lavando ropa en el patio trasero.

—¿Es acaso deber de la señorita Jane ocuparse de lavar mi ropa? —preguntó con un deje de ironía en su tono.

—Si usted ordena lo contrario, ahora mismo le prohibiré hacerlo, Su Excelencia. Pero me veo con la obligación de informarle que fue la misma señorita Jane la que ha insistido en hacerlo desde esta madrugada. Incluso ha lavado sus sábanas a mano.

Estaba inquieta. Jane se sentía ansiosa. ¿Qué otra razón la llevaría a dedicar horas maltratando sus manos con agua fría y jabón? ¿Cómo no estarlo? ¡Oh, pero por qué estaba tan ciego! Jane tenía que sentir lo mismo que él, por eso estaba así: enloquecida.

«¿Enamorada?»

Si Arthur cerraba los ojos, aún podía experimentarla sobre sus piernas, saborear su boca y percibir su fragancia a jabón y hierbas. Recordaba la sensación de su cuerpo sobre el suyo como

si la tuviera encima. Sin pronunciar palabra alguna, abandonó la planta inferior por la puerta de servicio que daba al patio, bajo la mirada atenta y sorprendida de su personal. Y ahí estaba ella: absorta en frotar las sábanas contra la piedra de su barreño.

—Jane —la tuteó y ella levantó la mirada igual de atónita que el ama de llaves, pero con un matiz muy diferente, un matiz que hacía brillar sus ojos de color bronce bajo el sol rojizo de Calcuta.

—¡Su Excelencia! —se alarmó ella, dirigiendo su mirada más allá de él, hacia las ventanas de la planta inferior donde seguramente se encontraba gran parte del personal observándolos—. ¿Qué hace aquí? —se angustió, secándose las manos en el mandil—. Este es el patio de la servidumbre —indicó a su alrededor el suelo de tierra, las banquetas de madera y las cuerdas para tender la ropa—. Si requiere de mi presencia...

—Jane —repitió él, sin importarle que los estuvieran mirando—. Han venido a buscarte —siguió tuteándola—. Para regresar con los Grandes Duques de Mecklemburgo —añadió con pesar, mientras ella palidecía al escucharlo. Se hizo un silencio tenso entre ambos, mientras se miraban fijamente a los ojos en mitad de ese sencillito patio.

—En ese caso... —Se inclinó ella para recoger el barreño.

—¿Por qué estás lavando mi ropa, Jane? —la detuvo él.

Jane tragó saliva. Lavar la ropa de Arthur se había convertido en una forma de estar cerca de él y, al mismo tiempo, proporcionar una excusa para mantenerse alejada. Pero no era capaz de decir eso, ni de aceptar sus sentimientos. No cuando debía regresar a su cautiverio. Era una tontería seguir alimentando la curiosidad y la locura de ambos.

—Su Excelencia, ha sido un enorme honor trabajar bajo sus órdenes —Hizo ella una reverencia—. Limpiar su ropa solo es una manera de trabajar cuando usted está ausente, no estoy acostumbrada a quedarme sentada sin hacer nada —excusó.

—Lo de anoche...

—Su Excelencia —lo cortó ella—. Le rogaría que no mencionara algo tan vergonzoso, estoy segura de que significó poco para usted, y para mí no fue más que un error que no pienso volver a cometer.

Jane entendía que el Duque albergaba algo más profundo que mero deseo por ella, sería muy cínica si no lo entendiera, ya que lo había confesado apenas unas horas atrás. A pesar de ello, estaba convencida de que él carecía de la capacidad de amarla o de afrontar las consecuencias de un amor prohibido como lo era el suyo. La elección más prudente era poner fin a la situación desde sus cimientos, tal como había decidido aquel día en la celebración en los jardines. Lo ocurrido en la biblioteca sería un recuerdo que ella atesoraría para el resto de su vida, un refugio cálido al que volver cada vez que la frialdad de sus secuestradores la azotara.

—¿Qué temes, Jane? —insistió él—. ¿Por qué insistes en agraviarme? ¿En persuadirme de que solo yo estoy cautivado por ti? Sé que sientes lo mismo que yo; de lo contrario, y por lo poco que he conocido de ti, estoy convencido de que no me hubieras dejado hacerte todo lo que te he hecho esta noche —Ella se ruborizó y él dio un paso adelante, acortando la distancia entre ambos—. ¿Por qué cada vez que me acerco, tú me apartas?

—Porque es una insensatez —explotó ella a media voz, lanzando una mirada nerviosa hacia las ventanas donde ya se intuían varias sombras con forma de cabezas—. Porque usted es el Duque de Wellington y yo... yo soy tan solo Jane, mi señor. Lo único que me está permitido hacer es servirle, y lo único que usted puede concederme es que lo sirva. El mundo lo repudiará en cuanto sepa que tiene el mínimo interés real en mí.

—¿Quiere decir que solo la aceptarían si fuera mi amante?

—Estoy convencida de que eso sería mucho más fácil de aceptar para la alta nobleza que esperar...

—¿Esperar qué? ¿Qué le pida matrimonio?

Otra vez lo estaba haciendo, y se maldijo por ello. ¿Por qué caray estaba diciendo sandeces? ¿Cómo había llegado la palabra «matrimonio» en su boca? ¡Si ni siquiera la conocía bien! ¿Casarse? ¿Él?

—Solo es capaz de decir esa palabra porque sabe que es imposible —le respondió ella, como si le estuviera leyendo la mente—. Lo mejor será que no haga esperar al señorito Adolfo.

—Sí, Jane, tienes razón —concluyó él con voz agria, esbozando una sonrisa maliciosa—. Perdona, señorita Jane —corrigió—. Suelo encapricharme demasiado rápido. Agradezco que usted sea más sensata que yo en este sentido y mantenga la distancia entre nosotros. ¿No habrá pensado que era amor, ¿no? Acostumbro a decir lo que sea necesario para salirme con la mía. Una lástima haber perdido esta vez —se estiró orgulloso—. Vaya, no haga esperar al Gran Duque de Mecklemburgo; su hijo ya me ha hecho saber lo importante que es usted para él. Ahora comprendo por qué sabía tanto sobre sus asuntos de alcoba.

Jane apretó los puños contra sus faldas negras, comprimiendo los labios y frunciendo el ceño.

—No tengo ni la menor idea de cómo puede pronunciar la palabra "amor" sin sentirlo, mi señor. Pero le aseguro que, en ningún momento, creí que sus sentimientos fueran auténticos. ¿Por qué debería creer a un hombre apodado el «caballero de plomo»? De nuevo, le agradezco la oportunidad de haber trabajado en su propiedad, aunque ahora pienso que podré dormir mucho mejor, ya que, durante estas semanas, apenas he podido conciliar el sueño a causa de su toxicidad y de sus cambios de humor constantes que me han llevado por el camino de la amargura.

—Debería haber imaginado que, como el «cuervo ominoso» que es, diría usted la última palabra. Qué tonto he sido al creer que he podido alterar su alma fría, arrogante y déspota lo más mínimo. Señorita, no es más que una sirvienta con ínfulas de princesa.

Jane apretó los dientes, le dio la espalda al Duque de Wellington y se retiró del patio con premura, encontrándose con el pequeño grupo de sirvientes que se dispersaron en cuanto la vieron entrar, entre susurros y miradas ponzoñosas.

¡Oh, en parte era un alivio poder irse de allí de una vez por todas! ¡Era un hastío vivir bajo la sospecha continua de ser la amante del señor!

"Recogí con discreción mis escasas pertenencias, sin permitirme detenerme a reflexionar en exceso, pues temía que cualquier pausa en mis acciones desataría una tormenta de emociones imposibles de contener. El duque, con su habitual toxicidad, había dejado clara su posición, y aunque mi semblante había permanecido imperturbable, mi corazón estaba marcado por la herida. ¿A quién no le habría complacido escuchar del duque palabras de amor eterno e incondicional? Después de todo, en eso él tenía razón; mis sentimientos hacia él eran profundos, una ternura que me había llevado a aceptar sus besos y caricias, tan distantes como un sueño fugaz. Marcharme con el señorito Adolfo fue un hecho inevitable, y lo hice con dignidad tras despedirme del ama de llaves, regresando a mi vida real; lejos de los libros, de los paseos por los jardines y de las fiestas. Regresando a donde mi opinión jamás sería escuchada ni mis sentimientos valorados. Porque, a pesar de nuestra discusión, no podía negar que el Duque de Wellington me había permitido vivir experiencias únicas en mi vida y eso se lo agradecería para siempre, por encima de mi dolor."

Capítulo 21

La niña del río Támesis

Los golpes de la adversidad son muy amargos, pero nunca son estériles.

Ernest Renan.

Era una jornada festiva para todos, menos para el servicio. En la residencia de los Grandes Duques de Mecklemburgo-Strelitz, se llevaba a cabo la celebración del cumpleaños del joven señorito, Charles. Era el primer sábado desde el regreso de Jane a la mansión de sus captores, donde ahora desempeñaba sus quehaceres domésticos y donde el ama de llaves, la señora Blair, no le daba un respiro. Se levantaba a las cinco de la mañana y no terminaba su jornada laboral hasta la noche. Sentarse a comer al mediodía y tener unos minutos de descanso era todo lo que se le permitía hacer. Lo cierto era que no tardó en echar de menos a la señor Bass y su bondad.

—¿No piensas revelarme ni un ápice de lo sucedido en Wellington's House? —inquirió una vez más Jenny, su única amiga, mientras juntas pulían con esmero la reluciente cubertería de plata destinada para la ocasión.

—Por enésima vez, Jenny, te aseguro que no sucedió nada —murmuró ella en un rincón discreto de la sala de preparación del servicio. La estancia, gélida y repleta de vitrinas exhibiendo cubiertos, bandejas y demás utensilios necesarios para el funcionamiento de la imponente casa de los Grandes Duques de Mecklemburgo, era el escenario habitual donde el servicio llevaba a cabo sus tareas preparatorias.

—Ah, ¿no? Pues estás muy extraña desde que has vuelto —siguió Jenny, mientras frotaba un tenedor y Jane repasaba un cuchillo—. Además, se cuentan tantas cosas sobre el Duque de Wellington... te recuerdo que mi hermano trabaja en el Taj Palace y que lo sé casi todo —La miró con diversión—. Hasta sé que te invitó a pasear por los jardines durante una fiesta, como si fueras una invitada más —susurró eso último con una voz ahogada por la risa.

—¡Jenny! —exclamó Jane, ruborizándose como un tomate—. Fue solo una gentileza del Duque, y ni siquiera me atavié de acuerdo a la ocasión. La amable ama de llaves de Wellington's House me proporcionó un sencillo vestido gris, con el cual pude asistir sin sentirme ni humillada ni humillar a los demás. Nadie me prestó atención.

—Pues fue todo un revuelo en el Taj Palace, se decía que el Duque te había tomado como... bien, ya sabes —volvió a reír Jenny.

—¡Oh, ¡cómo puedes ni siquiera insinuar tal cosa!

Jane no había captado la verdadera magnitud de las acciones del Duque de Wellington en relación con su persona hasta que Jenny le desveló los rumores que circulaban. ¡Qué vergüenza! Seguramente toda Calcuta estaba susurrando a sus espaldas. Ah, pero todo eso quedaba en el pasado. Apenas habían transcurrido un par de días desde que vio a Arthur por última vez. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? Conociéndolo, ya estaría ataviado con las mejores ropas y a punto de dirigirse al club. O quizás todavía estaría durmiendo, al fin y al cabo, era un hombre dado a la ociosidad. ¡Detestable!

—¿Estás pensando en él? —le preguntó de repente Jenny, haciéndola saltar con el mismo cuchillo en la mano, y dándose cuenta de que sí, de que pensaba mucho en él. Pero se negaba a echarlo de menos. Es más, a pesar del arduo trabajo en casa de los Grandes Duques, ahora estaba

más tranquila. No tenía que lidiar con el temperamento de ningún noble amargado ni soportar preguntas inquisitivas.

—¿De qué estáis hablando? —las regañó la señora Blair, Jane casi se había olvidado de lo alta y delgada que era esa mujer—. Vamos, espabilad, tiene que estar todo listo para la llegada de los invitados. Jane, la señora me ha pedido que hoy seas su doncella personal.

De hecho, Jane, a pesar de la pequeña mentira que había compartido con Leslie Wood, quien ya debía de estar cruzando los océanos, se destacaba como una doncella excelente en todos los aspectos, especialmente en el trato con las damas de la alta sociedad. A pesar de la insistencia de la señora Blair de mantenerla en la retaguardia, probablemente por instrucciones del señor, Jane demostraba una habilidad sutil y elegante. En más de una ocasión, Jane estaba casi convencida de que la señora no tenía conocimiento alguno sobre su origen, siendo tan ajena a su situación como lo había sido a la infidelidad de su esposo.

—Por supuesto.

—Así que ya puedes subir para atenderla en todo cuanto sea menester.

—Sí, señora Blair.

Jane se cambió de ropa, se puso su uniforme más elegante, para las ocasiones especiales, y subió a toda prisa a atender a la señora Catalina. La encontró con el camisón, desayunando en la cama.

—Oh, aquí estás, Jane. Quiero ponerme el vestido de color melocotón, me recuerda al que usé en la presentación del pequeño Charles cuando era tan solo era un bebé.

—Sí, miladi, ahora mismo —se apresuró en acercarse al armario y sacar el vestido solicitado para arreglarlo, alisar las arrugas y buscar cualquier desperfecto que pudiera tener.

—Hubo un gran revuelo en casa en cuanto mi marido supo que no estabas —comentó de repente la Gran Duquesa, que era bastante joven y hermosa, casi de apariencia inocente—. Se enfadó mucho con Adolfo por haberte prestado al Duque de Wellington. Me pregunto por qué tiene tanto interés mi esposo en ti.

Jane abrió los ojos, palideciendo. Si había albergado alguna duda sobre la falta de conocimiento de la señora Catalina acerca de su secuestro, acababa de confirmarla. Pero lo más desalentador era que sus pensamientos coincidían con las insinuaciones que el Duque de Wellington había expresado en su última discusión. Y eso la ponía en una situación muy comprometida. Comprendía los motivos de la señora por desconfiar de su esposo ahora que sabía que le había sido infiel, pero lo peor era que sus sospechas ahora recaían sobre ella. De nuevo, se arrepentía de haber colaborado en esa publicación en el «The Calcuta Chronicle».

—Miladi, no sé a qué se refiere —optó por hacerse la tonta, cosa que le había funcionado bastante bien durante todos sus años de servicio. Oh, ahora comprendía por qué de repente había sido llamada a atender a la señora de la casa, cuando eso solo había ocurrido en ocasiones puntuales, cuando la doncella de la señora había enfermado o se había ausentado.

—Eso confío, ya que no estoy dispuesta a soportar más ofensas, y menos aún en mi propio hogar.

Jane asintió y se apresuró en cumplir con sus obligaciones, sintiéndose frustrada por no poder revelar la verdadera razón detrás del interés del Gran Duque de Mecklenburgo-Strelitz en ella. En realidad, sus encuentros con el señor eran escasos; él permanecía como una figura distante e imponente en su vida. Sin embargo, el control que ejercía se transmitía a través del ama de llaves. Nunca se dirigía a ella de manera directa.



No solía frecuentar celebraciones de cumpleaños y trivialidades familiares. Sin embargo, había acordado con Adolfo que ese sábado ambos participarían en una carrera de tálburis, y le apetecía un poco de acción.

La presencia de Jane en ese lugar no le importaba en absoluto. Había resuelto dejarla en el pasado de una vez por todas; no tenía interés en mujeres altivas. Tampoco toleraba que le complicaran las cosas sin razón aparente. Ya había sido lo suficientemente tonto durante esas semanas de convalecencia, obsesionado con ver sonreír a una mujer que, a todas luces, era una amargada y una mentirosa. ¿Qué escondía Jane?

Dejó los documentos sobre su escritorio, pues había estado trabajando en sus obligaciones con la colonia británica y en sus propiedades en Inglaterra desde la madrugada, y mandó a llamar su ayuda de cámara para prepararse para la comida de los Grandes Duques de Mecklemburgo. La carrera de tálburis se celebraría después, a media tarde, y seguramente se unirían a ellos más caballeros y se hicieran algunas apuestas.

—Está entregándose plenamente a sus labores, mi señor —mencionó su ayuda de cámara, quien ya lo aguardaba en su habitación con un traje de chaqué y pantalón de exquisita tela, con tonalidades beige y blanco, complementado con una pañoleta de color bronce.

—Estoy de mal humor, y cuando estoy de mal humor, necesito trabajar. Al contrario de lo que piensan muchos, un ducado no se lleva solo.

—Lo sé, mi señor, tenemos mucha suerte de trabajar a su servicio, es un gran y excelente líder.

—No me deleites con adulaciones, Reginald, y dime por qué has elegido este tono tan desagradable para la pañoleta.

—Mi señor, usted me ordenó comprar este color hace unos días. Fue muy específico al pedir una pañoleta de color bronce. Y he pensado que le gustaría llevarla para la fiesta en casa de los Grandes Duques de Mecklemburgo, pues combina muy bien con su atuendo.

Vaya, se había olvidado de esa otra estupidez que había cometido durante su estado de convalecencia física y mental. Era evidente que había estado en una nube de la que, gracias a Dios, en dos días se había recuperado. —Ya que la ha comprado, voy a usarla —dijo entre dientes, evocando los ojos de Jane al ver la dichosa pañoleta.

Tras vestirse con esmero, subió sin asistencia a su tálburi, despidiendo al lacayo que lo había traído frente a la puerta. No acostumbraba a llegar temprano a los eventos, y mucho menos a participar en ellos si no había mujeres, alcohol y libertinaje. Pero iba a llegar muy temprano.

Solo quería ver el lugar donde se celebraría la carrera.

Solo eso.

Bajo el deslumbrante sol de Calcuta, Arthur llegó a la gran mansión de los Grandes Duques. Ingresó con majestuosidad en el vestíbulo, decorado para la ocasión con flores exóticas autóctonas del país. Su figura imponente y su vestuario a la última moda destacaban entre los invitados que llegaban poco a poco.

Los salones resonaban con charlas banales. Fue la Gran Duquesa de Mecklemburgo, acompañada de su nuera y Adolfo, quienes lo acogieron entre reverencias y halagos.

Las formalidades iniciales se desvanecieron a medida que avanzaba más adentro de la mansión. Era su primera vez en esa casa, y nunca antes había sentido el menor interés en conocer

a los Grandes Duques más allá de los encuentros casuales en lugares públicos. Se movió entre los conocidos, intercambiando saludos corteses y notando la sorpresa en muchos rostros. Nadie lo esperaba en un evento como ese. Pero, en el instante en que mencionaba la carrera de tílburis, todos parecían comprender su razón para estar allí.

«Solo estoy aquí por la carrera», se dijo a sí mismo mientras sus ojos recorrían cada rincón de la propiedad. ¡Vaya! La Gran Duquesa de Mecklemburgo tenía un gusto excelente para la decoración. ¿De veras estaba admirando la decoración del lugar? Se llevó una mano a su cabeza, y luego disimuló su dolor de cabeza peinándose el pelo negro y frondoso que Reginald había arreglado, provocando que dos mechones cortos le cayeran por encima de la frente.

—Su Excelencia —lo detuvo la señora Molly, la única anciana de toda Calcuta que no le provocaba migrañas—. ¿Usted por aquí? —Lo miró ella con los ojos cargados de significados.

—Parece algo poco común, a juzgar por las constantes dudas de los presentes sobre mi presencia en esta celebración, pero lo entenderá cuando le revele que, después del banquete, se llevará a cabo una carrera de tílburis.

—Oh, sí, la carrera de tílburis —evocó la anciana—. Pero ha llegado usted demasiado temprano, Su Excelencia. De todos modos, es un alivio para mí que lo haya hecho, ya que pensaba ir a verlo de todas formas —susurró eso último la mujer, sosteniéndose en un bastón. No vestía de negro, sino todo lo contrario; solía confeccionar sus trajes con las telas típicas de Calcuta, llenas de colores vibrantes y alegría. Estaba entrada en carnes, y sus ojos brillaban entre arrugas de un color azul vibrante.

—¿Hay algún asunto específico que desee abordar conmigo? —se extrañó él, dirigiendo su atención hacia la señora Molly, pues no parecía haber motivos evidentes para su visita, aunque sin duda sería bienvenida en caso de tener algún motivo en mente.

—No es el lugar adecuado para hablar sobre ello, Su Excelencia. Pero puedo decirle que tiene relación con la señorita Jane —dijo la anciana con una voz tan baja que Arthur tuvo que inclinarse ligeramente hacia ella para oírla. Pero oyó claramente la palabra «Jane».

—¿Jane? —se preguntó el Duque de Wellington, intrigado por la posibilidad de que la anciana señora tuviera algo importante que decir sobre la doncella. ¿Qué podía ser tan relevante en relación a Jane que motivara una visita con él?—. ¿Un paseo por los jardines? —decidió él, ofreciéndole su brazo a la señora Molly.

—Le aviso que no son tan encantadores como los suyos —comentó ella al tiempo que se colgaba del brazo grande y robusto de Arthur—. Pero me vendrá bien tomar el aire —dijo ella con voz bastante alta, para que los asistentes de su alrededor pudieran oírla.

Arthur le siguió el juego, compartiendo detalles sobre su supuesta delicada salud mientras se dirigían hacia los jardines. Como era de esperar, aún estaban bastante despejados, ya que los invitados continuaban llegando y aquellos que ya estaban preferían quedarse en los salones dispuestos para saludarse e iniciar la fiesta.

—¿Y bien? —preguntó él en cuanto se alejaron lo suficiente como para que solo pudieran ser vistos, pero no escuchados.

—Como bien sabe, mantengo una excelente relación con los autóctonos —expresó ella, señalando hacia un grupo de jardineros hindúes que trabajaban en una sección del jardín—. No solo eso, sino que cuento con buenas amistades entre ellos. Eso me permite enterarme de cosas que los de nuestra clase jamás se enterarían, encerrados en su propio mundo, sin mirar abajo, ni a los lados. Arthur asintió, ansioso por saber qué tenía que decir sobre Jane, pues su sola mención le había molestado de un modo insoportable, rompiendo con el pequeño recodo de paz que había alcanzado durante ese par de días de soledad—. Sucede, Su Excelencia, y le comparto

esto porque intuyo que tiene más consideración por la joven de lo que está dispuesto a reconocer, que están preguntando por los sectores más bajos de esta sociedad colonial por una joven de pelo negro y rizado con los ojos de color bronce.

—¿En serio? ¿Y cree que es ella por quien se interesan?

—¿Conoce a otra persona con los ojos de color bronce, milord? Porque, como mencioné en la fiesta que ofreció en su residencia, solo he visto esos ojos en dos ocasiones en mi vida. La primera fue cuando conocí a Su Majestad, el príncipe Ernesto Augusto. Y, la segunda, cuando conocí a su doncella; bien, la doncella de los Grandes Duques de Mecklemburgo.

—Fascinante —comentó el Duque con voz baja—. ¿Es esto un cuento chino, señora Molly?

—Desde luego que no, Su Excelencia. Alguien está buscando a esa joven, y ese alguien debe ser muy poderoso para hacer que toda Calcuta se remueva desde sus cimientos. Y le diré más, al investigar un poco entre mis sirvientes, que son los que nos espían día y noche y saben más de nosotros mismos que nosotros, he descubierto que la señorita Jane llegó a esta ciudad con solo seis años. ¿Conoce usted a alguna doncella con esa edad, mi señor?

Jane le había contado que fue enviada a servir en Calcuta cuando alcanzó la edad suficiente para trabajar, después de haber pasado parte de su infancia en un orfanato. Sin embargo, había un detalle que no cuadraba: ¿cómo podía haber vivido en un orfanato a los seis años si ya estaba en India para entonces? Lo había mentido y, al parecer, toda su vida era una mentira.

Había tenido todas las pruebas delante de sus narices. Saltaba a la vista que la señorita Jane no era una persona común. Pero ¿quién era? ¿Y por qué la estaban buscando? Tenía las virtudes de una dama. Hablaba con elocuencia, elegancia. Se movía con cierta distinción; había recibido educación, sabía leer, aunque lo hiciera de una manera un poco torpe. Sabía cómo llevar una conversación en una fiesta y no parecía acobardarse demasiado en presencia de los señores.

Debería haberlo sospechado el día en el que ella rompió a llorar. ¿De veras se había creído que no era más que una simple sirvienta?

Al principio, creyó que se trataba de una mujer caída en desgracia. Sí, lo había llegado a pensar. Y que se había tenido que buscar la vida como lo tendría que hacer Leslie Wood, pero su inocencia, sus valores y su determinación a mantener su dignidad desmentían tal sospecha.

«Maldita sea», pensó.

—Tiene alguna idea de quién puede ser, ¿verdad? —dijo después de quedarse en silencio mirando las flores del jardín por un buen rato.

—Oh, sí, Su Excelencia —La señora Molly dejó su brazo y se apartó de él dos pasos, tratando de coger aire ante lo que estaba a punto de decir—. Por supuesto, no tengo ninguna evidencia de ello, milord.

—No importa, dígalo —replicó, enfadado. Enfadado con ella por haberle mentado a pesar de haberle brindado varias oportunidades por sincerarse con él. Y enfadado consigo mismo por ser tan idiota por no haber investigado cuando la curiosidad lo había arrastrado desde el principio.

—Hace muchos años ocurrió un evento que conmocionó a las altas esferas de la sociedad inglesa, milord. Usted no debía tener más de dieciséis años para ese entonces, y dudo mucho de que estuviera pendiente de lo que decían los periódicos.

—A esa edad heredé el Ducado, mi señora.

—Entonces, más razones para suponer que usted no está al tanto de nada. Pero por aquel entonces, yo aún disfrutaba de las reuniones sociales en Londres, y ocurrió un escándalo, una desgracia que nos conmocionó. Su Majestad, el príncipe George de Inglaterra, sobrino de Su Majestad, el príncipe Ernesto Augusto...

—¿El actual Duque de Cambridge? ¿El Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Inglaterra?

—Correcto. Entonces, milord, como le mencionaba, a pesar de la destacada carrera militar del primo de la Reina Victoria, se murmura que siempre ha estado prendado de una cortesana. Una mujer hermosa de la que cualquier caballero se quedaría enamorado; personalmente, no he tenido la oportunidad de verla, pero se dice que su belleza es tan cautivadora que podría hacer desfallecer a un hombre solo con su mirada, dicen que sus ojos azules son los más seductores de toda Inglaterra. Esta dama de la vida alegre y Su Majestad, el príncipe George, tuvieron una hija ilegítima que fue encontrada muerta en el río Támesis. Generó gran conmoción, ya que, como podrá imaginar, el príncipe George exigió una investigación para descubrir al responsable del trágico suceso. Sin embargo, al final, no se esclareció nada. O, como deduzco, nos mantuvieron en la ignorancia respecto al asunto pues son cosas de la Corona, milord, y nosotros solo somos sus subordinados.

Arthur miró hacia la propiedad de los Grandes Duques de Mecklemburgo. Haber intentado conquistar a una sirvienta, a una dama empobrecida o incluso a la hija de un barón no era nada fuera de lo común. Haber hecho lo mismo con la hija de un príncipe era otro cantar. Quizás era injusto, pero existían las diferencias sociales. Y, por tanto, había una diferencia abismal.

—Pero dice que encontraron a la criatura muerta —reflexionó él en voz alta, más para sí mismo que para la señora Molly—. Puede que estén buscando a otra mujer, no tiene por qué ser la hija de Su Majestad el príncipe. Quizás la señorita Jane sea hija de algún noble o la prometida de alguien incluso.

—Puede ser, Su Excelencia —reverenció la anciana sutilmente, sin soltar su bastón—. Pero hay un dato que se le escapa, y es que el Gran Duque de Mecklemburgo es el cuñado de la hermana del príncipe George de Inglaterra. ¿No le parece demasiada coincidencia todo esto?

Había estado a punto de desvirgar a la hija del Comandante en Jefe de la Armada de Inglaterra, a la hija de un príncipe. Jane, si es que ese era su verdadero nombre, debería haberle pedido ayuda. Le dieron ganar de golpear los arbustos, pero habría sido un espectáculo lamentable. ¿Cuánto habría sufrido Jane si realmente era esa niña? ¿Llevaría todos esos años sufriendo la soledad, el abandono, y la humillación de ser una sirvienta bajo las órdenes de sus secuestradores? ¿Era por eso por lo que el Gran Duque de Mecklemburgo tenía tanto interés en ella?

Capítulo 22

Tílburi en peligro

Donde hay educación no hay distinción de clases.

Confucio.

La carrera desde el Maidan, un extenso campo abierto utilizado para eventos públicos y deportes, rodeado por importantes edificaciones coloniales como lo era la propiedad de los Grandes Duques de Mecklemburgo estaba a punto de empezar.

Los invitados habían disfrutado del festín del mediodía. Aunque Arthur debía reconocer que apenas había probado bocado. Lo que le había comentado la señora Molly lo había dejado reflexivo y enfadado para el resto del evento. A eso, debía añadir que, por mucho que había buscado a Jane por los rincones, no la había visto. Claro que tampoco era común que las doncellas sirvieran la comida ni realizaran algún trabajo que hasta ahora el servicio había desempeñado.

¿Y si la estaban maltratando? ¿Encerrada en algún sitio de esa propiedad? ¿Castigada por alguna nimiedad? Un sentimiento de impotencia e indignación le recorría el cuerpo cada vez que lo pensaba. Tampoco le ayudaba mucho recordar, a cada segundo, el día en el que lloró frente a él. ¿Cómo había sido tan idiota como para no verlo? Jane estaba sufriendo y él, con todo su ego y prepotencia, se había concedido a sí mismo el permiso de tacharla de «amargada», «cuervo ominoso», «doncella con ínfulas de princesa» y toda clase de insultos.

No era el hombre más magnánimo ni benévolo del mundo. Ni siquiera podía considerarse buena persona, pero no le agradaba la idea de haber agravado el dolor de Jane.

Ella ostentaba una importancia singular en su existencia, y los dos días en los que se había negado a reconocer sus sentimientos por ella no habían hecho más que agravar su situación, intensificando su anhelo por aquella mujer.

Se acomodó en el alto asiento del tílburi con gesto hosco, clavando una mirada ceñuda en Adolfo a pesar de la presencia de otros competidores en la carrera. —¡Caray, Arthur! ¡Menuda cara! ¿Debo preocuparme? —se rio Adolfo, convencido de que la expresión del Duque de Wellington no era más que competitividad por la carrera—. Espero que no hayas manipulado mi tílburi como aquella vez.

Arthur esbozó una de sus famosas sonrisas maliciosas, tóxicas. —Yo también voy a participar —apareció de repente el vizconde de Hallifax, mirando con odio profundo a Arthur.

—Si quiere usted humillarse a sí mismo, Hallifax, adelante. Es un milagro que se haya recuperado tan pronto del brazo —se burló Arthur.

—Sus tretas no le funcionarán esta vez, Wellington, vengo dispuesto a ganar.

Arthur arqueó una ceja con evidente ironía al tiempo que distinguía una cofia blanca y un delantal del mismo color aproximarse a las señoras que se habían congregado en algunas mesas para presenciar la carrera, disfrutando del té y del aire libre. Había varias doncellas haciendo lo mismo, acercándose a las mesas con bandejas de té y pastas, dispuestas a ayudar a las damas en lo que fuera menester, pero solo ella brilló entre todas las demás: Jane.

Tuvo que refrenar el impulso de bajar del tílburi y dirigirse hacia ella para llevársela lejos como si fuera un saco de patatas, similar a lo que había hecho con Leslie Wood. Sin embargo,

Jane no era una antigua amante por la cual ni siquiera sentía preocupación; ella merecía un respeto diferente. Ese mismo respeto que le había otorgado aquella noche en la biblioteca, cuando le pidió que se retirara antes de arrebatarle su virginidad a pesar de morir agónicamente después.

Jane suscitaba esa consideración desde el comienzo, una deferencia masculina que nunca antes había experimentado y que le costaba imaginar que pudiera sentir por alguna otra mujer.

Arthur contempló el carruaje del vizconde de Hallifax, esforzándose por centrarse en la competencia a pesar del dolor que sentía en su corazón, ese odioso latido que le provocaba Jane, la posible hija del príncipe George. El vehículo del vizconde mostraba cierta torpeza, y las perspectivas de Charles parecían desfavorables. No solo porque su carruaje no estuviera a la altura del suyo, uno de los más destacados de Calcuta, sino también debido a las habilidades de Charles en las carreras, que eran tan cuestionables como las que había demostrado como esposo: lamentables. Además, seguía con el brazo herido.

—Tenga cuidado con el «caballero de plomo», vizconde, hoy está de un particular mal humor —siguió bromeando Adolfo, ganándose otra cara de pocos amigos de Arthur y otra ceja arqueada por parte de él. ¿Sabría Adolfo el origen de Jane? ¿Sería él cómplice de su sufrimiento?

—No es mal humor, Adolfo —decidió seguirle la broma—. Es la convicción de que voy a ganar.

Un minuto después, Wallas, el amigo de Charles Hallifax, señaló al cielo con su pistola y disparó. Una nube de polvo y el retumbar de los cascos de los caballos indicaron que la carrera ya había comenzado.

Jane aún no había recuperado la compostura cuando presencié cómo los caballos y los carruajes se alejaban. El Duque de Wellington estaba presente en la celebración familiar de los Grandes Duques de Mecklemburgo. Era la primera vez que lo veía en la propiedad y no podía dar crédito. ¿Qué motivos lo habrían llevado a asistir? Desde luego, no era la clase de hombre que se paseaba por cumpleaños infantiles.

—He estado a punto de desmayarme cuando he visto aparecer a lord Wellington —oyó decir a la señora Catalina mientras le servía una generosa taza de té.

—¿Cómo se atreve a presentarse en un evento respetable con su historial? —cuestionó otra dama, y Jane se estremeció internamente. No podía respaldar completamente el pasado del Duque de Wellington, ya que desconocía sus detalles. Pero lo cierto era que Arthur, a pesar de las bromas, los insultos, sus idas y venidas, además de sus vagos intentos de seducción, a la hora de la verdad, con ella se había comportado como un caballero. No solo debía de agradecerle, en parte, que la hubiera mandado a la cama esa noche. Sino que él le había brindado la oportunidad de leer, festejar y vivir como un ser humano, algo que ninguna de esas damas a presentes, a excepción de la señora Molly, había hecho ni haría jamás. Le molestó que lo juzgaran, porque sintió que no lo conocían.

—La verdad es que siento lástima por usted, Gran Duquesa —comentó otra mujer más joven—. Porque sé que no ha podido hacer nada por evitarnos su presencia.

—Habría sido un escándalo —concordó la señora Catalina, con sus guantes de muselina y su vestido ligero—. A pesar de su gran número de víctimas en su historial de libertinaje, es el Duque de Wellington.

—Sin duda —murmuró una joven debutante, de nombre María, hija de un gran señor de Calcuta, agitando su abanico con gracia—. El Duque de Wellington, un hombre de riqueza, poder y atractivo sin igual en toda Calcuta —sus labios esbozaron una sonrisa traviesa, sintiendo

el calor de la conversación—. Quién será la afortunada que logre cautivar su corazón es aún un misterio. Aunque permanece soltero, es un partido de gran renombre. Tal vez, cuando el amor encuentre su camino hacia su vida conyugal, experimente una transformación —añadió audazmente, provocando tanto la desaprobación disimulada de las damas casadas como las risitas juguetonas de aquellas que aún no habían sellado su destino matrimonial.

Jane, por su parte, sintió que podría haberle arrojado la tetera hirviendo por encima de su estúpido bonete de encajes blancos.

—Oh, ahora que lo recuerdo, Jane estuvo trabajando para él, ¿verdad? —la miró la señora Catalina de repente—. Quizás puedas decirnos algo interesante sobre él.

—Oh, sí, ¿cómo es el Duque de Wellington en casa? —suplicó una joven y toda la atención recayó en ella, en su vestido negro, su cofia blanca y su horrible mandil.

—Muy aburrido —mintió casi al instante, decidida a no amedrentarse ante ese grupo numeroso de mujeres de alta sociedad enojadas, vestidas a la última moda y con ojos prejuiciosos.

—¿Aburrido? No puede ser —se negó a creer alguien.

—Se pasaba el día durmiendo, mis señoras —añadió, dejando la tetera sobre la mesa auxiliar y mirándolas con seguridad—. Dormía y comía, muy aburrido.

—Oh, me niego a creerlo —saltó la misma joven que había suspirado por él poco antes—. ¿Qué puede saber una simple doncella sobre el Gran Duque de Wellington? Por supuesto que para una mente que no está preparada, un caballero instruido puede resultarle de lo más aburrido.

La idea de estamparle directamente la tetera en la cabeza le pareció más atractiva que la de verterle el té ardiente. Pero, de nuevo, se contuvo, apretando las manos sobre su delantal.



Mientras el elegante tálburi deslizaba con serena gracia sus ruedas sobre el polvoriento sendero, lord Wellington percibió una singularidad en el comportamiento de su vehículo. Los enganches que unían la carroza con los briosos corceles parecían frágiles, presagiando la inminente amenaza de que, en cualquier momento, los caballos podrían desbocarse, llevando al vehículo hacia un estruendoso accidente al liberarse de manera abrupta.

Arthur procuró maniobrar mediante la pericia que los años de carreras le habían otorgado, continuando con prudencia el manejo de la situación. ¿Qué caray había pasado? Lo había revisado antes de salir de su propiedad y no había tenido ningún problema con él para llegar hasta la casa de los Grandes Duques de Mecklemburgo.

Elevó la mirada de las riendas y de los corceles, avistando que el vizconde de Hallifax se aproximaba peligrosamente. De hecho, se aproximó tanto que logró perturbar la serenidad de sus dos caballos castaños, justo lo que debía evitar si no deseaba verse envuelto en una tragedia.

«Maldito Charles», pensó Arthur.

No necesitaba de muchas conjeturas para intuir que el ínfimo individuo había maquinado algo con su carruaje y ahora se esforzaba por poner punto final a sus logros. De súbito, la carrera se transformó en una competencia entre él y el vizconde, donde Arthur luchaba por mantener el dominio y Charles anhelaba que lo perdiera.

Su intención iba más allá de simples artimañas en la carrera; pretendía matarlo, que se estampara contra el suelo.

Arthur, en ese momento, optó por una acción inusual. Cesó de dirigir el tálburi y, aprovechando la cercanía del vizconde que había desencadenado un caos de relinchos y exclamaciones entre el público, se lanzó desde su carruaje al de Charles. El vizconde abrió los ojos con estupor; estaba claro que no había anticipado tal maniobra por parte del Duque de Wellington. Tampoco vio venir el fuerte puñetazo que Arthur le propinó en la cara, dejándolo inconsciente en el acto.

Sus corceles aceleraron ligera y finalmente se detuvieron unos pocos metros más adelante, dejándolo al frente de la competencia al mando del tálburi del vizconde de Hallifax. El propio vizconde yacía desvanecido a su lado, balanceándose de un lado a otro mientras avanzaban a toda velocidad. Adelantó a Adolfo y a unos cuantos más y, finalmente, fue el primero en llegar al Howrah Bridge, el punto final del trayecto.

Indudablemente, al concluir la carrera y recuperarse el vizconde después del merecido golpe, los participantes se llenaron de indignación. Todos habían sido testigos de cómo ese individuo había intentado poner fin al ilustre Duque de Wellington.

—Nunca antes había experimentado tal placer al dar un puñetazo, Wallas —comentó Arthur al retornar a la propiedad de los Grandes Duques de Mecklenburgo, entre conversaciones alteradas y el propio vizconde atado en el carruaje de Adolfo, como el delincuente en el que se había convertido.

—Charles, has perdido el juicio —resumió Wallas al enterarse de lo sucedido.

—¿Acaso no es lo que él hace? ¿Manipular los tálburis para ganar las carreras? —protestó Charles, que parecía un barril.

—¡Pero no de esa manera! —exclamó Adolfo—. Una cosa es alterar ligeramente una rueda para reducir la velocidad, y otra muy distinta es intentar acabar con el conductor. No solo ha roto el enganche de los caballos con el vehículo, sino que también ha intentado hacer que perdieran el control; todos lo hemos visto. Tendrá que rendir cuentas ante la justicia, vizconde.

—¿Qué? Él puede secuestrar a mi esposa y salir indemne, ¿verdad? ¡Por eso es el Gran Duque de Wellington!

—¿Tienes alguna prueba de lo que dices, Charles? —inquirió un nervioso Wallace, avergonzado por las acciones de su mejor amigo—. Porque según los testigos, eras tú el que tenías secuestrada a lady Wood. No te reconozco, y creo que es mejor poner fin a nuestra amistad.

Ante el tumulto de los caballeros, las damas también se levantaron y abandonaron sus tazas de té, aproximándose al bullicio que se había formado alrededor de Charles y Arthur. Jane permaneció recogiendo las mesas junto al resto de las doncellas, aunque en realidad no podía concentrarse. Era consciente de la peligrosidad del vizconde de Hallifax y lo que había escuchado sobre los acontecimientos la tenía inquieta.

A pesar de todo, no le deseaba ningún mal al Duque de Wellington.

Sin duda, lo que la agitaba internamente, lo que la hacía estremecerse con solo imaginar que ese hombre pudiera estar en peligro, era algo completamente distinto.

Arthur Wellington era importante para ella. Más de lo que había querido reconocer durante esos días en los que se había repetido que debía olvidarlo. El tumulto se deshizo rápido en cuanto llegaron las autoridades competentes de Calcuta y se llevaron al vizconde de Hallifax mientras este gritaba, pateaba y decía cosas sin sentido.

—¡Qué lamentable! —exclamó la señora Catalina, al acercarse a su posición junto al Gran Duque de Mecklenburgo y algunos nobles más—. El vizconde ha perdido el juicio por completo, es evidente que tiene una fijación malsana por el Duque de Wellington.

—Sí, querida, tendríamos que habernos dado cuenta antes —respondió el Gran Duque de Mecklemburgo, Francisco, que se mostraba terriblemente sumiso con su esposa desde el escándalo del periódico. En parte, Jane, se enorgullecía de eso, pues la señora Catalina no merecía menos después de haber sido traicionada.

Arthur se unió al grupo cerca de las mesas junto con los demás, mientras Adolfo compartía sus impresiones sobre Charles. Jane inclinó la cabeza, tratando de decidir qué debía hacer a continuación, ya fuera recoger los cubiertos o dejar los manteles impecables por si alguien deseaba disfrutar de un refrigerio. Las manos empezaron a temblarle horrorosamente a pesar de haberse vanagloriado siempre de tener un temple envidiable, pero sentía la mirada oscura de Arthur sobre ella. Y su última conversación no había sido nada agradable, así que estaba convencida de que él solo la estaba mirando para recordarse a sí mismo lo odiosa que era ella y los motivos por los que no debería acercarse a su persona nunca más.

—¿En qué parte de la casa duerme, señorita Jane? —oyó de repente un susurro. Apenas lo había visto venir a pesar de haber sentido su fuerte perfume. Levantó la vista de los cubiertos y lo miró aterrorizada, avergonzada, estupefacta y con el corazón en una pausa.

—En el ala oeste, mi señor, en la planta inferior —respondió de inmediato, sin titubear, sin detenerse a considerar las posibles insinuaciones de índole sexual presentes en la conversación, susurrando como un pajarito sin aliento, consciente de que gran parte de las miradas estaban sobre ellos, sobre todo las miradas de las jóvenes deseosas de ganarse la atención del Duque de Wellington.

Fue María quien se aproximó en cuanto Arthur se despidió del grupo y se retiró, la joven debutante que había elogiado al Duque durante el té. Sin embargo, otras jóvenes e incluso algunas señoras de más edad la siguieron, rodeándola como si fuera una criminal como el vizconde de Hallifax.

—¿De qué te ha hablado Su Excelencia? —inquirió la joven, muy preocupada, como si le fuera la vida en eso.

—De nada importante, miladi —susurró ella, colocando los cubiertos en su carrito auxiliar, mientras la brisa cálida de Calcuta acariciaba la vegetación del parque a su alrededor.

—No mientas —la reprendió una señora entrada en años—, todas hemos sido testigos de cómo el Gran Duque de Wellington se te aceraba, a ti, nada menos. A una vulgar sirvienta.

—Eso, ¿qué puede necesitar Su Excelencia de ti? —preguntó María.

—La vulgaridad no puede reemplazar la brecha de clases, queridas —interrumpió la señora Molly, quien hasta ese momento se había mantenido al margen de la fiesta, adormecida bajo la sombra de un árbol—. No permitan que su condición de damas nobles y su influencia sobre la servidumbre las arrastren, pues están mostrándose terriblemente desagradables.

—Jane es una de mis mejores doncellas —se acercó la señora Catalina al grupo, dejando a su marido con los caballeros—. Estoy convencida de que el Duque de Wellington solo quería agradecerle sus servicios durante su convalecencia. ¿No es así, Jane?

—Ciertamente, señora. Únicamente me solicitó enviarle la receta del ungüento que solía emplear para sus heridas a su ama de llaves, eso es todo, mi señora.

Las damas se alejaron de ella, muchas despidiéndose de la fiesta, pero en cuanto se quedó sola, la señora Catalina se acercó a ella.

—Confío en que no volverás a ponerme en una posición incómoda al hablar con un caballero durante una fiesta, esta es una casa respetable. No puedo permitirme pensar que has empezado a seducir a todos los nobles de Calcuta, Jane, porque de ser así, te despediré de inmediato y te quedarás sin nada.

"Experimenté una sensación de impotencia, herida por la ostentación de arrogancia de esas altivas damas que me menospreciaban, considerándome una indigna persona para un caballero de la talla del Duque de Wellington que, al parecer, ni siquiera podía mirarme. En medio de sus miradas despectivas, me encontré envuelta en una atmósfera densa de desprecio, y por un breve instante, dudé de la validez de mi posición en ese exclusivo círculo social. Anhelé poder escapar, esa fue mi ferviente aspiración. Deseé poder emprender una huida como la que lady Wood había llevado a cabo y comenzar una nueva vida, pero mis circunstancias no me lo permitían. Porque siempre me habían dejado claro que cualquier desliz de mi parte recaería en fatales consecuencias para mi madre, eso era lo que el propio Gran Duque de Mecklemburgo me había repetido a lo largo de los años. Y yo, por supuesto, deseaba que mi amada madre siguiera viva; por otro lado, me alegré de que el vizconde de Hallifax pagara por fin por sus abusos... Oh, pero ¿por qué me había preguntado el Duque dónde dormía? Y lo peor de todo, ¿por qué lo había respondido con la mera verdad?"

Capítulo 23

De sombras a luces

No se nos otorgará la libertad externa más que en la medida exacta en que hayamos sabido, en un momento determinado, desarrollar nuestra libertad interna.
Mahatma Gandhi.

La ordenada, aunque austera disposición de los elementos en la habitación evidenciaba la devoción de Jane por mantener su rincón funcional y acogedor. Jenny, su compañera de habitación, dormía plácidamente en la otra cama, mientras que Jane se hallaba inmersa en un torbellino de pensamientos. Dos, o quizás tres preguntas danzaban en su mente: ¿Cómo podría el Duque hallarla entre tantas estancias? ¿Cuáles serían sus verdaderas intenciones? Y, lo más intrigante, ¿por qué ella estaba tan decidida a ser encontrada por él?

A esas alturas, Arthur Wellesley ya no albergaba ninguna duda; se había convencido de que su cordura se había desvanecido. En ese momento, contemplaba la posibilidad de cometer una locura que podría alterar irrevocablemente el curso de su existencia: comprometerse con una mujer.

Porque sí, si lograba hallar a Jane entre las numerosas habitaciones del ala oeste mientras merodeaba como un delincuente, no podría contentarse con una simple explicación sobre quién era ella. En caso de que estuviera verdaderamente secuestrada, sentía la imperiosa necesidad de rescatarla. No podía ni siquiera concebir la idea de dejarla allí, y sabía que no era por su bondad, de la cual iba escaso.

Había llegado al punto más bajo: estaba irremediablemente enamorado de Jane. La disputa que había tenido con ella no era más que un enfrentamiento de orgullos. Ahora, se percataba de lo insensato que había sido. De lo tonto que había sido al no darse cuenta de que esa mujer, la mujer que ocupaba sus pensamientos día y noche, estaba sufriendo.

Tenía la corazonada de que, incluso si ella no estuviera secuestrada, si le relataba otra historia o lo tildaba de demente, tampoco la dejaría abandonada. Deseaba a esa mujer para sí mismo, y su obsesión por la criada trascendía los caprichos que había experimentado hasta entonces. Reconocía que, si la llevaba consigo, debería otorgarle una posición digna. No se hallaba preparado para contraer matrimonio, pero tampoco estaba dispuesto a olvidarla. ¿Y qué tal si le proponía ser su amante? ¿Le brindaba una residencia, la colmaba de joyas y vestidos lujosos a cambio de su compañía? No obstante, Jane no lo permitiría. Poseía un orgullo demasiado firme para aceptar tal propuesta.

Se hallaba entre las sombras de la noche, completamente consciente de que, tal vez, en breve perdería su libertad. La entrada la había conseguido gracias a la colaboración inconsciente de Adolfo; ambos habían estado inmersos en bebidas y apuestas en el club hasta altas horas, y él se había ofrecido a acompañarlo hasta su residencia. Aprovechando esa excusa, se había colado en la propiedad y había localizado la zona destinada a las criadas con las señas que Jane le había dado por la tarde. Ahora, deambulaba por los pasillos, arriesgándose considerablemente a ser descubierto con la esperanza de encontrarla a ella.

Jane no podía continuar acostada por más tiempo. Desconocía si Arthur vendría en su búsqueda, pero estaba segura de que no le sería sencillo encontrarla si permanecía recluida en su

habitación, considerando la multitud de estancias en el ala oeste.

Quería verlo. No, mejor dicho, necesitaba verlo.

Había sido una insensata al no reconocer sus propios sentimientos durante la última disputa. Era obvio que él, con su orgullo tan evidente, se había sentido herido. Sin embargo, ¿qué podía perder si le confesaba que estaba enamorada de él? Después de todo, tras los desaires sufridos esa misma tarde por parte de las invitadas en la fiesta, había decidido dejar de prestar atención a las opiniones ajenas y hacer un poco de caso a su corazón. Esos dos días lejos del Duque solo habían servido para reflexionar, para afianzar sus sentimientos.

Se ató su bata negra, desgastada por el uso y marcada por el inexorable paso del tiempo, y salió de su estancia con un candil en la mano. Llevaba su pelo trenzado como de costumbre y decidió prescindir de zapatos, pues no quería hacer ruido y despertar al ama de llaves que dormía al final del pasillo. El suelo no emanaba frialdad, ya que en Calcuta no se experimentaban esas condiciones climáticas, pero una suave brisa acarició las plantas de sus pies sobre las baldosas desprovistas de moqueta.

El estremecimiento que recorrió su cuerpo fue un prelude instintivo de la presencia de Arthur, pues no pasó mucho tiempo antes de que divisara su sombra, su figura envuelta en las sombras. Una silueta alta e imponente se insinuaba entre la oscuridad, y ella reconoció de inmediato que era él. Había grabado en su memoria la forma de su cuerpo, sus pasos y su inconfundible aroma a vanidad, a lujos masculinos.

—¿Jane? —susurró él con su voz grave y profunda, un murmullo que resonó en la semioscuridad y la hizo estremecer. Sin embargo, no dudó en avanzar hacia él, permitiendo que su abrazo la envolviera por completo.

En el momento en que se encontraron, él la estrechó entre sus brazos, levantándola del suelo con ímpetu y sellando el encuentro con un sonoro beso en los labios. Arthur no cabía en sí de gozo, de placer. Sentir a Jane de nuevo entre sus brazos lo aliviaba y lo excitaba a partes iguales.

—Su Excelencia —susurró ella después del beso, junto a su oído, cogida a él, a su cuello, con su cuerpo hundido entre sus enormes brazos y sus pies flotando en el aire, notando que él aún vestía la misma indumentaria elegante que había llevado en la fiesta del señorito Charles de Mecklemburgo. Observó que aún llevaba la pañoleta de color bronce que ella había identificado de inmediato como el mismo color de sus ojos, pero que había pasado por alto debido a los nervios de encontrarse con él en público. Estaba guapo.

Era guapo.

Atractivo.

Y lo peor, ya no le caía tan mal.

Al contrario, le caía demasiado bien.

Y estaba enamorada de él.

No tenía ni idea de qué iba a ocurrir, ni por qué él estaba allí, pero en contra de todas sus razones por alejarse del Duque de Wellington, su corazón, su piel y su alma le pedían estar allí en esos momentos y no quería traicionarlos.

—Jane —le susurró él en los labios, buscándole el rostro—. Jane, hay tantas cosas que quiero hacerte, que quiero darte...

—Sí —dijo ella—. Sí, Su Excelencia.

—Arthur, por favor, llámame Arthur —suplicó él—. Llévame a un sitio en el que podamos hablar —le pidió, dejándola en el suelo de nuevo, en contra de su voluntad y de su necesidad masculina, sintiendo un frío horrible al separarse de ella y provocándole las mismas sensaciones a Jane, que hizo una mueca de dolor.

Pero debían hablar.

Jane tomó su mano y lo guio en silencio hacia la sala de preparaciones, donde yacían los utensilios, las bandejas y todo lo esencial para que el servicio llevara a cabo sus quehaceres cotidianos. Era un rincón discretamente apartado de las habitaciones, pero aún enclavado en la misma ala oeste. La mano de él, entrelazada con la suya, desencadenaba un cosquilleo insoportable que la llevó a suspirar al dejar el candil sobre una mesa. Al alzar la mirada hacia él, sus ojos se encontraron parcialmente iluminados por la tenue luz de la lámpara.

Los ojos oscuros e intensos de Arthur resplandecían tanto como los suyos, reflejando el fulgor de los ojos metálicos de ambos. Sin embargo, el rostro de Arthur pronto se iluminó con esa malicia característica, indicando que no había llegado simplemente para regalarle un par de besos.

—Creo que le brindé varias oportunidades para confiar en mí, Jane —mencionó él, con evidente molestia por la falta de confianza que percibía a pesar de haberse abierto a Jane más que con nadie.

—No comprendo a qué se refiere, Su Excelencia —respondió ella, volviendo a la formalidad, un poco indignada, un poco confundida; pero ya era costumbre en él que cambiara de actitud repentinamente. Por suerte, ella era firme, estable y era capaz de sobrellevarlo.

—¿De veras, señorita Jane? O debería decir, señorita FitzGeorge —añadió con un tono intrigante, prolongando la pausa, analizándola.

El ambiente se cargó de una tensión evidente mientras Arthur mantenía la mirada fija en Jane, esperando una respuesta que revelara más de lo que ella estaba dispuesta a admitir.

—No me llamo así —murmuró ella, inclinando la cabeza, mientras percibía cómo todas las alarmas de su ser se disparaban. No había oído ese apellido en los labios de nadie desde el día en que fue secuestrada, y escucharlo de Arthur le provocó una sacudida que afectó cada uno de sus sentidos físicos y emocionales. La sorpresa se mezcló con la vulnerabilidad, mientras las cicatrices del pasado amenazaban con abrirse ante la revelación. Había aprendido a sobrevivir en las sombras, ocultando su verdadera identidad por miedo y por la necesidad de protegerse. Pero ahora, enfrentándose a Arthur, la seguridad que había construido tan cuidadosamente se desmoronaba.

Las paredes que había erigido para mantener a raya el dolor y el temor parecían desvanecerse con cada mirada de Arthur. El enamoramiento que sentía por él se mezcló con el miedo a la aceptación y la angustia por lo desconocido.

—¿En serio? ¿Acaso no eres Jane FitzGeorge, la hija desaparecida del príncipe George de Inglaterra y de una cortesana?

Jane apretó los puños y empezó a sollozar tal y como le había ocurrido en la biblioteca del Duque de Wellington el día que él le preguntó por su infancia. No se atrevía a mirar al Duque de Wellington a los ojos, ni a moverse. Quería gritar a los cuatro vientos que sí: que sí era la hija del príncipe George y Cassandra.

Pero el miedo la paralizaba, los años de silencio la mantenían muda.

—Jane —murmuró él, atenuando la cadencia de su voz mientras deslizaba dos dedos debajo de su barbilla, incitándola a encontrarse con su mirada—. Estoy de tu lado —volvió a tutearla con suavidad—. No solo estoy de tu lado, sino que mi corazón late por ti, y te lo reitero sin rastro de orgullo. Y no me inquieta si tus sentimientos no coinciden, mi intención es asistirte de todas maneras, ayudarte a escapar de aquí si de veras eres esa niña que desapareció en Londres hace dieciséis años.

Jane se deshizo en lágrimas y se aferró a Arthur sin titubear. Lo abrazó con una intensidad

desgarradora, sus emociones desbordando y llorando con desesperación, esforzándose por contener cualquier sonido, tratando de recordarse de que aún se encontraba en la propiedad de sus captores, en esa maldita casa en la que llevaba encerrada toda su vida, o gran parte de ella, sin amor, sin muestras de afecto, sin un familiar con el que cartearse o alguien con quien confiar plenamente. Con el miedo constante a que decidieran matarla de una vez por todas, o que un error suyo conllevara la muerte de su amada madre, de esa mujer de pelo negro y rizado que ella recordaba con tanto amor.

Arthur la percibió frágil en el abrazo. Hasta ese momento, había descubierto innumerables facetas de su ser, pero jamás había captado un destello de fragilidad auténtico. Jane solía mostrarse fuerte, imperturbable, inflexible; nunca quebrada ni derrotada. Ahora comprendía que Jane no solo había soportado penurias inimaginables, sino que se hallaba totalmente quebrantada en lo más profundo de su ser. Esa fractura de su alma explicaba su actitud tan severa consigo misma y con los demás.

Le acarició el cabello, deslizando sus dedos por la trenza oscura, la abrazó con autenticidad y depositó un beso en su frente. Nunca antes había experimentado una sensación tan profunda de ternura, una conexión tan íntima y comprensiva con otro ser humano. Pero su corazón no le dolió esa vez, pues empezaba a acostumbrarse a que este latiera con todas sus fuerzas en presencia de Jane, Jane FitzGeorge.

—¿Quién más lo sabe? —se angustió, recordando las fatídicas consecuencias que podían derivar de todo aquello.

—Nadie más que deba preocuparte.

—¿Quién más, Su Excelencia? —se apartó de su abrazo, limpiándose las lágrimas con las manos, cogiéndolo por los brazos, mirándolo con seriedad.

—La señora Molly —Jane suspiró con alivio—. Sabes que ella guardará silencio. ¿Por qué tanto temor?

—He sido prisionera en esta mansión durante dieciséis años, Su Excelencia. El Gran Duque de Mecklemburgo siempre me dejó claro, desde mi infancia que, si mi identidad salía a la luz, mi madre pagarían con su vida.

Era inevitable. Se había dejado llevar por el impulso de revelar la verdad. Y lo hizo sosteniendo su mirada, mostrándose un tanto valiente, valiente de verdad.

—¿Todos los señores de esta casa conocen tu secreto?

—No —negó ella—. Solo el Gran Duque de Mecklemburgo. Ni siquiera su esposa está al corriente de lo que ocurre. La engaña con esto como la engañó con lady Wood.

Arthur sintió un alivio al saber que Adolfo no estaba involucrado en todo eso. No habría tolerado la idea de ser su amigo, ni siquiera se habría contenido de retarlo a un duelo si estuviera al corriente de la situación. La sangre le hervía violentamente, con solo imaginar el sufrimiento que Jane había padecido en esa casa, bajo el yugo del Gran Duque de Mecklemburgo. Aunque, a decir verdad, estaba claro que él estaba actuando por órdenes de alguien más, por órdenes de la Corona de Inglaterra. No había otro sentido a todo eso. Jane era la hija de un hombre influyente, indeseada por su familia.

Sin quererlo, se sintió identificado con ella. Pues él tampoco no era deseado en muchos círculos, considerado inferior por no haber logrado nada parecido a su padre.

—Vámonos de aquí, Jane —dijo sin pensarlo dos veces, a punto de cogerla en brazos y llevarla lejos de allí—. Te casarás conmigo y vivirás una vida plena, la vida que mereces.

Jane movió la cabeza en negación. —No, no puedo arriesgar la vida de mi madre, Arthur —lo tutearon sus labios, sintiéndose más cerca de ese hombre que nunca, sintiéndose parte de él—.

Lo que no comprendes es que mi padre y mi madre se aman. Me aman, y me brindaron todo su cariño en mi infancia. No soy una bastarda indeseada, mi padre me reconoció. Y es por eso por lo que la Corona no me acepta, por eso estoy aquí. El recuerdo que atesoro de mis padres, el amor que les profeso no puede ser traicionado por mis propios anhelos —Una vez había empezado a hablar, parecía que ya no podía parar de hacerlo. Necesitaba decirlo, necesitaba dejar que su lengua revelara lo que su mente había ocultado con tanto fervor—. Mi madre no es una cortesana cualquiera, Arthur.

—No he pretendido ofenderte.

—Lo entiendo. Pero tengo en la memoria que era hija de un Marqués... —Jane se dio cuenta de que apenas podía evocar el origen de su madre—. Creo que era el Marqués de Bristol. Era una madre dedicada, siempre intentando resguardarme de todo mal. Mi padre me amaba profundamente; recuerdo que venía a visitarnos con frecuencia y pasaba largos periodos de tiempo viviendo con nosotros como una verdadera familia. No sé qué habrá sido de él ahora, si se habrá casado con alguien que ansiaba la Corona, pero sí sé que mi madre y yo fuimos su familia durante unos años. Y la Corona se encargó de destruirlo todo. Iban a matarme —recordó en voz alta, bajando la cabeza—. Pero una mujer intercedió, y me trajeron aquí.

—La hermana de tu padre, Augusta de Inglaterra.

—Ignoro quién era, pero sé que me salvó de una muerte segura. Desde entonces, me encerraron aquí.

—¿Te han hecho daño? —inquirió él, aferrándola por los brazos, sintiéndose cada vez más indignado.

—No, no... al menos no físicamente.

—Eso está bien, porque no habría tolerado que nadie pusiera un dedo sobre mi esposa.

—¿Mi esposa? —preguntó ella—. ¿Mi esposa?! ¡Qué absurdo! Arthur, estar enamorado puede ser una novedad para ti, y tal vez sea una realidad para mí el resto de mi vida, pero creo que tú...

—¿Que me cansaré de ti? ¿Qué me siento obligado a pedirte matrimonio ahora que sé quién eres? No volverás a ofenderme, princesita —respondió él con cierto orgullo.

—No, no puedo casarme contigo, Arthur.

—¿Acaso no estás enamorada de mí?

—Sí —afirmó ella sin reservas, alzando la cabeza para mirarlo—. Sí lo estoy, ya te lo he dicho. Pero no me considero digna de ser la esposa del Duque de Wellington; el mundo se burlará de ti si me tomas como la nueva Duquesa de Wellington.

—Jane FitzGeorge, el mundo ya se burla de mí. ¿Y quieres que te diga algo? Me importa un reverendo comino, así como tampoco cuentan tus deseos personales. Vas a ser mi esposa y pasarás el resto de tu vida disfrutando plenamente de cada día —La cogió por la cintura, la atrajo más hacia sí y la besó con fervor.

—Arthur —susurró ella con la voz entrecortada, con un gemido, totalmente receptiva a cualquier posibilidad que ese hombre pudiera ofrecerle, liberada por fin de las cadenas que le habían impuesto y decidida a dejarse llevar por la infinitud de cosas que Arthur Wellesley, Duque de Wellington, podía brindarle.

"No tenía ni idea de donde iba a terminar toda esa locura, pero me sentía extrañamente protegida en brazos de Arthur. Me sentí libre y un peso enorme de mi alma se desplomó, dejando sitio para nuevos sentimientos."

Capítulo 24

Doloroso deseo de rendición

Algunas veces hay que decidirse entre una cosa a la que se está acostumbrado y otra que nos gustaría conocer.

Paulo Coelho.

Se lanzó hacia lo desconocido con una inclinación que alteraría el fluir de las circunstancias. Inicialmente, una solemnidad se posó entre ambos, pero pronto se metamorfoseó en lo que verdaderamente era: un deseo doloroso por entregarse.

Jane se abrazó a él desesperada, entre besos y caricias.

—Abrirete conmigo, hablar de todo esto —le susurró él con dulzura en la oreja, mientras le acariciaba el pelo después de haberla besado con ímpetu en los labios—. Debe de haber sido muy doloroso.

—Estoy bien, Arthur —volvió a tutearlo, sintiendo cada letra del nombre en su lengua y en su alma, arrastrando el nombre de ese hombre como si pudiera poseerlo, como si fuera su dueña.

Arthur gruñó. Nada le parecía más excitante que el modo en el que sonaba su nombre en los labios de Jane. —Me gusta cuando dices mi nombre —confesó suavemente, sin querer correr, mordándole el lóbulo de la oreja, haciéndola estremecer—. ¿Te casarás conmigo?

—Sí —gimió ella—. Sí, lo haré. Ahora que me has demostrado que tus intenciones son sinceras, sería una necia si no aceptara mis sentimientos hacia a ti, mi necesidad de permanecer a tu lado.

Apenas había comenzado a tirar del extremo del cinturón cuando Arthur la atrajo de nuevo hacia un beso apasionado en la boca. Desconocía de dónde extraía la valentía para desnudarse frente a un hombre, pero ya era tarde para lamentarse: Jane deshizo el nudo que sostenía la bata negra en su lugar y permitió que se deslizara hasta reposar a sus pies. Bajo ella, llevaba un camisón, y debajo de este, apenas unos calzones desgastados.

Arthur cogió aire con fuerza y lo soltó muy despacio, no quería correr. Aunque el lugar y el momento deberían obligarlo a hacerlo. Seguían estando en la sala de preparaciones de la propiedad de los Grandes Duques de Mecklemburgo, en mitad de la noche, no se oía nada más aparte de las agujas de algunos relojes que pendían en las paredes.

—No pretendo tomarte en este sitio, Jane. No es el lugar apropiado... —procuró comportarse como un caballero, mostrando respeto hacia la mujer a la que aspiraba convertir en su esposa.

—Este es el lugar perfecto, Arthur —declaró ella, impulsada por la reciente sensación de liberación al revelar su origen y su historia—. Que el Duque de Wellington, aparentemente decidido a dejar su mala vida atrás, me haya solicitado en matrimonio es un sueño para mí; pero si este compromiso se consuma en el mismo sitio donde han intentado constreñirme, anularme y despojarme de mi esencia como persona, lo consideraré como un triunfo personal.

Arthur dio un respingo, como si lo hubieran lanzado desde un acantilado y estuviera precipitándose al vacío. El calor entre ambos ascendió inmediatamente y lo que Jane pensó que serían caricias castas o suaves como las que él le había ofrecido hasta el momento, pero pronto notó el tacto rudo de sus dedos recorriéndola por encima del camisón. Ella gimió, sofocada,

cuando la inspección terminó subiéndole el camisón para desnudarla por completo, dejándola solo con las enaguas.

Lo miró con estupor a pesar de que ya habían tenido una primera toma de contacto físico en la biblioteca. La vergüenza nacida de su virginidad salió a flote, pero él no permitió que se tapara el cuerpo con las manos. Sus grandes manos la acariciaron, causando que su piel se pusiera de gallina.

La mirada oscura de él estaba sobre ella, sobre sus pechos, sus hombros delicados, sus brazos, su cintura... Y Jane se quedó sin saliva, pero sintió que se desmayaba cuando se quedó sin calzones y Arthur se arrodilló para apretarle los muslos con fuerza, besarle las caderas y hasta las rodillas.

Arthur siempre había intuido que los muslos de Jane serían recios, pero la realidad superaba su imaginación. Sus muslos eran gruesos, firmes, llenos de carne, y se deleitó apretándolos con todas sus fuerzas, besándolos, memorizando su olor a mujer.

Jane se resistió a la locura mordiéndose el labio mientras aferraba la cabeza de Arthur, su pelo negro, entre sus manos. Su pelo era sedoso y cálido. El Duque se abrazó a sus caderas y luego empezó a tocarla allí donde ya la había tocado una vez, allí donde todo era agua y suavidad. Jane alzó la mirada, todavía con las manos sobre la cabeza de Arthur, buscando algo de sentido al que aferrarse, pero solo vio las estanterías llenas de bandejas y utensilios para los criados.

Quería dejarse caer.

Arthur estaba torturándola con besos alrededor de su intimidad mientras le deslizaba los dedos entre los muslos. Era una locura, un completo disparate.

Pero lo cierto era que los estaban bastante locos.

Cuando sintió que ya no podía más, que las piernas le flaqueaban, y que iba a caerse, él se puso de pie, la levantó con un solo brazo y la sentó sobre una de las mesas de trabajo, abriéndole las piernas para tocarla mejor, para hacerla sudar, gemir y enloquecer todavía más. Jane se aseguraba de no gritar, de contener sus ganas de dejar ir su voz. Ahogaba cada gemido que él le provocaba en un sonido agudo y flojo.

Se hallaba completamente desnuda, reposando sobre la mesa de trabajo donde en incontables ocasiones se había dedicado a organizar todo lo preciso para llevar a cabo sus labores y donde ahora el Duque de Wellington susurraba su nombre y la quería hacer suya.

Le resultó desafiante mantener el equilibrio sobre ambos codos que temblaban sutilmente, pero la recompensa fue evidente al encontrarse de nuevo con su mirada. La devoción que resplandecía en sus ojos logró persuadirla de que estaba tomando la decisión correcta. Arthur hundió su rostro en el escote de ella. Se apoderó de ella una mezcla de vergüenza y temor, ya que todo su ser vibraba con un temblor delicioso, y sus pechos se movían al compás; estaba completamente desnuda y a merced de él, pero la sensación de su presencia en cada rincón la abrumó tanto que estuvo a punto de rozar las estrellas, olvidándose de todo.

Justo antes de alcanzar el clímax, él abandonó su intimidad y usó las manos para bajarse los pantalones. Jane no podía creerlo, era el primer miembro viril que veía y se asustó de verdad. Aquello iba en serio. Instintivamente, cerró ligeramente las piernas. Era un tallo venoso, que parecía estar sufriendo de dolor. Por curiosidad, lo tocó y lo sintió muy duro, caliente, mientras Arthur dejaba ir un sonido gutural.

—Tengo miedo —confesó a media voz, iluminada todavía por la escasa luz de su candil que todavía reposaba sobre algún rincón que ella ya había olvidado.

—¿Quieres esperar a la noche de bodas? —preguntó él con una mueca de dolor en su rostro,

conteniéndose con todas sus fuerzas.

Jane cerró los ojos con fuerza. —¿Hay alguna... otra manera en la que pueda aliviarte? —se acobardó, pensando que aquello le dolería demasiado y que quizás se arrepentiría al día siguiente, cuando tuviera que regresar a su trabajo y no pudiera. Pero ¿iba a seguir trabajando? ¿Cuál era el plan? De repente, todas las preguntas la abordaron sin compasión, pero no lograron apagarla.

—Soy una cobarde —confesó, bajando la cabeza.

Arthur le levantó la cabeza y la besó en los labios. —Lo haremos a tu ritmo, Jane FitzGeorge, ahora déjame darte placer y, por favor, no quites tu mano de ahí.

—Pero ¿qué hago? —se preocupó, aferrando el miembro viril entre su mano, incapaz de cerrarla por el grosor.

Él le rodeó la mano y se la movió de arriba a abajo, rozando cada vena de su miembro entre sus pequeños dedos, y luego él volvió a gruñir. Jane cogió el ritmo fácilmente y él la dejó hacer sola, ocupando sus manos con ella, con sus pechos, su cintura, sus caderas y su intimidad de nuevo, haciéndola gemir otra vez, haciendo resbalar sus dedos masculinos entre sus pliegues mientras ella subía y bajaba la mano frenéticamente.

Se dejó llenar por el orgulloso orgasmo y lo dejó ir contra la camisa de Arthur, sintiendo sus piernas colgadas de la mesa, su mano en el miembro de él y su corazón a punto de pararse.

Fue todo un descubrimiento sentir, poco después, un líquido espeso y caliente en su mano y su piel, salpicando su cuerpo desnudo de gotitas de satisfacción y alivio.



A la mañana siguiente, Jane FitzGeorge despertó en su modesta cama sintiéndose como si aún estuviera flotando entre las nubes. El aroma de Arthur persistía impregnado en su piel. Por la seguridad de su madre, había optado por no huir con él esa noche. Sin embargo, él le había asegurado que buscaría la manera de sacarla de ese lugar. Parecía que iba en serio, que los sentimientos entre ellos se habían esclarecido, más allá del orgullo y de los prejuicios de ambos, de sus fuertes caracteres y de odiarse a muerte en muchas ocasiones.

Por alguna razón que trascendía su capacidad de comprensión, sus almas se habían entrelazado y parecían decididas a permanecer unidas.

Dirigió su mirada hacia la cama de Jenny, notando que estaba hecha y ella no se encontraba. No era tan tarde; apenas pasaban cinco minutos de las seis. ¿Dónde estaría su amiga? En mitad de la nebulosa de sueños y felicidad, se preparó para enfrentar otro día de trabajo.

Sin embargo, para su asombro, antes de que pudiera tomar la iniciativa de abrir la puerta, alguien se adelantó, haciéndolo por ella. Se sobresaltó al descubrir al Gran Duque de Mecklemburgo, seguido de cerca por el ama de llaves y Jenny. Había tenido escasos encuentros cara a cara con su captor y aunque él jamás la había pegado, le tenía un miedo atroz a su mirada y a sus palabras, siempre hirientes.

—Te tocará pasar algún tiempo en el sótano; te advertí que evitases llamar la atención. Deje pasar que te marcharas a servir en casa del Duque de Wellington porque mi hijo fue el que te obligó a ello, pero no dejaré pasar que traigas a tu amante en mi casa.

Jane se puso roja. Pero no de vergüenza, sino de indignación. —Pero ¿qué? —fue capaz de decir.

—Jenny le ha contado todo a la señora Blair, que te vio ayer por la noche junto al Duque de

Wellington —aclaró Francisco, dando un paso intimidante hacia ella—. ¿Qué pretendes? ¿Que un Duque se apiade de ti y te saque de aquí? Lo único que conseguirás es traernos problemas.

Jane fijó su mirada en Jenny, pero esta evitó el contacto visual. En ese instante, Jane comprendió que había sido vigilada todo el tiempo y que tanto el ama de llaves como la que creía su amiga lo sabían todo desde el principio.

—¿Hasta cuándo durará este encierro? —reclamó, sacando a relucir su valentía, enfrentándose a ese hombre que era bastante apuesto a pesar de su edad y que la miraba con una frialdad cortante.

—¿No lo entiendes? Esta es tu vida, para siempre —resolvió él y pidió a un par de braceros que la llevaran al sótano. Por supuesto, ella intentó resistirse con patadas al aire, forcejeos y toda clase de gritos, pero nadie la oyó o nadie quiso oírlo.

De cualquier manera, se encontró atrapada en el polvoriento sótano de los Grandes Duques de Mecklemburgo, con el aroma de Arthur impregnado en su piel y las dulces palabras resonando en su mente. ¿Habría algo que él pudiera hacer para socorrerla? ¿Realmente estaría dispuesto a arriesgarse tanto por ella? ¿Serían sus sentimientos tan fuertes como para comprometerse de verdad y en público? Quería creer que sí, pero las emociones la abrumaron tanto, que empezó a pensar en lo peor.



—Si sigues de esta manera, lograrás ponerme nervioso, Arthur —se quejó Nate en el despacho de su amigo, el Duque de Wellington, mientras este deambulaba en círculos y se frotaba las manos—. ¿Qué diablos te sucede?

—No estoy seguro de estar listo, Nate. He vivido toda mi vida siendo egoísta, un tonto y un mujeriego. No sé si podré amarla para el resto de mi vida.

—Pero... ¿a qué diantres te refieres? ¿Estás hablando de la doncella?

Arthur se detuvo en su alfombra morada y miró a Nate con gravedad. Había pasado toda la noche sin dormir, reflexionando sobre el asunto. No podía creer que le hubiera propuesto matrimonio a esa mujer, que se hubiera comprometido verbalmente con alguien más que no fuera un corredor de apuestas. Sin embargo, la verdad era que sentía mucho más por ella de lo que quería admitir. No había vuelta atrás; no podía seguir siendo el «caballero de plomo». No obstante, al final, ella no le había entregado su virginidad, así que, en términos prácticos, tampoco le debía nada.

—No es una simple doncella, Nate —decidió sentarse en la silla que quedaba al otro lado de su escritorio de madera de nogal—. Hay algo que debo contarte...

El Gobernador General de la India quedó perplejo al escuchar la narración de los acontecimientos que el Duque de Wellington le relató.

—Es casi increíble que semejante cosa esté ocurriendo en estas colonias —se lamentó—. Sin embargo, no es la primera vez que escucho de situaciones similares. Estas tierras han sido utilizadas para ocultar delitos más oscuros a la mirada de los ingleses. No podemos quedarnos de brazos cruzados, debemos alertar a las autoridades.

—Justo eso es lo que Jane no desea que llevemos a cabo; teme por la vida de su madre y desconozco quién la estaba buscando, aunque puedo sospechar que sus padres estaban detrás del investigador. El problema no es ese... el problema es...

—Que no estás seguro de poder tratarla como merece durante el resto de tu vida.

Arthur se tocó la sien con un dedo, apoyando el codo en el reposabrazos de su silla, y frunció el ceño con seriedad. —No soy de esa clase de hombres que se comprometen con una sola mujer para siempre. ¿Verdad? Todos esperan que asiente la cabeza, que me comporte según las expectativas, pero vivir una vida de soltero y desenfreno siempre me ha proporcionado esa libertad que ansío, especialmente dentro de las expectativas que pesan sobre mí como hijo del Duque de Wellington.

Nate contuvo la respiración para evitar decir algo que pudiera romper el frágil equilibrio entre ambos. Se ajustó una pelusa inexistente en el pantalón sin moverse de su silla frente al escritorio del Duque, quien estaba sentado con el tobillo sobre la rodilla.

—Será mejor que lo pienses tú solo —resolvió Nate—. Pero si mañana por la mañana no te has decidido, seré yo quien actúe por ti. No pienso permitir que esa joven siga encerrada en esa casa.

—Claro, mi relación personal con ella no guarda ninguna relación con su situación. También deseo que sea liberada. ¿Acaso crees que soy insensible?

—Será mejor que no vuelvas a hacer esa pregunta —se levantó Nate de la silla—. Mi respuesta no te gustaría, y por respeto a la memoria de Tara, prefiero mantener una cierta relación cordial entre nosotros.

—¿Acaso es esto una reprimenda, Nate?

—Arthur, he observado cómo miras a esa mujer. Y si has tenido la audacia de colarte en la propiedad de los Grandes Duques de Mecklemburgo, preocupado por...

—Era curiosidad.

—Francamente, puedes guardarte tus excusas donde mejor te parezca, Arthur —se molestó Nate, abandonando el despacho con pasos decididos.

¿Era curiosidad? Sí, por supuesto. Pero también estaba enamorado, ¿cierto? Eso era lo que le había dicho a Jane la noche anterior.

El miedo a que fuera tan solo una novedad era lo que lo azotaba. El miedo a que en cinco años todo eso quedara en un simple recuerdo y su vida se convirtiera en una rutina aburrida, era lo que le impedía dar el paso.

Pasó el día encerrado en el despacho, con el pluma y el papel sobre el escritorio. No dudaba de su amor por Jane.

Ni tampoco tenía dudas sobre su liberación.

Iba a sacarla de allí de un modo u otro.

Las dudas recaían sobre él mismo, sobre su capacidad de hacer feliz a alguien como Jane, a una mujer que había sufrido toda su vida. ¿Sería capaz de amarla como merecía hasta el final de sus días?

«Jane».

No había realizado acción heroica alguna en su existencia, salvo preservar el ducado y las posesiones heredadas de su padre. Durante la última década, también se había desempeñado como uno de los principales líderes en las colonias inglesas, encargándose de la organización y la recaudación.

Sentir amor por Jane era lo único maravilloso que le había ocurrido. Pues su padre fue una figura ausente y su madre una figura pésima. Ambos progenitores fríos y desprovistos de afecto entre ellos y para sus hijos. Pero una vez estuvo Tara en su vida, su hermana. Su querida hermana. Estaba convencido de que ella hubiera tenido muy claro qué debía hacer.

Determinado a enmendarse, se instaló en la silla después de recorrer todo el despacho y redactó una carta al Palacio de Buckingham, dirigida directamente a Su Majestad, la Reina

Victoria. En la misiva, solicitaba permiso para contraer matrimonio con Jane, una mujer sin título pero que se sugería como hija de Su Alteza Real, el príncipe George. Consideraba que con ello bastaría para proteger a Jane y a su madre y, además, ayudaría a que el investigador descubriera su paradero.

Capítulo 25

Renaciendo en el abrazo perdido

A veces en la vida hay que saber luchar no sólo sin miedo, sino también sin esperanza.

Alessandro Pertini.

La tensión se acrecentó cuando Arthur, Duque de Wellington, procuró comunicarse con Adolfo para concertar una visita, pero este permaneció en silencio. Las perspectivas no eran alentadoras; algo inusual había ocurrido en la finca de los Grandes Duques de Mecklemburgo, ya que no había tenido noticias de Jane en varios días.

Nate fue quien le impidió irrumpir en la propiedad y buscarla a voces. No se sentía capaz de tolerar ningún daño infligido a esa mujer; la ansiedad lo mantenía en constante movimiento, circulando alrededor de la casa diariamente a lomos de su caballo, intentando discernir alguna pista. Si alguien lo observaba, notaría que estaba perdiendo el control poco a poco.

Lamentaba profundamente no haberla sacado de allí por la fuerza esa noche.

—Arthur —lo halló Nate, descubriéndolo a caballo en una de las esquinas que rodeaban la casa—. Sabía que estarías aquí —dijo, deteniendo su montura.

—¿Qué sucede? ¿Vienes de nuevo a advertirme que no entre?

—He recibido información de que el investigador, el Marqués de Suffolk, ha alertado a los padres de la señorita Jane, y la reina Helen de Haiderabad también ha sido informada sobre el paradero de la joven. Además, el Comandante General ha abordado el primer navío desde África con el objetivo de venir a rescatar a su hija personalmente. Es esencial que no tomemos ninguna medida que obstaculice el operativo; lo último que deseamos es acorralar al Gran Duque y que cometa una imprudencia por querer escapar.

—Si es que no la ha cometido ya.

—Lo dudo; tengo información de fuentes cercanas al Gran Duque de Mecklemburgo que indican que se le ha visto frecuentando los mismos lugares de siempre y que en su casa todo está, aparentemente, en orden.

—¿Aparentemente, Nate? ¿Piensas que puedo conformarme con eso?

Nate no dijo nada porque sabía que Arthur era lo suficientemente inteligente como para esperar a la llegada del Comandante General de Inglaterra, el príncipe George.



Transcurrieron más días, interminables, durante los cuales Arthur se convenció de que lo que sentía por esa mujer no podía ser efímero. Era imposible pasar tantas noches en vela y días sin descanso solo por un capricho o un enamoramiento pasajero. Aunque le pareciera una tontería, la quería sinceramente. Solo en su ausencia podía darse cuenta de ello y no era simple preocupación, era morir lentamente cada día, imaginando que había podido perderla.

—Su Excelencia —lo sorprendió una mañana el señor Dowson que, a esas alturas, estaba al corriente de todo lo ocurrido—. Su Majestad, el príncipe George, está en el salón de visitas.

Arthur salió disparado de su despacho y apenas vio los escalones por los que tuvo que pasar para descender hasta el salón de visitas.

—Su Alteza Real —reverenció al encontrarlo, de pie frente a la puerta del salón, era muy alto, más alto que él. Y tenía un porte regio, hombros anchos y una mirada de bronce fulminante a pesar de su edad.

—Como comprenderá, no tengo tiempo para presentaciones —resolvió él con una voz autoritaria y fría, sin ningún indicio de emoción—. Solo quiero confirmar que usted mandó esta misiva —George de Inglaterra se sacó la carta de su chaqué rojo y se la mostró con un movimiento casi inhumano, como si todo en él fuera premeditado.

—Sí, Su Alteza Real. Jane, disculpe, la señorita Jane se encuentra en la propiedad de los Grandes Duques de Mecklemburgo.

Lo vio resoplar, aunque ese fue el único indicio de sentimientos en él. El príncipe George se guardó la misiva con un gesto elegante, y dicho gesto le recordó en cierta manera a Jane, pues ella solía ser refinada en sus movimientos.

De nuevo, ¡qué tonto había sido!

Jane no era una doncella con ínfulas de princesa. Era la verdadera princesa obligada a trabajar como una criada.

Los ojos del príncipe George lo atravesaron con frialdad y salió de su salón de visitas como si lo considerara un insecto, ignorándolo por completo. Arthur sabía que esa actitud no era suscitada solo por la premura de encontrar a Jane, sabía que esa era la actitud de los monarcas, que consideraban a Duques, Condes y Barones todavía como vasallos.

Lo siguió a pesar de todo, deseando asegurarse de que Jane estaba bien y de que sería rescatada. Se colocó al final del numeroso grupo de soldados uniformados de escarlata y los siguió hasta la propiedad del Gran Duque de Mecklemburgo.

A partir de ahí, todo fue muy rápido.

El príncipe George entró como un león en la propiedad y no tardó mucho en salir con su hija en brazos, visiblemente desmejorada, pero en buenas condiciones. Por supuesto, ella no lo vio, abrazada a su padre, y él tampoco dio un paso adelante para que lo hiciera.

Se conformó con verla desde lejos, sabiendo que finalmente era libre y que estaba en buenas manos. En ese instante, se dio cuenta de que podía dejar de ser egoísta, de que podía dejar a un lado su ego por ella.

El distinguido Duque de Mecklemburgo fue detenido, enfrentándose al inminente desafío de un juicio en tierras inglesas. Según las crónicas de la sociedad, su esposa quedó indemne de toda acusación, ya que, según se supo, estaba ajena a los acontecimientos. No obstante, la verdad impactante de que la aparente sumisa y obediente Jane, en realidad, era la hija perdida del príncipe George de Inglaterra, estalló en Calcuta como un doloroso golpe para aquellos que la habían menospreciado repetidamente. Las damas que la habían mirado con desdén tuvieron que contener sus lenguas, mientras que la Gran Duquesa de Mecklemburgo, la señora Catalina, no tardó en ofrecer disculpas a la joven y a su familia en cuanto tuvo la oportunidad de hacerlo.

Por supuesto, las disculpas eran casi una burla después de tantos años alejada de sus padres. Las disculpas de la señora Catalina no encontraron acogida favorable por parte del príncipe George, quien ni siquiera la admitió en la habitación de hotel en el que se hospedaba con Jane. La joven tampoco albergaba el más mínimo deseo de encontrarse con la señora, ya que esta había sido extremadamente injusta con ella, especialmente durante la celebración del cumpleaños del señorito Charles de Mecklemburgo. La había acusado sin fundamento de mantener relaciones indebidas con su esposo y varios nobles; cuando ella solo había tropezado con un solo hombre:

con Arthur.

¿Dónde estaba él? ¿Y si estaba arrepentido de haberle pedido matrimonio? No debía olvidar el carácter cambiante del Duque de Wellington, su comportamiento errante y su incapacidad de compromiso. Se alegraba de no haberse entregado por completo a él. No habría sido beneficioso para ninguno de los dos, pues eso habría obligado al Duque a casarse cuando no lo deseaba y a ella aceptarlo.

No conseguía pensar en él con claridad. Se hallaba sumergida en el torbellino de emociones recientes. Reencontrarse con su padre después de tantos años, experimentar su cálido resguardo, permitirse ser abrazada por él y volver a percibir su distintivo aroma, contemplar sus ojos idénticos a los suyos, había resultado ser una experiencia completa; había vuelto a nacer. Y todos los años de cautiverio ahora le parecían una pesadilla. Una pesadilla que había tenido esa noche cuando durmió al lado de su madre, y que había durado más de la cuenta. Pero que ahora se desvanecía en presencia de su padre.

La crudeza de la realidad, sin embargo, la impactaba de lleno cada vez que contemplaba a su padre, notablemente más envejecido de lo que recordaba en su memoria.

Se corrió la voz como la pólvora. Jane era la sensación del momento, todos querían conocerla. De repente, ya no era una simple criada; ahora, era la hija de George de Inglaterra. Incluso algunos alardeaban de haberla conocido antes y de haber sido muy amables con ella en la fiesta del Duque de Wellington; cuando, en realidad, solo la señora Molly lo había sido. Y a ella fue a la única que Jane recibió.

—Tu padre debe de estar desbordante de felicidad —comentó la señora Molly, en medio del opulento salón de visitas del hotel, donde ahora ella fungía como la anfitriona. Su padre se había ocupado de proveerla con todo lo necesario en cuestión de horas, colmándola de tantos regalos que ni siquiera había tenido tiempo de desempacarlos todos. Era un hombre generoso, un padre excepcional, y le pesaba en el alma haber sido separada de él. Estaba convencida de que se había perdido innumerables momentos. No obstante, su padre le había asegurado que recuperarían el tiempo perdido; de hecho, habían pasado la última noche conversando después de la cena y habían abordado prácticamente todos los temas, al menos de manera general.

Jane había compartido con él los pormenores de su arribo a Calcuta, o al menos lo que permanecía en su memoria. También relató el curso de su vida desde entonces, mencionando a la señora Blair y a la desleal Jenny en el proceso. Apenas hablaron del Duque de Wellington, su padre no lo había mencionado más allá de la misiva que él había mandado solicitando su mano en matrimonio, y ella había tenido demasiada vergüenza como para hablar sobre el asunto.

—Supongo que debería expresar mi gratitud, señora Molly. Fue usted quien dio la voz de lo que estaba ocurriendo a Su Excelencia, el Duque de Wellington.

—Oh, no es nada, querida. El servicio indio murmuraba sobre el asunto pues Helen de Haiderabad había mandado a buscarte, supongo que por petición de ese investigador. Y, además, tus ojos... Tus ojos, querida, ¿cómo no darme cuenta de que eras una persona especial? ¿Acaso no ha hecho acto de presencia por aquí? —inquirió la anciana, con sus ojos azules hundidos en arrugas, apoyada en su bastón mientras se acomodaba en el sillón.

Jane dio un respingo. —¿Quién, señora Molly?

—Ah, el Duque de Wellington, sin duda, ¡mi querida! —Exclamó la anciana, elevando su bastón con impaciencia—. En Calcuta, donde el tedio parece impregnar el aire, las noticias se esparcen como la peste bubónica. Eres la comidilla de la sociedad en este momento. Todas esas damas que antes te miraban con desdén en los eventos sociales ahora deben tragarse sus palabras; sí, querida, esas mismas que se burlaron de ti durante el cumpleaños del señorito

Charles por haberte ganado la atención del Duque de Wellington. Y, por supuesto, se han enterado de que fue el mismísimo Duque de Wellington quien envió la notificación, indicando, por supuesto, que era para solicitar tu mano. La joven María se desmayó al saberlo, dicen que hasta ahora no se le ha ido el color morado de los labios, no ha podido soportar la inquina de saber que ahora eres una princesa y que, además, vas a casarte con el Duque de sus sueños.

Jane esbozó una sonrisa, incapaz de articular una respuesta apropiada. Aún no se había acostumbrado a ser reconocida como la hija de un príncipe; de hecho, seguía siendo la misma, llevando a cabo las mismas actividades de siempre. Incluso esa mañana, se había arreglado por sin ayuda, a pesar de la insistencia de su padre de buscarle una doncella. No necesitaba ese tipo de comodidades y no se sentiría cómoda con ellas.

La conversación con la señora Molly se alargó un poco más hasta que ambas se despidieron afectuosamente.

El día se habría deslizado entre la devoción hacia su padre y el relato detallado de los acontecimientos a los oficiales y autoridades que la frecuentaban, de no ser por el repentino susurro de la puerta de su alcoba al ceder a su apertura. Conocía la rigidez de las normas impuestas por el príncipe George en cuanto a las visitas, lo que indicaba que el visitante debía de ser alguien de verdadera importancia. En el primer destello de su pensamiento, la figura del Duque de Wellington se dibujó en su mente. Pero al ver la enorme sonrisa de su padre y al girarse con curiosidad para ver quién era, su corazón se detuvo al instante.

Había preguntado por ella a su padre y éste le había asegurado que estaba bien, que había sufrido mucho por su ausencia, pero que seguía en pie.

Lucía transformada. Unas líneas marcaban su rostro, ausentes en la imagen que ella conservaba en su mente. Sobre todo, tenía unas líneas bastante perceptibles en sus ojos, surcos de haber llorado y llorado durante muchos años.

Pero, aun así, la reconocía. Y la habría reconocido de todas las formas posibles; en esa vida, en otra, y en mil mundos más.

«Mamá».

Anhelaba expresarlo en voz alta, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta, secas como la aridez de su vida hasta ese entonces. Fueron las lágrimas, testigos involuntarios de su alivio y dicha, las que tomaron la iniciativa, humedeciendo su rostro. —¡Mamá! —exclamó finalmente, corriendo hacia la figura de esa mujer con cabellos oscuros y densos, ojos grandes y azules, con una expresión conmovedora. Cassandra, su madre, mostraba grietas, pero esta vez eran de felicidad, y sus ojos se erigían como dos luminosos pozos que resurgían tras haber navegado una eternidad en las sombras.

Se abrazó a ella, a su cuerpo, a su olor maternal y fue como volver a ser esa niña que tuvo que dejar atrás muy pronto. Su madre había sido tan amorosa y cariñosa que, a pesar del poco tiempo que estuvo con ella, todavía la recordaba de esa manera. Por eso, había vivido dieciséis años en silencio, para protegerla de esos malnacidos que la amenazaban de muerte. Pero estaba viva, y ahora estaban todos juntos. De nuevo, y para siempre.

—Jane —resonó su voz de soprano, delicada; una melodía tan hermosa como ella misma, ya que su madre siempre había sido una mujer que deslumbraba. A pesar de haber heredado su cabello, se sentía eclipsada por la innata atracción que su madre irradiaba—. Mi hija —añadió, como si estuviera asimilándolo, asumiendo que ella estaba viva, sana y salva. Y que ya no era una niña, sino toda una mujer—. Lo siento, Jane. Lo siento. ¿Puedes perdonarme, Jane? —suplicó ella, cogiéndole el rostro entre sus manos, instándola a mirarla a los ojos.

Jane se reencontró con su mirada. Los ojos de su madre sanaron cualquier herida que

podiera albergar en su alma, fueron un remedio inmediato a todo su dolor y su impotencia, a sus años de rabia, de sometimiento. —No hay nada que perdonar, mamá —la tranquilizó, llorando como ella lo hacía. La habían secuestrado desde la misma cama en la que había dormido con su madre, cuando ella bajó a desayunar. Lo hizo su institutriz, y la entregaron a un hombre llamado Adolfo. Habían pretendido matarla, pero una mujer, quizás la hermana de su padre, la salvó y la entregó al Gran Duque de Mecklemburgo. No había sido una vida como la que hubiera merecido o deseado, pero había sobrevivido, y su madre no era culpable de nada de ello—. No eres culpable de nada de esto, mamá.

«Mamá».

Por fin lo había dicho. Y se sentía como miel en los labios.

Notó que su madre miraba con inquina renovada a su padre, y no le costó mucho comprender que, seguramente, lo había culpado a él de lo sucedido durante todo ese tiempo. Se lamentó por el dolor de ambos, porque sabía que se amaban y que su amor era puro y eterno a pesar de que la Corona hubiera intentado separarlos con las peores de las artimañas. Su padre, un príncipe; su madre, la hija de un Marqués caída en desgracia.

—Papá tampoco es culpable —manifestó Jane, sin dejar de abrazarla, queriendo aliviar su dolor, su rencor.

Su madre suavizó su mirada azul con vetas verdes y su padre se acercó a ellas para rodearlas con sus largos y enormes brazos. Los tres se fundieron en un abrazo sentido y necesitado.

—Mis princesas —susurró el príncipe George con su voz gélida y metálica, revelando ante ellas a un hombre completamente distinto al que el mundo conocía. En ese momento, dejaba atrás su papel de Comandante del Ejército, de príncipe, incluso de primo de la Reina Victoria. George amaba a Cassandra, entregándose por completo a su hija, Jane, una verdad que siempre había existido; sin embargo, tuvieron que esperar dieciséis años para encontrar la ansiada paz.

Los tres habían perdido la esperanza de ese reencuentro en múltiples ocasiones, pero ninguno de ellos había dejado de luchar un día de su vida. Y ahora, sus esfuerzos, sus lamentos, su sufrimiento y sus penalidades se veían recompensadas.

Jane intuía que transcurrirían numerosos años antes de que se aclimatará a su recién adquirida libertad, a la existencia sin la sombra del temor; comprendía que el secuestro había dejado una impronta indeleble en su ser, pero también reconocía en sí misma la valentía y fortaleza necesarias para amoldarse a su renovado estatus.

"La herida de haber perdido dieciséis años de vida junto a mis padres, unos padres que me amaban profundamente, jamás sanaría. Sin embargo, el dolor encontraba alivio al contemplarlos, al reconocer que ya no estaba condenada a mi prisión y que ahora podía compartir mi existencia con ellos. Era libre. Ya no estaba secuestrada ni amenazada, aunque me costó mucho tiempo acostumbrarme a mi nueva libertad. Y ya no era una niña. Ni mis padres volverían a permitir que me apartaran de su lado. Ahora, nos tocaba ser felices."

Capítulo 26

Amor sincero

*Hay secretos que lo cambian todo.
Criadas y Señoras.*

—Jane, mi querida, siento un leve declive en tu ánimo —observó con delicadeza el príncipe George—. Es comprensible, por supuesto, después de todo lo que has soportado.

—Pronto devolveremos el rubor a esas encantadoras mejillas tuyas —sonrió Cassandra, su afectuosa madre, apretándole con ternura los mofletes.

Jane llevaba un vestido confeccionado con la más fina seda en tonos perla que abrazaba su figura con gracia, realzando cada curva de su silueta con destreza. El corpiño, ricamente adornado con encajes y delicados bordados, ceñía su cintura de manera sublime, acentuando su elegancia regia mientras su pelo estaba recogido bajo el sombrero en un moño sublime. Las mangas abullonadas, emulando la moda de la época, se desplegaban con gracia, mientras los encajes intrincados trazaban líneas de delicada belleza.

La falda, amplia y majestuosa, caía en pliegues perfectos hasta rozar el suelo. A medida que caminaba, la tela blanca susurraba su riqueza, revelando detalles bordados con hilo de oro que relucían con cada paso que daba. Los tonos pastel se entrelazaban en un patrón exquisito, creando una obra maestra visual que dejaba sin aliento a quienes tenían el privilegio de admirarla.

Los accesorios seleccionados con precisión completaban el atuendo, desde un sombrero adornado con flores hasta unos guantes de encaje que envolvían con elegancia sus manos. Así como un collar de diamantes que adornaba su cuello y una pulsera a juego.

Era un atuendo carísimo, a la moda y que le quedaba demasiado bien. De hecho, jamás se había visto tan hermosa. Parecía toda una señorita de clase alta; claro que no solo lo parecía, sino que lo era. El problema era que debía habituarse a ello.

Su madre se había ocupado de vestirla de esa manera en la celebración organizada en su honor por la señora Molly, para que deslumbrara con el esplendor correspondiente a su estatus. De pronto, su antiguo vestido marrón le parecía algo distante, al igual que aquel vestido gris prestado por la amable señora Bass.

Aunque a ambos vestidos los recordaba con especial cariño, pues habían sido piezas clave en su vida a pesar de su humildad. De hecho, todavía guardaba el vestido marrón que había recuperado de casa de los Grandes Duques de Mecklemburgo, cuando la señora Catalina había mandado sus pertenencias junto a otro despliegue de ruegos y súplicas de perdón.

Mientras tanto, su padre, lleno de un orgullo inigualable, había cubierto con satisfacción todos los gastos asociados a tan distinguida reaparición en sociedad. Tanto su padre como su madre tenían mucho por ofrecerle, todo lo que se habían perdido durante años, y ahora Jane apenas podía asimilar todo lo que tenía: los abrazos, los besos, las palabras de amor, el apoyo incondicional, la protección, la libertad...

Ahora era intocable.

Habían transcurrido varios días desde que la rescataron, y el Gran Duque de Mecklemburgo

ya estaba a bordo de un barco, prisionero, en camino al juicio en Inglaterra. Ellos pronto seguirían sus pasos, en otro navío; de hecho, en un par de días abandonarían Calcuta, razón por la cual la señora Molly había insistido en organizar una merienda en su honor como despedida. La señora Molly hubiera preferido organizar un almuerzo completo con espectáculo incluido, pero tanto los padres de Jane como ella misma habían rechazado vehementemente la oferta. Querían regresar a Inglaterra cuanto antes y resolver los asuntos legales antes de dejarse llevar por la celebración. Ya habría tiempo de celebrarlo a bombo y platillo una vez en Londres, donde sus padres tenían planeado presentarla en los círculos más selectos y lanzarla en sociedad como si fuera una debutante.

—Papá —dijo—, tal vez hubiera sido mejor no venir.

Jane escudriñó su entorno, examinando las mesas dispuestas en los hermosos jardines de la señora Molly, y realizó un rápido repaso entre los invitados. Todos la contemplaban como si hubiera renacido; y aunque, en parte, así se sentía, el hecho de que los demás también compartieran ese sentimiento resultaba abrumador. Incluso estaba la señorita María, la joven engréida que tan mal la había tratado en la fiesta de cumpleaños del señorito Charles. Al parecer, había recuperado el color de su piel y de sus labios, y ya había asimilado que esa criada a la que había humillado era, nada más y nada menos, que la hija querida del príncipe George de Inglaterra. Por supuesto, Jane era una bastarda. Pero la presencia de su padre, apoyándola y demostrando al mundo su reconocimiento, era suficiente para que el mundo la aceptara y la tratara con la deferencia merecida.

—Eso es justo lo que debemos evitar —La cogió por el brazo su madre, tan engalanada y suntuosa como ella—. Tenemos que reconocer tu posición en la sociedad y no podemos acobardarnos. Jane, hija, eres perfectamente capaz de hacerlo.

No era eso. En absoluto estaba acobardándose a pesar de sentirse abrumada, enfrentarse a la alta sociedad era algo que era capaz de hacer sin problemas. Simplemente, no veía a Arthur entre los invitados. Había mantenido la esperanza de encontrarlo allí a pesar de haber pasado tantos días sin verlo. Aquella era la prueba definitiva de que el Duque de Wellington se había arrepentido de su proposición; de que había roto con su compromiso. De nuevo, se sentía muy satisfecha consigo misma de haberse negado, a última hora, a entregarse a él por completo. Él no la merecía y ella debía aceptar que ahora tenía una nueva vida. Estaría eternamente agradecida al Duque de Wellington por su ayuda, por haberla valorado, escuchado y comprendido cuando nadie más lo hizo.

Pero el agradecimiento debía de ser lo único que sintiera por él.

Debía apartar de su mente el amor. Dejar atrás los sentimientos que anidaban en su alma cuando pensaba en Arthur Wellesley, el «caballero tóxico». Después de todo, él no la había engañado. Siempre le había dejado claro que era un hombre voluble, maleable y perjudicial. Desde el primer día, había sabido que era peligroso, que rozaba la malicia en sus acciones a pesar de aparentar cierta conciencia de vez en cuando.

No deseaba albergar rencor. Anhelaba dejar de alimentar la amargura que había ocupado su corazón; ahora tenía la oportunidad de liberar el dolor, de encontrar la felicidad. Sanar sus heridas y recordar lo sucedido entre ella y el Duque como algo negativo no sería dar un paso hacia la nueva persona que quería ser. Lo más sensato era perdonarlo y agradecerle por los buenos momentos que le brindó, así como por haber informado a sus padres sobre su paradero.

La cantidad de asistentes fue considerable. Algunos eran amigos de la señora Molly, mientras que muchos otros simplemente deseaban conocer a la joven destacada y a sus famosos padres para brindarles su apoyo y su comprensión. Todos fueron extremadamente amables con

ella, tan amables, que todo le resultó falso. Tan solo las palabras del Gobernador, Nathaniel Canning, fueron sinceras. El amigo de Arthur, que había asistido junto a sus hijos, se alegró mucho de verla y la trató como siempre la había tratado: con respeto y gentileza. Craig y Liam también fueron gentiles, aunque percibió cierta sorpresa en el rostro de Liam, como si jamás hubiera esperado tal cosa.

Ella sabía que la gran mayoría de esas personas no eran como aparentaban; de hecho, muchas de ellas le habían demostrado su verdadero rostro en otras ocasiones. Solo hablaban con ella y la trataban como un ser humano porque ahora llevaba un apellido reconocido. Si siguiera siendo Jane «a secas», Jane «la doncella», sería tratada de un modo muy distinto.

Gracias a Dios, su madre compartía la misma percepción de la sociedad que ella, por lo que estaba convencida de que no se vería obligada a hacer nada que no quisiera hacer. —Mamá, ¿cómo pueden ser tan hipócritas? —preguntó ella, después de que la joven María, siempre enamorada de Arthur, se acercara para expresarle sus respetos, a sabiendas de que la había humillado días atrás.

—Porque tienen el corazón vacío —respondió Cassandra—. Pero no te preocupes, trata de disfrutar del momento; ahora eres toda una princesa, hija.

—No quiero ser una princesa, quiero ser solo Jane.

Su madre la miró con orgullo y le acarició la mejilla con amor. —Me alegro de que, en este sentido, hayas salido a mí.

—En todos estos años no he podido olvidar tu lucha.

—Una cortesana —comentó su madre, con cierto cinismo.

—Todas son cortesanas. Estas mujeres se venden por un estatus, ¿no es así? Quizás tú seas la más decente de todas, ya que nunca te has entregado por un puesto —expresó Jane—. Espero que ahora, papa y tú podáis ser felices. Os lo merecéis.

Cassandra asintió y le tomó las manos. Se encontraban relativamente solas, de pie bajo un árbol, ya que los invitados se habían congregado alrededor de las mesas para disfrutar de la merienda mientras su padre daba vueltas por el lugar, incapaz de quedarse quieto en un rincón.

—No hemos abordado el tema del Duque de Wellington, hija. Me parece que su reputación es la menos favorable de la ciudad. No es que yo quiera escuchar los rumores, en absoluto; pues eso me convertiría en alguien como ellos. Pero como madre, me veo en la necesidad de examinar minuciosamente cada detalle de tu vida. No quiero que sufras más.

—La reputación que pesa sobre su nombre es un poco injusta —lo defendió, recordando las dos ocasiones en las que había optado por el respeto, a pesar de que había tenido la posibilidad de arrebatárselo todo.

Ah, no obstante, ansiaría compartir con él un par de verdades. Al menos eso sería apropiado. Indicarle que, al final, había desvelado su verdadera esencia y que podría haberse abstenido de su apasionada diatriba amorosa. No habría sido necesario que le declarara su amor o que solicitara el permiso de la reina para desposarla. La había comprometido públicamente y merecía escuchar unas cuantas verdades. Desearía que hubiera asistido a la celebración. Hubiera sido perdonado después de recibir las merecidas admoniciones.

Su previa contemplación acerca del perdón fue rápidamente reemplazada por una indignación en aumento. Todo esto, desencadenado por la mera alusión de su madre sobre el tema. Se había estado autoengañando. O quizás solo necesitaba tiempo para ampliar su nueva manera de ver la vida. Fuera como fuera, deseó que el Duque estuviera allí.

Y apareció.

Apareció en solitario, ataviado con impecable elegancia portando una chaqueta de color

bronce, unos pantalones negros tan ceñidos que se moldeaban a sus piernas, y unas botas de montar muy pulcras. Y, por supuesto, estaba guapísimo. Tan viril que le arrebatava el aliento a cualquier mujer presente, todo envuelto en su detestable ego.

Jane experimentó un odio más intenso que nunca. Con toda la fuerza de su ser. ¿Cómo se atrevía a presentarse como si nada hubiera pasado? ¿Después de haberse ausentado durante días sin dejar rastro alguno? Y encima vestido de dandi, robando las miradas de todos y de todas.

Lo vio saludar a la señora Molly. Jane decidió al instante que no hablaría con él. Así que le dio la espalda, se giró hacia su madre, ignorándolo por completo. Pero él tampoco fue a su encuentro. ¿Cómo se atrevía a no acercarse para que pudiera ponerlo en su sitio?

Arthur Wellesley había estado urdiendo todos los detalles para su partida de Calcuta. Había tomado la decisión de regresar a Inglaterra, motivado por la noticia de que Jane planeaba hacer lo mismo junto a sus padres. Los muebles de su casa ya estaban cubiertos por sábanas, las maletas preparadas y el servicio dispuesto según sus necesidades. El señor Dowson y el ama de llaves viajarían con él; los demás habían sido despedidos o seleccionados para ser los guardianes de la propiedad durante su ausencia.

Añoraría el tiempo en Calcuta, la vibrante esencia de su gente, los aromas de las comidas especiadas y la explosión de colores que adornaban tanto los vestidos como las vidas de las personas. Calcuta había sido su hogar durante muchos años, allí había muerto Tara.

Sin embargo, ansiaba regresar a su tierra natal para entrelazar su vida con la de esa joven orgullosa que ahora le daba la espalda. Jane llevaba puesto exactamente lo que él había imaginado aquel día en los jardines cuando intentó besarla. Parecía una encantadora debutante con su vestido blanco y su sombrero de flores, y no le sorprendía en absoluto que el lujoso vestido le sentara tan bien, ya que Jane siempre había irradiado elegancia.

Era su princesa.

Dio un paso hacia ella, decidido a hacer público su compromiso. Pero en su línea, se interpuso una sombra gigantesca.

—Su Alteza Real —inclinó él con respeto hacia el príncipe George, quien lo escrutaba con sus ojos de un bronce metálico y resplandeciente.

—Ha tardado mucho en aparecer, lord Wellington —susurró el padre de Jane con una voz grave y aterradora.

—Su Alteza Real, he estado ocupado con los preparativos para partir a Inglaterra. Además, quería darle tiempo a Jane —El príncipe George enarcó una ceja rubia, mirándolo desde las alturas de su estatus—. Disculpe, la señorita Jane —Otra ceja alzada, quedando ambas arriba—. Su Alteza —se corrigió Arthur y entonces las cejas del que pretendía que fuera su suegro se relajaron, pero no su mirada.

—No es el momento ni el lugar propicios para abordar este asunto —concluyó el príncipe, elevando la mirada y enfocándola en la distancia, manteniendo una fachada de serenidad ante los espectadores atentos, consciente de que el Duque de Wellington había solicitado la mano de su hija y de que todos hablaban sobre ello—. Si verdaderamente tiene interés en ella, lord Wellington, deberá cortejar a mi hija de manera apropiada. Y será ella quien decida si lo acepta o no. Como comprenderá, no tengo ningún deseo de dejarla ir tan pronto después de haberla encontrado.

Arthur no solía encontrarse con límites, mucho menos con palabras cargadas de tanta autoridad y arrogancia. Sin embargo, el padre de Jane ostentaba el cargo de Comandante del Ejército Inglés, la máxima autoridad militar, y entendía que su modo de expresarse fuera firme y regido por estrictas normas. A diferencia de él, que fluía con la vida según sus propios deseos.

Ambos eran la noche y el día. Pero estaba convencido de que ese hombre debía de tener sus grietas pues, al fin y al cabo, se había enamorado de una cortesana.

La madre de Jane emanaba una belleza singular. Al observarla junto a Jane, resultaba evidente que, a pesar de la edad, aún conservaba un atractivo innegable. No exhibía sus encantos de manera vulgar; más bien, sabía llevar la belleza a límites sublimes. Ahora comprendía por qué Jane poseía tanta hermosura, pues la había heredado de su madre, al igual que los ojos y el temperamento de su padre. Aunque bien pudiera ser que el carácter de Jane fuera una amalgama de ambos progenitores: a veces estricta y orgullosa, pero también rebelde y desafiante cuando la ocasión lo requería.

La verdad era que no la había visitado antes, ya que, además de ocuparse de los preparativos de su viaje, deseaba permitirle disfrutar del reencuentro con sus padres sin interrupciones. Había optado por no perturbar ese precioso momento. Concediéndole la oportunidad de reflexionar sobre lo ocurrido y sobre ella misma. El príncipe George tenía razón, Jane merecía ser cortejada como cualquier dama de su estatus. Ahora que estaba asimilando quién era y estaba adaptándose a su nueva vida, era lícito que el hombre que pretendía casarse con ella le diera el tiempo suficiente para decidir.

—¿Puedo acercarme a su hija, Su Alteza Real?

Jane vio por el rabillo del ojo como Arthur y su padre mantenían una conversación bastante tensa. Pero luego lo vio acercarse y su corazón se aceleró, así como sus mejillas se ruborizaron ante los ojos risueños de su madre, que la comprendió sin necesidad de palabras. Jane estaba perdidamente enamorada de ese hombre y saltaba a la vista para cualquiera, pues apenas podía controlar el temblor de su cuerpo. Atrás habían quedado esos días de contención en su casa, donde se había obligado a fingir que no le gustaba o que le era indiferente. Parecía que, al poder recuperar su libertad, sus sentimientos también lo habían hecho.

Todo eso no le impidió apretar los labios y fruncir el ceño ligeramente, aunque sabía que una señorita no debía fruncir el ceño. Pero había viejas costumbres que no podía cambiar.

—Sus Altezas —escuchó decir al llegar a su altura, ejecutando una reverencia ante ellas. Jane estaba segura de que a María y a muchos otros se les atragantó la merienda, pero no tuvo tiempo para reflexionar al respecto—. ¿Está disfrutando del evento, lady Jane? —la miró con sus ojos oscuros y penetrantes, como si la hubiera visto en mil vidas anteriores y no hubiera cambiado nada en ella salvo la ropa que llevaba y el tratamiento hacia su persona. Se sintió ella misma en su mirada, se sintió Jane «sin apellido».

—Está siendo muy agradable —contestó ella después de un breve lapsus de tiempo—. Gracias, lord Wellington.

—Mi señora —volvió a reverenciar él hacia su madre, y Cassandra esbozó una pequeña sonrisa, aceptando su saludo con cierta reserva, consciente de que ahora debía desempeñar el papel de madre que le fue vedado años atrás, queriendo lo mejor para su hija—. La belleza de su hija ahora tiene justificación —endulzó sus labios Arthur y Jane volvió a fruncir el ceño que había relajado un segundo antes. ¿Cómo se atrevía a adularla como si nada? Sin una disculpa, sin una explicación, sin nada que pudiera calmar su ansiedad.

—¿Ha estado muy ocupado, lord Wellington? —preguntó ella con inquina, fulminándolo con la mirada.

Arthur rio para sus adentros. Por un momento, había temido que la esencia de Jane se esfumara junto a su uniforme y su cofia blanca. Pero, para su suerte, Jane seguía siendo el mismo cuervo ominoso de siempre. La misma impertinente, descarada y con un humor de perros. Solo le faltaba poner los brazos en jarra y apuntarlo con el dedo índice para darle una buena regañina.

—En realidad, es así, lady Jane. Los preparativos para mi viaje a Inglaterra han absorbido todo mi tiempo, ya que cerrar los asuntos de la propiedad aquí en Calcuta demandaba mi supervisión constante —Arthur quiso añadir que no había querido molestarla ni forzarla a aceptarlo cuando debía asimilar todavía quién era ella, pero se abstuvo de ello. No era necesario, eso solo empañaría sus buenas intenciones. No lo había hecho para ganarse su admiración o su agradecimiento, sino por amor sincero. Un amor paciente, lejos de los caprichos que había tenido hasta entonces.

Jane se quedó muda. ¿Él también iba a viajar a Inglaterra?

—¿Tiene usted planes en Inglaterra, lord Wellington? —preguntó su madre en representación de ambas, evitando formular directamente la pregunta sobre si la razón de su partida era Jane.

—Mi señora, Su Alteza Real el príncipe George me ha otorgado el permiso para cortejar a su hija. Confío en que usted también esté de acuerdo.

Jane percibió cómo todas las flores de su sombrero se desplegaban, floreciendo con ímpetu al unísono con su corazón. La emoción recorrió sus manos marcadas por el trabajo, ahora engalanadas con guantes de encaje, y la envolvió en el cuello, donde, en lugar de un cuello alto, lucía un collar de diamantes. Lo último que Jane había imaginado era a Arthur, con todo su ego, sus cambios de humor y su voluble carácter, dedicándose a cortejarla.

Todavía no lo perdonaba del todo por su ausencia. Pero su felicidad fue inmensa, y sonrió. Sonrió sin restricciones, sinceramente y sin cargas sobre su espalda; ahora era una joven cuya única preocupación era su pretendiente.

Arthur se regocijó al contemplar su sonrisa, esa que tantas veces había intentado arrancarle y de la que se había enamorado el primer día sin saberlo. La sonrisa de Jane era un molde para su carácter cambiante, era su límite, era su tope. Aquello por lo que estaba dispuesto a ser otro hombre a su lado. Ambos se quedaron prendados el uno con el otro, mirándose ajenos a todo lo que les rodeaba, esperanzados por un nuevo comienzo en Londres.

"Aunque la etiqueta social nos impidió besarnos, estoy segura de que lo hicimos con la mirada. Mi vida estaba completa, mi felicidad rebosante."

Capítulo 27

La temporada social

La más segura cura para la vanidad es la soledad.

Tom Wolfe.

En el bullicioso transcurso de la temporada social de mil ochocientos sesenta y nueve, la sociedad de la alta alcurnia londinense se entregaba con devoción a una constante sucesión de festividades. En estos refinados encuentros, las jóvenes debutantes eran presentadas con esmero a los distinguidos caballeros que, con astucia, buscaban la posible conexión que los llevaría al compromiso. Mientras tanto, todos desplegaban sus atuendos más exquisitos, una ostentación de opulencia que no solo reflejaba su posición social y riqueza, sino que también desataba una tormenta de cotilleos y chismes, que por un momento les permitía escapar de las monotonías de sus vidas.

Jane, de tez alabastro y cabellos oscuros enmarcando delicadamente su rostro, se enfundó en un vestido de color bronce que resplandecía con la elegancia propia. Confeccionado en un satinado tono bronce, el vestido abrazaba su figura con gracia, revelando una cintura finamente ceñida y una amplia falda que se desplegaba en su plenitud con cada paso.

El escote, adornado con encajes finos y delicados bordados a mano, resaltaba su feminidad con un toque sutil de coquetería. Las mangas cortas, con encajes a juego, dejaban al descubierto unos hombros delicadamente esculpidos, mientras un collar de perlas blancas descansaba con elegancia sobre su clavícula.

La atención meticulosa se extendía hasta la cintura, donde un lazo de satén, de un tono azul profundo, añadía un toque de sofisticación al conjunto. La falda, abundantemente decorada con volantes de encaje y detalles florales, fluía con gracia alrededor de sus pies, creando un suave remolino de tela que dejaba tras de sí un rastro de elegancia.

Completaba el atuendo con guantes blancos que ascendían por sus brazos, un abanico de encaje que sostenía con bastante destreza y unos zapatos de tacón que realzaban su porte.

Era el epicentro de todas las miradas en el fastuoso evento organizado por lady Wellesley, la madre del ilustre Duque de Wellington. Catherine Wellesley había tomado la decisión de abrir las majestuosas puertas de Apsley House, la residencia oficial del duque de Wellington, ubicada junto a Hyde Park, para anunciar públicamente el compromiso formal de su hijo con lady Jane. La reina Victoria, tras los acontecimientos judiciales que involucraron al Gran Duque de Mecklemburgo y a todos los implicados, le había otorgado a lady Jane el título de hija del Barón de Cambridge. De esta manera, la joven se transformaba, oficialmente, en lady Jane como compensación por todos esos años secuestrada.

El Gran Duque de Mecklemburgo, como era de prever, había sido absuelto de cualquier acusación debido a la falta de pruebas contundentes acerca de su conocimiento real sobre el origen de Jane. Algunos de los implicados en el momento del secuestro, como la institutriz, se encontraban fuera del alcance de la justicia, pues habían transcurrido muchos años desde aquel suceso. Tanto el ama de llaves como Jenny, las leales sirvientas del Gran Duque de Mecklemburgo, fueron destituidas y cayeron en desgracia, aunque no fueron encarceladas, ya que hacerlo implicaría también poner al Gran Duque tras las rejas.

El principal autor del secuestro, el tío del príncipe George, había fallecido años atrás. Así que la justicia poco pudo hacer.

En los primeros compases, sus progenitores dedicaron sus empeños a la búsqueda de una venganza más incisiva. No obstante, con el transcurrir de los días y después de un diálogo con Su Majestad la Reina Victoria, ajena al secuestro, pero empeñada en resarcirlos, optaron por dejar atrás las sombras del pasado y acoger con esperanza un nuevo capítulo de sus vidas. Con el beneplácito de la Corona, después de años de un romance clandestino, el príncipe George y Cassandra obtuvieron la autorización para contraer nupcias, celebrando una ceremonia íntima algunos meses antes a la ceremonia de compromiso de Jane.

Jane esbozó una sonrisa y entabló conversación con la mayoría de los presentes. Había evitado cuidadosamente eventos semejantes durante gran parte de la temporada, por lo que ahora se esforzaba por mostrarse agradable en esa celebración en su honor. El cortejo de Arthur se había desenvuelto con paseos por Hyde Park en su tálburi, o lecciones de equitación en la propiedad de su padre, Cambridge Cottage. Jane no sabía montar a caballo, y Arthur se había ofrecido a enseñarle bajo la estricta supervisión de su madre o de su padre. Aunque resultaba un tanto absurdo, ya que Jane y Arthur habían trascendido mucho más allá de simples sonrisas y caricias, se esforzaron por seguir las normas del cortejo formal en Inglaterra, alejados de las tierras cálidas y más libres de Calcuta. Alejados de ese par de noches tórridas en las que se dieron placer a la luz de las velas de la biblioteca o de la sala de preparaciones de los Grandes Duques de Mecklenburgo, como si solo hubieran sido sueños ardientes que ahora vagaban por sus memorias.

Arthur, por su parte, se esforzaba enormemente por adecuarse a las convenciones. No estaba acostumbrado a seguir las normas durante períodos prolongados. Además, estaba su madre. Catherine Wellesley representaba lo más parecido a un dolor de muelas. Pasaba los días en estado de embriaguez y las noches dilapidando la fortuna familiar en apuestas. No es que él fuera un modelo de virtudes, pero su madre era una de las razones por las que se había mudado a Calcuta años atrás. Volver a convivir con ella era una pesadilla. Eso, y el tener que cortejar a Jane como si fuera un mozo imberbe. Por Dios, había tenido a esa mujer abierta de piernas en dos ocasiones. Ahora se lamentaba de haber sido un caballero; de lo contrario, no estaría sufriendo un dolor en la entrepierna cada vez más insoportable y de un humor de perros en aumento. Por si eso fuera poco, Jane estaba cada día más guapa. Y lo torturaba con modelitos que la hacían ver irresistiblemente atractiva, como el de esa noche, que incluía un escote del todo tentador.

Ah, sin embargo, la mirada gélida de su futuro suegro lo compelía a apartar sus ojos de los encantos de Jane. Sentía la penetrante mirada del príncipe George clavada en su nuca las veinticuatro horas del día, incluso cuando no compartían la misma habitación o él reposaba en su lecho de Apsley House.

Lo único llevadero residía en Cassandra, la madre de Jane. Se destacaba como la mujer más auténtica, sensata y sincera que había cruzado en su vida, muy lejos de la hipocresía y las normas de la alta sociedad. Ella aliviaba sus penas diarias, extendiéndole invitaciones constantes para visitar a Jane y presionándolo sutilmente para apresurar el compromiso matrimonial entre él y su hija. Quería ayudarlo, era evidente, y él lo agradecía.

Arthur extrañaba a Jane. Sí, la primera tarde que la invitó a dar un paseo por Hyde Park, ella lo reprendió por su tardanza en ir a verla en Calcuta y soportó que lo regañara, incluso disfrutó con ello, como siempre; ambos se enzarzaron en una de sus discusiones habituales. No obstante, después tuvo que compartir su compañía con un interminable desfile de caballeros, todos

esforzándose por captar su atención a pesar de conocer su estatus como pretendiente. Y ella respondía a sus intentos con una sonrisa, entablando conversación con muchos e incluso riendo con algunos. De hecho, ese era otro de los motivos por los que estaba bastante enfadado. No podía reprocharle nada; ella misma se lo había dejado claro en una ocasión, cuando él intentó expresarle lo molesto que le resultaba todo aquello y ella solo apretó los labios y frunció el ceño como siempre, añadiendo que estaba siendo educada y que hiciera el favor de acompañar sus actitudes tóxicas.

Cuando le propuso impartirle lecciones de equitación, albergó la esperanza de pasar tiempo a solas con ella. Sin embargo, el príncipe George, por supuesto, se encargó de frustrar tal posibilidad, transformándose en una sombra que se interponía entre ambos o desplegando su vigilancia con guardia armada, valiéndose de su autoridad sobre el Ejército Inglés.

Jamás de los jamases había tolerado que lo encerraran de esa manera ni que le dieran órdenes a ton ni son.

Con la señal de la copa de brandy en alto, Catherine Wellesley, madre del Duque de Wellington, irrumpió en la bulliciosa reunión. Sus ojos brillaban con un atisbo de exuberancia etílica, y su risa resonaba de manera estridente en la estancia. Arthur se llevó la mano a la frente disimuladamente. No tenía ni idea de por qué había accedido a dar esa fiesta en su propiedad, quizás motivado por acelerar las cosas en su cortejo y que, de una vez por todas, todos esos caballeros que babeaban detrás de Jane se dieran por enterados de que no estaba disponible.

—Queridos invitados y damas y caballeros de la alta sociedad, ¡escuchadme! —anunció la duquesa viuda, mientras el contenido de su copa amenazaba con derramarse—. ¡Ha llegado el momento de compartir con vosotros una nueva joya en nuestra ilustre familia!

Un vago murmullo de curiosidad recorrió la habitación mientras Catherine tomaba un sorbo generoso de su bebida, provocando una tos momentánea y la humillación de Arthur. Había tenido que soportar muchas de esas escenas cuando era un niño, y todo aquello tan solo le evocaba terribles pesadillas de su pasado.

Jane apretó los labios y lanzó una mirada a Arthur desde el otro extremo del salón. Aunque él nunca había compartido abiertamente detalles sobre su infancia, ella entendía que su relación con su madre no era armoniosa. De hecho, había percibido que muchos de los motivos detrás de la reticencia del Duque de Wellington a comprometerse estaban directamente vinculados con la complicada relación que mantenía con la duquesa viuda. Era evidente que lady Wellesley estaba borracha y Arthur hacía sus mejores esfuerzos por no mostrarse humillado.

—Lady Jane, ¿me está escuchando? —le preguntó alguien a su derecha, uno de los caballeros que persistían en cortejarla desde que había sido reconocida en la sociedad.

—En realidad, no, milord —respondió ella, hastiada de mantener las formas. Se apartó del caballero, quien quedó boquiabierto, y cruzó el salón hasta situarse junto a Arthur. Apenas se percató de que ella se había acercado y supo que esa era su debilidad, su secreto, su propio secuestro. Arthur Wellesley había vivido a la sombra de su grandioso padre y había tenido que lidiar con una madre negligente y ociosa. Por esa parte, ella podía considerarse bendecida, pues sus padres la amaban incondicionalmente y hacían todo lo posible para honrarla.

—¡Mi querido Arthur ha decidido unir su destino al de la encantadora lady Jane, la emergente hija del ilustre príncipe George, Duque de Cambridge! —exclamó la duquesa viuda, levantando su copa como si brindara con el mismísimo entusiasmo—. Unan sus aplausos y felicitaciones, ¡porque estamos oficialmente comprometidos a sellar esta unión! —ultimó entre aplausos, perdiendo el equilibrio sus pies. Catherine tenía bastante edad, pero parecía gozar un alma joven, y su pelo negro apenas tenía canas. Aunque su rostro sí evidenciaba bastante arrugas

por los excesos.

A Jane le incomodó sobremanera que un anuncio tan significativo se viera empañado por la falta de control de lady Wellesley. Ambos, tanto ella como Arthur, habían esperado mucho para ese día, y sabía que él estaba haciendo un notable esfuerzo personal por superarse a sí mismo, evitando escapar como lo habría hecho años atrás. Y sabía que lo estaba haciendo por ella. Así que, con la misma valentía e indignación que la llevó a reclamar al Duque de Wellington su intervención frente a su ama de llaves en los días en que no era más que una modesta sirvienta, tomó la mano enguantada de Arthur y la entrelazó con la suya, sacándolo de sus pensamientos y atrapando su sorprendida mirada.

—Jane, no te había visto...

—Lo sé —respondió ella, con seriedad, y lo animó a dirigirse hacia la duquesa viuda, tirando suavemente de él ante los aplausos de los presentes. Intentó no mostrar demasiada irritación cuando se posicionó junto a su futura suegra, sin soltar la mano de Arthur.

—Quiero expresar mi más sincero agradecimiento por su presencia en este día tan significativo, marcado por el anuncio de mi compromiso con el Duque de Wellington. Su compañía ha enriquecido aún más este momento, haciéndolo memorable y lleno de significado —habló ella, tomando las riendas de la situación con confianza y seguridad, un matiz perfecto en su voz que le valió una mirada orgullosa de sus padres al otro lado del salón—. Ahora, si nos disculpan, tengo un regalo personal que hacerle a lady Wellesley; por favor, sigan disfrutando de la velada.

Jane liberó la mano de Arthur y tomó suavemente el brazo de lady Wellesley, simulando acompañarla afectuosamente cuando, en realidad, la estaba instando a abandonar la sala. Y no le importaba en absoluto que fuera la duquesa viuda de Wellington, o la madre de su futuro esposo, esa mujer merecía que le dijeran cuatro verdades.

—Miladi, lamento sinceramente que nuestra relación deba comenzar bajo estas circunstancias —inició ella, una vez a solas en mitad del pasillo—. Pero me veo en la obligación de expresarle mi descontento. Agradezco la organización de esta fiesta en nuestro honor, aunque no era necesaria si su intención era humillarnos con su falta de control.

Jane no advirtió la presencia de Arthur a una distancia discreta. Se sentía afligida por el sufrimiento que esa mujer le había causado a Arthur, y su única intención era hacerle comprender lo desagradable que era. Y sí, sabía que estaba siendo una descarada, osada y del todo impertinente, pero era esa su esencia; lo que la hacía única. Pues no toleraba la falta de empatía o de control por parte de los demás cuando ella había debido tener ambas cosas durante más de una década.

—¡Oh, pero qué osadía, joven ingrata! ¿Creéis acaso que vuestra presencia me importa en lo más mínimo? ¿O que me preocupa el compromiso de Arthur contigo? Los hijos que tuve que darle al grandísimo Duque de Wellington no fueron más que pesadas losas en un matrimonio ficticio, una unión en la que mi esposo siempre estuvo ausente, utilizándome únicamente para asegurarse un heredero —murmuró, prisionera de los efectos del alcohol—. Todo esto no ha sido más que una mera excusa para celebrar otra festividad en Apsley House, y no te pienses que permitiré que una bastarda criada, elevada a la nobleza por la Corona para lavarse las manos de ti, me reprenda en mi propio hogar. En cuanto te quites los guantes, el mundo sabrá cuál es tu posición y lo que mereces.

Arthur nunca se había atrevido a desafiar a su madre. Siempre, movido por alguna extraña razón, le había profesado respeto simplemente por ser su progenitora. Había soportado el dolor de su indiferencia y la humillación de sus excentricidades. Por eso, al presenciar a Jane decir

todo lo que él pensaba, experimentó un orgullo más profundo que nunca por su elección. No se había equivocado en absoluto al elegirla a ella.

—Madre —avanzó un paso, haciendo notar su presencia—. Verdaderamente, esta residencia será el hogar de lady Jane en breve, y requeriremos espacio para construir nuestra propia familia. Una familia en la que los hijos no sean cargas pesadas —Jane se giró hacia él y lamentó en el alma que hubiera tenido que escuchar las duras palabras de su madre—. Será mejor que abandone la propiedad antes de nuestra boda —añadió, acercándose más a Jane para cogerla de la mano y sacarle uno de los guantes blancos largos hasta el codo—. No querría escandalizarla cuando le haga el amor a mi esposa en mitad del salón o le bese sus manos curtidas por el trabajo honrado, algo que usted jamás conoció —Arthur depositó un beso sobre el dorso de la mano de Jane, fue un beso largo, en el que Jane pudo sentir su roce cálido y directo sobre su piel después de mucho tiempo.

—Arthur —balbuceó ella, dejándose llevar por las sensaciones que había creído olvidadas por un cortejo largo y forzoso.

—Quiero que nos casemos mañana mismo —imperó él—, atrayéndola hacia sí por la cintura, mientras lady Wellesley se quejaba; sin embargo, ninguno de los dos le prestó atención a la duquesa viuda—. Eso, o soy capaz de secuestrarte de nuevo, pero esta vez para obligarte a vivir los mejores días de tu vida.

"No pude hacer otra cosa que reír y asentir. Anhelaba a Arthur con la totalidad de mi ser, mi alma y cuerpo clamaban por él. Ambos habíamos mantenido la contención durante un tiempo excesivo, y había llegado el momento de entregarme a él por completo y rendirme ante sus deseos".

Capítulo final

—La complacencia es la antítesis del amor. Si uno ama, jamás debe contentarse. No debería haberme conformado con cortejarte durante tanto tiempo, aunque merecieras tu espacio. Debería haberme impuesto —le susurró él en su alcoba, la estancia principal de Apsley House, ahora solo compartida por ellos dos, ya que la duquesa viuda se había trasladado a la casa de campo de los Wellington por orden expresa del duque de Wellington.

—Creo que ha quedado bastante claro cuando nos hemos casado tan solo dos días después del anuncio de nuestro compromiso —rio ella, erguida frente a él, aún envuelta en su vestido nupcial, comprado y ajustado en un tiempo récord. La vestimenta, de un blanco puro, ostentaba una falda generosa y un escote en forma de corazón. Arthur había dispuesto que su recién asignada doncella se retirara, privándola así de la oportunidad de despojarse del vestido o de enfundarse en alguno de sus nuevos camisones de seda. Así que allí estaba, con su vestido blanco, el mismo que había llevado hacia el altar, de pie frente al «caballero de plomo» que había obligado al férreo príncipe George a ceder ante su alocada petición de casarse en cuarenta y ocho horas. A decir verdad, ni siquiera se habían detenido en el banquete de bodas más de una hora.

De la iglesia, se dirigieron prácticamente de inmediato a su hogar, sin preocuparse por la opinión de nadie.

Arthur le dio un pequeño tirón, de modo que acabó pegada a su cuerpo con las manos apoyadas en su pecho. El roce de ese cuerpo duro y masculino la afectó de inmediato, ruborizándola. Notaba la presión de su miembro en el vientre, ansioso. Ese miembro que ella ya había visto y tocado y del que se había asustado. En ese instante él comenzó a acariciarle la espalda. Una de sus manos se detuvo en la cintura y la otra descendió hasta su trasero, que presionó para acercarla todavía más a su cuerpo.

La besó con los labios separados y con ardor, sin rastro de ternura o delicadeza, ya no había tiempo ni ganas para nada de eso, solo un deseo crudo y rudo de saciarse. Jane se rindió al asalto, separó también los labios y notó la invasión de su lengua, que comenzó a explorar el interior de su boca hasta dejarla sin aliento. Sus lenguas se unieron como si también se hubieran echado de menos e iniciaron una danza incendiaria que quemó la moqueta con los emblemas del ducado de Wellington a sus pies.

Jane se aferró a sus anchos hombros para no caerse mientras él le recorría los hombros, los pechos, la cintura y las nalgas con sus manos brutas, con su deseo ansioso. Sintió sus manos por todos lados, las sintió de nuevo en la cintura y en las caderas, en la cara interna de los muslos, por encima de su vestido, y también en la cara externa. Las sintió en las nalgas otra vez, donde se detuvieron para darle un apretón y alzarla para tumbarla en la cama.

—Por fin te tengo aquí —rugió él, enloquecido.

La besó en la barbilla, en el cuello y en el canalillo de su escote que empezaba a sudar de manera deliciosa. Entretanto, ella no se mantuvo inmóvil. Jamás había visto a Arthur desnudo, así que decidió intentar sacarle el chaqué. Eso fue fácil, aunque los constantes besos y caricias de él le dificultaran concentrarse. Después, intentó sacarle la camisa, pero los botones se le complicaron mientras él la hacía jadear y gemir dándole pellizcos en los pezones, pues ya le había bajado el vestido y le había liberado los pechos, los cuales tenía completamente rojos por sus besos y mordiscos. En uno de los gemidos, decidió arrancarle los botones de la camisa de un tirón certero y entonces él decidió imitarla, arrancándole las partes del vestido más dificultosas.

Jane vio por primera vez el torso desnudo de su esposo. Era recio, ancho, y con una fina línea de vello negro como su pelo y su barba bien recortada.

Ella se quedó completamente desnuda y las velas del tocador la iluminaron. A Jane no le importó. Se pegó de nuevo a él para abrazarlo y besarlo en la boca. Sin embargo, Arthur no le permitió que alargara mucho el beso y al cabo de unos instantes sus labios dejaron una estela húmeda de camino a sus pechos, otra vez. Le rozó un pezón mientras le acariciaba el otro con los dedos y después se lo lamió.

El deseo era tan intenso que solo alcanzó a aferrarse en él para no desmayarse mientras echaba la cabeza hacia atrás y se aferraba a su pelo negro con ambas manos. Ni siquiera se dio cuenta del momento en el que se quitó los pantalones, tampoco vio el miembro esa vez. Tan solo lo notó cuando le rozó la intimidad, piel contra, carne contra carne.

La penetró muy despacio hasta un punto en el que creyó que no había cabida para más, la llenó por completo. Y, efectivamente, el dolor apareció, pero no tardó en desvanecerse antes de que se diera cuenta siquiera. Arthur siguió moviéndose hasta hundirse por completo en ella, y la sensación de plenitud avivó el deseo hasta cotas insoportables. Notó todas fibras de su miembro contra su carne, contra sus entrañas y luego él dio marcha atrás.

—No —suplicó ella, dejando caer su espalda sobre la cama por completo, mirándolo a los ojos. Él la miró con sus ojos negros, oscurecidos hasta el punto de parecer dos pozos negros sin fondo. Él sonrió, y entonces Jane supo que había algo que no sabía. Pues Arthur no tardó mucho en volver a adentrarse en ella, sin salir del todo; repitió ese movimiento un par de veces más hasta que supo que aquello eran penetraciones. La estaba penetrando con toda la delicadeza que era capaz de reunir, mientras las venas de su recio torso y su cuello se hinchaban cada vez más.

El momento pareció alargarse eternamente: la maravillosa cadencia de los movimientos, la fuerza de sus envites, la ardiente humedad de su cuerpo y el sonido que producía, el doloroso deseo, el placer, el dolor, el... No existían palabras para aquello. No existían palabras. Y en ese instante vio que Arthur se dejaba caer sobre ella, apoyándose en los antebrazos para no aplastarla y empezó a penetrarla con más fuerza, besándola.

La besó al tiempo que aceleraba el ritmo. Ella gemía cada vez más y más, sintiendo como el placer rayaba el dolor, una sensación muy diferente a las dos primeras experiencias que había tenido con él. Una sensación mucho más cruda, real, carnal. Presionó los pies sobre el colchón antes de levantar las caderas y tensar el cuerpo en busca de ese dolor que... Que... ¡oh! Que se fragmentó en un millón de pedazos y se reveló como lo que había sido desde un principio.

Alcanzó el clímax justo al notar como él la regaba por dentro, la inundaba con su simiente abundante y cálida. Se quedaron unos momentos en esa misma posición, intentando recuperar el control de la respiración, jadeantes.

—Te amo, Jane Wellesley, duquesa de Wellington —dijo él, saliendo de ella para tumbarse a su lado y mirarla con los ojos entrecerrados.

Jane sonrió. Era la primera vez que él le decía esas palabras. —Yo también te amo, Arthur Wellesley, duque de Wellington —respondió, abrazándose a su cuerpo, sintiendo su protección y calidez.

Había abandonado la casa de sus padres bastante temprano, un paso que podría considerarse apresurado dado el reciente reencuentro con ellos. Sin embargo, no lamentaba en absoluto encontrarse donde estaba. Todo en su vida había valido la pena para ese instante, ese instante en el que, oficialmente, era la esposa de Arthur Wellesley.



En mitad de la nebulosa de sus sueños placenteros, Arthur abrió los ojos y buscó el cuerpo de Jane junto al suyo, pero la encontró de pie cerca de la ventana, enrollada con una sábana.

—Jane, ¿qué haces? —inquirió, molesto por el frío que había quedado a su lado.

—Solo reflexionaba —contestó ella, girándose hacia él. Arthur contempló el cuerpo de Jane contra la tenue luz que se colaba por la ventana después de que alguien corriera ligeramente la cortina, seguramente ella misma. Debía estar anocheciendo a pesar de haber pasado gran parte del día como si hubiera sido la noche. Sus hombros dibujaban una silueta femenina y encantadora mientras sujetaba la sábana alrededor de sus pechos y esta caía con bastante poca gracia hasta sus piernas.

—¿Puedo saber sobre qué?

—A veces pienso qué hubiera ocurrido si hubiera hecho como lady Wood y hubiera sido lo suficiente valiente como para escaparme y buscar mi propio destino.

—¿Te estás arrepintiendo de casarte conmigo, Jane? —preguntó él al instante, sintiendo como el corazón se le arrugaba y todos los fantasmas de sus amantes lo golpeaban duramente en el alma por haberles hecho lo mismo que Jane estaba insinuando.

—No, por supuesto que no —lo tranquilizó ella y el aliento le regresó—. Solo pienso que quizás necesite ver el mundo. Saber que hay más allá de las cuatro paredes de una casa señorial. Me he pasado la vida encerrada, solo eso...

—Vuelve a la cama, Jane, te lo ruego —le pidió él y ella obedeció, dejando caer la sábana para entrar en la que todavía estaba en la cama—. ¿Quieres viajar? Te llevaré al mismísimo fin del mundo si es necesario; pero nunca, me oyes, nunca insinúes el solo hecho de dejarme —la tomó y la tumbó a su lado.

La cubrió hasta medio cuello y pasó una mano por su cintura desnuda. Su mujer desnuda. Suya. En toda su vida había experimentado una sensación parecida, tan relacionada con la pertenencia, la correspondencia, el hogar. No podía sino alegrarse de todo el mal que había padecido si este lo había llevado a ese momento: al de tener en sus brazos a la mujer de sus sueños. La besó en los labios y ella respondió al instante. —No podría concebir el mundo sin ti, Arthur —le aseguró ella—. No deseo escapar de ti, sino escapar de mí. Llévame lejos, durmamos en la intemperie si es necesario, vivamos lo que merecemos vivir.

—No podría estar más de acuerdo contigo, mi cuervo ominoso. Iremos donde desees —ultimó él antes de volver a besarla, acariciarla, abrirle las piernas y penetrarla de nuevo. Hacerla suya otra vez y así hasta el fin de sus días—. Pero yo tengo otra petición —comentó él al caer a su lado, saciado—. Quiero que me dejes escribir tu historia.

"Así dio inicio nuestra unión matrimonial. Arthur se sumergió por completo en el arte de la escritura, un anhelo que lo acompañaba desde su infancia, liberándose de las sombras de su padre. Fue él mismo mientras redactaba mi diario, reviviendo juntos cada experiencia y compartiéndole mis sentimientos en cada momento. Mientras tanto, yo me ocupaba de planificar el próximo destino que exploraríamos. Así pasamos varios años, entregados a la libertad, viajando de un lugar a otro, conociéndonos a nosotros mismos y permitiéndonos ser quienes quisiéramos ser en cada instante."

Epílogo

Atravesaron continentes y más, explorando tierras distantes antes de reposar durante una larga temporada en Calcuta. En aquel rincón exótico, se sumergieron en la belleza de los magníficos jardines del Marajá, compartiendo momentos agradables en compañía de la encantadora señora Molly, el distinguido gobernador Canning, y los afables Liam y Craig. Todos los felicitaron por su matrimonio, incluido el pícaro de Craig. Además, llegaron a conocer la noticia de la liberación del vizconde de Hallifax de la prisión de Calcuta, aunque no había retomado sus responsabilidades en la delegación gubernamental ni en el comercio. Al parecer, el caballero se había retirado de la bulliciosa India y se rumoreaba que se había recluido en su propiedad londinense, lejos del escrutinio de la sociedad y enfrascado en un humilde empleo para una empresa particular.

Sin embargo, los viajes se vieron bruscamente interrumpidos, al igual que su estancia en Calcuta, por una razón de lo más sencilla: Jane aguardaba el nacimiento de su primogénito en Londres, junto a sus padres. Habían zarpado en el más distinguido de los barcos desde la lejana India hasta la cuna de Inglaterra, anhelando establecerse en su hogar para dar la bienvenida al primer brote de su amor. Ya divisaban la majestuosidad de Apsley House erguida en pleno corazón de Londres, una obra arquitectónica que emanaba elegancia y grandeza, tan pronto como el carruaje dobló la esquina. Su fachada de piedra exhibía una imponente simetría, con altas columnas corintias flanqueando la entrada principal.

—Sean bienvenidos a su hogar, Sus Excelencias —les dio la bienvenida el señor Dowson con su voz de «loro», acompañado de la amable señora Bass, en cuanto pararon y alguien les abrió la puerta del vehículo—. Por favor, permítanme escoltarles hacia el interior —añadió con cortesía mientras los conducía hacia la entrada principal y los lacayos se encargaban de su equipaje.

—Bienvenida, mi señora —la recibió personalmente la señora Bass con una cálida sonrisa, y Jane notó que, en algún momento no tan lejano, había estado bajo las órdenes de su ama de llaves. Pero lo reconfortante era que recordaba a la señora Bass con cariño, y experimentó una extraña sensación al ser tratada con tanta formalidad.

—Oh, no necesitaría ser tan formal, querida señora Bass —comentó ella, acariciando su vientre abultado con gracia en cuanto se quedó de pie en mitad del vestíbulo—. Resulta sumamente inusual.

—Nada de eso, Su Excelencia. Ahora usted es la duquesa de Wellington, y yo soy la feliz ama de llaves. En cuanto se acomode, me encantaría repasar con usted los menús semanales y algunos aspectos fundamentales sobre la organización de la casa.

Jane no había sido instruida para gestionar una propiedad como la del Duque de Wellington, pero confiaba en que su experiencia como doncella y la amable señora Bass harían que su nueva responsabilidad resultara considerablemente más asequible de lo que podría aparentar.

—Por supuesto —accedió, recordando ese sencillo vestido gris que la señora Bass le había prestado para la fiesta en los jardines del Marajá. ¡Cuán feliz había sido con ese vestido! Mucho

más de lo que lo era ahora con cientos de ellos en el armario. Se dijo a sí misma que debía regalarle uno al ama de llaves, y lo haría tan pronto se acomodara.

—Será mejor que descanses, Jane.

—No estoy fatigada, Arthur —protestó ella, hastiada de que Arthur la tratara como si estuviera enferma constantemente.

—Estás de más de siete meses, querida. Y ha sido un viaje muy extenso. Quiero que te tomes un respiro.

—Resultas sinceramente insoportable, querido, cuando asumes tu actitud aristocrática. Tu ego no tiene límites cuando crees que debo obedecerte como si siguiera estando a tus órdenes.

—¿Acaso alguna vez me obedeciste? —enarcó una ceja él mientras ella fruncía el ceño.

—Si no recuerdo mal, me obligaste a hacerlo durante un buen tiempo, convencido de que te debía algo por haberme interpuesto en tu línea de tiro. ¿No será que el que está cansado eres tú? Al fin y al cabo, yo estoy acostumbrada al trabajo arduo, no como algunos que han disfrutado de una vida ociosa.

El señor Dowson estiró su prominente nariz. Era evidente que no aprobaba a Jane en su totalidad, pero su obediencia al Duque de Wellington era superior a cualquier opinión personal que pudiera concebir. La señora Bass, en cambio, sonrió plácidamente, satisfecha con la pareja que hacían los Duques de Wellington. Desde siempre, el ama de llaves, había considerado a Jane una jovencita excepcional y digna, por lo que servirla era un honor.

Arthur la envolvió con firmeza en sus brazos, sorprendiéndola con un beso apasionado en los labios. — Todas estas cuestiones las abordaremos esta noche, cuando hayas recobrado tu descanso —susurró con voz sugerente.

—Oh, suéltame, estás incomodando al servicio —se molestó ella, aunque no fue capaz de ocultar su sonrisa.

Los siguientes dos meses los pasó organizando Apsley House y compartiendo el tiempo con sus padres. Fueron días de calma, de estar en el hogar. Habían pasado mucho tiempo fuera de Londres, de Inglaterra, y había tenido tiempo suficiente para deshacerse de las viejas cadenas de su secuestro. Claro que no podía cambiar quien era, no podía dejar de apartar las cortinas ella misma, de arreglarse el pelo y de pedirle a la doncella que se retirara en múltiples ocasiones. Tampoco podía evitar bajar a las cocinas, y organizar la propiedad de su esposo como si fuera, en ocasiones, una sirvienta más. Pero el trabajo duro le daba sentido a su vida, dignidad a su estatus. Y no pensaba cambiar su esencia, pues había aprendido a ser una mujer trabajadora.

Una noche, después de que su madre se instalara en Apsley House para la inminente llegada del bebé, Jane yacía en su oscura habitación, con su rostro pálido y sus manos aferradas a las sábanas. La luz de una vela parpadeaba débilmente en la esquina, proyectando sombras danzantes en las paredes desgastadas.

El parto había comenzado y era lo más doloroso que había experimentado nunca. Cassandra no tardó en acudir en su ayuda mientras Arthur avisaba al doctor y a su padre.

Tan pronto como el médico hizo su entrada, la estancia se iluminó con la luz de velas adicionales, mientras que el aire se impregnó con el redolente perfume de hierbas y ungüentos, hechos con la intención de mitigar el dolor y facilitar el proceso. Jane, envuelta en su camisón blanco y empapada en sudor, se aferró a la esperanza mientras las contracciones la envolvían. Los gemidos resonaron en la estancia, entremezclándose con el crepitar proveniente de la chimenea cercana.

Finalmente, con un esfuerzo titánico, el llanto del recién nacido resonó, entrelazándose con los suspiros de alivio que escaparon tanto de la madre como de la flamante abuela, y de los hombres que aguardaban afuera. La diligente enfermera limpió con esmero al recién nacido antes de entregárselo a Jane, quien lo sostuvo con ternura, maravillándose ante la asombrosa creación de vida.

—Es un varón —dijo ella, una vez que la cubrieron con las sábanas, justo en el momento en que Arthur y su padre entraron en la alcoba.

—¿Un niño? —preguntó Arthur, colocándose a su lado para ver la cara de su hijo.

El duque de Wellington contempló con veneración a su pequeño vástago en la brazos de Jane. Era su heredero, cuyos sollozos tenues reverberaban en la estancia. La escena quedó grabada en la memoria de todos los presentes, padres y abuelos, como el preludio de una historia familiar que apenas empezaba a desplegarse.

Arthur se prometió a sí mismo que su hijo no sufriría los mismos pesares que él había padecido. No le impondría ser alguien que no anhelaba ser, ni lo vería como un simple instrumento de su ducado. Ansiaba que ese bebé llegara a ser un hombre sin heridas, un hombre que pudiera hablar con orgullo de su padre.

Jane, envuelta en la suavidad de las sábanas, experimentó un torrente de emociones mientras observaba a su hijo, a Arthur y a sus padres. Todos juntos en una misma habitación, felices. Un sentimiento de alivio y gratitud la embargó. Su felicidad ya era completa antes del nacimiento del pequeño, por lo que ahora solo podía sumar más y más dicha en su vida.



La totalidad del servicio disfrutaba de una tarde libre. Jane así lo había determinado después de celebrar el primer aniversario de Berwin. En verdad, cada vez que se presentaba una ocasión especial, la Duquesa de Wellington generosamente otorgaba un respiro general a los empleados, permitiéndoles celebrar y sentirse verdaderamente integrados en la casa.

—Hija, entiendo tus intenciones, pero sería prudente dejar al menos al mayordomo y a un par de mozos" —se quejó su padre en el salón, tomando un bocado frío de uno de los platillos

dispuestos sobre la mesa. Esa noche, nadie serviría la cena.

—Papá, no nos ocurrirá nada malo por cenar platillos fríos que servimos nosotros mismos —replicó ella con una sonrisa, mientras Cassandra rodaba los ojos ante la arrogancia de su esposo, y Arthur aparentaba no prestar atención a la conversación.

—No me malinterpretes, en el ejército me he visto obligado a hacer cosas mucho peores que comer un bocadillo frío sin sirvientes. Pero se trata de la casa del Duque y la Duquesa de Wellington.

—Señor, para mí no hay ningún inconveniente —comentó Arthur, acomodándose en la moqueta donde Berwin jugaba junto a su tío George FitzGeorge, quien, más que su tío, parecía su primo, dado que los padres de Jane habían tenido un hijo poco antes que ellos.

—Oh, George, ¿por qué no te callas, querido? —saltó Cassandra, dirigiéndole una mirada fulminante a su esposo.

—A sus órdenes —replicó el príncipe, sentándose en un sillón cercano a Berwin y el pequeño George, al lado de su yerno.

—Deberías perdonar a tu padre, querida. Ya conoces la manera en que su realeza se agita en su mente cuando lo aflige —comentó Cassandra a Jane en voz baja, mirándola con los ojos azules cargados de significados.

Jane rio. —No hay nada que perdonar, mamá. Quiero a papá tal y como es. No podemos pedirle que deje ser el príncipe George, o el Duque de Cambridge. Hay cosas que no cambiarán en su ser, pero agradezco que sepa torcerse ante tus peticiones o las mías; eso demuestra cuanto nos quiere. Lo mismo ocurre con Arthur, mamá, a veces se pone insoportable cuando su ego lo golpea, pero sé llevarlo.

Su madre sonrió satisfecha y Jane le devolvió la sonrisa. —Y pensar que podríamos habernos perdido todo esto, hija.

—Ahora estamos unidas, madre —Jane abrazó a su progenitora mientras Cassandra permitía que un par de lágrimas surcaran sus mejillas—. Eso es lo que realmente importa.

—Eso, y que un devoto amigo de la familia se encargó de añadir unas gotas de veneno al té matutino del Gran Duque de Mecklemburgo.

Jane abrió los ojos y se separó de su madre, mirándola con asombro. —¿Qué?!

—¿Acaso pensabas que tu padre permitiría que se saliera con la suya?

—¿Está muerto?

—No, pero no podrá moverse de la cama por el resto de sus días. Se comenta que su esposa lo ha abandonado y ha encontrado consuelo en los brazos de un amante más joven y virtuoso que su esposo.

A Jane le llevó unos instantes asimilar tal revelación. Aunque no podía negar sentir cierto regocijo al enterarse de que su opresor finalmente enfrentaba las consecuencias de tantos años de crímenes, no se sentía cómoda con la idea de la venganza. Había aprendido esa lección de manera contundente en aquellos días en Calcuta, cuando lady Wood sufrió las consecuencias de buscar revancha.

—Me conformo con saber que no ha muerto.

—Eres demasiado buena, hija.

—Prefiero que olvidemos el pasado.

—Sí, querida, toda la razón.

—Al fin y al cabo, la tía Augusta, la hermana de mi padre, fue la que me salvó de una muerte segura de las manos del abuelo y del tío abuelo. Ellos dos, Adolfo y Ernesto, fueron los promotores de mi secuestro y del intento del asesinato. El cuñado de la tía Augusta fue un daño colateral de sus maquinaciones, pues la mujer solo me entregó a él para esconderme.

—Pero podría haberte ayudado, hija. Y no lo hizo. Así que merece pasar el resto de su vida en la cama. Que se conforme con no estar muerto. Puedes estar segura de que tiene a un ejército de sirvientes cumpliéndole todos sus caprichos. Y en cuanto a tu tía Augusta, jamás le perdonaré que no dijera nada sobre tu paradero, pero puedo comprender sus intenciones y sus miedos. Debo agradecerle de que, al menos, te salvara la vida.

Jane suspiró. No se atrevía a contradecir eso, ya que era consciente de que la naturaleza de sus padres difería notablemente de la suya. Sus progenitores poseían un carácter fuerte, mientras que el suyo era robusto de una manera distinta. Su manifestación de fortaleza residía en la capacidad de soportar y resistir, mientras que la de sus padres se manifestaba a través del ataque. Aunque estaba segura de que su esposo se alegraría demasiado cuando le contara lo ocurrido.

—Tienes razón —aceptó, observando desde la distancia como su esposo jugaba con los niños mientras su padre se relajaba en el sillón.

—Y en cuanto a esas dos arpías que te hicieron la vida imposible...

—¡Ay, no! ¡Mamá! —se escandalizó—. ¿La señora Blair y Jenny?

—Esas mismas, querida. Fue muy difícil encontrarlas, pero las hemos ubicado en una empresa de Calcuta que se dedica a limpiar letrinas y recoger excrementos. Así que supongo que ya tienen suficiente castigo.

Jane soltó una risita al visualizar a la señora Blair inmersa entre aguas impuras y desechos, y todo ello, considerando que era una mujer de refinados modales y exigentes estándares de pulcritud. Al pensar en Jenny, sintió algo de lástima, pero al fin y al cabo, la había traicionado. Así que no podía considerarla una amiga, pues ella solo había servido de espía. Tenía lo que merecía, aunque esperaba que su suerte pudiera mejorar en el futuro.

No le deseaba el mal a nadie porque era demasiado feliz.

—¿Algo más, mamá? —preguntó con cierta ironía—. ¿Habéis colgado de los pies al conductor del vehículo que llevó hasta Calcuta?

—Oh, no, mi querida. ¿En serio nos juzgas de esta manera? Pero permíteme compartirti algo más que he descubierto sobre otra persona, algo que estoy segura captará tu interés.

Jane miró a su madre con los ojos entornados, empapándose de su amor incondicional, pues Cassandra se desvivía por ella, y eso Jane lo sabía muy bien. —Lady Wood.

—¡Oh! —Jane abrió la boca desmesuradamente, hacía mucho tiempo que no oía ese nombre—. Ella no me hizo nada, madre.

—Lo entiendo, lo entiendo. No insinúo que hayamos causado algún daño; simplemente al buscar información sobre otros miembros de Calcuta, hemos logrado descubrir el destino de la anciana tía Jordie de lady Wood, y por ende, lo que sucedió con su familia.

—Será mejor que nos sentemos.

Madre e hija se acomodaron en un diván y entrelazaron sus manos, deleitándose con la charla.

—Resulta, mi querida, que la anciana tía de lady Wood regresó apresuradamente a Londres, encontrándose con los Barones, los padres de Leslie. Estos, furiosos con la tía Jordie, la responsabilizaron por el fracaso en su gestión como carabina y la echaron de su casa, dejándola sin nada, jurando que no tenían ni hermana ni hija.

—¡Oh, qué insensatos! La pobre mujer, ¿acaso llevará la culpa de los desatinos de Leslie?

—Ya sabes qué ocurre, querida, cuando una mujer de nuestra clase cae en desgracia. Ni siquiera los propios padres te aceptan.

—Lo sé, mamá —Jane apretó las manos de Cassandra—. Pero tuviste suerte de que el abuelo, el Marqués de Bristol, te aceptara al final de todo y viniera a mi boda.

—En efecto, no puedo reprocharle nada en ese aspecto. Pero la cuestión, hija mía, es que al quedar la anciana tía en la penuria, Leslie Wood, de una manera u otra, se enteró y fue a su rescate, amparándola en su propia casa. Y ahí fue cuando la noticia de su residencia y profesión estalló entre la alta sociedad sin tapujos.

—¿En su propia residencia?

—Sí, mi querida. Actualmente, Leslie Wood es una de las cortesanas más renombradas de Londres. Ha reabierto la casa de Victoria Park que yo abandoné al contraer matrimonio con tu padre; y ahora ella ocupa el cargo de *madame*. Varias de las chicas que antes trabajaban para mí ahora lo hacen bajo su dirección.

Jane retiró las manos de las de su madre para cubrirse la boca, incrédula y con los ojos

desorbitados. ¡No podía asimilarlo! Aunque, en cierto modo, sí podía. Después de todo, Leslie Wood era una mujer hermosa y poseía un carácter tan egocéntrico como excéntrico, lo suficiente para liderar una casa de cortesanas. Sabía que su madre solo había dirigido el negocio, no había trabajado en él, pero con Leslie Wood no podía estar segura, pues su extensa lista de amantes confirmaba que ella no tenía escrúpulos a la hora de entregarse a un hombre.

¡Ah, recórcholis! Se alegraba por ella. Pues al fin y al cabo, había encontrado su destino. Y aunque no fuera el destino más aceptado por la sociedad, al fin y al cabo, no vagaba por las calles ni dependía de un hombre que la golpeaba.

—Jane, no desearás perderte este momento —la instó Arthur, y en ese preciso instante, Jane contempló cómo Berwin se erguía con firmeza, emprendiendo sus primeros pasos en su dirección.

—¡Oh, mi nieto! —se enorgulleció Cassandra mientras el príncipe George contemplaba la escena con los ojos brillantes.

Jane no emitió palabra alguna, simplemente extendió los brazos y acogió a Berwin cuando este cayó torpemente sobre ella.

No hacía falta pronunciar ninguna frase.

Simplemente se quedó allí, escuchando la risa de Arthur, liberándose de las cargas familiares, complacido con la educación y el amor que estaban brindándole a Berwin.

Escuchando las voces de sus padres de fondo, comentando lo maravilloso que era Berwin.

Escuchando el sonido del hogar y la familia.

Forma parte de mi Universo de Lectoras

Escribo para vosotras, las lectoras, y me encanta saber vuestra opinión. Deja tu reseña en los comentarios de Amazon, eso me ayuda a crecer.

Si no eres miembro de mi Universo de Lectoras nunca es demasiado tarde. Puedes estar informada de los nuevos lanzamientos y novedades y leer en mi [web](#) sobre más información del romance histórico.

¿Quieres saber más sobre mis obras?

Querida lectora y amante de la literatura,

Gracias por embarcarte en esta aventura literaria conmigo. Para seguir conectadas y descubrir contenido exclusivo, te invito cordialmente a unirte a mi comunidad en las redes sociales.

Instagram: [maribelsolle.escritora](https://www.instagram.com/maribelsolle.escritora)

Facebook: [Amantes del Romance Histórico-maribelsolle](https://www.facebook.com/Amantes-del-Romance-Histórico-maribelsolle)

Contacta conmigo: [Mándame un correo electrónico](mailto:maribelsolle@gmail.com)

En estos espacios, compartiré reflexiones sobre mi escritura, noticias emocionantes sobre futuros proyectos y, por supuesto, estaré encantada de escuchar tus comentarios y responder tus preguntas.

¡Espero verte allí y seguir compartiendo historias juntas!

Con gratitud,
Maribel.

Otros títulos de MaribelSolle

- [Piel de Luna](#)
- [Tirabuzones del Sol](#)
- [Ojos del Anochecer](#)
- [Manto del Firmamento](#)
- [Esencia del Astro](#)
- [Catherine Nowells](#)
- [El Duque y la Plebeya](#)
- [La Dama y el Marajá](#)
- [La Favorita del Marqués](#)
- [La Verdad de Margaret Trudis](#)
- [Áurea, una dama entre piratas](#)
- [Mary, un romance en invierno](#)
- [El Diario de una Bastarda](#)
- [El Diario de una Heredera](#)
- [Lady Ámbar y el Marqués de Bristol](#)
- [Lady Rubí y el Conde de Bristol](#)
- [Lady Perla y el Caballero de Bristol](#)
- [Lady Esmeralda y el Barón de Bristol](#)
- [Lady Ébano y el Duque](#)
- [El nacimiento de la Emperatriz](#)
- [El corazón de la Emperatriz](#)